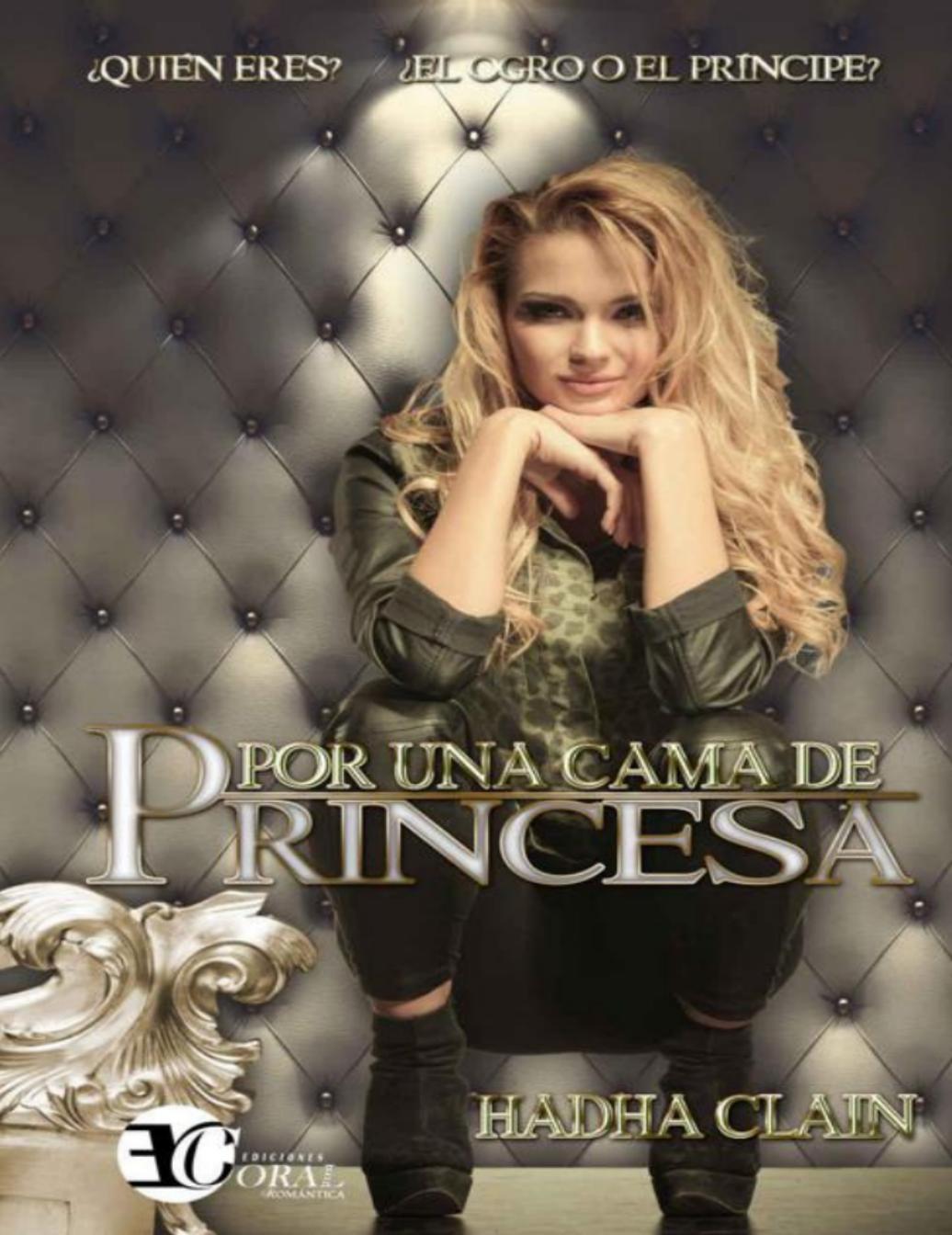


¿QUIÉN ERES?

¿EL OGRE O EL PRÍNCIPE?



¿POR UNA CAMA DE
PRINCESA

HADHA CLAIN



EDICIONES
EORA
ROMÁNTICA

1ª Edición: Mayo 2016

©2016 by Hadha Clain

**©2016, de la presente edición en
castellano para todo el mundo:**

**Ediciones Coral Romántica (Group
Edition World)**

Dirección: www.edicionescoral.com/ww

Diseño de cubierta:

© by China Yanly

Conversion a epub: Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,

sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

POR
UNA
CAMA
DE PRINCESA
HADHA CLAIN



SINOPSIS

Eva vive en función a unos principios de honestidad y esfuerzo destinados a compensar sus faltas pasadas. Tras resurgir de los oscuros pozos de la adicción retoma su vida y establece una serie de objetivos a los que dirigir sus esfuerzos: comprar el ático que siempre ha deseado y tener una cama con dossel digna de una princesa

de cuento. Pero sus estructurados planes se tuercen cuando una de las amantes del Jefe le dispara tras una de sus maratones sexuales.

La vida de Oliver Okley, excéntrico y sexy hasta el delirio, queda en manos de una Eva temblorosa decidida a evitar que muera desnudo y desangrado en la soledad de su picadero.

Oliver ha visto pasar su vacía vida antes sus ojos al amparo de una mujer como ninguna otra: viva, irreverente, divertida, espontánea, sincera e

irrompible. No habrá carta que le quede por jugar para llegar hasta ella y hacerle ver que hay Ogros que merecen su confianza.

¿Preparados para reír y sentir?

Pasen y vean, la función va a comenzar.

Porque los sueños, sueños son. ¿Oh, no?

Dos personas que colisionan en frentes irreconciliables donde no cuenta lo que se construye, sino lo que desaparece cuando nos entregamos a otro y lo que queda cuando volvemos a estar solos.

Dedicatorias

*Vida, eres ese nudo marinero que se
aprieta con el tiempo.*

*Perdona por confundir su nobleza con
cobardía.*

A ti, papá. Ahora.

*A mi marido por ser la inspiración más
dulce.*

*A mi familia por llevarme a ser quién
soy hoy.*

*A mis hijos por ser Mi cama de
Princesa.*

A mi, por conseguirlo.

Prologo

Porque en la vida ni todos son ogros ni todas son princesas. Porque el rosa no es solo un color, es lucha, es renacer y es el color de tus vaqueros negros favoritos manchados con lejía.

Comencemos con unas pocas palabras mezcladas con la demencia de la introversión, porque los sueños, sueños son, ¿o no?

Hablemos también del valor de los

deseos y de la calidad del tiempo que invertimos en conseguirlos porque de eso se trata en realidad. De lo que haces con el tiempo mientras persigues tus sueños. Por una cama de Princesa es un retrato de superación y esperanza, una batalla suprema donde la inocencia y el corazón pueden ganar la partida.

Eva trabaja duro en base a unos firmes principios de honestidad, esfuerzo y sacrificio. Por su parte, Oliver vive envuelto en lujo, extravagancia y excesos. Con el dinero suficiente para comprar cualquier cosa y no desear nada que no pueda obtener, ni siquiera su preciado tiempo.

Dos personas que colisionan en dos frentes irreconciliables, siempre y

cuando ninguno de ellos traicione los principios que orgullosamente sostienen. Aquí no encontrarás flechas chispeantes con corazones y margaritas en un amor a primera vista. De lo que se trata es de lo que se pierde de nosotros mismos cuando nos entregamos a otro y, sobre todo, de lo que queda cuando volvemos a estar solos.

Capítulo 1

Las intenciones buenas no siempre son ideas geniales

Porque nunca sabemos dónde irán a parar nuestros esfuerzos. Hay golpes que resuenan eternamente... Depende de la traición y del duelo.

—Tita, quiero merendar.

—¿Sí? ¿Y qué desea, la princesa, para su merienda?

—Pues... Nocilla y galletas, tita. —

Sonrió juguetona.

—Vamos a ver, Leti. Yo nunca he conocido a una princesa que todas las tardes meriende galletas con Nocilla, ¿qué te parece si hoy preparamos unas fresas con zumo de naranja?

—Bien, tita, ¡merienda de princesas!

¡Bien!

—¡Cielo, no tardes que tengo que ir a trabajar!

Totalmente convencida, mi sobrina fue al baño para lavarse las manos y preparar juntas la merienda. Media hora después estábamos listas para salir. Ella con su diadema rosa y su bolso a juego; a sus nueve años de edad era la niña más coqueta del mundo. Más que su tía, incluso. Andamos hasta la casa de sus

padres en un largo paseo en el que la pequeña no metió lengua en paladar.

—Tita, ¿cuándo vas a tener tu cama de princesa?

—Pronto, Leti. —Resoplé.

—¿Ya la has encargado a don José?

—No, aún no. —Seguí resoplando.

—¿Por qué?

—Pues porque aún estoy ganando el dinero suficiente para comprarla.

—Tita, pero las princesas de la tele no tienen que trabajar tanto como tú, solo se sacan fotos, ¿por qué?

Vaya nueve años que tenía la niña.

—Porque hay princesas con suerte y princesas con menos suerte —añadí.

—¿Tú no tienes suerte, tita?

—No mucha, reina.

Menos que pelos tiene una rana, pensé.

—¿Por qué?

Cielo santo, otro por qué, y otro y otro... Adorable, pero impertinente a partes iguales.

—Porque toda la suerte que tenía la gasté cuando me tocó tener una sobrina tan linda como tú.

—Entonces... ¿mamá también es una princesa sin suerte? ¿También la gastó conmigo?

¿Cómo no la iba a querer? Qué inocencia tan sana.

—Tu madre es una excepción —contesté

—. Una chica con mucha suerte.

—¿Qué es una excepción?

Con esta y treinta y nueve preguntas más, llegamos a su casa. Adela ya estaba de

vuelta de su viaje a París con Eduardo, mi cuñado *superperfecto*. Durante sus dos días de viaje, Leti había llenado todos mis huecos en casa, que no eran pocos. Tenía veintiséis años y acababa de comprarme un ático en el centro de la ciudad de Valencia, en Carrer de Martí. Un edificio más antiguo que viejo, tal y como yo adoraba. Literalmente encantador. Ahora solo tenía que preocuparme de pagarlo y, quizás algún día, convertirlo en un verdadero hogar donde los recuerdos llenaran los cajones.

De vuelta a casa pasé de nuevo por el escaparate de la tienda de don José. Hacía años que quería comprar el ático situado encima del hotel. Cuando llegué

a la ciudad viví de alquiler en varios pisos compartidos muy cerca de allí. Antes de tomar la decisión de casarme con la hipoteca, tenía muy claro qué quería hacer con aquel romántico rincón. Había pasado horas planeando y dibujando en la trastienda de los padres de mi amigo Rubén. Él mismo había traído esa cama para mí el día que formalicé la compra del ático, dispuesto a dejarme instalarla para pagarla después, poco a poco. Pero era tan perfecta, tan ideal... que se merecía ocupar un hogar vestido con sus mejores galas: cortinas, cuadros, ropa de cama, vajillas a juego, mesitas de noche... Así que mi cama esperaba en aquel escaparate, luciendo como el enorme

neón rojo de un club nocturno, recordándome por qué merecía la pena hacer todo lo que hacía. Todo por mi cama de princesa.

Tres calles detrás de casa estaba aparcado Carlos, mi MINI Cooper (2001) de segunda o tercera mano. Conseguí comprarlo hace un año, bueno, aún lo sigo pagando como todo hoy en día. Había dormido en él tantas noches que ya tenía hasta nombre. Cuando no me daba tiempo de volver a casa, antes de ir al trabajo, siempre tomaba café en La Sonrisa de Julietta, me cambiaba de ropa y aseaba en sus baños. Carl, el propietario, era un hombre de sesenta y siete años que había visitado medio mundo antes de establecerse aquí. De

origen irlandés, su esposa era italiana y la mezcla era, como poco, contradictoria. Él, serio y formal, un gran comunicador cargado de experiencia. Julietta era una fuente inagotable de vitalidad, sonrisa y algarabía. Una morena tempestuosa que besaba los labios del irlandés cien veces al día, sonrojándolo en cada una de las ocasiones. Ella, siempre con vaporosos vestidos que guiñaban a su madurez bien llevada. Él, con su eterno chaleco de ante y su camisa de cuadros.

Las noches que dormía en el coche, Carl tenía que ayudarme a arrancar el MINI por la mañana; le fallaba continuamente la batería. Jamás podré decir que la vida

no me puso personas de valor en mi camino. Pero todos los cuentos tienen un fin y un final. El fin es el felices/jodidos para siempre, hay historias para todos los gustos. El final es la muerte, un accidente, un infarto, la vejez. Murió de un ataque al corazón hace ocho meses. Julietta y yo bautizamos el MINI en su honor. Desde entonces ayudaba a Letta en la cafetería siempre que podía. Por las noches y algunas mañanas, trabajaba en la Torre ImPossiTion, en el centro. Una megaconstrucción que pretendía dar ejemplo de internacionalidad albergando las sedes de doce empresas extranjeras. En la Torre un viaje en ascensor era, cuando menos, anecdótico: un chino, una india, un alemán y una

española tarareando a Pablo Alborán, ¡y la chica india se sabía la letra! Lo que no me pasara a mí... Esporádicamente, también participaba como azafata y conseguía algún dinero extra. ¿Qué no se puede hacer tanto? Sí, se puede.

Hoy tenía turno *de noches* en las oficinas de la duodécima planta con Catalina y Alberto. En Ginger Mantenimientos había turnos nocturnos muy bien pagados que yo cubría siempre sin rechistar. El dinero me venía genial y podía compaginar con otros trabajos durante el día. Solo coincidía con Cata un par de tardes a la semana y siempre nos reíamos con alguna travesura a los jefazos. Pero por la noche odiaba la planta de los Okley, siempre escondía

alguna sorpresa.

Otra vez estábamos con las mismas...

—No me jodas, Cata, no he tenido un buen día...

—¿Tú nunca tienes un buen día? En serio, Eva, Daniel es insaciable. No sé cuántos orgasmos fueron, lo juro. Era uno y otro, y luego otro...

—¡No! Se acabó, Cata, no quiero escuchar una palabra más, ¿sabes qué? Prefiero hacer la oficina del Dandi Okley antes que seguir escuchando cómo me restriegas tu exitosa vida sexual por las narices.

Entre quejas, ninguna de las dos podíamos parar de reír. La mujer no sentía ninguna pena por mi nulo disfrute de los placeres de la carne. Si tuviera

mi vida sexual no se burlaría de mi mal humor.

—¡Oh, Evita! Necesitas un poco de marcha en tu vida, se te está avinagrando el carácter limpiando la mierda de los ricachones.

Las últimas palabras de mi compañera resonaron en toda la planta y, acostumbrada como estaba a sus salidas continuas de tono, ni alcanzó a sonrojarme. El vigilante de seguridad me acompañó para darme acceso a las instalaciones. Alberto era sobrino de Julietta y había conseguido el trabajo por mi recomendación, y yo por la de su tía. Su agradecimiento rozaba límites insospechados, casi comparables con su insistencia en salir a cenar conmigo.

—¿Qué tal el Foster, Eva? ¿Vendrás por fin a cenar conmigo? —Hoy realmente tenía la guardia demasiado baja...

Suspiré sin sonreír, dejándome llevar por las palabras de mi amiga.

Últimamente, había una línea muy delgada entre *Miss Simpatía*, la abuela del bajo, y yo misma.

—Bueno, ¿qué te parece si me invitas a desayunar cuando terminemos el turno?

—acepté.

—Eso está hecho, preciosa. Voy a bajar ahora, el jefe me ha llamado. Avísame desde el timbre del ascensor cuando termines, ¿de acuerdo?

—Ok. —Le hice un gesto con el pulgar.

—Y ten cuidado con el Ogro, no se ha marchado aún...

—Otro que se ríe hoy de mí, ¡vaya día!
¿De verdad te tienes que ir?

—Volveré en cuanto hable con el jefe
—prometió.

Casi le lloré, pero finalmente asentí con la cabeza sin más remedio. El Ogro y el Dandi eran la misma persona para el personal de la Torre. Para nosotras Oliver Okley era el tipo más guapo y atractivo que cualquier mujer pudiera conocer dentro y fuera de las revistas de moda y cotilleos del país y parte del extranjero. Solo por debajo de Ryan Gosling, por supuesto. Para los compañeros era un ogro desagradable, seco e insoportable que nos traía a todas babeando. Aun así, sabían que estábamos a salvo, el señor Oliver

Okley, propietario de Okley Recording and Films, era un excéntrico y salvaje animal del sexo de alto standing: masculino y femenino. Hijo de un matrimonio norteamericano afincado en España desde hacía dos décadas había asumido la presidencia de la empresa con la friolera de veintitrés años, convirtiéndola en un referente europeo a nivel musical y cinematográfico. Al menos, esa era la historia que había trascendido a los medios. Todo personaje más o menos famoso que pasara por la Torre, visitaba la sala de *esparcimiento-entretenimiento* de Mr. Okley. Estos eran los escabrosos detalles que trascendían, en el Petit Comité, dentro del edificio.

Francamente, demasiado elitista e insoportable para ser de este mundo. Sexualmente escandaloso y visualmente demasiado hermoso. Como jefe, insufrible.

La planta duodécima del edificio tenía más de quinientos metros cuadrados entre oficinas, salas de espera, comedores y salas de reunión. Sin olvidar los aposentos del Ogro. Esperaba tener suerte y que aún estuviera dentro, así tendría que pasar de largo y me libraría de limpiar los restos de sus encuentros carnales. Aunque era bastante cuidadoso al respecto, solo imaginar lo que podían haber hecho allí dentro me provocaba

escalofríos y sobrecalentamientos. Una no es de piedra; ese olor a sexo... mmm... qué recuerdos tan lejanos. Durante mi turno solo realizábamos un repaso y la reposición de enseres en los aseos y offices, así que solía permitirme mimar un poco a mis niñas. Ni quince jardineros las consentirían como yo. En el gran recibidor contaban con dos enormes Costillas de Adán que agradecían cada uno de mis mimos. Varias kentias y ficus completaban la estancia. Pero mis mimadas eran las orquídeas del despacho del Sr. Dandi, el Ogro. ¿Qué pensaría si nos escuchara llamarle así? La puerta de la sala del sexo estaba cerrada, así que deduje que no habría nadie en el despacho y entré

sin llamar. Estaba pulverizando las raíces cuando una explosión seca retumbó en toda la planta. Nunca había escuchado un sonido así antes, pero supe de inmediato, que se trataba de un disparo. Lo siguió el sonido de una puerta al cerrarse demasiado fuerte. Me escondí en el aseo personal del despacho. ¿Por qué? Supervivencia, supongo. Por la rendija abierta, pude ver a una mujer alta y semidesnuda con un arma en la mano. Impávida y sin aliento, no pude quitar mis ojos de ella. La chica entró con los ojos muy abiertos y las manos temblorosas. Dejó el arma sobre el escritorio de cristal, el material chirrió por el roce del metal. Se recompuso la ropa y el pelo mientras

forzaba un par de cajones y acababa abriendo uno de los archivadores ocultos tras las láminas de la pared. Lo último y más chic en el diseño de oficinas de gente importante, cómo no. Ella sabía bien lo que estaba buscando. Sacó varias carpetas de color manila y las metió en un bolso enorme que aún no sé de dónde sacó. Volvió a coger el arma y la contempló durante largos segundos. Yo contuve la respiración. Después, sencillamente se dio la vuelta y salió bamboleando su trasero y su rubia melena a la espalda. Como si no llevara una enorme pistola en el bolso y como si no acabara de dispararla. ¡Mierda! ¿A quién habría herido? En aquella planta solo había alguien más.

Temblando más que Bambie en la peor escena de la película, llevé mis pies hasta la puerta del despacho y escuché el timbre del ascensor al cerrarse las puertas. O la tipa se había largado o Alberto había vuelto. No escuché voces, así que un minuto después decidí que se trataba de la primera opción. La noche se había convertido en la escena de un tráiler de 007, me temblaban las rodillas, pero aquí estaba yo, ¡decidida a rescatar al señor Ogro! Aunque también podría aparecer Daniel Craig atravesando el ventanal y sacándome del edificio en su súper helicóptero. En fin. Se supone que cuando eres la heroína no tienes que tocar antes de entrar, así que... entré sin llamar. Mala idea.

Un tipo desnudo daba vueltas por la habitación, maldiciendo una y otra vez mientras se tiraba del pelo y se apretaba la cabeza con las manos. La habitación, aún en penumbra, no contaba nada sobre lo que había sucedido. La tenue luz de la ciudad que iluminaba aquella planta perfilaba un cuerpo espléndido. Su abdomen y su pecho expandido por la furiosa respiración lo hacían digno de cualquier portada de revista. Yo la compraría para guardarla bajo la almohada. Fijo.

El aire estaba muy cargado, como siempre. La cama alborotada y la ropa esparcida por el suelo. Olía a colonia de hombre y a..., olía a sangre. ¡Di algo, mujer!

—¿Señor Okley, se encuentra bien? ¿He oído...? —hablaba al suelo, no podía mirar a mi jefe desnudo mientras él se percatara de que lo hacía. Por cierto, aún semiempalmado.

—¡¿Qué cojones haces tú aquí?! —Si su voz era furiosa, su mirada glacial—. ¡Fuera!

El idiota estaba herido. Tenía un agujero de bala en el abdomen derecho, y apostaría que estaba en estado de shock, porque no se había dado ni cuenta.

Quise abrir la boca para decírselo, pero ante sus nuevos improperios lo dejé solo. Esperé detrás de la puerta unos segundos, hasta que su cuerpo se desplomó.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis,

siete... —Sus huesos dieron en el suelo con un golpe tan brusco como merecido, por imbécil.

De vuelta a la *habitación del sexo*, las sensaciones me golpearon otra vez, ¡qué olor! Lo subí a la cama como pude, mientras esperaba la llegada de Alberto o alguien de seguridad. Las cámaras deberían de haber recogido algo. El sonido de un disparo no se pierde entre la oscuridad y el ladrillo. Ya en la cama, le puse un pantalón de chándal que estaba harta de colocarle en uno de los cajones cuando subía desde la lavandería. Eliminé tentaciones y, de paso, alimentaba mi lista de buenas acciones, guardándome para mí el mal rato de soñar con ese adonis el resto de

mi vida. Del baño, cogí una toalla y le presioné la herida que, si la comparamos con los agujeros de bala que acostumbramos a ver en televisión, casi no sangraba. Me preocupó que la hemorragia fuera interna y seguí presionando durante unos minutos. No quería dejarlo solo y mucho menos que se desangrara entre mis manos. Quedaría fatal en mi currículum. Vaya desperdicio, con lo bueno que estaba y lo gilipollas que era. Miré a mi alrededor buscando un teléfono o algo... —No hay —susurró tembloroso recuperando la consciencia—, no hay teléfono, no quiero... que molesten aquí. —Le ha servido de poco hoy. —Se me escapó, juro que si lo hubiera pensado,

me habría callado. El Ogro gruñó como un animal enfadado.

—Tampoco hay cámaras. —¡Por eso no venían! Lo miré espantada—. ¿Puede sujetar aquí?

Acercó su mano hasta la herida queriendo hacer en ella la presión que le pedía. Era evidente que empeoraba por segundos y estaba a punto de volver a perder el conocimiento, así que corrí como alma que lleva el diablo hasta el ascensor y comencé a llamarlo con insistencia. Hice sonar tantas veces el timbre interior que el sonido se me metió dentro, como una vibración constante. Esperaba que Alberto captara mi inquietud. Al volver a la sala del sexo, ahora sala del despacho, mis

peores pronósticos se cumplieron.

—¡Señor Ogro! ¡Señor Ogro! ¿Me oye?

—le gritaba mientras sacudía

insistentemente sus mejillas—. ¡No me

importa vaciar sus condones de la

papelera, pero no se muera! ¡Hoy no,

Ogro lindo! ¡Eh! ¡Señor Okley! ¡Oliver!

¿Quieres responderme de una maldita

vez? Le prometo que le traigo las

chuches esas que tanto le gustan.

¡Hombres, jamás hacen lo que les dices!

Como no sabía muy bien qué hacer,

acerqué mi oreja a su nariz y, al notar

que su respiración era muy débil,

comencé los ejercicios de reanimación

cardiopulmonar. De algo me tendría que

servir el primer año de Enfermería.

Cuando Alberto llegó también maldijo

—qué raro— y continuó con los ejercicios, mientras esperábamos la llegada del 061. Para entonces, ya estaba lo suficientemente asustada para coger la mano del jefe entre las mías y susurrarle palabras más suaves, incluso cariñosas.

—Vamos, campeón, no te rindas. Es el momento de dar otro empujón. Respira, respira. Hazlo por mí. Así, muy bien. Buen chico. Escúchame, escucha mi voz y no te vayas. Quédate conmigo, Oliver, quédate conmigo, por favor. Quédate a este lado.

Mis esfuerzos se vieron recompensados con un apretón en mi mano que se sostuvo hasta que desapareció dentro de la ambulancia. Desolada, cerré los ojos

cuando las sirenas iniciaron una carrera veloz. Un séquito intermitente, naranja y azul, franqueaban la línea entre la vida y la muerte. Igual que el día que Mario murió, exactamente igual. Con mis recuerdos y el vacío, volví a casa en un taxi; sin desayunar con Alberto, sin Carlos y sin Mario. En casa, recordé mi cama de princesa y me metí en mi viejo colchón, con un rollo de papel higiénico y un par de pastillas para dormir. En noches de añoranza y soledad, lejos quedan los sueños de princesas, las esperanzas y las historias de lacitos, flores y corazones.

Mario fue mi novio durante tres años; murió en un accidente de tráfico en 2009. Tras salir a tomar unas copas con

nuestros amigos, me había dejado en casa a las tres de la madrugada. A las cinco recibí una llamada de los Servicios de Emergencias, mi nombre era el penúltimo en su lista de llamadas. El último era el de su acompañante, una tal Sofía que había recogido en algún lugar después de dejarme acostadita en casa. Lloré su ausencia y lloré su traición a partes iguales. Poco tiempo después me di cuenta de que también había llorado mi muerte y la de mi confianza en los hombres, en las relaciones y en el amor de pareja en general. Sería una princesa sin príncipe. Tampoco podía ser tan malo. Ni sería la primera ni sería la última en este mucho de locos.

Capítulo 2:

Tomar el toro por los cuernos, por enésima vez

*Con trabajo o sin trabajo, una mujer tiene tope a la hora de compadecerse.
Límite 48 horas.*

Hay veces en las que cuesta mucho levantar la cabeza y hay otras en las que sencillamente la dejas abajo hasta que alguien viene a rescatarte. En esta ocasión, Julietta llegó a casa a las siete de la tarde, casi dos días después del incidente en las oficinas. Aún no había

llevado nada sólido al estómago ni me había duchado ni lavado el pelo. Una ola de decadencia y autocompasión me rodeaba, tan pesada, que la cama era el único lugar posible para cargarla.

—Eh, pequeña, estaba preocupada por ti... —Yo solo restregaba el rostro en mi almohada—. He llamado varias veces y al no contestarme, he decidido entrar con mi llave, ¿qué pasa? ¿Por qué estás así?

—Así, ¿cómo? —bufé, ¡qué bien se me daba hacerlo!

—Hecha un desastre, Eva.

Y como una mamá gallina comenzó a picotear a mi alrededor colocando cada cosa en su lugar. Corrió las cortinas, tiró de las mantas y abrió la ducha mientras

tiraba de mí fuera de la cama. El agua fría me sentó francamente bien y en lugar de maldecir, la bendije. El agua pegaba el pelo a mi piel a lo largo de la espalda. Una fuente se dejaba caer desde mi nariz hasta el suelo, y allí estaba él. El Ave Fénix. Recordándome que mirar al suelo era el primer paso para levantar la cabeza. Recorrí las curvas del tatuaje con la mirada dejándome guiar de nuevo hacia delante. Fuera, mi gallina Caponata esperaba paciente.

—¿Mejor?

—Mucho —le contesté, ya con mi humeante café en la mano y el sonido de la lavadora nadando en la habitación.

—Alberto me lo contó. Tu jefe está

bien, dice que ha preguntado por ti. Sé que tuvieron que ser unos momentos difíciles pero no es normal que reacciones así. Esta no eres tú, Eva. Dime de una vez qué está pasando. Le conté todo sobre Mario sin derramar una lágrima más. Mi pena se iba convirtiendo en coraje por el injusto equilibrio de la vida. Siempre me tocaba estar en el momento equivocado, en el lugar equivocado. Cuando mi madre se suicidó, cuando Mario murió, cuando Julietta encontró el cadáver de Carl y cuando disparaban a mi *simpático* jefe Dandi el Ogro. Ahora, encima, posiblemente no tuviera trabajo. Sobre todo, después de abofetearle y gritarle que era un ogro mientras se

desangraba. Qué detalles tienes, Eva, para darte un premio a la empleada del mes. No podréis decir que mi monólogo interior no hace autocrítica.

—Deja de ser una niña inútil, Eva. Tu hermana está preocupada. Alberto me llama cada dos horas y tienes dos ramos de flores en el descansillo del bloque. El buzón está lleno de facturas y mañana es el cumpleaños de Leticia. Además, si no me equivoco debes entrar a trabajar en tres horas y... ¡No puedes perder el trabajo!

—Dicho así, me dan unas ganas terribles de volver a la cama, Julietta.

No sabía qué opción era más apropiada; reír o llorar. Ironía pura y dura.

—No tienes tiempo para eso. Ten,

Alberto trajo a Carlos ayer por la mañana.

Me entregó las llaves y comenzó a revolver en el armario, eligiendo la ropa para salir.

—¡No me voy a poner eso!

¿Flores vaporosas? Para eso estoy yo hoy...

—Sí, lo vas a hacer. No hay nada que suba más el ánimo a una mujer que un bonito vestido, unos tacones y un brillo labial. Te quiero lista en diez minutos. Tienes que llevarme al restaurante; he dejado solo a Luis.

Esta mujer se había convertido en una verdadera madre para mí, mi mejor amiga y mi mayor apoyo en pocos meses. Esa noche también había llorado

a mi madre pero de eso no quería hablar. De eso no. Ahora debía recordar lo positivo y jugar con la balanza para que la suerte se inclinara a mi lado por una vez. Supongo que la vida puede ser como una partida de parchís: todos tenemos las mismas fichas, pero los dados siempre tienen la última palabra. Bueno, los dados y mi mala cabeza que siempre olvidaba comerme las veinte. Las flores las habían enviado desde las oficinas Okley con una sola nota: «Gracias por su discreción». Lo que yo interpreté como: «no abras el pico o te vas fuera», y yo obedecería fervientemente.

Como no me quedaba otra, he ahí la principal causa del principio de

movimiento continuo; llevé a Julietta al restaurante, recogí el regalo de mi sobrina y hablé con mi hermana. Nada de lo ocurrido había trascendido a los medios. Alberto me contó que el Ogro había hecho instalar un sistema de seguridad independiente para su despacho meses antes. Por eso el equipo de la Torre ImPossiTion no había tenido constancia de lo sucedido hasta que yo di la voz de alarma. Por su parte, habían recibido un acuerdo de confidencialidad de los abogados de Dandi el Ogro a la mañana siguiente. Todos habían firmado tras incluirse algunas mejoras en el convenio con la empresa. El dinero puede tapar muchas bocas y una buena clínica privada a unos cuantos

kilómetros de distancia convertiría su recuperación, tras ser tiroteado, en una escapada a Egipto, una isla paradisíaca o a saber qué. Los detalles que había dado a Julietta no se correspondían mucho con la realidad. Por mi parte, tenía varios mensajes de voz de un tal señor Robertson, abogado. No era difícil adivinar para qué.

—¿Señorita Molina?

—Sí, dígame, soy yo.

¿Me darán el finiquito por abofetear a un moribundo? Bromas tontas en respuesta al estrés, esta soy yo en estado puro.

—Le llamo desde la oficina de Recursos Humanos de Ginger Mantenimientos, nos gustaría que se pasara por las instalaciones lo antes posible.

Sé rápida, Eva.

—Si me llaman por el Acuerdo de Confidencialidad, no hay problema, acabo de recogerlo del buzón y lo firmaré inmediatamente.

—No sé nada al respecto, señorita Molina, ¿cuándo podría pasarse?

—Bueno, tengo que incorporarme a mi turno en la Torre en una hora, así que tendrá que ser mañana —tanteé.

—Eh, señorita Molina...

—Eva, por favor.

—Bien, Eva, no es necesario que se presente a su turno esta noche, mejor venga directamente a la oficina.

¡Oh, mierda! ¿Realmente habría hecho eso el cabronazo? ¡Le salvo la vida y me despide! ¡Para que después digan que

las buenas acciones no tienen su recompensa! ¡Maldito hijo de ...! Suerte que empecé a gritar después de colgar el teléfono. Me fui en busca de Carlos y en diez minutos estaba entrando en los sótanos de la Torre. Con paso firme y realmente furiosa, irrumpí en una sala con siete hombres trajeados. Entre ellos Oliver Okley, un poco más pálido y con bolsas oscuras bajo los ojos, pero igual de atractivo. Mis ojos centellearon verdaderamente rápido entre el alivio por verlo sano y salvo y el coraje por la situación en la que me encontraba en ese momento. Las flores vaporosas cumplían su labor a la perfección. Ni siete trajes juntos me torearían... ¿o sí? No podía perder mi trabajo.

—Tome asiento, señorita Molina.

El hombre de mayor edad inició la conversación.

—Eva, por favor —espeté.

—Bien, Eva, soy Benjamín Robertson abogado de...

—Sí, lo sé, escuché sus mensajes.

—¿Puedo preguntarle por qué no me ha devuelto las llamadas?

—Claro que puede —afirmé mientras pasaba la mirada sobre cada uno de aquellos hombres, a excepción del famoso jefe.

—¿Y bien? —insistió.

—Puede preguntar, pero eso no quiere decir que yo le vaya a contestar.

Lo reté, tengo tendencia a ver ataques personales en los buenos días del

panadero. Otro joven con un traje mucho más caro que el abogado tomó el control de la conversación. Apostaría a que por dentro se estaba muriendo de la risa por mi contestación a don Abogado.

—Bueno, Eva... creo que entenderá que todo esto nos pone en una situación delicada.

—A mí no, fue a él a quien dispararon.

—Señalé con la cabeza al adonis de rayos x que me estaba digitalizando con su mirada.

—Solo necesitábamos corroborar que contamos con su discreción.

Lo soltó como la dependienta que dice el precio de los yogures: «cinco con cuarenta y nueve, por favor».

—¿Me van a despedir?

Joder, Eva, no parezcas tan desesperada...

—No, que yo sepa.

—¿Y quién lo sabe?

El tipo se giró hacia el jefazo y este elevó la comisura de sus labios en una cómplice sonrisa. Los movimientos de su cabeza no me pasaron desapercibidos y mi cuerpo se relajó tanto que me sujeté a la mesa para no caerme. Menos mal.

Era un buen trabajo.

—Firmaré lo que sea.

Las cejas del jefazo se arrugaron.

—Bien, lea esto detenidamente y...

—No es necesario —interrumpí—, tengo muchos defectos, pero la indiscreción no es uno de ellos.

Alargué mi mano hacia él, pidiéndole un

bolígrafo y fue el propio Oliver quien se acercó para ofrecerme su pluma. Se trataba de una pieza de plata con un labrado artesanal realmente hermoso.

Era una pieza antigua, posiblemente, del siglo pasado y a pesar de ser pesada, estaba perfectamente equilibrada. No era la primera vez que la admiraba. No podía negar mi fascinación por todo lo antiguo. Firmé en trepecientos lugares marcados con una equis y, cuando levanté la cabeza, seis hombres habían salido haciendo fu como el gato.

—No he tenido ocasión de darle las gracias.

Nunca pensé que fuera de esos hombres que sujeta la mirada cuando te habla. Tampoco había visto nunca sus ojos

desde tan cerca y, por supuesto, tampoco habían reflejado mi rostro en otra ocasión. Me recordaban a un león: inteligente, controlador y prepotente. El rey de la selva. El dueño de todo, cien metros a la redonda. A regañadientes, retiré mis ojos de los suyos para ver que me estrechaba la mano en un gesto cordial.

—No hay de qué, señor Okley.

Qué manos tan suaves tenía.

—¿Ya no soy, señor Ogro?

¡Mierda! Casi me sujeto los ojos para que no se me salgan de las órbitas.

—¿Perdón?

Ante la duda, «esa no era yo» como Marujita Díaz. «Yo no dije eso, usted está confundido».

—Siéntese, me gustaría hablar algo con usted.

Esto no me gustó nada. Habla de una vez, ¡por Dios! No me senté por si tenía que salir corriendo. Él tampoco lo hizo.

—Dígame.

—Estás muy tensa.

—¿Le extraña?

—Bastante.

—Es el jefe de mi jefe...

¿Esto era una conversación cordial?

—Me has salvado la vida y... ¿piensas que te voy a despedir?

—Solo sé que me han llamado para que no viniera a trabajar esta noche...

«Y tiene muy mala fama, o gr... adonis», esto lo pensé, no lo dije, claro. A veces sigo ese orden. Primero pienso y luego

hablo. Pero solo a veces.

—¿Te gusta tu trabajo?

—¿Dónde va a ir a parar esta conversación?

—A ningún lado si no quieres participar en ella.

Su voz era melodiosa pero tajante, se estaba enfadando.

—Es que no quiero, ya he firmado y no diré nada sobre lo que usted hacía allí, tampoco me importa. Deduzco que no ha presentado ninguna denuncia porque la policía no me ha buscado y puedo olvidar a esa mujer si usted lo ha hecho.

—¿La viste? ¿A la mujer que me disparó? —asentí.

Esta sinceridad mía me iba a costar cara algún día.

—No lo sabía. —Se movió rápido y me resultó obvio que aún estaba bastante dolorido pues se esforzó en ocultar el dolor girándose hacia las ventanas—.

¿Ella te vio a ti?

Bueno... qué tensión. Esa mandíbula, jefe, le va a estallar.

—Obvio no, estoy viva y no tengo un agujero en el abdomen.

Con mi mirada le hice saber que se había delatado ante mí. Me devolvió una sonrisa que derretiría la mismísima Antártida.

—¿Siempre dices lo que piensas?

—Cuando no pienso lo que digo, sí. —

Ambos sonreímos. Ahora eres más Dandi y menos Ogro. Mmm—. Se llevó algo del despacho, sacó unas carpetas

de uno de los armarios de la pared.

Su mirada se hizo aún más intensa.

—¿Recuerdas de cuál?

—Podría mostrárselo.

En unos minutos, el comité trajeado estaba coordinado para subir a la planta Okley. A aquellas horas extrañamente libre de personal.

El trayecto en ascensor hasta la planta fue tan incómodo como largo. El silencio solo se interrumpió con la sonrisa irónica y burlona de la oda a la masculinidad de pie a mi lado.

—¿Qué es tan gracioso? —le solté cuando ya no pude aguantarme más.

—Solo pensaba en que no has contestado ni a la mitad de mis preguntas. En realidad, ninguna

relacionada contigo directamente.

—¿Y eso le resulta gracioso? La mayoría de los hombres que conozco lo detestan —bromeé. Ahora fui yo la que no pudo sujetar una sonrisa victoriosa.

—¿Conoces a muchos hombres?

Le miré estupefacta... ¿estaba bromeando?

—No pienso contestar a eso.

—¿Ves lo que te decía?

Ya no sonreía, su rostro se enfrió hasta el hielo. Justo después de sonar el timbre del ascensor y antes de que las puertas se abrieran...

—Yo no soy la mayoría de los hombres.

—Desde luego —susurré a la vez que escapaba del reducido contenedor de testosterona.

Sin mirar atrás, llegué hasta el despacho. Olía a cerrado y nadie había subido las cortinas desde el miércoles y estábamos a sábado. ¡Eso no se le hacía a mi orquídea! Inmediatamente le puse remedio.

—¡Pobre Alexandra! No se ha acordado nadie de ti. Verás cuando vea a Cata, me va a oír.

Sí, también pienso que las plantas se merecen un nombre, una canción, unas palabras de ánimo...

—Seguro que Alexandra se alegra de verte.

Su voz quemó mi nuca directamente desde sus cuerdas vocales como un tsunami arrasador. ¿Cómo un susurro puede ser tan caliente? Este hombre

podría volverme loca, literalmente. Inspiré sin saber muy bien por qué y me abracé a mí misma, sobrecogida por los escalofríos que recorrían mi cuerpo desde la cabeza a los pies. Se apartó de mí y tuvo lugar una conversación algo irreal para mi sorpresa.

—Nadie ha podido entrar aquí desde la otra noche. Siempre supe que había algo especial en esa flor. Es la única que he conocido y que ha florecido tres años seguidos. En casa no duran ni seis meses. Marga me regaña cada vez que las compro. También cuidas del resto de las plantas, ¿verdad? —Yo asentí estupefacta—. Irónico que Eva cuide de Adán, ¿no te parece? Al no tener respuesta...

—¡No soporto que me mires así! —
gruñó. Guau, esto sí iba más acorde con
el jefe. Por una vez conseguí seguir
callada.

¿Cómo no lo iba a mirar así? Estaba
sorprendida por la familiaridad de sus
comentarios, ¿de verdad estaba
hablándome de macetas? Era como
verlo por primera vez. Unos esbozos de
sensibilidad asomaban de sus palabras
con la voz de un encantador de
serpientes, engañoso y cautivador. Un
cordero disfrazado de lobo o un lobo
con piel de cordero. Con la decadencia
de su voz encendió todas mis alarmas
pues, quizás, no solo de los ogros deben
protegerse las princesas. Deshaciendo el
embrujo de su mirada, retomé el control

como cualquier mujer práctica, taconeando con mi vestido de flores hasta el armario del que la rubia había sacado las carpetas.

Narré a los presentes todo cuanto ocurrió allí, con lujo de detalles. Lo cierto es que pretendí sacarle los colores al jefe delante de su séquito, pero ninguno se inmutó, siendo yo la única avergonzada por mi ingenuidad. Antes de acabar, dos de los trajes-con-hombres-dentro, de la anterior reunión, estaban comprobando todos los archivos. Sin poder averiguar nada para dar carnaza a mi curiosidad, el Ogro me agarró del brazo y me sacó del despacho.

—Es mejor que te mantengas al margen.

—Un poco tarde para eso —murmuré.

—No demasiado, me alegra que vuelvas a dirigirme la palabra —concluyó mientras sacaba un teléfono del bolsillo de su chaqueta que acababa de comenzar a vibrar.

Cansada de esperar, por su larga conversación monosilábica, decidí visitar la orquídea blanca gigante de la sala de esparcimiento de mister Ogro me sobra la testosterona y la irradio en onda corta. Fue otra de esas ocasiones en las que me maldije por no haberlo pensado dos veces.

El espectáculo en la sala era dantesco.

No reconocía nada de esto a pesar de que, posiblemente, había sido una de las últimas personas en salir de allí la

madrugada del miércoles al jueves. Todo estaba exactamente igual de horrible. Me comenzaron a temblar las manos. Los sofás estaban fuera de lugar, la cama totalmente alborotada. El olor a sangre seca, antiséptico y látex cargaba el ambiente. Las alfombras blancas estaban salpicadas por gotas y rastros de sangre oscurecida. El suelo gris cubierto de gasas sucias, guantes, envoltorios de plástico, botes vacíos, vendas... un auténtico campo de batalla que guardaba infinidad de semejanzas con el estado del asfalto cuando la ambulancia se llevó a Mario. Los stores también cerrados y la gran orquídea blanca en el suelo eran un ejemplo claro de que, a veces, la trascendencia de los sucesos

escapa a nuestro control. Toda la tierra se había desparramado, las flores estaban marchitas y algunas hojas tronchadas, todo ello en un desperdicio antinatural de la madre naturaleza. Y temí lo peor. Cuando necesitas de otros para levantar la cabeza, no suele ser un buen síntoma. En cualquier momento puedes volver a caer.

Como pude y sin saber por qué, saqué un par de bolsas de uno de los cajones del armario del gran baño de la suite e hice de mi profesión la solución. Con dos tirones quité las sábanas y las mantas de la cama, con lo que varios botes de lubricantes de sabores salieron despedidos, desapareciendo en la hecatombe del suelo. Las lancé a la

esquina más cercana a la puerta. De rodillas comencé a recogerlo todo, arrojándolo con violencia dentro de la bolsa.

—¿Qué narices estás haciendo, Eva? Por un momento me congelé ante la autoritaria voz del Ogro.

—Si no hay denuncia no hay pruebas, ¿no?

—No. —Fue su escueta respuesta tras largos segundos de meditación.

—En ese caso estoy haciendo mi trabajo.

Volvió a desaparecer por la puerta y yo continué exorcizando mis fantasmas. El único problema era que cada vez mis manos estaban más sudorosas y frías. Las gasas y los plásticos se adherían a

mi piel, impregnándola con extraños restos. Mi respiración era cada vez más superficial, alternándose con poderosas punzadas en el pecho. Maldita sea, estaba teniendo un ataque de ansiedad de manual. Mi corazón siguió convulsionando casi ajeno a todo mi alrededor. El Ogro volvió, me observaba desde lejos. Lo sentía allí, moviendo nervioso sus manos, llevándolas desde el pelo a los bolsillos del pantalón de su carísimo traje. Un buen rato después, cuando toda la estancia olía a lejía y lavanda, me encontraba exhausta, emocionalmente agotada y con todo el cuerpo dolorido. En algún momento, mis rodillas y mis manos habían recibido cortes de

cristales y, los productos químicos de los limpiadores, los habían convertido en pulsantes quemaduras.

Rompí a llorar como una niña pequeña frente a los restos esparcidos de la orquídea, dando un interesante final al espectáculo más bochornoso de mi vida. Solo entonces, unos enormes brazos me envolvieron y yo me aferré a ellos como a los restos de un naufragio. Por primera vez en años me permití el consuelo de un refugio, llorando desconsolada por los recuerdos que ni el mayor esfuerzo podría borrar. En los cuentos no es extraño que las princesas sean rescatadas, lo inusual es que los caballeros sean ogros de noble armadura.

Capítulo 3

Caída

Porque eres mi Shrek. Pero yo no soy tu Fiona.

¡Mierda! ¡Mierda! Para variar había escogido el peor momento para caer y la más inesperada de las compañías.

Acurrucada. Indefensa. Tras mis veinte minutos de decadencia, me levanté como un resorte.

—Lo siento —me disculpé. Pero ese pellizco seguía ahí, empujando el corazón hasta la garganta.

—¿Qué sientes?

Su voz salió en un suspiro.

—Ser una idiota.

—¿Eres idiota?

—Lo eres si te comportas como una y eso es lo que yo acabo de hacer.

Tiraba de mi vestido, intentando cubrir lo que no había tapado nunca. Me moría por mirarle, pero no lo hice.

—No me has parecido una idiota en ningún momento.

—Eso es porque no sueles estar rodeado de ellos.

Fue lo primero que se me ocurrió, para variar. Encima lo iba a tener que convencer. ¡Manda narices!

—Créeme, sí lo estoy.

Un sonido de exasperación se le escapó,

a lo mejor sí que lo sabía.

—Mejor me voy —dije mientras miraba los restos de la orquídea desparramada.

—Llévatela, estará mejor contigo que aquí.

—¿La orquídea? No me gustaría que se muriera en mi casa.

—Si yo fuera ella preferiría morirme en tu casa que en este lugar. Si tiene alguna posibilidad, será contigo, todo lo que está cerca de mí acaba destrozado.

Salgamos de aquí de una vez.

Su expresión mientras recorría el salón con la mirada era de asco y

exasperación. Me intrigó en demasía.

Era su sala del sexo, debería de tenerle más aprecio. Mi reacción no pasó

desapercibida para él que se arrancó en

decididos pasos hacia uno de los jarrones que decoraban la sala y, con cuidado, metió dentro los restos de la planta.

De nuevo me agarró del brazo y me sacó de la habitación, ¿de verdad el Dandi había dicho eso? Cata no creería nada de esto... bueno, de todas formas no se lo podía contar. Me soltó el brazo delante del ascensor y me dejó sola para hablar con uno de los hombres trajeados que aún pululaban por la planta. Cuando volvió me entregó el gran jarrón y me indicó que había un taxi abajo para llevarme a casa, yo no tuve ocasión de rechazarlo. Cuando me giré dentro del ascensor para despedirlo lo vi desaparecer en su despacho. La puerta

se quejó por la fuerza con la que la cerró.

Abajo, en el gran hall de la Torre, el segundo hombre con el que había hablado en la reunión se presentó como Ignacio Funes, asistente personal de Oliver Okley, alias Ogro tiroteado. Menos mal que estas cosas no las decía en voz alta. El hombre tenía la cabeza dura como el hormigón y me costó horrores convencerlo de que había llevado mi propio vehículo y no precisaba el taxi que su Gran Jefe había ordenado para mí. En su momento, supuse que estaba cuidando de su trabajo al asegurarse de que los deseos del Ogro fueran satisfechos en su totalidad, así que cuando insistió en

conducir hasta casa para asegurarse de que llegaba sana y salva, consentí. En el fondo no deseaba discutir más, el ridículo con el jefe había sido suficiente para el día. Tras una despedida más que formal, el hombre desapareció de mi vista caminando y yo le deseé suerte para encontrar un taxi por esta zona. Me relajé cuando lo vi sacar un teléfono de uno de los bolsillos.

En casa, el contestador estaba lleno, Alberto había llamado tropecientas veces. ¿Y mi teléfono? Lo busqué en mi bolso y no lo encontré. Debía haberlo perdido en la sala del sexo durante mi vergonzoso y humillante ataque de pánico delante del superjefe. ¿Cómo iba a explicar en la empresa que tenía que

buscar mi teléfono allí dentro? Y dejarlo pasar era impensable, todavía estaba pagando el dichoso aparato como para tener que comprar otro. ¡Nacho! Le pediría a él que lo recogiera. Me asomé a la ventana y lo vi alejarse. Ni corta ni perezosa comencé a llamarlo a voces. Mejor que me llamen loca a quedarme incomunicada o tener otra letra a final de mes.

—¡Ignacio! ¡Nacho! —Nada, que no contestaba y me tenía que estar oyendo, mis pulmones eran de oro—. ¡Señor Funes! —Entonces, sí se volvió, que poca vida social debía tener este hombre si solo respondía al llamado de señor...

Le hice señas con la mano para que

volviera y abandoné la ventana para recoger las llaves y bajar a explicarle lo que había sucedido. Quizás, él sí podría acceder a la planta Okley sin dar demasiadas explicaciones. Pero cuando abrí la puerta, el hombre ya estaba allí, ¿cómo había llegado tan rápido?

Llevaba un arma en la mano y colocó su dedo índice delante de mis labios para pedirme silencio. ¿Es que todo el mundo llevaba un arma ahora? No lo podía creer. Mientras alucinaba, me colocó la mano en la boca y me sacó de casa. Yo pataleaba y mucho.

—¡Pero qué demonios le pasa!
¡Guárdese eso! ¿No lo habrá visto la abuela del primero, no? Me tiene fichada, como vea que suben a casa

hombres armados va a decir que soy una terrorista.

El hombre abrió la boca impertérrito.
—¿No hay un intruso ahí dentro?

Los colores me subieron tan rápido como los chichones a Shin Chan. El pobre había interpretado que necesitaba ayuda en casa y, por eso, había reaccionado así. Estas cosas solo me pasaban a mí. Segundo colapso del día y aún no eran ni las cuatro de la tarde.

Mientras me disculpaba con él, le ofrecí una cerveza y se debatió entre llamar a las oficinas para solucionar el tema de mi terminal o recogerlo él personalmente. Yo le agradecí cien mil veces más mientras me negaba a que me dejara su teléfono tras desviar a él todas

mis llamadas. Era demasiado, al menos, lo mantuve en casa hasta que el taxi, que yo misma había llamado desde el teléfono fijo, aparcó abajo y se marchó. Nacho había resultado ser un hombre muy agradable, algo mayor que Alberto, pero no demasiado. Bastante apuesto, seguro que a Cata le encantaría así le propuse que viniera a tomar unas cervezas con nosotros esa noche. Así podría agradecersele. Además recuperaría mi teléfono sin tener que cruzarme de nuevo con el Ogro. Esta noche podía ser perfecta para desquiciarme un poco. Desde luego lo necesitaba después de los decadentes días que había estado sufriendo.

Arreglé la orquídea como pude, cambiándole el sustrato y rescatando todo cuanto fue rescatable. Quizás se salvara después de todo. A lo mejor, Oliver llevaba razón y tenía más posibilidades de sobrevivir conmigo que en aquel tórrido lugar. Ese hombre me había dejado realmente inquieta. Era como una gran caja negra que ocultaba un bonito regalo, pero a pesar de que sabías que lo que había dentro podía ser lindo, el negro por fuera enturbiaba cualquier ilusión. Sus palabras hablaban de un hombre tan inteligente como devastado, sin esperanza a su alrededor, como si todo fuera insípido y vacío, con control y sin ilusiones. Una auténtica lástima. Ahora que lo pensaba, no nos

faltaban cosas en común.

El cumpleaños de Leticia fue tan horrible como cabría esperar. Mi padre me mostró tan poco aprecio como de costumbre, rastrillando sobre las cenizas que la muerte de mi madre me había dejado. Aferrándose continuamente a las virtudes de mi hermana e ignorando cualquier logro o éxito por mi parte. Mi hermana Adela se había casado con el hermano de Sofía, la chica que acompañaba a Mario la noche de su accidente. Así que allí estaba ella también, recordándome que tampoco él me había querido lo suficiente para no traicionarme. Desde allí fui directa al pub, decidida a

emborracharme como nunca y cometer errores que recordaría por siempre. Demasiado tiempo siendo responsable y correcta, siempre en el lugar adecuado para ser abandonada, rechazada o traicionada. Posiblemente, hoy aprendería a jugar en el bando contrario. No era una chica espectacular, pero solía gustar a los hombres; nunca me faltaban pretendientes. Esperaba conservar algunos de mis talentos. Todos estaban ya en el Seattle Pub. Ambientado en la ciudad norteamericana, sus paredes estaban decoradas con algunas de sus imágenes más famosas en series de factoría USA: Anatomía de Grey, Crepúsculo, Dark Angel o Fraiser. Nada más llegar, Cata

me agarró del brazo y tiró de mí hasta el baño. ¿Por qué todos se empeñaban en llevarme así a todos lados?

—¡Suéltame, Cata!

—Eva, ¿estás bien?

—¿Por qué me preguntas eso? —Estaba flipando.

—Porque no te veo desde el miércoles, en el trabajo dicen que te has cogido unos días de vacaciones.

¡Guau! Vacaciones por salvarle la vida al jefe y mantener la boca cerrada. ¡Ah!, y una orquídea moribunda. Que baratita le he salido.

—No me preguntes, Cata, solo tráeme una cerveza y ven conmigo a bailar, por favor. Tú, tú sabes quién soy y cómo soy... —Su cara me imploraba que le

diera más detalles—. Aburrida, amargada, demasiado responsable y siempre preocupada por todo y por todos.

—No seas tan cruel contigo, Eva, haces lo que puedes.

—Como todas, ya lo sé. Pero hoy necesito descocarme y explotar, reír tanto que mañana no lo recuerde, bailar descalza y gritar. Cata no sé hacerlo, necesito que tú me ayudes.

—Mañana te arrepentirás.

—Mañana tendré algo más en qué pensar además de autocondolarme porque ni mi padre ni mi madre ni Mario me quisieron lo suficiente.

—¿Quién es Mario? —Ahora no Cata, por favor. El mensaje mental llegó

directo. Me abrazó, me bajó el escote y me subió la falda. Sí, había logrado una buena cómplice—. Bien, necesitas olvidar y lo vas a conseguir. Yo me encargaré de ello.

Capítulo 4

Te arrepentirás cuando despiertes

Siento decepcionarte, pero es que tengo tanto derecho como tú a equivocarme. Considéralo una obligación, o peor aún, un reto personal. Nunca vi al ratón liberando el queso

Mmmm... esto era lo único que salía de mis labios después de las cervezas, el vodka y el tequila. Alberto siempre estaba a mi alrededor cual hiena dispuesto a recoger las migajas que la

fiesta y el alcohol despojaran. No sabía si esperar el momento en que moviera pieza conmigo o empezar a correr. Yo solo agarraba a Cata para que no me dejara sola y bailábamos juntas sin darnos cuenta de que nos estábamos convirtiendo en el centro de atención de todos los tipos del bar. Había sido demasiado fácil olvidar que era con fuego con lo que jugábamos. El vaso en mi mano siempre estaba lleno y no era consciente de quién era el responsable, pero seguía bebiendo más y más, rozando la inconsciencia. Un rostro conocido detonó la reacción exacerbada que desata la embriaguez:

—¡Nacho! ¡Nacho! ¡Hola, Nacho! ¡Pero qué guapo que estás! —saludé

plantándole un beso de bienvenida en los morros —. ¡Cata! ¡Ven! Mira quién ha venido. Nada más y nada menos que el asistente del dios del sexo, tiene un arma y seguro que sabe usarla muy bien... —Le guiñaba el ojo sin reconocer bien el límite entre la camaradería y el coqueteo.

—Verás, Eva, no he...

Eufórica, seguí moviendo las caderas mientras unas manos me rozaron la cintura.

—¿Dios del sexo? —Escuché entre risas y mis propias carcajadas.

—¡Sí! —contesté—. El supersexi, Oliver Okley, es el dios del sexo, también llamado el Ogro, el Dandi, el Dandi Ogro, el contenedor de

testosterona, el follador... ¿Sabes? —Le indiqué con la mano para que se acercara—. Tiene un apartamento entero para sus orgías sexuales, pero siempre huele bien; no sé cómo lo hace. ¡Ja! ¡Es un Dandi, así lo hace! —Reía, reía y reía—. El jefe... es oscu... ro... —Y después, imitando la voz de Dark Vader —: Yo soy tu jefe...

Puff que chorro de sandeces se dicen cuando estás borracha. Si el Gran Jefe me escuchara tendría vacaciones indefinidas. Joder, hasta esto me resultaba gracioso en estos momentos. En realidad, ya estaba de vacaciones y eso había que celebrarlo. Comenzó a sonar la nueva canción de M Clan y me encantaba, me daban unas ganas locas de

sexo al escucharla, así que agarré la mano en mi cintura y la llevé a la pista para convertirla en el centro de mis atenciones. Podría haber sido Ryan Crosling o Bud Spencer, lo habría llevado a la pista de igual modo. Cata debería estar por ahí, apretando algún trasero y yo ya había desperdiciado demasiado tiempo. Antes de levantar la mirada para ver el rostro de su dueño, una frase erizó el vello de todo mi cuerpo, y casi me quita la borrachera de un tirón.

—Estás muy habladora para haber firmado un acuerdo de confidencialidad. ¡Mierda! Me asusté. Oliver, esas manos eran de Oliver Okley. Pegué tal salto hacia atrás que tuve que volver a

agarrarme a él para no caerme. Lo miré a los ojos, comprobando una y otra vez cuán ebria estaba para ser capaz de invocar la proyección mental sobre el hombre más atractivo que había cruzado mi imaginación en toda mi vida.

—¿Ya no soy «el jefe sexy»?

—Sexy sí, queda por ver si sigues siendo mi jefe —dije, el alcohol te hace muy valiente.

—Juguemos a que solo soy Oliver y tú Eva.

¿Jugar?

—No se juega con tu jefe. Pellízcame, quizás es el momento de dejar de beber.

—Yo solo soy el jefe, de tu jefe, de tu jefe.

¡Ah!, ¡me pellizcó! Me dolió como si no

hubiera probado el alcohol en toda la noche, pero una sonrisa no podía ser más encantadora que esta, era imposible. Yo acepté, borracha y envalentonada.

—¡Hau! Tú jefe, de jefe, de jefe. Yo, Eva, princesa sin suerte.

Levanté mi mano y saludé con la palma hacia él. Un auténtico saludo indio.

—¡Hau!, Eva —me respondió dando un paso atrás. Bien, podía jugar a esto, ambos podíamos hacerlo.

No sabía con certeza si recordaría lo que estaba ocurriendo en este momento, pero no pensaba perder ni un segundo de la libertad que con tanto alcohol había conseguido. Existían excepciones en la vida y esta sería una de ellas. Había

tenido suficiente calamidad a mi alrededor como para lamentarme ahora de las decisiones de una noche de borrachera. Si Oliver Okley quería jugar, jugaríamos. Por todos es sabido que es un experto en si te he visto no me acuerdo, y yo ya había demostrado que sabía tener la boca cerrada. A pesar de haber mencionado el dichoso acuerdo, estaba segura de no haber dicho nada que lo incumpliera. Los chismes de la empresa eran de dominio público y sus motes se los había ganado él solito. Recordar el dichoso papel, me estaba volviendo loca, era inevitable que mi mente no volase hacia la literatura más actual del momento. Iba directa a la perdición.

— ¿Sabes que estoy borracha, verdad?

— Sí, Eva, lo sé.

— ¿Sabes que yo sé que no debería dejar que me besaras, verdad?

— Sí, Eva, lo sé.

— ¿Sabes que me muero por besarte?

— Sí, Eva, lo sé.

— ¿Sabes que puede que mañana no recuerde lo que suceda esta noche?

— Sí, Eva, lo sé.

— Quizás mañana lo lamente profundamente, pero quiero que me hagas lo que le hiciste a la rubia el otro día.

Ahí estaba, lo solté. Por favor, que no lo recuerde mañana, por favor, por favor, por favor. ¡Cata, rescátame! ¡Código rojo!

—Yo nunca te haría eso a ti, Eva.

—Prometo no dispararte. Ha sonado a «no te tocaría ni con un palo».

Reí, sosteniendo las manos en alto.

Su amplia sonrisa iluminaba todo el pub y sus carcajadas resonaban por encima de la música.

«Yo quiero estar contigo, como en un ritual, magia negra al filo, donde ya no hay vuelta atrás...»

La música, la música, maldita música. Maldito alcohol. Maldito Mario.

—¿Por qué estás así, Eva? ¿Por qué hoy?

—¿Por qué no estarlo? Además de jugar a que no eres mi jefe, ¿también jugamos a las verdades? Será en las dos direcciones, entonces.

Lo aferré por la camisa y lo pegué a mi cuerpo. Oliver, dubitativo, aceptó. Yo jugué.

—Porque no me quieren lo suficiente, solo por eso. Se van o me traicionan. Y porque no tengo suerte y porque si me quedo sin trabajo no tendré mi cama de princesa.

—Esas son muchas razones...

—Una por cada botella de la que he bebido, de esas de ahí.

Señalé el grupo de botellas que Marta, la camarera, había ido dejando sobre la barra.

—Creo que estás siendo un poco irresponsable esta noche —opinó.

—Eso es porque hasta ahora lo he sido demasiado. —Me apresuré a contestar

—. Además, creo que deberías de celebrarlo. No todos los días sobrevives a un disparo, vamos... que yo sepa, claro. Oh... Jefe de mi jefe, de mi jefe, de mi jefe, ahora que lo pienso creo que me debe un gran favor.

La lengua se me comenzaba a trabar y no era capaz de asegurar que las palabras que llegaban a mi boca, hubieran pasado cualquier tipo de filtro en mi cabeza. Tampoco podía saber si mi lengua era inteligible o no. Lo único en lo que no me equivocaba era en mis ganas de pegarme a su cuerpo y bailar...

—¿Sabes que si te vas a la cama con cualquiera de los hombres que hay aquí esta noche te arrepentirás, verdad?
Ogro llamando al poco raciocinio que

me quedaba.

—Solo hay una forma de que no me arrepienta de haberme ido a la cama con cualquiera de estos hombres esta noche —le hablé en el oído, empinándome y apoyada contra su espléndido pecho para alcanzarle—. Que me arrepienta de haberme ido contigo.

—Estás apostando en un juego peligroso, inocente Eva.

—¿Eres bisexual, verdad?

—Eso dicen.

—Eso no es una respuesta, señor Ogro. Acababa de echar a perder mi pregunta trampa.

—Deberá valerte. Ven, te sentará bien un poco de agua.

Sujeta por los hombros, me llevó por

todo el local ante la atenta mirada de un furioso Alberto que ignoraba a unos largos y delgados brazos que lo rodeaban, subiendo y bajando por su cuerpo. Era un tipo muy guapo. Me pregunto por qué no habría sido él quien despertara mis nostalgias más íntimas en lugar del Ogro. Tenía el radar roto para los príncipes, algún día debería reconocer que lo de ser princesa era solo un cuento. Alimentaría a la mujer esta noche, relegando las ensoñaciones románticas para las tardes de películas y palomitas. Es decir, para el resto de las tardes.

Pocos minutos después, estaba en un despacho insonorizado con papel pintado en color rojo sangre con ribetes

en tonos plateados. Un diván de piel gris delfín y un bureau de cristal flanqueado por varias sillas coloniales con un sillón a juego. De la nada apareció una enorme copa llena de agua y hielo hasta la mitad.

—Bebe.

—Bebo. —Sonrió.

La iluminación en la habitación era la justa para decir a gritos: nada de lo que pase aquí dentro debe salir. ¿Cuántos orgasmos habría presenciado ese diván? ¿Cuánta piel hacía falta para que el olor a sexo se camuflara? ¿Cuántas mujeres se habrían arrepentido de acabar en el picadero del Seattle Pub? Y peor aún... ¿Cuántas de ellas habrían tenido sexo con un ogro pervertido? ¿Alguna con

Oliver Okley? Para ese momento estaba sentada sobre el escritorio y mis cachas se abrían, aferrándose al frío cristal en un contraste tan intenso como inolvidable.

En lo que abrí los ojos, mi vestido estaba desparramado por el suelo, mis tacones pinchando sus glúteos y mis pechos en su boca. Maldije, al no haber saboreado la forma en la que habíamos llegado hasta aquí. Lo agarré del pelo desconfiando de mi propio criterio, quería asegurarme de que la persona que mis ojos veían y la que arañaba mi pezón con los dientes era la misma.

—¡Hau! Bala rápida —sollocé entre alaridos.

—No hables, odio que lo hagáis.

—Lo siento.

¡Eva! ¿Acabas de decirle que lo sientes? Algo va mal aquí. Y encima, gruñía como si mi disculpa también le molestara.

—Date la vuelta, espero que te guste que te follen tu lindo culito porque eso es lo que voy a hacer durante los próximos treinta minutos.

Con esta férrea confesión, me bajó de la mesa y me obligó a inclinarme sobre ella.

Antes de que mi mejilla se acostumbrara a la temperatura del cristal, tenía su mano hurgando dentro de mis bragas, expandiendo el suave fluido hacia delante y hacia atrás. Era excitante como el demonio. Me sentía como un angelito

espiando los pecados del infierno a través de un diminuto agujero en la pared. Probando la perversión que colapsaba con todo cuanto había imaginado para sí. Sintiéndome pecadora por ser humana y humana por ser pecadora. Tan sobria como confusa. Dos nalgadas fuertes en mi trasero me hicieron golpearme contra el filo del cristal y fue doloroso. Un empujón, desde el interior de sus pantalones, me recordó que no estaba sola.

—¿Quieres saber qué le hice a la rubia? La destrocé, Eva, todo lo que toco enloquece. Se ensucia tanto que no hay forma de volver atrás.

—No te creo —susurré, entregada al asalto de caricias al que estaba

sometiendo mis nalgas.

—Inocente Eva, estás mucho peor de lo que pensé. Demasiado perdida incluso para mí.

¡Oh, madre mía! Con su lengua recorrió mi columna vertebral desde la cintura hacia el cuello, rozando con ella mi mandíbula y la comisura de mis labios. A su vez, sus dedos se paseaban entre mis muslos ardientes.

—Será mejor que te vayas.

—¡Qué! ¿Ahora?

—Maldita sea, Eva, mírate y dime si te reconoces.

El silencio se prolongó lo suficiente para poderme concentrar en el vaho que empañaba el cristal delante de mi boca. Mientras, el aire enfriaba mis glúteos

calientes y doloridos por sus palmas. La saliva del sendero que había formado su lengua se reseca, fría y tirante, recordándome, además, que estaba desnuda. No, esta no era yo. Con toda la dignidad que pude reunir, me enderecé y busqué mi ropa. Todo lo que había bebido se estaba concentrando en mi estómago donde la vergüenza comenzaba a pintarlo todo negro. El vestido entró tan rápido como salió y sus manos me sorprendieron ayudándome a recolocar mi pelo y las costuras de la prenda.

—Con esta estamos en paz, señorita Molina.

—Se sobrestima señor Okley, su polvo no puede valer una vida, ni siquiera la

suya. Pero quédese tranquilo, no esperaba pedirle nada a cambio. No estoy tan desesperada.

Asombrada por tener la lucidez para articular palabra en una posición tan vergonzosa.

—Si esto es lo que le hiciste a la rubia, no me extraña que te pegara un tiro.

—Eso es un golpe bajo, Eva.

Escondió una carcajada. Cabronazo.

—Corre con las consecuencias, sabías a lo que te exponías igual que yo.

—Correré, correré con ellas. —El doble sentido no me pasó desapercibido —. ¡Recuérdalo! —me advirtió.

—Genial, señor Ogro, y no te molestes en quejarte, seguirás siendo el Ogro mientras esté de vacaciones.

—Estoy de acuerdo, Eva. —Y la sonrisa se le escapó de los labios.

—Por primera vez —acabé.

Ya estaba lista para salir de aquel lugar, pero me sentía atraída por nuestra divertida forma de discutir. Casi tanto como por la línea de vello que los primeros botones de su camisa dejaban entrever.

—Cena conmigo mañana, Eva.

¡Qué! ¿Qué acababa de decir?

—No repitas mi nombre en cada frase.

—Me gusta repetir tu nombre en cada frase. Cena conmigo mañana, Eva — insistió.

—Esto ya no tiene gracia.

—Hablo en serio.

¿De verdad? ¿Qué parte de lo que ha

ocurrido ha sido imaginación mía? La burla no estaba dentro de mi conversación.

—No te creo y yo, sí que hablo en serio. Acabo de jugármela con mi jefe, totalmente borracha y dispuesta a tener un sexo solo comparable con la tajada que me acabas de quitar de un plumazo. ¡Encima! Me rechazas, después de calentarme como el infierno. Si crees que voy a salir contigo a algún lugar mañana, vas apañado.

—¿Pasado mañana? —Yo solo me giré para salir de allí gritándome mentalmente para mantener la bocota cerrada—. Dame a mí la oportunidad de explicarme y, a ti, la de reconocer que lo de hoy habría sido una pésima

decisión.

—No necesito una cena para reconocer que venir aquí contigo ha sido un error. Muy bien, Eva, la barbilla bien alta.

—Me refería a beber como una adolescente hasta quedar inconsciente o acabar en la cama de cualquier idiota. Se acabó el festín, se abrochaba la camisa con delicadeza femenina.

—Al final, he acabado con un idiota de cualquier modo.

¿Dónde estaba mi borrachera que me dejaba pensar tan rápido, y tan... mal?

—Pensé que la idiota eras tú, si mal no recuerdo.

—¡No pienso consentir que me insultes seas quien seas!

—Aparta tu dedo de mi cara, Eva. Lo de

los insultos se aplica a ambos.

—¿Y qué pasa si no lo quito? ¡Yo hago con mi dedo lo que me da la real...!

Oh, cielos. Sus labios son maravillosos.

¡Cómo besa este hombre! Me calló.

Enredó su lengua en mi boca, haciendo retroceder a todas mis protestas. El beso estaba siendo feroz, recorriendo milímetro a milímetro cada rincón dentro de mí. Aspirando mis gemidos hasta que el roce de las bocas succionando fue el único sonido allí dentro. Agarró mi cabeza atrayéndola contra su boca casi con violencia, envolviendo sus dedos en mi pelo alborotado.

—Cena conmigo mañana. —Yo negaba con la cabeza como podía. ¡Cómo besa

este hombre!—. Por favor. —Seguía negándome—. Si no aceptas tendré que dejar de besarte —suplicó sobre mi oído.

Mientras hablas tus besos pierden calidad Ogrito...

—No sería una buena idea. —Lo solté rápido, para no perder el tiempo.

—Bien, al menos sé que, Eva la sensata, ha vuelto —dijo golpeando ligeramente mi frente con su dedo—. Será mejor que te lleve a casa.

Y aquí acabó todo.

—Mejor que Nacho lo haga.

Se separó dejando huérfana mi piel y me miró extrañado. Finalmente, asintió y yo sentí frío. ¿No querías sensatez?

Fuera no quedaba nadie. Según me contó

la camarera, Cata se había ido sola y Alberto con la rubia que lo sobaba antes. Oliver habló, durante largos minutos, con su asistente, que no tuvo más remedio que abandonar su morena conquista. El Ogro se despidió con un impoluto beso en la mejilla, y yo empecé a temblar de camino a casa. No podía creer lo que acababa de hacerme a mí misma. De no haber sido por Okley, la noche podría haber acabado muy mal. Nada más llegar a casa tiré por el váter el gramo de cocaína que había conseguido en el pub pocos minutos antes de ver a Nacho entre la multitud. Había jugado con fuego y, al final, fue el hielo el que me quemó.

Capítulo 5

Rasguños y más rasguños

¿Alguna vez le diste la razón a un hombre? Yo necesitaré terapia para prepararme. O terapia en general

Me negué rotundamente a que Nacho me acompañara hasta el ático. Hastiada por las lujurias de la testosterona, el destilado del alcohol y el inventor de los tacones, me lancé a la cama como si de un remanso de paz se tratara, nada más lejos de la realidad.

—Mamá, ya estoy en casa. ¿Mamá? —
Volví a llamarla—. ¡Mamá! ¿Dónde está
mi cuerda, mamá? —La miré—. Mamá,
por favor, baja y devuélveme mi cuerda.
Quiero ir a saltar con Julia y quiero
merendar. ¡Mamá! ¡Respóndeme! Pesas
mucho y no puedo más.

Comencé a gritar.

—¡Mami me duelen los brazos, por
favor! Baja y dame mi cuerda, mami.
¡Papá! ¡Papá, ven! ¡Ayúdame! Mamá se
enredó con mi cuerda y no puede bajar
—llamé a mi padre de nuevo—. ¡Papá!
¡Papá! ¡Papá!

Desperté en un charco de sudor en mi
vieja cama. Como cada vez que volvían
los recuerdos, todo el vello de mi
cuerpo respondía. Hay veces que ni las

luzes más intensas pueden iluminar rincones de oscuridad.

Después de doce años seguía sin saber en quién me había convertido. Más bien, en quién me había transformado la vida.

Mi madre se suicidó delante de mí.

Sencillamente. No avisó ni se despidió con una bonita carta que aplacara mi conciencia. Tan solo dejó de llorar una de las tardes cuando volví del colegio.

Y esta noche, entre el shock y el alcohol, las pesadillas habían vuelto abriendo aún más heridas en mi colección de experiencias revividas en los últimos días.

Vivíamos en una pequeña casa de campo a las afueras de Córdoba, con cuadras y

cocheras para tractores. Me había pedido mi nueva cuerda de saltar. Horas después, hambrienta, comencé a buscarla fuera de casa y la encontré en las cuadras colgada en una de las vigas de madera que la atravesaba. Mi cuerda rosa se había aferrado a su piel, y sus ojos y su lengua parecían demasiado grandes, como si quisieran abandonar su cuerpo. A mi corta edad, lo único que se me ocurrió fue agarrarla por las piernas, intentando sujetar el peso de su cuerpo. Estuve allí más de treinta minutos hasta que mi padre llegó y comenzó su propia rutina de llantos y perjurios. Desde aquel día, no ha vuelto a mirarme a la cara ni una sola vez. No es difícil imaginar que me culpó por no haber

evitado la horrible decisión que mi madre había tomado.

Yo la eché de menos de una forma insoportable, sin poder gritarlo, lamentarlo o llorarlo. Tropecé como una adolescente. Caí en cada error que se me presentó: drogas, alcohol, malas compañías, carreras y delincuencia. Mil gilipolleces emprendí, tratando de recibir una mínima respuesta de mi padre, aunque solo se tratara de desprecio, pero ninguna de ellas resultó. Solo me alejó lo suficiente para que mi mierda no le salpicara ni a él ni a mi hermana.

Pasé dieciocho meses en un Centro de Menores después de atracar un

supermercado hasta arriba de porros y cocaína, acabando en una persecución policial de cuatro horas entre Córdoba y Madrid. Cuando todo va mal, lo único que puede ocurrir es que empeore o...o que te rescaten. Pese a lo que puedas pensar, el tiempo en el Centro fueron los mejores meses desde que mi madre murió. En unas semanas tenía una familia a mi alrededor que me miraba a la cara cuando me daba los buenos días. Profesionales que me intentaron dar las herramientas para defenderme de las silenciosas acusaciones de mi padre. Para aceptar la desastrosa decisión de mi madre y a llorar su pérdida tal y como ambas merecíamos. Intentando de cualquier modo no convertirme en una

nueva Rosario. Así se llamaba mi madre.

Tuve una vida paralela a la de mi hermana, que a pesar de vivir con mi padre, jamás me dio de lado, aunque tampoco me comprendió. Nunca le pedí que lo hiciera, pues hay días en que ni yo misma lo entiendo. Ella tenía solo nueve años cuando todo ocurrió. Las ilusiones de princesas no fueron para mí más que un desvarío justificado que sustentaba mis objetivos de independencia, fortaleza, crecimiento y cándida felicidad que había ideado.

Una vez leí que el alma está llena de compartimentos y en ellos vamos cargando las cartas de nuestro equipaje.

A mis veintisiete años, ya tengo varias maletas repletas de errores, fracasos e intentos. Otras con ilusiones hueras. Y en un pequeño y antiguo maletín de mano, mis objetivos sin pies, mis ilusiones vanas. Un retrato infantil que convertía los ogros en príncipes. Sueños imposibles.

Mario aniquiló a todos los príncipes del cuento. Oliver Okley había convertido, a los pocos y banales hombres que quedaban, en monstruos disfrazados de sensualidad, éxito y encanto. ¿Y me extrañaba que fuera bisexual? Lo raro es que yo no fuera asexual. A cada tonto nos da por algo. Así que desperté pasadas las cuatro de la tarde, después

de varias cápsulas de melatonina con el estridente sonido del timbre en la letanía de mi conciencia. Cuando fui capaz de alcanzar la puerta había una gran caja blanca sobre el felpudo de Ikea. Dentro de ella un gran jarrón de cristal mucho más ancho que alto y en su interior, dos flores de loto flotando sobre el agua: pureza, fragancia, limpieza, ternura y suavidad. No se me escapó el mensaje. Junto a él una nota escrita a mano. Sus letras se inclinaban a la izquierda y eran ligadas y angulosas. El Ogro ejercía control total sobre todo, incluso sobre sí mismo y sus emociones. Estable y confiado. Nada que no supiera con anterioridad.

«¿Cenamos mañana?».

Y junto a la invitación su número de teléfono. Te engañaría si te dijera que esperaba que diera señales de vida. Después de nuestros últimos encuentros, daba por sentado que él tendría menos ganas de toparse conmigo que yo con él. No se podía caer más bajo delante de un hombre. Además, dependía de él económicamente, ¡genial, Eva! De p... madre. Solo de pensarlo se me enrojecían las mejillas. Darle la razón a un hombre no era plato de buen gusto para mí. El atentado en la habitación del sexo había rasgado todas mis viejas heridas, y como si se tratara de un estado de shock, solo había reaccionado lo suficiente para respirar. Era hora de agachar la cabeza y pedir algo de ayuda.

Llamaría a José Luis, un psicólogo que estuvo conmigo en el Centro y con el que me he seguido tratando desde entonces en sesiones de control. Quizás se alegrara de verme.

Mi mundo de princesa se tambaleaba peligrosamente y las viejas sombras de la adicción habían vuelto sin avisar. Si dejaba que el incidente de Okley me afectara de esta forma, estaría tirando por la borda todo lo bueno que había conseguido arrancarle a la vida. Si no estaba alerta, él recibiría la bala y yo sería la que acabara herida.

—Consulta del doctor Merlo.

—Buenos días, ¿podría decirle al doctor que le llama Eva Molina, por favor?

—Un segundo, señorita Molina.

—¿Eva?

—Hola Chalis.

Mi voz desapareció en el pellizco de mi pecho.

—¿Qué pasa, Eva?

—Te invito a cenar.

—Sería muy poco caballero si permitiera eso, dulzura, ¿te veo en el Gondoliere?

—Bien, a las nueve.

—Mantente entera hasta que te vea. Cómo los sabes, amigo, cómo lo sabes.

—Lo haré —le prometí.

Tenía la terrible sensación de la resignación. A veces te caes y te levantas, y no pasa nada más, sigues adelante. En otras ocasiones tardas más en levantarte y acabas perdiendo el

tiempo que pasas tumbada. Lo malo es cuando en lugar de ponerte de pie, haces la croqueta cuesta abajo. Aun así... ¡No pasa nada!, date la oportunidad de volver a levantarte. Pero eso sí, no dejes de reconocer tu pie dentro de la mierda por el camino, a mí me tocaba dar la razón al Ogro: la mujer que había encontrado en el Seattle Pub, no era yo ni mi alter ego ni nada semejante. Solo un pico emocional con la caja de un frigorífico de dos metros llena de boletos para cometer una tontería.

—Es evidente que toda la situación de estrés con el atentado que sufrió tu jefe, ha reabierto viejas heridas. La vida a veces nos da un reclamo sobre lo vivido y nuestro deber no va más allá de

escucharlo, Eva.

—No sé de dónde sacas siempre esas frases tan perfectas. Júrame que no dirás nada de lo que te estoy contando.

—Más bien son ensayadas. Lo juro.

Ambos reímos, sabiendo que aún nos quedaban un centenar de ocasiones en las que volver a escucharlas.

—¿Y tú qué tal has estado?

—Pues no mucho mejor que tú. El divorcio no ha sido un plato agradable. En cuestión de semanas, la mujer en la que me he apoyado por años, me considera el enemigo, y por ende, he vuelto a ser uno. Me siento solo sin ella.

—Volvemos a la dependencia, un psicólogo debería predicar con el ejemplo y, sin embargo, aquí te veo,

lamentándote por los despojos de tu propia ruptura.

—No hay truco en el mundo que pueda evitar el dolor, ya sabes lo que pienso, todos tenemos...

—...un cubo de mierda que vaciar en la vida, y cuanto más lo dejemos, más mierda juntaremos. ¡Siempre odié esa metáfora tan tuya, Chalis!

Habíamos sido muy buenos amigos hasta que decidí volver al barrio y él conoció a Victoria, su exmujer. Se casaron un año después de conocerse, totalmente entregados a una vida compartida de aficiones y afinidades, tantas como absorbentes por parte de su esposa. Ocho meses después de casarse, no había conversación, plan o intención de

Chalis que no fuera coartada por su compañera. Tres años más tarde llegó la típica frase de: «hemos caído en la monotonía»; «no eres la persona de la que me enamoré», y, también, el muy famoso «ya ni siquiera discutimos». Y lo peor es que cuando vuelves a acostumbrarte a dormir sola, te das cuenta de que todos los reproches eran ciertos. Te han absorbido tanto que has desaparecido. Has amado tanto que te has olvidado de amarte. Jugemos a que no sé de qué hablo. Jugemos a que nadie sabe a quién me refiero.

—Victoria ha conocido a alguien — oh... esto no es bueno—, un tipo con mucho dinero que la tiene rodeada de regalos caros.

—¿Cómo lo llevas?

—Con unas ganas horribles de meterme algo y desaparecer. Creo que ya me entiendes.

—Sí, lo hago. ¿Y qué vamos a hacer?

—Por el momento, terminar la cena y la botella de vino.

—¿Y después?

—Iremos a tu casa, tengo una idea que te va a encantar.

La mañana siguiente desayunábamos juntos en mi pequeña y destartalada cocina cuando el timbre de la puerta volvió a sonar, interrumpiendo una interesante conversación que consistía en escoger entre Castle o El Mentalista. Habíamos pasado la noche cocinando: buñuelos, roscos fritos, tarta de queso,

de crema y de cacao, empanada de atún, lasaña, lomo a la naranja, en reducción de salsa de setas y moscatel, albóndigas, etc. Cuando abrí la puerta, un hombre de unos cuarenta y pocos me saludó educadamente:

—¿Señorita Molina?

Ante mi asentimiento, me informó que traía un paquete para mí, que lo tenía en la furgoneta y que bajaría a por él inmediatamente.

—¿Quién es? —gritó José Luis desde atrás.

—Una sorpresa.

El hilo de mi voz no le llegó pues se me escapó en un susurro. Aun así fue lo mejor que pude hacer cuando todo el aire que tenía salió de mi pecho. Tres

hombres subieron la escalera cargando una caja enorme, de más de un metro cuadrado de base y casi dos metros de altura. Menos mal que la construcción era antigua y prestigiosa y la escalera muy ancha. Tuve que abrir las dos hojas de la puerta de entrada para que pudieran entrar. Varios minutos después, el séquito salió y las puertas se cerraron, dejándome frente a aquella caja enorme.

—¿Qué es esto? —La voz de Chalis me hizo recordar que no estaba sola—. Ese tipo es real y jodidamente rico o está real y jodidamente loco... ¡Ábrelo, por Dios! ¡Hasta yo estoy emocionado! No podía mover un músculo porque sabía lo que había en su interior. Todo

esto me resultaba increíble, raro e inesperado. Entre los dos fuimos quitando los precintos. La gran costilla de Adán del vestíbulo de la planta Okley, en la Torre ImPossiTion, estaba ahora en medio de mi salón. Los muebles ocupaban la habitación a su alrededor, ella ya había tomado su posición. Sus enormes hojas brillantes y oscuras guiñaban en reflejos la luz de la mañana del gran ventanal a la terraza y sobre la corteza de pino en la maceta, un sobre blanco con la palabra «Riégame», escrita con aquella deliciosa grafía. Dentro, la nota iba más allá: «¿Comes conmigo mañana?», seguido de nuevo por su número de teléfono. Por puro instinto, miré a la flor de loto

sobre la mesa baja del salón junto a la resucitada orquídea blanca. Nada de esto tenía mucho sentido. Al menos, ninguno en el que quisiera confiar.

—El tipo es persistente.

Fueron las palabras de mi amigo al leer la nota mientras posaba su mano en la parte más baja de mi espalda. Al girarme, pude ver que su mirada se dirigía donde la mía.

—No me fío de él —espeté.

—Tú no te fías de nadie, Eva. Casi podría decir que no te fías de ti misma.

—Es posible. Me voy a la ducha.

Hablé rápido, sin control y sin humor.

¿Cómo narices iba a confiar en alguien?

¿Acaso alguien merecía ese honor? No había podido contar a mi amigo la

versión real de mi encuentro con Okley la noche anterior. Tan solo le dije que nos enrollamos y después cada uno se fue por su lado. Ni siquiera había podido confesarle que había conseguido unos polvos. La culpa solo era comparable a la vergüenza de enfrentar de nuevo al guapo e indiano Ogro Okley. Sin saber por qué ni en qué forma, le había mostrado más debilidad a él en noventa y seis horas que a cualquiera a lo largo de mi vida. Tendría que empezar a buscar otro trabajo y otro jefe que no suspirara por ver en mi cama. Quizás debía enfrentarlo, no era propio de mí correr a esconderme. Quisiera o no, las sombras de la adicción me iban a rondar el resto de mi vida e iba a tener

que acostumbrarme a vivir con ellas. Esta podía ser una oportunidad más, un suma y sigue para anclar mis pies a la tierra.

Allí, desnuda frente al espejo me observé como hacía tiempo no me miraba. Una sombra superviviente entre cascajos, bolsas oscuras bajo mis ojos y granitos por toda la cara a causa del estrés. ¿Dónde estás, princesa? ¿En qué rincón de este escurridizo cuerpo te has escondido? Mírate, Eva. Tú misma te gritas frente al espejo. Eres como una niña pequeña, quebradiza. Pero la ignorancia puede ser valiente, ¡no lo dudes! Sí, te veo. Estás ahí detrás, niña Eva, asomando tu cabecita curiosa pese a todo. Y es que en el fondo sé que no

soy más que una niña que creció demasiado rápido. Nadie me enseñó cómo el cuento de hadas se convertía en el día a día. Nadie me habló de que la realidad pueda superar la ficción y no solo en lo que a horrores se refiere. Me faltó una mamá que siguiera trenzando mi pelo. Un papá que mirara con recelo cada nuevo amigo que venía a casa.

Niña Eva, me había faltado tanto... que no estaba completa. Con lágrimas en los ojos mi tensión se dejó caer, mis dedos rozaron la piel de mi pecho apretando allí donde quise escucharme latir. Esa porción de dermis sobre un corazón encogido por puro terror al rechazo. Mi nariz picaba con rabia al reconocer una batalla perdida más. No podía ganar

siempre, niña Eva. Pero, tranquila. Era hora de llorar, suspirar y respirar. No hay guerra que dure menos de una vida, aún quedaban días y noches para ganar alguna batalla más. Me encontraré. Mi niña Eva me recordará que estamos aquí para ser la Reina de nuestra Vida. La única con voz y voto sobre mi destino. Necesitaba algo más, un empujón más para no olvidar mi meta. Chalis me ayudaría.

La ducha se me hizo tan eterna que solo los golpes de la puerta me sacaron de la hora de reflexión.

—¡Eva! ¿Estás bien?

—Sí, ya salgo.

Envuelta en una toalla llegué al salón con remordimiento de conciencia por no

haber regado a mi nueva inquilina.

—¿Qué haces tú aquí? No te esperaba.

—Ya veo que no lo hacías.

—¿Quién te ha dejado entrar?

Señaló con la cabeza a Chalis que venía por el pasillo vestido un poco más formal.

—¿Es tu novio?

—No te importa, ¿qué quieres?

—Que desaparezcas.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque estoy cansado de que me salpique tu mierda.

—Te agradecería que te largases de mi casa en este instante.

Le empujaría si así se fuera más rápido.

—Ayer dos tipos vinieron a preguntar por ti en el barrio, hablaron con algunos

vecinos y...

—Yo no he hecho nada por lo que te tengas que preocupar.

—Tienes cierta facilidad para decir eso, perdona que no lo tenga en cuenta.

Su sarcasmo era incendiario. Me dirigí a la puerta hecha una furia.

—No eres bienvenido y lo sabes, así que lárgate.

Ni siquiera mientras le insultaba podía sostener mi mirada.

—¡No te consiento que me hables así, soy tu padre!

—¡Tú no me gritas una mierda más! ¡No has sido mi padre desde que mamá murió! Mucho menos lo eres ahora.

—Todo lo que tocas lo destrozas. No quiero que te vuelvas a acercar ni a tu

hermana ni a mi nieta. Métete lo que quieras, pero lejos de nosotros. —Su mirada de desprecio se clavaba en mis huesos—. ¡Podrás engañar a los demás, pero a mí no, yo sé qué eres!

—¿Sí? ¿Ricardo? ¿Lo sabes? Dímelo, ten los grandes cojones de decírmelo. ¡Soy una asesina!, ¿verdad? Yo dejé morir a mamá. Llevas toda la vida lamiendo culos y, ahora, yo tengo todo lo que has envidiado desde que tienes memoria.

Sus ojos se abrieron tanto que casi me hacen reír. Cada vez que intercambiábamos una frase terminábamos gritando culpas y juicios tan injustos como innecesarios. Yo ya no lo respetaba en absoluto, no me

generaba más que desprecio y dolor. Con el poco razonamiento que le quedó después de mi provocación, se giró y desapareció, atravesando la puerta en un movimiento tan fluido como silencioso. Acababa de coronar el colmo de mi estabilidad emocional y, gracias al cielo, unos fuertes brazos me recogieron antes de llegar al suelo.

—Todo esto es demasiado —dijo la voz en mi sien—, llamaré a Ana y pasarás unos días con ella, ¿de acuerdo?

Yo asentí, observando mis manos temblorosas; el corazón quería salirse del pecho y mi cabeza esconderse en un baúl. Desequilibrio.

—Antes necesito que vengas conmigo a hacer algo.

Mi amigo asintió sin reservas. Una hora después preparaba una pequeña maleta con ropa para una semana y llamaba a Julietta para que se pasara a regar mis plantas. Frustrada, no podía más que reconocer que era momento de escapar y lidiar después con las consecuencias de mis actos. En Ginger me informaron que habían recibido orden de darme dos semanas de vacaciones y decidí no preguntar. Miré hacia atrás, despidiéndome de mi hogar nada convencida de si volvería a él o no y recordando la conversación con la pequeña Leticia unos días atrás: «Porque hay princesas con suerte y princesas con menos suerte». Y yo, en primer lugar, tenía que recordar que

mandaba en mi vida y quizás, después, seguir soñando con cuentos de hadas. Y ahora que no me oye, os aclararé que también hay princesas con un cubo de mierda por vaciar. Es decir, las mujeres de toda la vida. Las que nos llenamos de fantasías para no dejar de ser niñas, alargando artificialmente la inocencia. Las que acabamos buscando el amor de un padre en los brazos de un hombre y nos vemos zarandeadas por la vida; desamparadas. Evas.

Capítulo 6

Mil veces más.

Si además no te acuerdas de mí, mejor

Ana, Ana, Ana. Tata Ana es la mujer más resistente que la madre tierra haya parido alguna vez. Ninguna mujer puede dejar caer de su vientre tanta fortaleza. Solo la naturaleza y la vida logran forjar un carácter así en unas circunstancias tan extremas. Es de esas personas que cuando entra en una habitación, hasta los

muebles mantienen la compostura. Alta y con una constitución fuerte, semejante a la de un hombre. Su propia espalda carga siete vidas distintas y cada una con su propio cubo de mierda. Dirigía el Centro de Menores desde hacía más de veinte años y contaba con docenas de hijos bajo sus brazos. Chalis y yo de los más antiguos.

—Demonios, Eva. Tú no eres así.

—No me machaques, Tata —imploraba.

—Te machaco si me da la gana, para eso has venido corriendo como un pollito indefenso detrás de mamá gallina, te abrazaré por siempre, pequeña Eva, y tú lucharás tanto como sea necesario. Esa es la única opción, princesa.

Había olvidado sus retóricas, yo me refugiaba en ella tal y como había descrito.

—Tata Ana. ¿Y si no soy una princesa?

—Eres mujer y todas las mujeres lo somos. Algunas lo saben y otras no.

—¿Y qué hay de los príncipes?

—La mayoría ni siquiera saben de qué se trata, hay tantas cosas que pueden cambiar por unas simples letras... varía un par de sílabas y tienes dos seres humanos tan diferentes como la noche y el día.

Las palabras de mi Tata guardaban tanto como escondían. Poco sabemos de ella más allá de que sus lecciones no venían de un libro o una revista de autoayuda. Procedían de la batalla y la pérdida, de

la sabiduría. En el Centro todos podíamos ver esta diferencia en los ojos de los demás, distinguiendo sombras de horribles recuerdos, la persistente vibración de los golpes y los oscuros cercos de las bofetadas. Alrededor de Ana, la piel se volvía tan fina que todo lo que tenías dentro escapaba.

—¿Sabes, Eva? Yo desde aquí puedo ver muchas cosas. Incluso aquellas que tú aún no has escogido y las que no estás dispuesta a escuchar por mucho que te las digan a voces.

—¿Qué ves?

—Te las diré antes de que te marches —aseveró sin dar lugar a negociación—.

Trae el aceite que tenemos que terminar de aliñar la ensalada, además tengo algo

que pedirte.

Pasé una semana con Ana. Chalis tenía trabajo que hacer y se marchó el lunes. Nadie sabía que había salido de la ciudad, excepto Julietta. Solo me di cuenta de que aún no había recuperado mi teléfono cuando mi amigo se marchó y quise llamarlo para pedirle que pasara por casa. Para entonces, llevaba fuera tres noches y cuatro días sin hablar con mi hermana. Tampoco sabía nada de Julietta ni de Cata. Entre la maraña de sentimientos que tenía en mi cabeza, la preocupación era solo una alarma silenciosa en la distancia, así que, voluntariamente, dejé que las terapias y las actividades acapararan toda mi atención. En casa había temas que no me

apetecía nada encarar, y no me refería a mi padre. Así que temblando, el viernes por la mañana, recogía las llaves de Carlos en la recepción y cargaba mi pequeña maleta, acompañada de Antonio, el favor que Ana me había pedido. Mientras acomodábamos los bultos en el estrecho maletero del MINI, Tata salió a despedirnos.

—Pórtate bien, Antonio. Eva es tu tutora y puedes recurrir a ella para lo que necesites. Te ayudará a conseguir un trabajo y a que no olvides lo que has aprendido aquí. Así de paso, ella tampoco lo hará.

Giró su cuerpo hacia mí y abrió sus brazos, creando el espacio más seguro que conocía. Mi tierra santa. Sus brazos

eran la fusión perfecta entre amiga, tía, abuela, madre.

—Ahora es tu turno, Eva. ¿Recuerdas que te prometí decirte algo antes de marcharte?

—No sé si quiero escucharlo.

—De cualquier modo lo harás. —Su sentencia no me dejaba oportunidad de escapar. Me separó de su cuerpo y sujetó mis hombros, aquí venía mi lección—. No es el estrés lo que te ha hecho caer, Eva. Ha sido el miedo. Tus ogros son demasiado feos para cualquier princesa.

—¿Qué te parece si me dices algo que pueda entender?

—Creo que le debes a alguien una cena. Llevas las herramientas para enfrentar a

tus monstruos, ahora queda saber si serás capaz de enfrentarte a ti misma. Tragué saliva, tomé aire y apreté los puños.

—Lo intentaré —prometí.

—¿Mil veces más?

—Mil veces más, Tata.

La besé y abracé por una eternidad, queriendo distraerme de sus palabras. A pesar de que ya lo sabía, su revelación no me dejaba nada indiferente. Eran mis propios dragones los que temía.

Después de años, me había sentido débil y protegida en los brazos de ese hombre y eso había derribado suficientes barreras para hacerme correr. Mi princesa sin suerte había identificado, entre la niebla, al heredero de los ogros.

¿Dónde acabaría todo esto? Ni puta idea, con perdón de la expresión.

Antonio y yo hicimos el camino de regreso escuchando música e incluso con alguna que otra canción a pleno pulmón, sobre todo mi favorita de Melendi y sus «Lágrimas

Desordenadas». El chico cargaba con su propio saco de porquería a sus veintitrés añitos. No necesitas mucho tiempo para meter la pata hasta el fondo. Sin querer ahondar demasiado, lo único que me contó es que había pasado demasiado tiempo fuera de casa sin abrigo, consejo o techo. La calle no suele ser buena consejera. Fuera lo que fuera lo que lo llevó al Centro, su fortaleza había resurgido como un Ave Fénix e incluso

su forma de caminar hablaba de su fuerza. Era un joven valiente que había levantado la cabeza más rápido de lo que la había agachado. Nos llevaríamos bien.

Tomando la última salida de la autovía comencé a preocuparme por lo que me encontraría en casa. Leti estaría preocupada. Okley molesto porque no le había llamado, aunque puede que eso fuera lo mejor. Quizás le debiera una cena, pero también *quizás*, él ya no estuviera interesado y la deuda habría quedado olvidada. Sin embargo, lo único fuera de lugar era el rostro feliz de Alfonsa, la abuela del primero, que por primera vez en años, se alegró de verme.

—Buenas tardes, Eva.

—Buenas tardes, Alfonsa, ¿cómo se encuentra?

—Bien, muy bien, gracias. ¿Ya estás de regreso?

—Sí, ya he regresado como puede ver.

—Bienvenida de vuelta, joven.

—Gracias, Alfonsa.

Esta había sido la conversación más larga que habíamos mantenido desde que me compré el ático. Miré con cierta curiosidad a Antonio que, educadamente, le devolvió cada uno de sus reiterados saludos. Dentro, la sensación de que el tiempo se había detenido en mi ausencia era agradable. Julietta había cuidado bien a mis chicas y yo estaba decidida a devolverle el

favor. Antonio tendría trabajo y yo algo de tiempo libre. El dinero no sería problema, puesto que mi nuevo compañero pagaría un pequeño alquiler. Una vez que le enseñé su nuevo hogar, me senté en el salón y me dejé acariciar por el sol que atravesaba el ventanal por el visillo de la ventana. Disfruté de una larga y merecida siesta en casa. Cuando dieron las ocho de la tarde ya estaba cansada de no hacer nada. Llamé a las oficinas de Ginger para cancelar mis días de vacaciones y no tuvieron ningún problema en que retomara mis horarios al día siguiente. Esa noche decidimos ir a conocer a Julietta y cenar con ella. Mientras Antonio y ella fraternizaban, me dejé llevar por

algunos instantes. Estaba decepcionada por no haber tenido noticias de Okley durante estos días. Esperaba alguna nota debajo de la puerta, algún mensaje en el contestador, quizás, algunas flores o como mínimo... un reclamo por haber desaparecido de esa forma. Me costaba reconocer que me molestaba. Ahí estaban mis dragones; grandes, horribles y verdes, gritándome: ¿qué esperabas, Eva? ¿Que el sexy jefe multimillonario se fijara en ti? ¿Qué te esperara o qué te buscara pese a todo? «Ingenua, Eva», como él mismo me susurró la última noche. Los pobres solo somos los juguetes de los ricos. Y sentirme decepcionada por no servir ni para juguete, no hablaba nada bien a mi

autoestima.

Mientras tanto, los mimos y los arrullos de Julietta no tenían límite y yo no me quejaba.

—Eva, ¿me contarás algún día dónde has estado? —Antonio me miró sorprendido, supongo que imaginaba que mis amigos sabrían de mi pasado, pero no era así.

—He pasado unos días en la playa.

—Pues no se te ha pegado nada el sol. Buscaba las marcas del biquini en el cuello.

—Ha estado nublado.

—Si tú lo dices...

—¿Qué tal, Alberto? No lo veo desde el sábado. —Desvió la mirada hacia otro lado, eludiendo mi pregunta, por lo que

yo insistí—. ¿Qué pasa?

—Dímelo tú porque yo solo sé que me llamó preguntándome por ti el domingo, el lunes y el martes. Desde entonces, no he sabido nada más de él.

—Ya te he explicado lo que ocurrió con mi móvil, por eso no os he podido llamar y sabes que no tengo dinero para comprar otro, así que tendré que volver a los mensajes en el buzón de voz como hace una década.

Los tres sonreímos iniciando un largo debate sobre cómo el teléfono móvil había irrumpido en nuestras vidas, modificando nuestra forma de comunicarnos e incluso el ritmo diario. Yo solo contaba el tiempo deseando cada vez más volver al trabajo. La tarde

siguiente, Cata y yo cenamos juntas antes de empezar el turno.

—¿Qué pasa, Eva? Te he llamado mil veces, podrías haberme contestado alguna llamada, un mensaje o algo, no sé.

—Ya te he dicho que he perdido el teléfono, o quizás, me lo han robado, no estoy segura.

—Pues deberías de preocuparte porque, quién sea que lo tiene, lo ha mantenido encendido todo este tiempo, quizás esté llamando a China y cargándolo en tu cuenta.

Okley no haría eso, ¿no?

—Tendré que hacer algo al respecto, tienes razón. Mañana por la mañana

pasaré por la comisaría del centro.

—Si quieres voy contigo.

—¡No! Digo... claro, si quieres puedes acompañarme, así no voy sola.

Mierda, que mal miento.

—No me habías dicho que te ibas a coger unos días de vacaciones, pensé que los ibas a guardar para tu viaje a Córdoba.

—Bueno, en realidad fue algo de última hora. Un amigo apareció de visita y decidí salir unos días. En Ginger no me pusieron problemas y... me fui.

Con tanto secreto e intriga en mi vida acabaría siendo una artista del engaño. Al final aprendería a mentir.

—Todo esto es muy raro, pero de cualquier modo nos tenemos que ir. En

la planta Okley han hecho reformas y esta noche tenemos lío.

—¿Reformas?

¿Qué significaba eso? Cata no me supo dar más explicaciones. En Ginger nos dijeron que un equipo especial se encargaría de la suite del presidente de la compañía, alias Dandi entre las chicas de limpieza. Nosotras repasaríamos las zonas comunes y las oficinas siempre y cuando estuviesen vacías. Varias chicas cuchicheaban diciendo que dos días atrás, el jefe había pedido que todas las plantas y flores fueran retiradas allá por donde él pudiera verlas. «Caprichos del excéntrico magnate», afirmaron. No lo sabían ellas bien. Las nuevas noticias no

encajaban para nada con el Ogro que yo había conocido la semana pasada.

Nada estaba bien. Nada. Mierda, en realidad, nada estaba bien desde que le pegaron el dichoso tiro.

El proyecto de reforma exprés no dejaría indiferente a nadie. El cambio de look de la empresa era de melena de Puerto Rico a un afeitado militar a escobazos. Las estancias parecían más amplias, luminosas y confortables. Los rincones parecían protagonizar dos de los salones principales, allá donde antes había vida verde, ahora había un hueco que rompía la armonía de la nueva decoración. Curioseando en busca de más novedades, me encontré con la oreja extrañamente cerca de la puerta

del fatídico despacho. ¿Estaría Okley dentro? No tenía confianza con ninguna de las chicas del equipo que se encargaba de los despachos esta noche, así que no tenía otra forma de averiguarlo. No fue necesario acercarme mucho; jadeos y protestas me llegaban. ¡Hhostias! No estaba solo y no parecía tratarse de una discusión.

—¡Eva!, ¿qué haces?

Tierra, trágame.

Capítulo 7

Derechita en mi lugar

Para emitir un juicio hay que escuchar a ambas partes. Bueno, eso dicen. Conmigo no suelen emplearlo mucho

—Mierda, Cata, me vas a parar el corazón tú solita.

—¡Oye!, la rara eres tú, ¿qué haces escuchando? ¿Qué pasa si sale el Ogro y te pilla?

Tiré de ella alejándola del lugar, qué

poco sigilosa era. Le expliqué que pasaba por allí y había escuchado suspiros y que pensaba que se encontraba mal o algo. Me miró como si tuviera un pez pegado en la frente. No dejaba de extrañar la vida en el recibidor, sin mis plantas todo el edificio parecía muerto. Como si la luz del sol hubiera decidido no volver nunca más. Era extraño, frío, vacío e incómodo.

Las reformas en el despacho habían dejado unas horribles marcas en el parquet que tuvimos que repasar a mano. Allí estaba yo, de rodillas en el suelo y sudando como una loca cuando aquella voz cargada de hastío me interrumpió. —¿De vuelta al trabajo, señorita

Molina?

¿Qué le había pasado en la cara?

—Buenas noches, señor Okley.

—Asegúrese de que mi despacho sea limpiado a fondo esta noche, mañana tendré una agenda bastante apretada y lo necesito impecable.

Bien, esto era precisamente lo que necesitaba para recordar por qué era conocido como el Ogro. No se podía ser más desagradable. Pedazo de hijo de put...

—Por supuesto, señor.

—Encárgate personalmente.

Su mirada y su gesto eran irreconocibles para mí, más helado que frío.

Con eso, pulsó el botón del ascensor y esperó largos minutos sin girar la cabeza

ni una sola vez. Finalmente entró y, al girarse, una sonrisa malévolamente se perfiló en su boca. En ese instante un tipo también trajeado, pero más joven que Okley salía de su despacho recolocándose la corbata y aún con la bragueta sin subir. Supe exactamente qué era lo que el Gran Jefe me había ordenado hacer en su despacho.

Así que de nuevo, hice de mi profesión la solución. Puse en mi reproductor mp3 la música todo lo fuerte que pude soportar y me limité a hacer mi trabajo, intentando ignorar que acababa de recibir un evidente atentado contra mi dignidad. Oliver Okley, el hombre que sin quererlo había causado y evitado que retomara mi carrera con las drogas, cuya

sangre había cubierto mi ropa y que había tenido mis pechos en su boca obrando melodías de placer, había decidido humillarme, mandándome a limpiar los restos de sus encuentros sexuales. El trabajo no era indigno, hacía años que había aprendido eso e inesperadamente, la piedad ganó terreno al coraje. Pobre hombre si pensaba que esa era la mejor forma en la que me podría dañar. Pobre hombre si estaba tan frustrado en la vida que humillar a otros era la única forma de poder caminar alzando la barbilla. Pobre de mí, porque estaba tan jodida que me preocupaba más por él que por estar llorando como una chiquilla. La ironía era evidente. Okley no era

menos cabrón que la semana pasada, pero había llegado a pensar que había alguien suave tras la seda, las costuras y las hombreras de su traje. Pero me equivocaba, la persona que se escondía dentro era demasiado pequeña para poder ser rescatada. Cuando conseguí ahogar mis llantos, una mano en mi hombro me hizo saltar como un resorte. Ay que ver, Eva. Qué llorona estás últimamente.

—Lo siento.

¿Por asustarme o por tener un cabrón por jefe?

—Yo también —suspiré—. ¿Qué necesita, señor Funes?

—¿Ya no soy Nacho?

Yo le devolví la sonrisa.

—Puff, es que acabo de tener un encontronazo con tu jefe y me ha puesto derechita en mi lugar.

—Ten. —Me tendió la mano con mi teléfono—. ¿Y te extraña? No he visto nunca a Okley esforzarse tanto por nada ni tampoco a una mujer rechazarle de esa forma. Yo también estaría algo tenso. Y llámame Nacho, por favor, ya había olvidado cómo sonaba mi nombre en labios de una mujer.

—¿De qué estás hablando?

¿Eso ha sido un piropo?

—No te hagas la tonta, he dado orden para diecisiete envíos a tu dirección esta semana y me consta que tu amigo Alberto y el Ogro, como tú lo llamas, tuvieron un encuentro más que incómodo

hace unos días. ¿En serio no sabías nada? ¿Dónde has estado, en Vietnam? Me acaba de mandar a traértelo — señaló mis manos— y tenía un humor de perros.

—Pues de aquí se ha ido más que contento.

—Sería la primera vez en días, está insoportable.

No atinaba a contestar nada más, boqueaba como los peces. Lo convencí para que comiera conmigo al día siguiente, ya que él salía de su turno y yo acababa de entrar. Me moriría de la curiosidad mientras tanto.

Cuando llegué a casa estaba agotada. No había querido decir nada a Cata sobre el jefazo y me había pasado toda la noche

corriendo para que no me tuviera que esperar. En realidad, el despacho estaba como siempre, teniendo en cuenta que esos encuentros eran más que comunes. Solo quería que supiera que había estado con un hombre, ¿qué significaba eso?

Revisé mi hijo prodigo. Tenía llamadas perdidas de mi hermana, de Chalis, de Alberto y de Cata. Además de varios mensajes de Alberto, donde me pedía que le llamara urgentemente, que tenía que hablar conmigo. Había además una llamada de Ricardo que aparecía como recibida, ¿quién habría contestado esa llamada? ¿Oliver o Nacho? O peor. ¿Qué sabría Okley, ahora? Si había hablado con mi padre... eso explicaría

su actitud de anoche.

—¿A qué hora quedaste con Julietta, Antonio?

—A las doce, me pidió que fuera para ayudarla con algunas tareas en el almacén y la barra.

—Bien, comes allí entonces, ¿no?

—Sí, ¿necesitas algo? Pareces un poco nerviosa, si quieres que me quede contigo...

—No te preocupes, es solo un amigo que viene a comer.

—¿Seguro que es amigo y no enemigo?

—Espero que sea neutral, la verdad. No aspiraba a mucho más.

Mientras esperaba a mi invitado, observaba la gran orquídea blanca.

¿Cómo un hombre que me había pedido

cuidar de algo tan bello podía, de pronto, eliminarlas de su vista? ¿Dónde estarían ahora? La pobre planta parecía levantar cabeza, al menos, aún no había decidido tirar la toalla. Ella aún no.

Nacho llegó puntual, oculto tras un pulcro traje negro y una corbata gris, como siempre. Mientras comíamos no tardamos mucho en abordar el tema.

—¿Quién ha mantenido mi teléfono encendido?

—Hasta el miércoles Okley, después yo. Por cierto, el aparatito no ha dejado de sonar.

—¿Quién ha hablado con Ricardo?

—Yo no, así que supongo que O.

—¿O? —pregunté. Vaya apetito que tiene este hombre.

—Okley —aclaró—. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Es mi vida personal, es lógico que me preocupe, digo yo.

—No te pongas a la defensiva conmigo, chica.

—Lo siento. —Este era otro de mis defectos. Apreté su mano con sinceridad, lamentando defenderme de él por inercia—. Hay algo que no entiendo. Dijiste que habías enviado algo aquí, pero yo no he recibido nada.

—Según me has contado, no has estado en casa, así que no puedes saberlo, pero... No te voy a decir dónde están tus envíos hasta que no me digas dónde has estado tú.

Un largo silencio se prolongó durante

eternos minutos. No quería confesarle dónde había estado, nadie lo sabía. Pero a veces hay que dar lugar a la excepción para confirmar la regla. La visita a Tata me había recordado que no podía renegar de la vida que me había tocado, sino enorgullecerme de haber jugado las cartas lo mejor posible.

—Solo con una condición.

—Dime.

—No lo comentarás con nadie ni con Okley, mucho menos con él, ¿de acuerdo?

—Prometido, Eva, puedes confiar en mí. ¿Podía hacerlo? Mi corazón me susurraba que «sí» y mi instinto de supervivencia gritaba un «no» glorioso. Me lancé al abismo.

—He tenido graves problemas de adicción y el sábado me pasé de la raya —tragué saliva como pude—, aposté demasiado lejos y he pasado la semana en el Centro de Menores donde cumplí condena. Ellos son mi familia.

—Vaya, Eva, yo... lo siento, no sabía que todo esto te hubiera afectado tanto, pero... —Se mantuvo pensativo varios segundos—. ¿Alberto lo sabe? ¿Has estado con él?

—No, nadie aquí lo sabe. Ni lo del Centro, ni las drogas, ni lo del disparo, ni mucho menos los errores del pasado sábado.

—Eso no es totalmente cierto, yo sabía algo. Cuando te investigamos por lo del atentado al jefe, lo averigüé. En

realidad, sabía que habías cumplido condena en un Centro, pero no lo de los problemas de adicción. Está en el informe, así que Okley también lo sabe.

—Eso explicaría por qué está tan enfadado conmigo.

—No lo creo, Eva, él lo sabe desde el principio. Apuesto a que el cambio de humor se debió al encuentro que tuvo con tu amigo. No me has contestado.

¿Alberto lo sabe?

—¡No! Nada, ya te lo he dicho, nadie lo sabe.

—En ese caso no entiendo nada.

—Te toca hablar, Nacho. Empieza.

Al parecer, el miércoles por la noche Okley se cansó de que no contestara sus notas y se presentó en mi casa con la

excusa de devolverme el telefonito dichoso. Mientras esperaba en la puerta, Alberto llegó también a buscarme. Al parecer, comenzaron una discusión que acabó a golpes. Alfonsita salió ladrando como siempre y Okley le dijo que todos los paquetes que había en mi puerta eran suyos. La vieja petarda no me había dicho nada. ¡Se iba a enterar la muy lagarta! Con las mismas salí corriendo y bajé las escaleras de cuatro en cuatro. —¡Alfonsa! ¡Alfonsa! Abra la maldita puerta.

Cuando por fin escuchó mis exigencias traducidas en delicadas demandas en la voz de Nacho, irrumpí en su casa, arrancando la nota de cada una de las cajas y ramos repartidos por el salón. Ni

en su velatorio volvería a ver tanta flor junta.

«Quizás has perdido mi número, aquí te lo dejo».

«Buenos días».

«¿No te habrás olvidado que comemos juntos hoy, verdad?»

«¿Me invitas a cenar?»

«¿Mañana?»

«Puedo ser muy persistente»

«Mucho»

«Ábreme»

«¿Cómo está Alejandra?»

«¿Dónde diablos estás?»

«Lámame, estoy preocupado»

«Siento haberla molestado, señorita Molina»

«Gracias de nuevo»

«Disfrute sus merecidas vacaciones»

—Oh, mierda.

—Eres la mujer peor hablada que conozco.

—Seguro.

Le sonreí, golpeándole en el hombro. La peor con diferencia.

—Tienes que hablar con ese hombre, me facilitarías mucho la vida, en serio.

—Gracias, Nacho, te estás portando conmigo como un verdadero amigo, a pesar de que casi no nos conocemos.

—Bueno yo sé tus oscuros secretos y tú que en el fondo no soy tan malo ni tan estirado. Estamos en paz.

Su mano en el hombro me hizo rogar por un abrazo y como bien dicen, a buen entendedor pocas palabras bastan. Me

acogió bajo su barbilla y me estrujó, haciéndome sentir cómoda y a salvo. Podría acostumbrarme a esto, podría acostumbrarme a rodearme de hombres en los que confiar. Podría, finalmente, dejarme caer, rendirme y recibir sus latigazos después. Tomamos una copita después del café y cuando la puerta se cerró detrás de él comencé a debatirme entre llamar o no llamar al Ogro. Y confieso que al final me rajé. Dicen que todo en la vida pasa por algo, así que lo dejé ir. No confiaba en el destino, pero si estaba escrito que nos volveríamos a encontrar, así sería. Esa noche, Antonio llegó pasadas las nueve, cenamos y charlamos un rato sobre su tarde. Era agradable compartir mi tiempo con

alguien y en mi vuelta a casa había estado rodeada de gente de calidad. Solo me quedaba un frente abierto y se llamaba Alberto.

Capítulo 8

La vida no es un Tetris

Hay piezas que no encajan, pero ahí se quedan, estorbando

Al día siguiente tenía un evento como azafata en la Torre, así que bien temprano estaba lista y recogiendo el uniforme en Global Encuentros, la empresa que organizaba los eventos para las diferentes oficinas con sede en el edificio. Por la tarde visité a mi

hermana y jugué con mi sobrina, soportando sus toneladas de indiscretas preguntas:

—Tita, ¿por qué el abuelo no te dio un beso cuando viniste a mi cumple?

—Porque nos habíamos visto en la puerta antes, princesita.

No se tragaría estas excusas por mucho tiempo.

—Mamá dice que el abuelo y tú no os caéis muy bien, pero yo no la creo.

Lo que yo decía.

—¿Y tú qué crees, cielo?

—Que el abuelo es tonto, pero no se lo digas a mamá, *porfa* tita...

Te como, te como, te como...

—¿Por qué piensas eso?

Mi mirada toda sancionadora, «no se

dice eso del abuelo», aunque sea verdad.

—El abuelo dice que tú eres mala, tita, le pidió a mamá que no te dejara venir a verme.

—¿Y qué le dijo tu mamá?

—Muchas cosas que mi mamá dice que no se pueden decir, tita, el abuelo se fue muy enfadado. Dice que tu jefe ya lo sabe todo y que te va a despedir y que cuando no tengas trabajo vendrás a pedirle dinero a mamá.

¡Madre mía! No se puede hablar ni del tiempo cerca de esta niña, es una esponja.

—Leticia sabes que no debes escuchar las conversaciones de los mayores.

—¡Yo no la escuchaba es que ellos

gritaban mucho! —protestó. La pequeña no estaba dispuesta a cargar con la culpa.

—Bien, cielo, tú no te preocupes. Ven, vamos a hacerte esas trenzas que tanto te gustan.

El día no podía ir peor, ni la inocencia de la pequeña había podido arreglarlo. Me moría de ganas de ver a Okley y los horarios de la semana estaban siendo horribles. Cuando esta noche llegara a las diez a las oficinas, él ya se habría marchado de nuevo. Por otro lado, Alberto continuaba dándome esquinazo, no sabía si alegrarme o pillar un cabreo de narices. Dejé a Carlos en el parking del edificio y, desde ese momento, me sentí observada y vigilada toda la noche.

Eran las tres y media de la mañana cuando me tocó repasar la «oficina». No había luz debajo de la puerta.

—Oh, lo siento. Pensé que no había nadie.

—Te estaba esperando.

La persona sentada frente al ventanal miraba hacia las luces de la ciudad. La voz de Oliver resonó en la habitación y se coló dentro de mí, golpeando una y otra vez. En esos momentos, era más fácil masticar ternera cruda que la tensión que emanaba de su persona.

—¿Qué necesita, señor?

—Que salgas de mi cabeza.

Si los perros bufaran... así bufarían.

—Eso no es posible, señor, para salir tendría que estar dentro y... o no soy lo

suficiente pequeña o su cabeza no es demasiado grande.

—No me vengas con tus ironías, dulce Eva.

—¿Una palabra bonita y nada de «límpialo mujer»? Me va a hacer preguntarle si se encuentra bien, señor.

—¿Límpialo mujer? ¿Qué demonios es eso?

Ahí estaba ese gruñido que escondía una sonrisa. Empezaba a tomarle la medida a este hombre. Se levantó y se acercó hasta mí, despacio, solo iluminado por la luz del pasillo y una pequeña lamparita de escritorio que encendió a su paso. Bajo su ojo derecho aún se notaba el golpe al que Nacho se había referido. Me sentí mal, pero muy

poquito. Ni siquiera me planteé salir de allí.

—Dígamelo usted, señor «encárgate de que todo esté limpio para mañana». —

Hice que mi voz sonara más grave, imitándole.

—No deberías burlarte así de tu jefe.

—De mi jefe no. Pero del jefe, de mi jefe, de mi jefe, sí puedo, es un idiota que conocí en un bar.

—No me provoques.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a mandar a la terraza como a mis plantas? O mejor, ya sé, ¿me vas a dar vacaciones indefinidas?

—¿Por qué lo haces?

—¿Por qué hago, el qué?

—Meterte aquí —contestó, golpeándose

la frente con un dedo.

—No lo puedo evitar, me sale sin pensar. Es superior a mí. Estar delante de ti y filtrar mis pensamientos es incompatible. Ni siquiera puedo parar de decir idioteces.

—Te pongo nerviosa —afirmó.

—No, me vuelves idiota, ya te lo dije.

—Si haces idioteces eres idiota — dijimos los dos a la vez, recordando mis palabras en la sala de esparcimiento. Idiotas nuestras sonrisas después de esto.

—¿Tan insoportable soy que no puedes cenar conmigo?

Por primera vez su voz fue cálida, suave.

—No he estado en casa, no recibí tus

notas. Lo siento, ha sido un desafortunado malentendido.

Lo único que me preocupaba ahora era su conversación con Ricardo. Y tampoco mucho. Nada tengo que perder a parte de mi intimidad, claro está.

—No hay malentendido, Eva, solo has desaparecido sin decir nada.

—No sabía que tenía que hacerlo.

—Yo tampoco —suspiró—, solo sé que hubiera preferido que lo hicieras. Me habría ahorrado algún que otro dolor de cabeza.

—Lo lamento. Lamento que hayas conocido a Ricardo y a Alberto.

—Estás rodeada de gente muy extraña. De hombres extraños. También conocí al doctor Merlo. No imaginé que

estarías tan solicitada.

—Yo pensé que los jefazos no decían tonterías —solté sin pensar.

—¿Con cuál de ellos has estado?

—Prefiero no contestar a eso.

—¿Por qué?

—Porque no tengo por qué hacerlo.

Cerró los ojos, encajando el golpe. Y yo aún no entiendo cómo sintiendo este magnetismo cuando estaba frente a él, una extraña inercia me obligaba a golpearlo y mantenerlo lejos. Se mantuvo allí de pie, con los dedos pululando dentro de sus bolsillos, pero en silencio. Cuando pasaron varios minutos sin una palabra más de sus labios, continué con mi trabajo. Ahora me sentía más completa, más cómoda,

más feliz. Estas conversaciones rápidas siempre me subían el ánimo, eran tan divertidas como sexys. De día y de noche este hombre era exquisito. Me divertía, hacía vibrar y despertar mi mente.

En el baño, sus manos rozaron mi cintura sacándome de mi mundo de ensoñación hacia un lugar de ensueño.

—Odio que hagas eso.

—¿Qué?

—Limpiar para mí.

—Pues yo odio eso.

—¿Qué?

—Que lo detestes.

—Entonces, no lo haré —sentenció cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo.

—¿Comerás conmigo mañana? —
pregunté.

—A las tres, tengo una hora.

—Será suficiente.

En la jaula de sus brazos me volvió hasta encontrar mis labios y encontró un permiso firmado para devorarlos, pero... de forma muy diferente a la primera vez. Quizás fuera porque mi boca no estaba curada con ginebra y sus labios podrían compararse con la seda más exquisita. Su lengua, calmada y paciente, exploró mi boca mientras sus manos se limitaban a aferrarme a su pecho sin escapatoria alguna. Sin prisas, tampoco hubo pausas sino suspiros profundos y la saliva y el vacío, jugando entre los dos. Me sentí libre de

agarrarme a su cintura y repasar su espalda hasta donde pude. Acercarme a su pecho y volver a disfrutar de su perfume. La situación era muy surrealista. El jefe, del jefe, del jefe me deseaba tanto como yo a él, al menos, en este mismo instante.

—¡Eva! ¿Has terminado con el despacho del Dandi?

Tuve que poner mi mano sobre la boca de Oliver para que no protestara. Yo sostuve una carcajada ante la metedura de pata de Cata.

—Dos minutos y estoy fuera.

—Nena, no tardes, Alberto te está esperando en el ascensor.

El Ogro me mordió un dedo en un gruñido y yo protesté.

—Ya voy, Cata. Shh... —imploré a mi besuqueador.

—No quiero que lo veas, no lo soporto. ¿Qué? ¿Perdona?

—¿A quién? ¿A Alberto? No puedes evitarlo.

—Sí que puedo.

Ahí estaba el jefe.

—No lo harás —advertí.

—Eso depende de ti.

—Hablaré con él.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Pues entonces, tú dirás, ¿qué propones?

No se lo pensó demasiado.

—Ignóralo, conmigo lo hiciste muy bien.

—Con él también lo he hecho, pero como ves, no ha funcionado con ninguno

de los dos.

—Esto no nos lleva a ningún sitio.

—Sí, a mí me lleva al ascensor. —Reí

—. Duerme, tienes muy mala cara.

—¡Eva!

La insistencia de Cata era inoportuna.

La expresión de Oliver de diversión cuando metió la mano en mi bolsillo, llevándose mi reproductor mp3 con él.

—Si cambias de idea, tendrás que buscarme para que te lo devuelva. Al parecer le tienes más aprecio que a tu teléfono.

Entendí muchas cosas. Me plantó un beso de película en la puerta del despacho mientras la atrancaba con mi cuerpo. Tendría que decidir si quería participar en este juego tan peligroso o

si por el contrario le pondría fin en la comida de mañana, bueno, de hoy. Me separé de él como pude y agradecí que Cata no me esperara fuera cuando corrí hacia el ascensor. A pesar de las dudas, me sentí pletórica cuando al entrar en el habitáculo aún me miraba como si fuera una enorme piruleta en un puesto de feria. Deseada. Era extraño este juego. Estaba cómoda con él, todas las preocupaciones se disipaban; mi cubo de mierda olía menos, no sé. Pero, por otro lado, las luces de alarma centelleaban demasiado rápido, no podría ignorarlas por mucho tiempo. Por su parte, Alberto escapaba del edificio cuando conseguí alcanzarlo en el parking. ¿No me estaba esperando?

Las ruedas de su BMW se quejaban contra el asfalto y desde el ascensor, Nacho apretaba los labios implorándome para que hablara con él cuanto antes. Si estaba teniendo esa actitud en el trabajo, no me extrañaba que su empleo pendiera de un hilo. Julietta no me lo perdonaría. ¿Qué demonios le estaba pasando?

El resto de la noche la pasé sonriendo como una tonta y siendo objeto de toda burla o chiste entre las compañeras durante el desayuno. A las siete estaba en casa, metiéndome en la cama y pensando en qué prepararía para el señor me sale el money money por las orejas cuando el teléfono del salón acabó con la calma.

—¿Eva Molina?

—Sí, dígame.

—Perdona que te moleste, soy Elena de Global Encuentros, hemos tenido un problema con dos de las azafatas asignadas para hoy y la llamaba para saber si podíamos contar con usted para un Referéndum en la Sala Magna a las diez. La remuneración correspondería a horas extras para ti.

Eso era muy bueno para dar de comer a la hucha de cerdito rosa.

—Bien, de acuerdo, ¿qué uniforme será?

—El rojo, lo puedes recoger en la central.

—Bien, a las diez, entonces.

Definitivamente, tendría que cambiar unas horas de sueño por una ducha

rápida y una tonelada de maquillaje bajo los ojos. Sonreí, recordando que le había aconsejado a Oliver que durmiera porque tenía mala cara. La mía hablaría por sí sola en unas horas. Genial para una primera cita. Necesité que Antonio me llevara a la Torre y tres cafés para recobrar toda mi cordura.

—Date prisa, Eva, los ejecutivos ya están entrando en la sala.

—Buenos días, Elena, y gracias por acordarte de mí.

Primero buenos días, mujer ¡Qué estrés por Dios!

—¿No me digas que trabajaste anoche?
¿Por qué preguntas?

—No, claro que no —mentí.

—Bien, toma, ve repartiendo esto entre

los que están sentados. Tú quédate en la reunión y Sylvia y Óscar harán el catering.

Ese era el plan entonces, estar sobre estos tacones cuatro horas escuchando unas aburridas conversaciones de gente que se cree importante y que no sabe lo que cuesta ni un café ni una barra de pan. Genial. Repartiendo las carpetas tropecé con un rostro familiar. Con su mirada me censuraba lo suficiente para no volver a cruzarme con él en el resto de la mañana. Me estaba costando una barbaridad no bostezar ¡Qué tostón de reunión!

—¿Qué haces aquí?

—Trabajar, señor, es una vieja costumbre que tengo.

—¿Has llegado a casa al menos?

—Sí, claro. ¿Cómo lo aguantas?

Quise cambiar de tema, señalando con la cabeza al grupo de ricachones trajeados que rodeaba la mesa central del salón.

—Ni yo mismo lo sé, pero unas horas de sueño ayudan.

—Posiblemente —contribuí justo antes de alejarme para atender a uno de los asistentes que quería un vaso de agua mineral para tomarse un antiácido.

Ácido el que me entraba a mí ante sus dichosos caprichos de ricachón.

No volvimos a hablar más. Un par de veces cruzamos la mirada como niños de colegio. Qué sonrisa tan linda tenía. Su rostro, no su rostro, su expresión es

enigmática, su gesto formal entraba en desacuerdo con la intención juguetona de sus ojos. Más allá de ese guiño rápido, de observar por el rabillo del ojo, de pasar la mano por su pelo cuando sabía que lo miraba. Un juego divertido, fresco, infantil, liviano, sencillo... ¿sería todo esto posible? ¿Sería esta la oportunidad que me quedaba por vivir? Rozar la perfección no es el punto fuerte de mujeres destronadas como yo. A las dos de la tarde, los asistentes pasaron al catering y yo hui a casa. Recogí comida china y llegué poco antes de las tres. Despreocupada de la comida me senté en el sofá a descansar unos minutos y tiré los tacones con coraje hasta el

pasillo. Cuando repiqueteaban en su última treta, Antonio entraba a casa y detrás de él, el jefazo, que no dejaba de suspirar entre incómodo y nervioso.

—Hola, Eva, Oliver dice que ha quedado a comer contigo.

—¿Oliver? —Les sonreí. Antonio titubeó, arrepentido de haberse tomado tal confianza.

—Está bien. Antonio, Oliver es perfecto. —¿Lo es?

—¿Lo es? —repetí en voz alta.

—Sí. —Sonrió—. Te he llamado al móvil, pero para variar no me has contestado.

—Andará por ahí —sugerí—, como habrás podido comprobar, no estamos muy familiarizados. Lo que no ocurre

con mi reproductor mp3, por cierto. No podemos vivir el uno sin el otro.

—¿Siempre habla tanto? —le dijo Okley a Antonio.

—En realidad no. Descansad, iré poniendo la mesa.

En el salón, hablamos como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Sueles compaginar Ginger con la empresa de eventos?

—Sí, por eso siempre cojo el horario nocturno en Ginger, me deja tiempo libre durante el día para otros trabajos.

—¿Trabajos? ¿En plural?

—Sí, colaboro con otra agencia de azafatas que no tiene sede en la Torre, pero con menos asiduidad; antes limpiaba unas oficinas aquí cerca, pero

se las he dejado a una amiga esta semana y los fines de semana paso unas horas en el restaurante de unos amigos.

—¿Cuál?

—La Sonrisa de Julietta, en la Avenida Felipe Futuro.

—No lo conozco, ¿por qué tanto trabajo? —Sonreí, obvio. No tenía nada que ver con los empresarios que pasaban a desayunar por la cafetería.

—La gente normal trabajamos, Okley, tenemos facturas que pagar.

—Sé que la gente trabaja, señorita Molina, es más, doscientas siete personas lo hacen para mí directamente. Yo también trabajo, por cierto.

—Guau... impresionante. ¿Cuál es la duda entonces?

—Todos tienen un objetivo: un viaje, una hipoteca, una familia, ausencia de vida social, depresión e incluso problemas de autoestima... ¿cuál es el tuyo?

—Estas son conversaciones demasiado trascendentales para el almuerzo.

Antonio pon un poco de música, mientras yo traigo algún pecado para el postre.

Rosana empezó a sonar mientras el Ogro más interesante de todos los cuentos de hadas imaginables cavilaba sobre lo evidente; había dejado sin contestar una pregunta más. Mi compañero de piso irrumpió en la conversación, liberándome finalmente del escrutinio de los oscuros ojos del saco de

testosterona. Precioso saco de testosterona, perdón.

Estaba más muerta que viva en estos momentos. Hice mis mejores esfuerzos por participar en la conversación que no cesó durante toda el tiempo entre los dos hombres. Cuando terminamos insistieron en recoger la cocina mientras yo me ponía algo más cómoda. No sé en qué momento ocurrió ni cómo ni por qué, pero cuando desperté estaba metida en mi cama, arropada y con un vaso de agua en la mesita, junto a un paracetamol y una nota. Las persianas bajadas y las cortinas corridas. No había ni rastro de Antonio o de Okley por lado alguno.

Capítulo 9

Deberías entender que no puedes ser normal.

*Cuando el ogro se disfraza de gatito...
o el gatito se oculta tras el ogro... ¿a
quién llamamos? ¿A la protectora o a
la perrera del ayuntamiento?*

«Llámame cuando te despiertes»

Pero lo de estar despierta era relativo.

Cuando me dirigía al baño me

sorprendió escuchar voces en el salón y

disparos, muchos disparos. Antonio

estaba jugando a la consola con algún tipo de juego junto al jefe, de mi jefe, de mi jefe, ese recipiente de hormonas que me había rechazado la primera vez y que me había tenido que acostar la segunda.

Genial.

—Hola —saludé.

—Buenos días Bella Durmiente —
saludó Antonio.

Su compañero de juegos no abrió el pico, sino que se limitó a recostarse en el sofá y sonreír. De todo lo que estaba ocurriendo nada era normal. Yo me limité a restregarme los ojos y saludar con la mano libre en dirección a la cocina donde me serví un vaso de Coca-Cola con hielo. Mmmm, deliciosa. De regreso al baño mi sorpresa fue de

órdago. El maquillaje estaba todo corrido, la máscara de pestañas me llegaba a las orejas y el pelo se había escapado del recogido, dándome el verdadero aspecto de una loca psicópata. Además, llevaba puesta mi camiseta negra de U2, doce tallas más grande de la cuenta y llena de piquetes y descosidos que me llegaba a medio muslo. Deliciosa y sexy, Eva, si no ha corrido ya es que no quiere sexo contigo. Al menos, ahora ya sabía que podía relajarme. Me cambié colocándome un pantalón de yoga y mi camiseta de la selección para volver al salón.

Sí, es cierto, la imagen era extraña, pero poco importa si en el fondo te gusta. Y

lo hace. Piénsalo, un hombre guapo y millonario en tu salón, fraternizando con tu compañero de piso. No está nada mal, casi puedo sentirme como una persona normal. No sabía cuánto tiempo llevaban allí sentados, pero la mesa estaba llena de porquerías: latas vacías, bolsas de patatas, pipas, palomitas y gominolas. ¿Qué hombre come chucherías mientras juega a la PlayStation 4? Por cierto, ¿de dónde han salido?

—¿Cuántos años tienes? —Se me escapó preguntar.

—¿Importa mucho?

—Curiosidad —desvelé.

—Cumplo treinta y tres en diciembre.

—Es verdad, lo había olvidado. Lo leí

en el periódico no hace mucho.

—¿Has leído mucho de mí?

—Solo para matar mi curiosidad.

—Como todo el mundo, entonces.

La media sonrisa no llegó a sus ojos.

Empecé a pensar que no tenía mucha práctica en eso de sonreír.

—No aparentas esa edad.

—¿Qué edad aparento?

—No sé, supongo que mayor por tu seriedad, por tener cara de jefe. Aunque por otro lado, siempre te he tenido por un eterno adolescente: volátil, cambiante, irresponsable...

—¿Aún piensas eso?

—No lo he decidido, supongo que dudo entre la portada de revista o el amante de la PS4. —Reí. Me sentí cómoda

bromeando con él. Parecía fácil.

—¿Cuántos tienes tú?

—Cumpló los veintisiete en noviembre.

—Yo te hacía menor, y es un piropo, ¡eh!

—Los enamorados no decís más que tonterías —soltó el capullo de mi compañero. Las palabras de Antonio atravesaron el salón como balas. Antes de acabar la frase, yo bebía agua y Oliver sacaba una cerveza de la nevera. ¿Cómo narices había llegado a esa conclusión? Qué bobería.

—¿Qué hora es? ¿No has ido a trabajar?

—Sí, lo hice y volví. Has dormido una eternidad, estabas agotada. Te envidio, yo hace meses que no duermo cuatro horas seguidas.

—Lo de hoy ha sido una excepción, no te creas. No suele pasar. Siento haberme quedado dormida. Debería haberte pedido que vinieras otro día...

Dejé las palabras colgando en el aire, pero la culpa no me dejaba tranquila.

—O no trabajar diecisiete horas seguidas —concluyó. Poco sabía él de esas cosas.

—Esa no es una opción para la mayoría, Gran Okley.

El silencio fue incómodo.

—No me gusta que me hables así. Yo no pedí la vida que tengo, Eva. Te aseguro que no es nada fácil.

¿Mártir?

—Supongo, escoger cada mañana entre Luccino y Gabana deber ser muy duro.

—Bien, será mejor que me marche.

Soltó la cerveza sobre la encimera.

—¡NO! Lo siento, eso ha estado fuera de lugar.

Interrumpí la huida sujetando su antebrazo. Me perdí, solo con eso tuve para derretirme por la forma en que suspiró.

—Sabes que no es cierto, no son las mentiras las que se te escapan, sino las verdades. Así es como piensas.

—¿Tan transparente soy?

En lugar de contestarme tomó un largo trago de cerveza y movió los pies, pasando constantemente su peso de uno al otro, estaba nervioso. Lo bastante como para que fuera lo que fuera, no alcanzara su boca. Pero no se iría. Me

enterneció su debilidad. En mi salón parecía menos frío, más joven e inocente, menos pervertido. A veces creía vislumbrar al humano entre los pliegues de la piel del ogro. Eso era peligroso para mí, si este hombre pasaba de ser sexy a ser encantador tendría un grave problema de seguridad sentimental. Volvimos al pequeño salón, escapando de una intimidad que no se nos daba demasiado bien.

—¿Habéis cenado? —pregunté.

—No, estábamos confiados en que alguna vez despertarías.

Qué labia tenía este Antoñito.

—Bien, prepararé algo.

Propuse mientras abría y cerraba armarios en busca de inspiración.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Okley.

—No... no es necesario, puedes seguir jugando si te apetece.

Voilà, la cena.

—Prefiero ayudarte si no te importa.

—Te voy a ser sincera —le increpé, ¿quería relacionarse con la plebe? Que acarreará con las consecuencias—, lo que me importa es saber por qué estás aún aquí.

—Yo no... no pensé que molestara, lo siento, me marcharé.

Lo sujeté del brazo de nuevo, desde luego no sabía qué hacer para tocarlo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el ogro Okley? ¡Habla o calla para siempre! —le amenacé con un plátano que improvisé en el frutero. El humor

fácil es un buen recurso en situaciones difíciles. Digáis lo que digáis.

—Supongo que no le gustó que le dispararan.

Otra vez, su dulce sonrisa no llegó a sus ojos. Puse un par de tomates delante de él.

—Touché. Ten, corta esto en rodajas, vamos a preparar un sándwich de tres pisos. Huevo y ketchup van a chorrearte hasta manchar esa cara camisa que traes. Lo que vino después fue la expresión más hermosa que he visto nunca. Estaba radiante, feliz. Cortó las lonchas de tomate tan finas que supe que no olvidaría nunca quién me ayudó a preparar el sándwich más delicioso de la historia del flirteo.

Capítulo 10

Click, la margarita se deshojó de un tirón

Pero cuando el pozo comenzó a mojarse del agua de la vida, la lluvia cesó y el pozo quedó triste y vacío

En el ambiente más distendido que habíamos protagonizado hasta ahora, reíamos mientras largos chorreones de huevo y ketchup cubrían la camisa gris

perla de mi disfrazado invitado (por lo del ogro vestido de corderito).

—Eh, ¡ha sido culpa tuya! Has llamado a mi mala suerte —me reclamó el millonario.

—No me mires así, si tanto te preocupaba podrías haberte puesto un baberito como en las películas inglesas.

—Ves demasiado la tele, Eva, eso ya no lo hacen los ricos —intervino Antonio.

—No te creas, ves cada cosa... —opinó Ogrito manchado.

—¿Y qué, Oliver? Cuéntanos cómo es ser rico y exitoso: las fiestas, los yates y las mejores chicas siempre disponibles. No entiendo qué haces aquí con la camisa llena de ketchup.

No dudo que la intención fuera buena,

pero las palabras del chico cayeron como un trueno en una tarde de verano. Hace un momento decía que parecíamos enamorados y ahora ponía en el tapete los ligues del Dandi... ¡Cállate hombre! —¿Sabes, Antonio? Seguro que no adivinas donde viajaré este fin de semana.

—Seguro —contestamos los dos a la vez.

—A Singapur, al G.P. de Fórmula 1 y, quizás, sí que visite algún yate. A lo mejor te gustaría venir conmigo.

¡Otro cerebro con pito que podría cerrar la boquita! ¡Cállate por Dios! ¡No digas nada de las chicas! Supliqué en mi interior y tuve éxito. El problema era salir del siguiente enjambre, ojalá el

cerebro con pito número uno no hablara más de la cuenta.

Antonio y yo nos miramos intensamente, reconociendo los riesgos de una visita así para su rehabilitación, y mientras yo negaba con la cabeza disimuladamente, él le dio las explicaciones justas para hacerme enrojecer.

—No creo que pueda, tío, he tenido problemas con drogas y estoy en pleno proceso de desintoxicación. No me dejarán salir del país sin el consentimiento de mi tutora.

Cuando empezaba a lamentarme, el Ogro soltó una de sus perlas.

—Claro, es evidente, y de todos sabido, que en las fiestas de ricos nos chutamos un par de rayas cada fin de semana.

Una de tres: estaba molesto, muy molesto o tomándonos el pelo.

—Lo siento, tío, yo no pretendía decir eso sino que las grandes reuniones no son aconsejables para mí aún.

—No te preocupes, chico, conozco bien todos los riesgos que entrañan las personas de las que me rodeo a diario y llevas razón, no son una buena influencia si tienes tendencia a la adicción...

¿Esas palabras salían de Oliver o de Okley?

—... será en otro momento entonces, o quizás, si tu tutor decide acompañarte...

—¡No creo que pueda! —Y eso fue un grito.

Lejos de casa, en un lujoso hotel... mejor no. Seguridad emocional.

¿Contigo? Seguridad emocional,
seguridad emocional.

—¿Quién es? Quizás pueda hablar con
él.

Del susto me levanté de un salto,
golpeando la mesa y volcando sobre ella
todos los vasos. Resumen; más manchas
para Okley.

—¿Nerviosa, Eva? ¿Quién lo diría?

—Antonio, ¡cállate!

Esto no iba bien, no señor. No estaba
preparada para que el superjefe abriera
mi cajón de los desastres y encontrara
mi gran cubo de mierda. Así, sin avisar
ni nada. Había supuesto que Ricardo no
le había dicho algo demasiado
comprometedor, de lo contrario no
estaría aquí. No me apetecía que supiera

nada aún. Al menos, no antes de probar sus carnes de nuevo. Tenía el pantalón también mojado y me restregaba con las manos con tanta torpeza como efectividad. Seguía divagando en mis tonterías cuando Oliver me sacudió agarrándome por los hombros.

—Eva, ¿estás bien?

—Sí, sí claro —balbuceé.

—¿Dónde está el baño?

—Emm, ven. —Reaccioné como pude, recurriendo a mi vena profesional, otra vez—. Vamos a limpiar esto. Antonio trae algo de ropa para Oliver mientras le quito las manchas a su pantalón.

Todo esto lo grité desde el baño arrodillada delante de un divertido Okley al que frotaba con insistencia su

pantalón a la altura de los muslos.

—Eres tú, ¿verdad?

—Claro que soy yo, ¿quién más te limpiaría los pantalones de esta forma?

—Tú eres la tutora de Antonio.

Sin encontrar su mirada, me senté en la tapadera del váter, debatiendo entre echarle de casa o irme yo. El mismo pensamiento se repetía una y otra vez dentro de mí.

Esto no iba bien, nada bien.

Estaba derribando mis barreras y si no levantaba las suyas después, mi cubo de mierda sería pasto de subasta. Debieron pasar largos minutos y yo cada vez estaba más confusa. Por el rabillo del ojo lo vi cambiarse de ropa, pero seguía sin reunir el valor para girarme.

—Será mejor que me marche. ¡Eva!, ¿me estás escuchando?

—Sí, te escucho —acerté a balbucear

—. Escucho todo lo que dices, Okley, no se me escapa nada. ¡Nada de lo que dices!

—¿Por qué te enfadas conmigo?

—¿Tienes la osadía de preguntar?!

Llegas arrasando con todo: con mi cordura, con mi seguridad, con el poco orden que hay en mi vida. ¡Te metes en mi trabajo! ¡En mi casa! Estás alrededor mire donde mire. ¿Qué quieres de mí? En un minuto me juzgas y al siguiente te preocupas y me consientes. ¡Qué...! ¿Qué demonios haces aquí, Oliver?

—Me gusta que me llames por mi nombre. —Mi mirada tuvo que ser

asesina para que inmediatamente comenzara a explicarse—. Me gusta estar cerca de ti, es todo más real, más vivo. Supongo que el disparo cambió mi perspectiva.

Encogió sus hombros en un tierno gesto que hizo su cuello aún más grueso y apetecible. Un moreno caracol se formó en su pelo; danzaba sobre la frente con su indecisión. Sus dedos tamborileaban; esto tampoco era fácil para él.

¡Piensa en ti, maldita Eva! ¡Piensa en ti de una puta vez!

—Esa deuda está saldada con creces, créeme. Ya has rescatado a la princesa y puedes volver a tu inmaculada torre.

—No lo entiendes, Eva.

—¡Es que no quiero entenderlo, lo

complicas todo, lo absorbes todo y luego te irás y todos los huecos se quedarán vacíos y escocerán de nuevo! —¡Basta! —me cortó. Guau... y me callé, entre sus labios, me callé.

Con todo el coraje que guardaba me sujetó la cabeza sobre sus labios sin dejar espacio para suspiros o escapatorias. Yo sentada en el váter y él inclinado sobre mí. ¡Qué glamour! Y de nuevo este beso no tenía nada que ver con nada que hubiera conocido en mi vida. Toda la intensidad se volcó en el íntimo tacto de su piel húmeda, caricias detonantes de lujurias tímidas. Toda la necesidad en cálidas aspiraciones y la lentitud en retardados segundos de disfrute. Acariciando mis comisuras y

dibujando con la punta de su lengua el perfil de mis labios, un calor abrasador crecía sin piedad. Eterno y lento eran los adjetivos que acompañarían en el pódium a la intensidad de este beso. Y en un cuarto puesto, amenazando a los anteriores, la calidez como máxima expresión del sentimiento que se vertía gota a gota en nuestro sonoro encuentro. Seguía sujeta por su experta caricia, con sus pulgares estimulaba la línea sensible de mi mandíbula mientras con el resto de los dedos enviaba códigos secretos de deseos desde mi nuca hacia los más ocultos lugares. Y no deseé que nada cambiara ni que fuera más intenso ni menos, tan solo que no terminara nunca y siguiera siendo así de dulce por

siempre. Tal solo eso.

El click de la puerta al cerrarse fue un lejano resorte en nuestra intimidad.

Cuando el calor de su piel abandonó mi rostro yo mantuve los ojos cerrados implorando su regreso. Y lo hizo.

Retomó el turno de húmedas caricias de sensualidad, que poco a poco mi corazón tradujo al idioma del deseo y la aspiración, a conseguir más de él, a saciar mi gula de Okley. Su lengua daba ligeros golpecitos allá donde se le antojaba que, gracias al cielo, coincidía con allá donde se me antojaba a mí.

Saqueando, saboreando y extrayendo el jugo perfecto de su boca. Dándome la perfecta medida del deseo.

—Oh Eva, Eva, Eva... te he estado

deseando tanto...

Su garganta gorjeaba las palabras, encendiéndome en una nueva maraña de sueños logrados y hambre descontrolada. Era a mí a quien deseaba. A mí.

—Más, bésame más.

Esa satisfacción masculina que me había molestado antes, ahora me prendía como las hogueras de San Juan. Tiró de mi cabeza levantándome de mi elegante retrete hasta acabar sentada sobre el lavabo. Se colocó entre mis piernas haciéndome sentir tan plena que el acecho de la pérdida me devolvió a la realidad.

—Esto no está bien —pensé en voz alta.

—No, no lo está —respondió.

¡Qué bien besaba ese hombre! Giraba mi cuello, mostrándolo al completo e implorando su consuelo. Él estableció los nuevos límites de nuestra distancia raspando con sus dientes la piel de mi garganta mientras yo suspiraba llevando mi cabeza hacia atrás como un peso muerto. Total, para lo que me estaba sirviendo pensar... Empujó allí donde la espalda pierde su nombre hacia su pelvis. Sin ropa, se habría empalado dentro de mí.

—No quiero estropearlo, Eva. Me muero por ir a la cama contigo y saborear cada pedazo de tu piel que mi lengua pueda encontrar. Sin detenerme jamás.

Mmm...

—Pruébame —pedí con la valentía de la necesidad.

—No, no puedo. Yo... todo lo que toco acaba destrozado.

—Pruébame —supliqué.

—No, no debo.

Pero seguía allí, masajeando mi lengua con la suya, mi cuerpo con su cuerpo, mi piel con su piel. Así que fue imposible sujetar mis manos sobre la áspera camiseta de Antonio y busqué el dobladillo, encaminándome sin remordimientos a su piel. Allí estaba esperándome, tan suave, tan delicada y tan húmeda por el calor de la diminuta habitación. Su torso, la parte baja de su espalda, la línea perfecta de su columna y sus omoplatos tensos, mientras seguía

empujándome contra su pelvis. Tiré de él clavando aún más profunda mi lengua en su boca y mi asalto fue respondido con un gemido ahogado de retirada.

—Lo siento, Eva.

Tapó su cara con las manos. Yo me quedé desnuda sin ellas, y él, incapaz de controlar su respiración.

—¿Eso es bueno o malo?

—Ha sido buenísimo créeme, dulce Eva, pero es peligroso no poder evitarlo.

—Yo no quería evitarlo, eso es lo peligroso para mí.

Su mirada cómplice por fin me encontró. Su rostro estaba increíblemente sofocado.

—Ambos jugamos con fuego aquí.

—Sí, lo hacemos —añadí.

—¿Quieres que me marche?

—No, yo no, pe...

—Pero crees que debo hacerlo.

Las mentiras no van conmigo. Ni siquiera para engañarme a mí misma.

¡Qué tonta eres, hija!

—Lo creo.

—Yo también —aceptó y tras unos largos segundos...—. ¿Dónde nos deja esto?

Cómo me estaba escociendo esta conversación.

—En el mismo lugar en que estábamos, en punto muerto.

Por mucho que me doliera, él era...

—No me vengas con la mierda de que soy el jefe, de tu jefe, de tu jefe...

—Lo eres —ratifiqué.

¿Había pensado en voz alta?

—Solo porque tú insististe.

—¿Vas a despedirme?

Joder no. Bueno, no se puede tener todo en esta vida: los mejores labios, un trabajo, una cama de princesa...

—Haré lo que tenga que hacer para que no te avergüence salir conmigo.

—No me avergüenza —aseguré.

¿Es que el pez en mi frente ahora hablaba sin permiso?

—Sí lo hace y, además, te acompleja.

—No, no lo hace.

—Entonces, ¿por qué no aceptar mi decimosexta invitación a cenar? No quieres que te vean en público conmigo. No te importa que nos encontremos en tu

casa, pero no quieres salir. No pongas el filtro a tus pensamientos ahora, Eva, por favor.

¿Cómo lo sabía? Bien, después correríamos los dos con las consecuencias. No pensaba hacerlo yo sola.

—No es eso, es peor.

—¿Qué puede ser peor?

—Encariñarme de mi jefe y acabar perdiendo todo por lo que he luchado.

—¡No vas a quedarte sin trabajo! ¡Por enésima vez!

—No me refería a eso —lo encaré.

Sí, has leído bien, lo encaré. Este hombre estaba dispuesto a irrumpir en mi vida y sacar de ella todo mi dominio para acabar con su propio aburrimiento.

Y a pesar de que yo no me negaba a disfrutar de los restos que otras habían dejado en su piel, no dejaría de presentar batalla. Las batallas necesarias para que mi corazón se mantuviera sano y a salvo en la alta torre del castillo encantado, bajo la cama de Cenicienta.

Me miró a los ojos durante tanto tiempo que temí que mi corazón le hubiera tendido las instrucciones para domarlo. —Dame una oportunidad, Eva, por favor. Déjame conocerte y dejar que me conozcas. Me gusta la vida tal y como tú me la enseñas.

Acariciando sus mejillas con mis dedos, pronuncié una de las palabras más duras de mi vida. Y es que, como sabrás, las

verdades cuanto más grandes, más duelen.

—No estoy preparada para tener una relación. Estoy muy jodida con vosotros. Ni busco ni necesito príncipes y tú eres un ogro con demasiado equipaje.

—No sé si pretendes que eso sea un insulto, pero no lo es. Yo sé bien quién soy.

—Y quién eres, ¿el ogro o el príncipe?

—Posiblemente, un príncipe que se convirtió en ogro.

—Eso te convierte en uno del montón.

—Acordé, mostrando la sombra de una sonrisa.

—¿Y eso es bueno o malo?

—En tu caso, creo que bueno.

Capítulo 11

Coletazos a la desesperada

*Hay quien cuando las piezas del puzle
no le encajan, les quita las esquinas a
martillazos*

—¡Joder mi reproductor mp3!

Inmediatamente la imagen de Nacho, riñéndome por mi expresión, atravesó mi mente. Se hacía querer el *segurata*. Recordáis esa canción de Marc Anthony

«¿Ahora quién?» ¡Esa! Esa era la que yo quería escuchar, la pista treinta y siete de mi lista de reproducción titulada «insuficiencia». Sí, como insuficiencia respiratoria; es la música que escucho cuando no tengo ganas ni de respirar. No me pude resistir a abrir el portátil y ponerla a todo volumen para dar los buenos días a mi recién estrenado compañero de piso.

—¡Nene! Arriba, levántate que hoy toca zafarrancho.

—Zafa... ¿qué? —Lloriqueó tapándose la cara con la almohada. La persiana ya estaba levantada y las sábanas fuera de la cama. Pobre... ahora empezaría a sufrir mi compañía.

—¡Zafarrancho! Toca limpiar y poner al

día las tareas de casa.

—Pero yo empiezo a trabajar a las cuatro, ¿qué hora es?

—¡Las ocho y cinco! —grité desde el salón a la vez que tarareaba:

¿A quién van a engañar ahora tus brazos?

¿A quién van a mentirle ahora tus labios?

*¿A quién vas a decirle ahora te amo?
Y luego en el silencio, le darás tu cuerpo,*

detendrás el tiempo sobre la almohada.

Pasarán mil horas en tu mirada.

Solo existirá la vida amándote.

—¡Eva! ¡Eres peor que Tata! ¡Te odio!
Qué gracioso y qué manera tan

*peculiar de darme los buenos días
tenía el chavalito, se iba a enterar. De
vuelta en su habitación con un café
triple en la mano y la aspiradora en la
otra:*

¿Ahora quién si no soy yo?

*Me miro y lloro en el espejo y me
siento estúpido, ilógico.*

*Luego te imagino toda regalando el
olor de tu piel,*

*tus besos, tu sonrisa eterna y hasta el
alma en un beso,*

*en un beso va el alma, y en mi alma
está el beso que pudo ser.*

¿Ahora quién si no soy yo?

—¡Arriba, flojete! ¡Te pesa el culo de

*tanta patata frita, cerveza y gominola!
Yo misma no me había dado cuenta de
las que quedaron en una bolsa entre
los cojines del sofá. Qué buenas
estaban las puñeteras. ¿A que no sabías
que hay chuches para pijos buenorros?
Yo tampoco. Seguí graznando.*

*Me miro y lloro en el espejo y me
siento estúpido, ilógico.*

*Luego te imagino toda regalando el
olor de tu piel.*

*Tus besos, tu sonrisa eterna y hasta el
alma en un beso,
en un beso va el alma y en mi alma está
el beso que pudo ser.*

Ah, ¿ahora a quién?

¿A quién le dejarás tu aroma en la

cama?

*¿A quién le quedará el recuerdo
mañana?*

*¿A quién le pasarán las horas con
calma?*

*Y luego en el silencio deseará tu
cuerpo,
se detendrá el tiempo sobre su cara.*

Pasará mil horas en la ventana.

Se le acabará la voz llamándote.

¿Ahora quién?... ¿Ahora quién?...

Por algún motivo, esa canción se repitió
en mi mente como una maldición durante
días.

— ¡Me la vais a pagar el ricachón y tú!
El chico tenía un humor de perros por
las mañanas. Ya era tiempo de sacar a
pasear los demonios de cada uno y

poner a prueba la convivencia. Dios nos cría, y nosotros solitos nos juntamos. Después de nuestro encantador encuentro, la complicada conversación y la ausencia de conclusiones, Oliver salió de casa antes de que pudiera reaccionar. Como un mago del escapismo me dejó sentada en el lavabo de mi cuarto de baño con su ropa desparramada por el suelo y un profundo sentimiento de pérdida. Enfermé al darme cuenta de que ese arrebatador olor a One Million no se despegaría de mi piel jamás. No hace falta besar a todos los sapos de la charca para saber que no olvidarás a uno en concreto. De aquí en adelante, mis labios ejecutarían a cualquier otro hombre en una cruel

comparativa. Mi corazón estaba tocado, solo quedaba esperar que no estuviera hundido. Acaricié el último dibujo en mi piel por instinto, un nuevo mapa para reencontrarme.

Había pasado la noche en vela. Eran las tres de la mañana y seguía sin poder pegar ojo después de haber dormido durante toda la tarde, así que me había puesto a leer el último libro de J.R. Ward. A las cuatro, las letras saltaban de una punta a la otra de la hoja como ranas, a las cuatro y media, serpenteaban, entrecruzándose como renacuajos y tenía otro calentón como un camión de frutas. A las cinco había dado a «Me gusta» al estado de los últimos tres días de todos mis amigos en

Facebook y había retuiteado
tropecientas canciones. A las seis salí
con la cámara a la terraza a fotografiar
el nuevo día y conseguí algunas
instantáneas de concurso. A las seis y
media había encargado en Internet un par
de impresiones del saludo del sol sobre
los pintorescos tejados de la ciudad y
otra imagen pensada para un regalo muy
especial. A las siete, los cristales
estaban limpios y a las ocho había hecho
café para cuarenta. Ya no podía soportar
más estar sola y quería evitar salir
corriendo de casa. Así que me apoyé en
mi compañero de piso, solo que no le
pedí permiso.

—¿Esta es tu forma de liberar el estrés?
Confiésamelo para que me sienta un

poco mejor porque tengo unas ganas de estrangularte...

Antonio tenía su gracia, se lo tenía que reconocer.

—Sí, lo es.

—¿Has pensado en el sexo? Creo que Oliver estaría más que...

—¡Cállate! No sigas, deja al Ogro en paz.

—¿Por qué le llamas así? A él no le gusta, se le ponen las orejas rojas cada vez que le llamas así.

¿En serio se le ponían rojas las orejas? No me había dado cuenta, últimamente tenía mucho más a dónde mirar. Sus ojos, su sonrisa, sus pectorales, sus hombros, su culo... oh..., ese trasero redondito.

—Es un ogro, Antonio, no te dejes engañar. Lo que ocurre es que le pegaron un tiro y ahora la vida de excesos que ha llevado le remuerde la conciencia.

—¿Le pegaron un tiro? ¡Qué fuerte! ¿Y quién fue? ¿Cómo es que no ha salido en las noticias?

Ahora sí, Eva, la cagaste bien. Tu cubito de mierda va a necesitar ruedas para volverlo a meter en el armario.

Indiscreta yo, ¿no? Le expliqué por encima lo ocurrido y que no podía comentar nada debido al acuerdo de confidencialidad. Pero, definitivamente, el Dandi tendía tentáculos en todas direcciones, no solo en las féminas. Lo tenía en el bote.

—Yo no creo que nos esté usando para calmar su conciencia. Yo lo veo más como si estuviera insatisfecho con su vida, aburrido.

—Si tuvieras su vida sexual no podrías estar aburrido, créeme —le confesé. Me jodía. Ni yo misma sabía cuánto me molestaba ahora pensar en cada una de las noches que había esperado que terminara sus encuentros para pasar a limpiar la suite del sexo. Antes no me había importado, pero ahora recordarlas me hacía retorcer.

—No creo que sea tan sencillo. Tú y yo sabemos que todo, siempre, es más complejo de lo que parece.

—¡Te tiene en el bote! ¡No puedo creerlo! ¿Tú también vas a caer en sus

redes? Puede que tú también le gustes, eres gay, ¿verdad? Igual podéis salir juntos y probar.

—Pues últimamente no doy ese tipo de explicaciones. Pero dicen que la coca te fríe el cerebro. —Oh, oh—. Eres gilipollas, Eva, y te estás pasando de la raya con creces.

Mierda, ¿qué había hecho? Aquí estaba la auténtica Eva, la que a los justos cobraba las cuentas de los pecadores.

—Lo siento, Antonio, de veras lo lamento.

—Sabes bien que los lamentos no van a ninguna parte una vez que el hacha ha sido lanzada. Lo sabes tan bien como yo. Pero eso sí, si voy a ser objetivo de tus explosiones, te voy a decir algo. Si

crees que debes defenderte de Okley, hazlo, pero hazlo ya, porque en cualquier momento te vas a dar cuenta de que te mueres por sus huesos y espero no estar cerca cuando lo hagas. Estaba realmente furioso conmigo y con razón. Dejó su plato en el fregadero y sin más despedidas cerró la puerta de un portazo. Dos segundos después, el cerrojo de la puerta volvió a abrirse. Un martirizado Antonio entró y me abrazó lo suficientemente fuerte para dejarme sin aire. Su voz fue firme: —Estás cagada de miedo, Tata nos enseña a reconocerlo. Estoy aquí para ayudarte, pero antes debes de reconocer tus dragones. Darte cuenta de lo que temes.

Me besó en la frente y se marchó de nuevo. El asunto no podía ir peor, era física y emocionalmente imposible. Yo bien sabía de quién me defendía, del encanto del Ogro. De la falsa creencia de que podría ser un buen hombre, uno que estuviera a mi lado y solo a mi lado. Uno en el que confiar, uno entre mil. El sapo escogido y el leal. Un rostro del que, por primera vez, extraer las virtudes más allá de los defectos. Tenía miedo de alguien al que por mucho que empujara, no se alejara lo suficiente, a reconocer que no se puede echar a quién tienes dentro, y a que la máscara del Ogro se desmoronase en mi imaginación.

— ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio y te

odio más todavía Oliver Okley! ¡Ojalá pudiera sacarte de aquí sin una raya! ¡Ojalá no me pusieras al filo de la navaja!

E inevitablemente, el rostro de Ricardo vino a mi mente. En los siguientes minutos tecleé una maquiavélica verdad. Oliver era la nueva prueba que Ricardo había puesto delante de mí para acabar con la poca cordura que me había dejado a lo largo de los años. Solo me quedaba averiguar qué podría haber ofrecido mi padre al millonario para que este decidiera seguir su juego y joderme la vida de nuevo. Antonio se equivocaba, el aburrimiento es tan buen consejero como el miedo. Nos hace cometer los atentados más despiadados.

Capítulo 12

Gatita, gatita

Ay, gatita... lo que a ti te pasa es que no quieres parar de ronronear

Debía enfrentarlo y saber la verdad de una vez por todas. Ricardo no me iba a decir lo que habían hablado ni yo le iba a preguntar. Al parecer, la conversación pendiente con Okley iba a ser larga y obligada. No me daba cuenta de que se trataba de una excusa y no de una causa.

«Hola Oliver, señor Okley, soy Eva... Mmmmm, Eva Molina. No quiero molestarle, pero me gustaría preguntarle algo. Llámeme cuando pueda, con una conversación telefónica me basta. Hasta luego. Gracias».

Mucho Smartphone de última generación y estaba fuera de cobertura como mi Alcatel. Me moría de las ganas de verle, pero no sería buena idea. Ver sus ojos centellear mientras confirmaba mis sospechas sería demasiado para mí. Mi instinto de supervivencia me chillaba cómo mantenerme a salvo y eso implicaba, irremediabilmente, marcar distancias con Oliver. Lástima que mi cabeza hablara chino mandarín y el

corazón un andaluz *cerraao*, no había forma de que se entendieran.

Por otro lado, eran solo las nueve cuando en el parking de la Torre tuve el encuentro que había esperado por días.

—¡Alberto! ¡Alberto! ¡Para!

Se detuvo, pero no se volvió a mirarme.

—¿Qué hay, Eva?

—Ven, te invito a un café.

—No me apetece un café.

—¿Un té, una infusión, una cerveza?, ¿una copa? Me da igual lo que tomes, pero tú y yo vamos a hablar.

—No quiero hablar contigo, Eva. No estoy teniendo una buena semana y no quiero pagarla con nadie.

—Yo no soy nadie, somos amigos desde hace años y me gustaría saber qué te

pasa conmigo —sentencié.

Si no quería café pues hablaríamos con la garganta seca, pero hablaríamos.

Aunque era mejor cuando no me miraba, sus ojos ardían en furia.

—¿¡Qué me pasa a mí contigo!? Mírate y dime qué te pasa a ti contigo misma para andar tras los calzones del *bragas nuevas* de tu jefe.

Si se me abría más la boca, necesitaría cirugía maxilofacial reparadora.

—¿De qué hablas, Alberto? Yo no ando detrás de nadie.

—No, tú solo te dejas mimar, ¿verdad, Eva? ¿Eso es lo que te gusta? ¿Que los hombres te rondemos para después marcharte con el que tiene el bolsillo más abultado?

Mala idea, sí señor. Sus palabras me abofetearon primero, y me hundieron un puño en el estómago después. Ni corta ni perezosa le respondí con una buena hostia, con la mano abierta. Podría ser mi amigo, pero no tenía derecho a hablarme así. Ni él ni nadie y, con pene, mucho menos. Ahora picaba, mi mano picaba y ardía a la misma vez. Alberto volvió su rostro hacia mí con los ojos desencajados y la mandíbula tan apretada que no pude adivinar sus intenciones.

En un instante mi espalda chocó contra uno de los pilares del aparcamiento y la boca de mi amigo saqueó todo lo que encontró a su paso. Llevó la lengua hasta la campanilla en un beso atronador y

preciso. Succionó la mía hasta meterla en su boca y morderla allí, entre sus dientes. Mi mente solo alcanzó a registrar lo que ocurría de cuello para arriba e ignoró sus manos, subiendo por mi cintura hacia los pechos. ¿Cómo había pasado esto? ¿Qué me había traído hasta este lugar?

Antes de darme cuenta y decidir si entraba o no en su juego me faltaba el aire. No podía respirar, su boca avariciosa cubría todo y su rostro aplastaba furioso el mío. No había aire, solo el calor de su aliento rozaba mi piel y me angustiaba más aún. Estos no eran los besos de Okley. Pero... si el Dandi era el ogro, ¿quién era Alberto? ¿Gárgamel?

Lo empujaba como podía, sacando con el esfuerzo mis últimos alientos. Mis pulmones ardían. No había leído jamás que se pudiera asfixiar a alguien besándola, quizás, nadie sobrevivía para contarlo. Intenté subir mi rodilla para golpearlo entre las piernas, recordando alguna que otra escapada en mis tiempos de joven delincuente, pero su cuerpo estaba tan pegado a mí que no me dejaba mover un músculo. El fuerte chirrío de los neumáticos de un coche retumbó en el parking a pocos metros de nosotros y, solo entonces, Alberto me soltó. Me aparté de él lo más rápido que pude y me agaché, intentando recuperar el aliento. No lo miré hasta que se colocó de rodillas frente a mí, obligándome a

enfrentarlo.

—¿Mejor o peor que el Ogro, Eva? Si es esto lo que te gusta podrías haberlo dicho antes.

—¿¡Qué diablos te pasa!?! —grité.

—¡No! ¿Qué diablos te pasa a ti, Eva? Tú sabes quién es ese hombre y lo que hace. ¿Y vas y lo metes en tu cama?

—No te lo permito, Alberto. Yo no he metido a nadie en mi cama, pero aun así, ya está bien de gilipolleces machistas y violencia gratuita por un día. Metiste la pata hasta el fondo. Yo hago, con mi vida, lo que me da la real gana.

Con cada golpe de voz mi dedo golpeaba su pecho y mis ojos se clavaban en los suyos destilando furia e impaciencia.

—Te estás equivocando —chuleó.

—Créeme, sé en lo que consiste, llevo haciéndolo desde los doce años.

Sobreviviré.

—Te vas a arrepentir, Eva. ¡No me dejes con la palabra en la boca! ¡Eva! Con esto me giré y salí del aparcamiento, alcanzando la séptima planta desde la escalera. Sin aliento también se suben escaleras. Necesitaba hablar con Guillermo, el jefe de personal de Global Encuentros porque había recibido un ingreso erróneo en mi cuenta corriente. Sentada en la sala de espera, mi mente saltaba como la conciencia de Pinocho, de un lado a otro. ¿Había dicho bragas nuevas? Puag... no podía negar que tenía su

gracia. Sería idiota Alberto, lo había complicado todo. Estaba mezclando el pepino con el chocolate caliente, ¿a qué venía todo aquello? ¿En qué momento pensó que le correspondía pedirme explicaciones? En estas divagaciones andaba cuando Nacho salió del despacho de Guillermo más que sonriente. Me dolía el cuello y aún me escocían los labios, ni siquiera me había peinado después de que me rechupetearan por dentro como a una piruleta de jamón. Me repasaba el pelo con los dedos y estiraba el cuello, intentando aliviarlo.

—¿Nacho? ¿Qué haces aquí?

—Oh..., Eva, y tú que... ¿qué estás haciendo aquí? Hoy no hay eventos en la

Torre para Global, ¿verdad?

—No, no es eso. Vine a resolver un problemilla con la nómina, pero ¿qué haces tú aquí?

—Yo ehm... concretando algunos detalles de los eventos del señor Okley. ¿Has cenado? Iba a tomar un sándwich en la tercera, ¿te apuntas? Guillermo está a punto de irse a casa, no creo que tenga tiempo de atenderte a estas horas. Él siempre tenía tiempo de atenderme, pero era cierto, ya era tarde. Era justo que se fuera a casa con su esposa Lucía. Curioso... Guillermo era uno de mis jefes de los que Okley era jefe, de jefe, de jefe. ¡Qué humor más sano tengo hoy a pesar de todo! ¿Por qué será? Antes de responderle, Nacho, me

empujaba con su mano en mi espalda hacia la puerta. Yo me retiré bruscamente. No quería más manos peludas sobre mí en el día de hoy. Disimulé como pude y sus ojos de preocupación me demostraron que no se le escapaba una.

—¿Estás bien, Eva? Pareces tensa, preocupada.

—Tuve un problemilla en el parking. Nada importante.

—¿Okley?

—No.

Subimos juntos en el ascensor. Tomaría ese sándwich.

—Hoy ha estado de muy buen humor —sonrió—, no como tú.

—Habrá tenido visita en la suite. —Sí,

quería saber.

—Lo cierto es que no ha tenido ninguna en varios días.

Mi ánimo se volvió a encender como las luces de un arbolito de Navidad en un orfanato. Se movió para sacar su teléfono y contestar una llamada.

—Disculpa, debo contestar.

Se retiró y mantuvo una pequeña conversación cargada de monosílabos, «señor» y «sí, señor». ¿Se trataría de Oliver? ¡No, Oliver no! Okley, debería seguir siendo Okley si quería mantener mi cordura bajo mínimos. Mi cabeza era una horrible montaña rusa donde el cochecito no para de girar y ponerte bocarriba y bocabajo. Por minutos, estaba furiosa con el resto del mundo

por esperar siempre lo peor de mi Ogro y segundos después, era yo la que lo acusaba de mantener un complot con Ricardo para desquiciarme. Me estaba comportando como una gatita hambrienta que quiere comer, pero que tiene miedo de tomar la comida de la mano del desconocido. Antonio tenía razón; estaba asustada. Muy asustada.

Aterrorizada. Pero si lo dejaba entrar y luego me abandonaba como mamá, Ricardo o Mario... no habría Tata Ana en el mundo que pudiera recomponer los pedazos. La mejor defensa es un buen ataque y de este tendría que conseguir que se mantuviera alejado de mí de una vez por todas. Nacho volvió.

—Era «O». No quiere volver a ver a

Alberto en la Torre —habló sin levantar la vista de la pantalla de su Smartphone. —Joder.

—Esa boca, Eva —me gruñó.

La cena rápida con Nacho fue divertida, pero nada deliciosa. Después del sándwich que me llevó a estrujar a Okley, esto era como chupar un Calipo de disolvente. Estuvo preguntándome sobre Cata y yo le contesté gustosa. Este hombre parecía un buen partido, siempre me equivocaba de príncipe.

Ya era la una y cuarto de la madrugada cuando llegué al decimoquinto piso Okley. Todas las macetas habían vuelto a su lugar y me puse a mimarlas de inmediato. Me sentía mucho mejor con ellas de vuelta dando vida a cada

estancia. Compartiendo conmigo su vitalidad. ¿Esos gestos hacían al Ogro un poco más humano, menos depravado? ¡Cuánto me engañaba! Cata me contó que se había colado en la *sexo suite* en su último turno de mañana para visitarla después de las reformas. La habían transformado en un office para empleados y un despacho más pequeño anexo al del jefe.

Me moría de las ganas por entrar, miraba a un lado y al otro del pasillo, reuniendo las fuerzas, pero me podían los nervios. La última vez que estuve ahí dentro me estaba esperando. A mí, solo a mí. Y me besó, mucho. Recreé ese instante, rozando mis labios con los dedos; sus besos hacían crujir mis

esquemas. Parecía una quinceañera, babeando por su primer beso con el tipo malo del instituto, dos años mayor que ella y en el asiento trasero de un roñoso coche que olía a hamburguesa. Llamé, pero nadie contestó, así que entré, me gustó lo que vi. Había una docena de orquídeas en la sala; en cada esquina, sobre cada mesa, frente al ventanal: blancas, lilas, rosas, amarillas, de varios colores. Una colección hermosa para mí y por mí. Era su manera de decirme que no podría dejar de visitarle cada noche porque de lo contrario se marchitarían. Y durante el día me tendría presente cada instante. Eso era lo que mi gatita quería escuchar. Sin embargo, mi cabeza me decía que su

ritmo de asalto a mis barreras estaba incrementándose al doscientos por ciento. Pero a mi gatita, su ritmo de asalto también la hacía ronronear. Como una bala terminé de repasar el baño, cambié las toallas, repuse sus jabones, las lociones y coloqué la ropa de la lavandería en el pequeño armario de la oficina. Me enfurecía pensar por qué necesitaba ropa de repuesto en su despacho, ahora mi gatita quería sacar las uñas.

Vaya lío, Eva, vaya lío.

Antes de marcharme le dejé una nota en su escritorio:

«Tienes un despacho muy bonito».

...y me marché decepcionada porque no me había esperado esta noche.

Capítulo 13

Esto es la guerra

*Si entre el amor y el odio hay un paso,
entre hacer el amor o la guerra no hay
ni un roce en los labios*

Cuando llegué a casa a las seis y media de la mañana fue imposible aparcar cerca. En la amalgama de vehículos que ocupaban aceras y pasos de peatones, destacaba un carísimo coche gris aparcado justo delante de la puerta del portal. Con lo cual, algún rico presuntuoso me había robado el aparcamiento. Puede que llevara allí bastante tiempo, probablemente, toda la noche, ¿a quién habrían venido a ver a

estas horas? Era un coche extraño, nunca lo había visto antes. Sabía que era un Porsche por el emblema, pero no se trataba del típico deportivo de millonario. Sus formas y altas curvas escondían secretos y no hablaban precisamente de tamaños ni complejos masculinos. Hablaba más sobre robustez y destreza. Entraba de espaldas al portal, empujando la puerta con el trasero cuando una voz me hizo dar un salto de órdago.

—Es un Porsche Panamera Sport Turismo. Solo hay doce en toda Europa. ¿Te impresiona?

—Un poco, te lo confieso.

—¿Y qué más te impresiona, Eva?

—¿A qué viene esa pregunta?

Intenté escurrir el bulto mientras recogía mi bolso del suelo. Había una botella de bourbon en el escalón del portal.

—Contesta de una puta vez, dulce Eva.

Definitivamente, no había escurrido nada. Vaya retintín había tenido eso.

Estaba sentado en el segundo escalón con los codos en las rodillas. Un poco despeinado, lo justo para resultarme aún más atractivo. El contorno de sus ojos enrojecido de nuevo. ¡Iba a costarle la salud a este hombre! Sus labios eran dos líneas blancas debajo de su nariz, apretados por el coraje en contraste con sus manos donde sus dedos jugaban entre ellos sin orden aparente. Su camisa celeste desabrochada hasta el pecho y la corbata oscura sobresalía de uno de sus

bolsillos. Por muy caro que vistiera, su estado de ánimo gritaba como una rata en el fondo de un pozo. Desesperación o impotencia, incluso ambas.

—Has bebido.

—Mucho —contestó. Y movió su mano en círculos hacia delante, recordándome que le debía una respuesta.

—Ya le he contestado, es usted quien tiene que rendir cuentas, señor Okley.

—¿Soy señor Okley de nuevo? Que atraso.

«Las barreras, Eva. Las barreras y el ataque como defensa, recuérdalo». Ahí voy fracaso.

—Querías impresionarme y lo has hecho. Querías recordarme que eres superrico y el jefe, de mi jefe, de mi

jefe... y también lo has hecho.

Piensa antes de hablar, Eva... solo un poco mujer. Si te digo que me gritaba interiormente, ¿me creerías?

—No era eso lo que pretendía.

Sus pasos lo llevaban a mi encuentro cual felino encuentra al ratón.

—¿Ah, no? ¿Y qué pretendías, entonces?

—Que me beses a mí en lugar de al vigilante.

Demasiado alcohol para mentir. ¡Ja!

Eran los neumáticos de este coche los que chirriaron en el aparcamiento.

—¿De qué estás hablando?

—Os vi en el parking.

—¿Y qué viste?

—Os metíais mano en público. Conmigo ni siquiera quieres comer y con él te

morreas a la vista de cualquiera.
—¡Esto es el colmo! —grité, iba a seguir diciéndole cuatro perlas, pero volvió a sujetarme y callarme como acostumbraba. Así nunca me enseñaría a estar callada, protestaría eternamente. La rabia de los enamorados, perdón, de los amantes. La rabia de los amantes se llama celos, ¿lo sabías? Celos por la prioridad de otros. Celos por el tiempo de otros. Celos por las manos de otros. Coraje por la necesidad y la dependencia, por la añoranza de un olor y el tacto de unos labios. Recuerdos sin puntillas, sin condiciones, da igual si son suaves o salvajes, pero son besos traducidos del lenguaje de las atenciones. Segundos de un tiempo que

es único, un amante que es único. Oliver me atrapaba.

La rabia de los amantes que no acarician, sino que amarran el cuerpo del otro y lo encarcelan contra la pared más cercana con barrotes de piel y hueso. La fuerza del coraje que calienta, creciendo desde dentro hacia fuera, irradiándose con ondas descontroladas a las que llamamos frenesí. Manos que invaden pechos como avanzadillas de imparables ejércitos en busca de una estrategia premeditada de invasión, dominio y posesión. Oliver me tocaba. ¿Por qué hacer el amor y no la guerra? Que no os engañen, ingenuas mujeres, porque hacer el amor es la guerra más antigua que la evolución ha creado. La

lucha entre dos cuerpos que quieren el control del otro para estrujar el disfrute más nutritivo, saciando las propias carencias. ¿No es esto igual a invadir otro país por su petróleo o por sus materias primas? No lo niegues, en el fondo sabes que llevo razón. No hace falta practicar juegos de señores y esclavas para saber que, cuando del cuerpo se trata, hay unos límites de territorio por proteger. Límites con murallas que detendrán al más poderoso gigante y al más sanguinario de los guerreros, pero... ¿Quién nos protege de los dulces gatitos que arañan nuestra puerta en busca de alimento? Cuídate mujer, cuídate de aquellos que toman la comida de tu mano porque lo que lamen

no son tus dedos, sino tu corazón. Y antes de que te puedas dar cuenta ese órgano tanpreciado, que has protegido con doscientas armaduras y cuarenta y siete murallas, está cubierto por una fina capa de veneno llamado pasión. El elixir dará muerte a tu independencia, a tu libertad y a tu cordura, en una relación de parásito y huésped. Latirás, latirás y seguirás latiendo mientras el dulce gatito siga lamiendo tus dedos. Pero... cuando tu sabor deje de ser nuevo o los rastros de la lejía, los cayos o los padrastros ocupen el lugar de la ambrosía, todo el horror de las sangrientas conquistas se desparramará ante ti. Nada queda después de la guerra. Los soldados se van y dejan

mujeres viudas y embarazadas.

Despensas vacías y sueños robados.

Tierras arrasadas por el fuego y casas sin tejado. Y cuando quieres agarrarte a la esperanza y te miras dentro, el veneno ha podrido el corazón. Lo que antes latía rosado y brillante ahora se contrae negro y arrugado. Espantoso. Oliver arañaba mi puerta. Oliver derribaba mi muralla; ya estaba dentro. Y yo observaba desde fuera sin saber si seguir delirando sobre el amor o detener sus lametazos pese a renunciar a la deliciosa perdición de la carne.

¿Cómo se podían disfrutar los besos de un hombre sabiendo todo esto? Pues porque tener la verdad no implica tener la razón. Mi gatito traía traje de ogro y,

sabiendo todo lo sé, le permití lamer mi corazón. Que se fuera cuando quisiera, ya que a fin de cuentas, sabía que cuando lo hiciera no me quedaría corazón con el que llorar, sino cerebro con el que sobrevivir. Aún me quedaba esperanza e ingenuidad. Oliver me besaba, como aquel que implora. Y es que, los besos de este hombre podrían pedir la rendición de Troya, sin Elena que valga. Invadía y recogía sin salir. Y a pesar de no tener aire no me quemaban los pulmones, sino los labios por la avaricia. Besos y lametazos que aspiraban el aliento que escapaba. Manos que rozaban allí donde mi piel se encendía llamándolas. Ideal, comedido, respetuoso, pero pasional, sugiriendo

mejor que exigiendo. Contra la pared de nuevo, con su cuerpo a lo largo del mío incitando sin tomar, delicado y sensual. Estos besos no eran los que yo esperaba de este hombre y ese era el peor de los pronósticos. Imaginé besos voraces que tomaban la excitación de mi cuerpo y la sumaban al suyo. Besos egoístas, hedonistas y vanidosos que me izaran a una cima irreal en un ascenso vertiginoso para después dejarme caer al abismo, desnuda, y sin mis alas. Como los de Alberto. Esos eran los encuentros que mi mente percutida dibujaba en su despacho o en la sala del sexo. Los que había envidiado desde antaño. Pero no eran así. No lo son. No lo han sido. Oliver me extasiaba. Yo no

me dejaba ir.

No estaba borracho, su boca olía a alcohol, pero su ejecución era preciosa y precisa. Nada lo obnubilaba sino que estaba en sus plenas facultades. No podía ser de otra manera. Estos labios estaban dedicados a mi placer, a mí, para mí. Buscaban en mis escondites y arañaban cuidadosos mis desconfianzas, reforzaban mi entrega. Y no podía saber si me engañaban. Había rebeldes en las filas de mi ejército que alimentaban al gatito invasor con los mejores manjares. Yo no quería a Oliver Okley en mi cama, yo lo quería en mi vida. Y eso era imposible y desaconsejado para mi cordura. ¿Por qué no podía dejarme llevar y celebrar el polvo con el que

había soñado desde hacía años en lugar de complicarlo todo con los sentimientos? ¿Por qué si quería proteger mi corazón de los hombres, intentaba rodearlos de emociones? ¿Por qué él no salía de mi cabeza tampoco?

—No, no, no, no, no... No, no, no... esto... esto no puede ser —murmuraba.
—No lo hagas, Eva. No me dejes fuera, por favor. No antes de intentarlo. —Sus palabras eran súplicas.

¿Qué me hacía? ¿Qué me decía este hombre? ¡Cómo se atrevía a decirme lo que tenía que hacer y lo que no! Piensa, piensa Eva. No te dejes aturdir, no lo hagas. Qué suaves sus manos en mis mejillas, acariciándome y calmando un corazón que no me obedecía. Y sus

ojos... sus ojos son libros abiertos para mí; brillantes y sonrosados, cargados de mentirosa sinceridad, débiles e inocentes. ¿Dónde estás, Okley? Sal de ahí antes de que Oliver me arranque el corazón. Imploré en busca del ogro para que diera la voz de alarma a mi subconsciente, pero no llegaba.

—Yo, yo... —balbuceaba como una tonta, eso sí sabía hacerlo—. Yo no te conozco, no sé quién eres, me desconciertas, me aturdes...

¡Cállate mujer por Dios! Me gritaba mi subconsciente.

—Solo soy Oliver, Eva. Olvídate de Okley y déjame mostrarte a Oliver, por favor. Me rescataste y ahora no sé vivir sin ti, sin tu sonrisa o sin tu ingenio. Por

favor...

—Me harás daño, tú mismo lo has dicho, todo lo que tocas lo destrozas. Yo no puedo participar en un juego tan peligroso, no soy fuerte Ogro, soy débil. Me rompo.

Sí era cierto, sus orejas enrojecían cuando le llamaba «Ogro», pero no se quejó. Solo cerró los ojos y suspiró. Un dolor oculto se derramaba a través de su expresión, cada vez más contorsionada. Este hombre me necesitaba y no sabía si eso era bueno o malo.

—Juro que haré todo lo necesario para que eso no ocurra. Nunca he deseado nada tanto en toda mi vida que verte, tenerte cerca o discutir contigo eternamente, Eva. Tomaré lo que me des

y yo te daré todo lo que tengo, lo que quieras. Pero no me apartes. No lo hagas antes de darnos una oportunidad. Me había cogido las manos y me hablaba con todo su cuerpo, haciéndome retorcer entre marañas de emociones. ¿Y ahora qué hacía con mi teoría del complot entre Ricardo y Okley? ¿Lo olvidaba? ¿Lo enfrentaba? ¿Lo ignoraba? ¿Lo rodeaba? ¿Qué hacía? ¿Y sí acaba destrozada de nuevo?

Capítulo 14

¿Me besas?

¿Adultos? ¿Hablar? ¿Qué narices sabes tú de eso, Eva? Para qué buscar una solución si no lo vas a solucionar

Él me gusta, yo le gusto. ¿Lo mando a la mierda o lo invito a subir? ¿Qué hacía?

—¿Qué piensas?

—Que no sé si mandarte a la mierda o invitarte a subir.

—¿Sin filtro?

—Sin filtro, Ogrito. Sinceramente, no sé

qué hacer contigo.

—Bésame otra vez —sugirió.

Me achuchaba entre sus brazos con esa sonrisa lobuna. Me olvidé de la pared.

—¿Que te bese?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Tenemos que hablar —advertí.

—Cierto, ¿antes o después?

—¿Antes o después de qué?

—De volverme a besar. Bueno, mejor después, por si luego ya no quieres.

Sonreí. Rozaba su nariz con la mía dejándome disfrutar de su olor profundo y masculino. Su respiración marcaba un ritmo sensual que haría las delicias de Santa Teresa y mi cuerpo se relajaba,

volviéndose cálido y pesado. Él marcaba mis pautas, mis ritmos eran medidos al viento de su aliento. Mi mente vagaba entre los delirios y la poesía y yo... y yo... yo me estaba enamorando.

—No puedo contigo, en serio.

—Yo tampoco puedo conmigo mismo. Me daba pequeños besos en el rostro: sobre mis ojos, en la nariz, en los labios, la mejilla, la mandíbula... ¿quién era el cariñoso, Oliver u Okley? Bien, lo había decidido.

—Vamos a tener una conversación de adultos. Sí, eso es lo que vamos a hacer.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó divertido.

—Vamos a subir y tú vas a escribir las

cosas que quieres o que necesitas saber. Yo haré lo mismo y, después nos sentaremos. Así sabremos si esto que nos está pasando —nos señalé a los dos intermitentemente—, tiene sentido o no. —Yo no necesito hacer eso para saber si tiene sentido o no..., pero te he dicho que haré lo que me pidas. Si eso es lo quieres...

—Ven, tenemos que desayunar antes. ¿Ya le estás dando largas, Eva? Sí, lo estaba haciendo. Lo agarré de la mano y lo llevé hasta Carlos. Necesitaba saber si Julietta le daba el visto bueno. ¡Anda! ¡Y Carlos!

—¿Vamos a ir a desayunar en esto?

—Ajá... —No te pases...

—¿Vas a trabajar en este pollito?

Suspenso, Okley, le has dicho «pollito» a mi coche. Te mereces un «Necesita Mejorar» como el sombrero de un Picador. Le señalé con el dedo a la cara, en una clara amenaza. ¿Quién se había creído el guapito buenorro este?

—Eh, Carlos y yo somos indivisibles. Te lo advierto.

—¿Le has puesto nombre al coche? Mi mirada tuvo que ser asesina, psicópata o de serial killer.

—¡Claro que le he puesto nombre al coche! No es cualquier coche, ¡es mi coche!

—Debes entender que esa tendencia tuya a poner nombre a todo encajaría en un par de cuadros psicóticos.

—¡Lo que sabrás tú de psicosis!

—Venga, en serio... cuéntame por qué.

Alejandra, a la orquídea, Carlos, el coche... y seguro que hay más por ahí.

—Sí que los hay.

Giré la llave en el contacto del MINI y en lugar de arrancar, gruñó. No podía dejarme tirada ahora, ¡juro por Dios que si no arranca a la próxima le cambio el nombre por Clotilde! Oliver se agarró a la puerta y al asiento cuando pisé el acelerador al escuchar por fin el motor. Sería un divertido viaje. El Ogro perdía el color por momentos y se me ocurrió pensar que si se le ponían las orejas rojas justo ahora... ¡habría encontrado a Wally!

—Pero ¿por qué corres?

—No corro.

—Sí lo haces, ¿eso era un ceda el paso?

—No te metas con mi forma de conducir.

—Esto no es conducir. —Un perrito salió corriendo al pasar por su lado—. Vamos, Eva, distráeme porque voy a entrar en colapso. ¿Por qué esos nombres?

—¿Por qué quieres saberlo? Mierda, me acabo de saltar el semáforo.

—En realidad, es el segundo que te pasas.

—Tranquilo hombre, si no dejé que te desangraras no te voy a matar ahora.

—Eso es un consuelo.

—Carlos era el esposo de Julietta, me ayudaba a arrancarlo todas las mañanas, murió hace ocho meses.

Dejó unos minutos de respetuoso silencio para continuar.

—¿Y Alejandra?

Me giré para mirarlo, no quería responder a esa pregunta. No me apetecía pintar de gris la mañana. Todos mis nombres tenían una razón, todos habían tenido un quién. Todos.

—Ok, Eva, no contestes, pero ¡vuelve a mirar la carretera, por favor!

Y no dijo nada más. Un tipo inteligente al que le iba y venía el color de la cara. El viaje se me hizo demasiado corto a partir de ese momento y, con tanto que tenía que pensar, no fui capaz de enlazar lengua con diente. A las siete de la mañana no tuve problema en aparcar justo delante de La Sonrisa de Julietta.

En ese momento, mi amiga subía las cancelas del café.

—Buenos días, Julietta.

—Buenos días, Eva. ¿Cómo estás cielo?

Me brindó uno de sus abrazos de mamá osa.

—Te presento a Oliver, un amigo. Le he prometido que iba a tomar el mejor café de la ciudad, así que aquí estamos.

—Muy bien, Eva, ve entrando. Mientras, Oliver me ayudará a abrir y preparar las mesas aquí fuera.

Así fue, desde detrás de la barra, los miré montar las mesas alegremente. Mi amiga no paraba de reír y se dejaba embaucar por él. Ese hombre me había besado como nadie en la vida. No podía comparar sus destrezas con las

inocentadas de besos que Mario me daba. Claro, normal, si los buenos se los daba a la otra. Todos los hombres son... por ahí no, Eva. Por ahí no. Sus palabras aún resonaban en mi cabeza como un pitido en un hangar.

«Me rescataste y ahora no sé vivir sin ti, sin tu sonrisa o sin tu ingenio. Por favor...».

Esto podría encuadrarlo como el síndrome de Estocolmo, ¿se llamaba así? Pero...

«Juro que haré todo lo necesario para que eso no ocurra. Nunca he deseado nada tanto en toda mi vida que verte, tenerte cerca o discutir contigo eternamente, Eva. Tomaré lo que me des y yo te daré todo lo que tengo, lo

que quieras. Pero no me apartes».

Esto, ¿en qué cajón lo guardaba? Julietta entró guiñándome un ojo y levantando el pulgar a escondidas. ¡Mierda! Eso no es lo que esperaba. Oliver tomó un lugar en la barra mientras yo terminaba de preparar cafés, zumos y tostadas para nosotros y para dos mesas de clientes que acababan de entrar. Todos me saludaron y se alegraron de verme.

Hacía casi un mes que no pasaba ninguna mañana en la cafetería. Con un café en la mano, todos cuchicheamos.

—¿Qué tal, Julietta? ¿Cómo se está portando Antonio?

—Bueno... se lleva a matar con la cafetera, pero por lo demás genial. Aunque pensándolo bien, tú eres la

única que la entiendes. Ni siquiera yo lo hago. —Esta mujer siempre encontraba la manera de hacerme sentir capaz e imprescindible—. Y bien, Oliver, qué me cuentas de ti. ¿En qué trabajas?

—Negocios. —Apresuré a contestar y él se molestó.

—Eva tiene razón, tengo varios negocios que me van bastante bien. —La mujer no quedó nada conforme con la respuesta, pero se levantó para atender a dos mujeres que entraban—. ¿También trabajas aquí? No entiendo cómo lo consigues.

—Es solo trabajo.

—Pero no descansas.

—Cuando llego a casa lo hago. Se acaban las decisiones, las llamadas, los

correos o los compromisos sociales.

Hogar igual a descanso.

—«Ser jefe», como tú dices —

entrecomilló la palabra con los dedos

—, no es así. Puedes no ir a la oficina, pero estás disponible veinticuatro horas.

No lo recomiendo a nadie.

—Puedo imaginarlo. Una vez me

preguntaste que «por qué o para qué».

Trabajar tanto, quiero decir. Supongo que todos tenemos sueños y según sean grandes o pequeños precisan más o menos esfuerzos.

—¿Y qué es lo que tú deseas?

—Un hogar.

Sus ojos parecían tan sinceros

observándome, me dieron unas ganas

enormes de asomarme a ellos y mirar en

su interior. Buscar sus verdades.

—Es un bonito sueño.

—Es un sueño muy común, Okley. Es lo que todos quieren.

—Pensé que es lo que todos tienen. No quiero ser Okley de nuevo.

Me cogió la mano entrelazando sus dedos con los míos y supe que, si no estuviéramos cada uno a un lado de la barra, le estaría besando de nuevo. Le solté para preparar las notas que Julietta había dejado en el tablón: tostadas, cafés y más zumos por doquier. ¿En este barrio nadie desayunaba en casa?

Mentira, le solté para que no rebuscara más dentro de mí. Oliver me miraba desde su lugar en la barra con ojos expectantes. Me seguía descarado y yo,

que debería estar nerviosa o enfurecida por su escrutinio, perfilaba los detalles de este hombre haciéndolo encajar en aquel lugar. Pero era muy difícil. Su camisa demasiado suave, sus zapatos demasiado caros y su rostro demasiado perfecto. Quería darle la oportunidad que me pedía, pero no creía en ella. Eran casi las diez cuando llegamos de nuevo a casa. Carlos había hecho de las suyas. Nunca arrancaba en la puerta del café de Julietta y su difunto esposo, Carl. Gerónimo, el chico del taller justo al lado, volvió a regañarme por no haberle cambiado no sé qué pieza, pero me ayudó a arrancarlo con unas pinzas rojas y negras. Como siempre. Oliver no estaba nada de acuerdo con mi teoría de

que era Carl el que no me dejaba arrancar el coche en la puerta de la cafetería y me riñó igual que el chico del taller. Qué fácil tener dinero para solucionar cualquier contratiempo, señorito millonario. Yo solo quería amueblar por fin mi dormitorio y ahorrar lo suficiente para pagar la hipoteca antes de cumplir los cincuenta y cinco.

—¿No estás cansada?

—Un poco.

¿Cómo lo sabía? ¿Acaso se me notaba? Estaba tan nerviosa después de mi adulta propuesta que podría irme a una conferencia en chino ahora mismo.

—¿Tú no tienes que trabajar?

—Soy el jefe, sin ánimo de ofender, supongo que puedo faltar.

—Soy una mala influencia.

—Quiero que hablemos.

—Ya no estoy tan segura de que fuera una buena idea...

¿Y si no nos gustan las respuestas?

—Sin embargo, yo cada vez estoy más convencido de que lo es. ¿Antonio está en casa?

—Sí, claro.

—Bien, abre y prepara papel y lápiz.

Y así lo hice. Valor y al toro, Eva. Que el toro no se deja agarrar por el rabo, pues probamos por los cuernos. Que no se deja agarrar por los cuernos, le metemos los dedos en la nariz. Si así tampoco, entiéndelo de una vez chica, es un alma libre.

EVA:

Ricardo, ¿qué te contó?

¿Te ha ofrecido algo a cambio de hacerme daño?

¿Es por aburrimiento? ¿Por eso estás aquí?

¿Es por agradecimiento?

¿Quién te disparó?

¿Por qué querías que viera que habías estado con un hombre?

¿Hombres o mujeres?

¿Por qué me rechazaste?

¿Por qué me volviste a rechazar?

¿No puedes o no quieres? Juro que no eres impotente.

No te creo. No creo a ningún hombre.

¿Qué pasó con Alberto?

¿Lo has despedido?

No me importa que me vean contigo, lo que no quiero es que te vean a ti conmigo.

Alejandra está lista para volver a casa.

¿Sabes lo que cuesta un café en el bar de Julietta?

Te aseguro que me importa muy poco tu dinero.

Somos muy diferentes.

Tengo un cubo lleno de mierda.

¿Voy a necesitar otro trabajo?

¿Cuántas mujeres?

OLIVER:

Estás asustada.

No confías en mí. Ni en nadie.

No sé qué me pasa contigo.

Okley está muerto.

No quiero hablar de ella.

¿Dónde estuviste?

¿Quiénes son ellos?

¿Qué buscabas en el Seattle Pub?

¿De verdad hubieras dejado que te
follara allí?

¿Has tenido ese tipo de sexo alguna vez?

Yo tampoco soporto a ese tal Ricardo.

Carlos es demasiado viejo.

Quiero ayudarte.

Me gusta tu sueño.

Los dos estamos solos.

¿Quién es Mario?

No te voy a preguntar por qué acabaste
en un Centro. Aunque me importa, no es

de mi incumbencia.

¿Por qué Alejandra?

Ojalá pudiera obviar todos mis demonios.

¿Por qué besaste a Alberto?

¿Cenarás conmigo?

¿Por qué me aguantas?

¿Me quieres? ¿Aunque sea un poquito?

Capítulo 15

Larga, la lista es larga

Sabes qué pasa, que cuando algo te importa te despierta curiosidad, te molesta, te escuece y lo disfrutas. Si no me importara ni tendría vergüenza ni moriría de celos

Mis manos temblaban como un flan. Lástima que no podáis ver el desastre de letra que me salió; arrugada y espasmódica. De los nervios. Él se

quedó en el salón y yo me fui a mi dormitorio, confiada en poder ser más sincera si no le tenía delante. Releyendo la nota pensé que «lo que no nos mata, nos hace más fuertes». Unos suaves nudillos en la puerta y antes de reaccionar, Okley estaba dentro.

—Esta es la mejor habitación del ático.

—¿Habías estado aquí antes? —Oh, oh...

—Sí, estuve viéndote dormir la otra tarde.

—Ahh... ¿mucho tiempo?

—Bastante. —¡Joder! Hablo mucho en sueños—. Hablas en sueños y tengo una pregunta al respecto.

—Bien, poco arreglo tiene esto ya.

—Solo se arregla lo que está roto o no

funciona.

—Pues eso.

Me dediqué a recoger la ropa que había en medio y doblar lo que ya estaba doblado, todo por no encontrar su mirada.

—Aquí el problema no es que no funcione, sino que no quieres arrancar, Eva.

—¿Por qué será? —inquirí.

—Veremos a ver, ¿cómo lo hacemos?
¿Las intercambiamos?

Miré mi nota, indecisa. Estaba siendo demasiado cruda con todo esto. Escribir una lista de preguntas... ¿qué era esto?
¿Ahora Caigo? ¿Un juego de mesa?
¿Selectividad? Y mi mayor temor no eran mis respuestas, siempre había sido

sincera y brusca con él, no se sorprendería. Lo más duro era saber que, probablemente, no sería capaz de encajar las suyas. Leyó las reticencias en mis ojos y se agachó frente a mí. Me tomó de la barbilla y me hizo mirarle a los ojos. Estaba tan nervioso como yo y volvió a mimar y consentir mis labios con los suyos. Usando esas técnicas de adoración que volvería loca a la mismísima Iceberg. Tierno, pero voraz. No se detenía, pero, sin embargo, no tomaba sin que le diera. Besándome, me quitó la nota de mis manos y las colocó sobre sus hombros. El Ogro me pedía que lo abrazara. El Dandi no estaba. Lo agarré curvando los codos y acercando su boca a la mía. Su torso

apretándose entre mis piernas. Pero, este beso no era lento ni plano ni sosegado. Era ascendente. Me dejé caer hacia atrás y su cuerpo viajó conmigo. Su peso sobre mí, firme e incandescente. Este hombre me volvía loca con la sola promesa de sus ojos. Sus brazos rodearon mi cintura y de sus labios escapaban cálidos suspiros que expandían mi pecho. Su abrazo era perfecto: adecuado, prometedor, protector, sincero, ¿a cuántas mujeres habría abrazado así? ¿A cuántas habría perseguido solo porque se resistían? ¿Cuánto tardaría en cansarse una vez que cayera entre sus redes? Al separarse de mí, sus ojos buscaban miedos escondidos tras las morenas pestañas.

No hacía falta escarbar demasiado. Él ya sabía leer entre mis líneas y mi angustia venció su seguridad porque su cuerpo, inclinado sobre el mío, se desplomó. Sus pulmones se vaciaron en un largo suspiro, derrotado. Sus brazos me liberaron y me ayudó a incorporarme de nuevo en la cama. ¿Se rendiría?

¿Quería yo que lo hiciera?

—Bien, Eva, ¿lista?

—¿Por qué haces esto? Jugar mi juego en esta tontería de las preguntas.

—No creo que sea una tontería y estoy seguro de que yo no lo haría mejor, así que lo que propongas me parecerá bien.

—No lo entiendo —afirmé.

—No sé qué más decirte, Eva.

Cogió la nota de la cama y se dirigió al

gran ventanal.

—Espera, tengo una más.

Escribí mi última pregunta y le devolví la nota. El sol hizo de su figura una escultura, solo por eso no cerré los ojos y recé hasta desaparecer. La pícaro sonrisa con la que empezó a leer se desvaneció. Fue bonito mientras duró. Esa era la verdad. Desde que volví del Centro, me sentía bonita a su lado, más sexy, incluso más fuerte. Con más determinación, más segura. Ver su interés me hacía desconfiar, pero por otro lado me hacía recobrar la fe en el equilibrio, puede que mereciera todo aquello. Sobre todo pensaba así en los momentos de debilidad, cuando creía en su conversión. Solo en los instantes en

que confiaba en él. Como abajo en el portal que creí en sus besos y sus palabras que me ponían bocarriba y bocabajo. Moviéndome el piso, como dicen al otro lado del charco. Besarle era mi estado natural. Besándolo todo era plausible.

Recogí la nota que había dejado bien dobladita sobre el cesto de la ropa que usaba como mesita de noche. Sí, ya sé, no tener más que un colchón en tu dormitorio y un enorme perchero de tienda desordenado es un poco miserable, pero es lo que hay.

Defendería mi corazón a viento y marea, pero nadie se burlaría de mi forma de vivir. Bastante respetable una vez que pagué mis faltas en el Centro. Mi mente

rebuscaba una excusa para no afrontar esta situación. No me atrevía a leerlas. Pero no me quedaba otro remedio.

—Son muchas preguntas, dulce Eva.

¿Eso era tristeza?

—Eres un desconocido para mí.

—Lo soy a juzgar por tus preguntas. ¿Te importaría contestar primero las mías?

—¿Tus respuestas serán tan horribles que temes que no lleguemos a mi turno?

Me miró con la boca torcida, otra pregunta que no le contestaba.

—No creo que sean horribles, pero sí sé que no serán de tu agrado porque no lo son del mío.

—¿Qué me darás a cambio de ser la primera? Quiero un trato.

—Pide lo que quieras. Siempre.

—Un comodín —propuse.

—¿El del cincuenta por ciento, el del público o el de la llamada? —¿Había hecho una broma? ¡Oliver había hecho una broma! Guau...—. Será como tú decidas.

Me levanté y me dirigí hasta la ventana ofreciéndole mi mano para cerrar el trato. Tras estrechármela tiró de ella encajándome entre sus brazos y me besó de nuevo. Más fuerte, más intenso. ¿Cuántas formas hay de besar? Sabía lo que estaba pensando: esta podría ser la última vez. Yo también quise despedirme como se merecía y enredé mis dedos entre su corto y rizado pelo. Repasando sus labios con los míos, absorbiendo su lengua con mi boca,

bebiendo su saliva para recordarlo. Sí, este era mi estado natural. Oliver gruñía girando su cabeza para besarme más profundo y yo le presenté una batalla de voluntades tan exigentes como las suyas. Yo tampoco quería despedirme de esos besos ni de su sabor ni de su piel. Había mucho de él que aún quería probar, me perteneciera o no.

—¿Esto es una despedida, Eva? Porque me estás matando.

Sonreí satisfecha por haberle perturbado de esa forma. Poderosa de hacerle sentir y desear mis labios. Gimió en mi oído hasta derretirme.

—Bésame otra vez, dulce Eva.

No, no me iba a quedar mirando de nuevo. Tomaría algo para poder

resarcirme después o compadecerme o lo que se presentara. Mi norma era hacer de cada día algo importante y me iba a arrepentir toda la vida si este hombre se marchaba sin rozar su piel. Recordar nuestro encuentro en la habitación secreta del Seattle Pub había caldeado mis noches desde entonces. Su control, su ferocidad, la oda de testosterona animal a su alrededor, ¡eran tan diferentes los labios que saboreaba ahora! También recordaba su rechazo, cómo olvidar su rechazo. Aunque estaba tan borracha que no me recreé demasiado en esa parte. Decidida, dirigí mis pasos hacia la cama empujando su cuerpo con el mío, pero decidió no bailar este tango conmigo. Giró su

cuerpo en un intento suave de evadirme, pero la sutileza no pasó de la apariencia y mi orgullo se vio tocado de nuevo.

—Te lo explicaré —me prometió también con sus ojos—, solo dame la oportunidad de explicarme, por favor.

—Esto no va a ningún lado, Okley, si tú no quieres tener sexo conmigo, ¿qué hacemos aquí? Podemos ser amigos, pero no juegues a confundirme. Es más, no juegues conmigo.

Si él quiso que viera la promesa en sus ojos yo haría que entendiera la determinación en los míos. En dos segundos estaba sobre la cama con todo su cuerpo a lo largo del mío. Comiendo mis labios, acariciando mi mejilla con su pulgar mientras con la otra mano

sujetaba parte de su peso. Y su pelvis, sí... su pelvis investía la mía con una herramienta dura, gruesa y larga que alimentaría el ego de cualquier mujer u hombre. ¿Podría luchar alguna vez contra eso? No era el momento de decidir algo así. Era momento de escuchar a mi subconsciente gritarme que no era indiferente a mí. Estaba excitado y dispuesto para tener sexo conmigo. Y yo hablaría por siglos si después podíamos jugar a los papás y las mamás con esa herramienta. ¡Qué marrana, Eva! ¡El filtro, el filtro, el maldito filtro! ¡Qué calor me estaba dando! Me besaba con tanta entrega que no tenía tiempo ni aliento para responderle, solo me quedé allí, siendo

mimada y complacida.

—No dudes de que te deseo, Eva.

Porque lo hago como nunca he deseado a nadie. No espero que me creas, pero es así. Es solo que no quiero estropear todo con el sexo.

—No puedes retrasarlo por siempre, no te lo permitiré.

Su amplia y perfecta sonrisa se abrió para mí. Le creí, no sé por qué, pero esta vez le creí sin lugar a dudas.

—Espero que no lo hagas, pero tomémonos un tiempo, por favor, es lo único que te pido.

¿Lo único? ¡Ya llevas unos pocos únicos!

—No, no, no, no. Has tenido sexo diariamente durante años, ¿y ahora que

estás en mi cama te niegas? Vas a tener que explicarte muy bien, Okley.

Lo empujé, saliendo de la caliente cárcel de su cuerpo.

—No quiero ser Okley.

Esta conversación me traería más preguntas que respuestas, seguro.

—No tengo el filtro puesto, así que te llamaré como quiera. Es tu

responsabilidad dejar de ser *el*

superprepotente y pervertido jefe, de mi jefe, de mi jefe.

El cansancio estaba empezando a caerme sobre los hombros. Y el calentón, claro.

—Eres cruel —sentenció.

—Si te atreves a decir eso después de rechazarme por tercera vez es que tienes

los huevos como ruedas de tractores — titubeé hasta decidirme—. ¡Ogro!

Y después de esto, no sabía si reír o lamerme las heridas en una esquina, pero vi las orejas de Oliver y tuve que apretar los labios para no espurrar una carcajada.

—¿Eva? ¿Eva? ¿Estás bien?

La voz de Antonio llegó desde el pasillo. Nos había oído discutir.

—Sí, Antonio. ¡Duérmete!

—No puedo, el teléfono no ha dejado de sonar. Es de Elite Eventos. Te he cogido el recado, necesitan que estés en el Salón de Actos de la Universidad Politécnica a las doce.

—¡Mierda! ¿Qué hora es? —pregunté mientras agarraba su muñeca y miraba el

carísimo reloj del Ogro: las diez y media. ¿¡Cómo demonios me llaman a las diez y media!? Tardaré en llegar casi cuarenta minutos, eso sin contar con que me tengo que preparar.

Salí al salón y llamé al teléfono personal de José Antonio Penichet, el director de Recursos Humanos de la empresa y planteé mis quejas.

Aproveché, además, para negociar el precio ya que este tipo de eventos de última hora estaban muy cotizados.

Ganaría con él lo mismo que todo el mes limpiando las oficinas de la Torre. Lo cierto es que estos servicios eran agotadores porque solían ser larguísimos y se nos asignaban una serie de clientes. De modo que se trataba más

de asistentes personales que de simples azafatas.

Cuando volví a mi habitación, ya duchada, Oliver me miraba espantado. Más que enfadado, furioso. Lo estaba dejando plantado eso era cierto, pero tenía que coger el trabajo. ¡No podía decir que no! Recogí el uniforme del armario en su funda negra con las letras de la empresa en turquesa y preparé mi bolsa con lo típico: el monedero, el neceser, los zapatos, las zapatillas de estar en casa para los descansos, etc.

—No te puedes ir.

—Sé que tenemos una conversación pendiente, pero...

—A la mierda la conversación, Eva. Solo dime algo, ¿volviste a dormir

anoche después de que me marchara?
Yo negué con la cabeza. ¡Tonta! Todo el mundo miente, ¿por qué tú no? El hombre maldijo por lo alto y por lo bajo.

—No vayas, Eva, necesitas descansar. Acabarás enfermando. Llevas treinta y seis horas de pie sin parar. Por favor, hazme caso.

Lo escuchaba desde el baño mientras me ponía algo de maquillaje sobre las ojeras y Antonio me traía una enorme taza de café y un par de sándwiches en una bolsa.

—Oliver tiene razón, Eva, deberías quedarte y descansar.

—Van a pagarme mil doscientos euros por doce horas de trabajo, ¿tú te

quedarías en casa, Antonio? No hay nada que el café no arregle. No me sanciones tú también. Ir a trabajar, eso es lo que tengo que hacer.

—No cuentes conmigo, Eva. Doce horas en esas convenciones es mucho trabajo, consintiendo a ricos misóginos y viejos caprichosos.

—Sonreiré, repartiré canapés, hablaré por teléfono y comeré por los pasillos. No es tan duro créeme. Lo hago cada día.

Me engañaba a mí misma y lo sabía. Escuchaba la voz de Oliver a lo lejos en lo que entendí se trataba de una conversación telefónica.

—¿Y qué harás cuándo no puedas más, Eva?

Por ahí no, Antonio.

—No voy a hacer ninguna tontería, te lo prometo.

Le hablé bajito, no quería que Oliver me escuchara. Iba a necesitar un poco de colorete también.

—Salir de casa hoy es una tontería.

Después de esa, todas las demás están mucho más cerca.

—Bien, ven a verme a las cinco y tráeme algo más de comer, ¿vale? Así podrás comprobar que todo está bien. Sabes que necesito el dinero, amigo. No podía ser comprensivo y yo lo sabía. Para cuidarnos el uno al otro necesitábamos más disciplina que compasión. Su mirada era glacial en su reflejo en el espejo, otro hombre al que

preferiría no tener que dar la razón.

—Tata me habló sobre Rafael, si te veo cerca de él, la llamaré. Sabes que lo haré, para eso estoy aquí.

En ese momento, Oliver apareció detrás de mí. Le debía una disculpa y una explicación, pero no la que él me pedía: —¿Quién es Rafael?

—Un compañero en Élite Eventos. No preguntes más, por favor, no te quiero mentir.

Pasé entre su pecho y el marco de la puerta sin mirarle a los ojos. No podía dejar que viera mis mierdas tan pronto. Hoy no. Me siguió de nuevo al dormitorio y la suavidad en la súplica de su voz captó toda mi atención.

—No es buena idea, Eva.

—No tiene que serla, Oliver. Lamento todo esto. Terminaré de leer tu nota y hablaremos después.

La curva en sus labios al escucharme pronunciar su nombre de nuevo me derritió las rodillas. ¿Qué hacía este hombre conmigo? Estragos, claros estragos. Quiso llevarme a la Universidad, pero yo insistí en llevar a Carlos conmigo. No sabía a qué hora terminaría, así que no podía depender de nadie para que me recogiera. Me despidió junto a Carlos con otro de esos besos histriónicos, incomparables e inalcanzables. Le iba a echar de menos. Me metió en el bolsillo el teléfono que por vigésima novena vez había dejado olvidado en el salón y sonrió cómplice.

—Contesta mis mensajes y sabré que estás bien, por favor.

—De veras lamento que no hayamos podido hablar.

—Yo lo que lamento es que no hayas podido descansar por estar distraída conmigo.

Besó mi frente, hacía años que un hombre no besaba mi frente.

—Me ha gustado estar distraída contigo.

—¿De verdad? —preguntó y aferrándome más fuerte a su cintura paseó sus labios por mi rostro y mi cuello. Yo cerré los ojos dejándome llevar al cielo—. Ten cuidado —gruñó, mirando el coche con el entrecejo arrugado.

Me besó castamente en la mejilla y se

alejó. Era la primera vez que me iba a trabajar y alguien me despedía en la puerta. La primera en que alguien esperaba mi regreso. Increíble. ¿Esto era tener una relación? Ya lo había olvidado. Rendir cuentas y dar explicaciones sería lo siguiente.

Capítulo 16

Hay errores que nos hacen esconder la cabeza de por vida

Dicen que las relaciones que surgen de situaciones de estrés no tienen futuro.

¿Qué pasa con las que surgen en cuestiones de vida o muerte? Chao, princesa.

Llegué tarde. ¡Claro que llegué tarde!
Carlos no se estaba portando nada bien,
no me dejaba pasar de noventa en la

autovía y eso para mí era ir a paso de tortuga. Cada día estaba peor y, pese al cariño que le tenía, tendría que darles la razón a todos, era demasiado viejo. Y yo seguía jugando al despiste con lo verdaderamente importante. Estaba pagando con el MINI mis vanos intentos por distraerme del turbador recuerdo en que se había convertido Oliver. ¿Qué iba a hacer con él? Enfrentarlo, largarlo, agarrarlo, disfrutarlo... arlo, arlo, arlo...

Cuando a las tres y media presentaba la zona de descanso al grupo de participantes que se me había asignado, aún divagaba sobre las posibles teorías conspiratorias que harían a un adinerado

y sexy hombre interesarse por una de las cuarenta y siete personas que limpiaba una de las instalaciones de su empresa. Demasiadas diferencias. Demasiadas distancias. Demasiados problemas. Demasiados intereses o demasiada falta de interés. En definitiva, demasiado bonito para ser real. Demasiado tiempo sin un beso, una caricia, un gesto. Una cosa es desear tener una vida de princesa y otra muy distinta que te lo acabes creyendo. En la sala había muchas caras conocidas.

—Eva, ¿estás bien?

No, en absoluto, estoy agotada, agarrada a la barandilla de la escalera porque los escalones se me antojan muy lejanos.

—Sí, gracias, Rafa. Un poco cansada,

me han avisado a última hora y no he podido dormir suficiente tras salir de Ginger.

—Pues para estar bien tienes un aspecto horrible. Ven, te acompaño a que tomes un café.

Poca sutileza y mucha idiotez. Tenía esa forma de reír de malo de la película que hacía que se le fuera la cabeza para atrás y te gruñeran los tímpanos. Este podía ser el décimo café de hoy y de todas las personas a las que me agarraría para llegar hasta la cafetería, Rafael no sería una de ellas. Tomando lo mejor de lo peor, agradecí que la media de edad de mi grupo superara los sesenta y rogaba, al que obrara los milagros, que su siesta fuera andaluza.

—Sara, por favor. Prepara a Eva un levanta muertos.

Aunque mi rostro no tuviera ganas, mi subconsciente sonrió. Ese café contaría como doble. Igual me estaba pasando. Tanto Rafa como Sara me acompañaron mientras me lo tomaba junto con uno de los sándwiches que Antonio me había preparado. La idea funcionó; la muerta resucitó, al menos durante un par de horas. Solo entonces recordé que Okley me había prometido mandarme algún mensaje mientras ponía ojos de gatito triste, suplicando que le contestara. Menudo caradura, al final ni él se había acordado de mí. Primeras promesas que no son cumplidas, tómalas con inquina.

—Vamos, Eva, es hora de recoger a los

abuelitos y devolverlos a esa especie de juicio final que están teniendo hoy. Es aburrido hasta para morir.

Yo reía exageradamente, casi más que Rafa. Demasiado café.

—Ja, ja, ¿ves que bien te ha ido mi ayudita? Ya estás lista para otras seis horas de agotador trabajo.

Y así fue. A las seis de la tarde, Rafael y yo lo estábamos pasando pipa mientras los serios directivos exponían deprimentes números sobre las posibilidades de no sé quién, de generar ingresos gracias a las inversiones que había hecho no sé dónde. Eso sí, charlaban con exclusivos botellines de agua con gas, a veinte euros cada uno. Y los más exclusivos con copas de whisky

escocés de trescientos euros la botella. No sabía muy bien quién era Bankia, pero si yo fuera ella, tampoco podría generar muchos ingresos después de este evento.

—Pues lo cierto es que me siento mucho mejor, más animada. El levanta muertos ese haría a Frankenstein bailar flamenco sobre su tumba.

—Ya, el levanta muertos y mi ayudita, que ya me la pagarás, maja.

—¿A qué ayudita te refieres?

Lo agarré del brazo y le obligué a detenerse. No podía haberme hecho eso. No, no podía. Seguramente, estaba equivocada.

—Como si no lo supieras, Eva. ¿Por qué crees que estás tan contenta? Te he

puesto algo de lo que me pediste la otra noche en el Seattle Pub.

—Mierda... ¿¡No estás hablándome en serio!?

—Pues claro, Eva, ahora no te hagas la purita y la inocente. Ya sabía yo que eso de tanto trabajar debía tener un truquito. Qué escondido que lo tenías.

—Yo, yo no te he pedido... yo no te he pedido nada, Rafa. ¿Cómo? ¿Cómo has hecho eso? Sin, ¡sin consultarme! —Me aparté de él de un salto—. No... no puedo creerlo. Mierda, mierda, mierda...

—Arranca, Eva. No pongas el grito en el cielo, sabes que por aquí algunos lo hacemos...

No lo escuché terminar de hablar.

¡Mierda, mierda, mierda, mierda...! ¡Y más mierda! Siete cubos, ahora tenía siete cubos llenos de mierda. Corrí como pude, atravesando media docena de pasillos intentando escapar del edificio, desquiciada. Llevaba ocho años limpia y ahora ese idiota había echado algún tipo de anfetamina en el café. La noche del Seattle Pub le pedí algo, pero fue en un momento de debilidad, ni siquiera llegué a consumirlo. No lo había hecho desde que salí del centro hasta hoy. ¡Maldita putada! Llegué hasta Carlos y rebusqué en mis bolsillos las llaves, pero no estaban, claro que no estaban. Tampoco mi teléfono. ¿En qué estaba pensando? Todo estaba en el bolso, y el bolso en los vestuarios del

Salón de Actos de la Universidad. Me miré en el espejo retrovisor y fue fácil identificar los estragos de la droga en mi organismo. Todo, todo echado a perder. Todo fuera de lugar. Todo por una miserable cama de princesa. Todo por un puñado de sueños, delirios de grandeza, esperanzas voladoras y cajas huecas de equipaje.

Pateé las ruedas del coche frustrada y dolida; mis gritos resonaban lejanos: —¡No, no, no, no...! ¡No, Eva, no! ¡Mierda! ¡Todo a la mierda, Eva! ¡Todo fuera!

El coraje y la impotencia hacían arder mi sangre más que el deseo por cualquier hombre. La debilidad, esa sombra perenne y profunda. Firme

enamorada del fracaso y hermana de los terrores. Pateaba y pateaba a Carlos furiosa. Volviendo a cometer errores de niña, confiando en las bondades de la vida conmigo. Dudando en rechazar lo único bueno que se me había cruzado en años cuando todo era solo la utopía de una oportunidad que, con mi debilidad y mi cubo de mierda, había convertido en desastre. ¿Qué tipo de mujer adulta que se precie se deja engañar de esta manera? ¿Y yo pretendía conocer las bases para una relación sana con un millonario delicioso y voluble? La tonta que había destrozado sus carísimos zapatos contra la carrocería de su arruinado coche. Un saco de lamentaciones que comenzaba a verlo

todo negro mientras su respiración no era capaz de seguir el ritmo de su *sobreesforzado* corazón.

Una vez subí a una montaña rusa. Me sorprendió que subiera tan despacito para después bajar en un segundo. ¿Con qué cara me presentaría delante de Okley ahora? Esta era una de esas historias que terminaban antes de empezar. ¿Qué principios me quedaban ahora para seguir luchando si estos últimos ocho años habían desaparecido de un plumazo? Lo peor no era fallar a Tata, a Antonio o a mi querido Chalis. Tampoco decepcionar a Oliver. Lo más duro era haberme fallado a mí misma, no haber sido capaz de depurar mis faltas y en su lugar, sumar más desastres e

irresponsabilidades a mi retahíla de errores. Ya no me quedaba nada, yo no me quedaba ni a mí misma.

En unas pocas horas, en unos pocos párrafos toda mi historia se había transformado. Dejó de ser una escalada hacia el cielo para convertirse en una pista de atletismo circular, cometiendo una y otra vez los mismos errores. Ocho años reducidos a cenizas, ocho años encerrados en un reloj de arena y, el reloj, olvidado en un cajón.

—¿Qué le pasa?

—Está... ha... verás, creo que ha tomado algo.

—¿Algo como qué?

—Sus pupilas están dilatadas.

Esa es una buena pista.

—¿Suele hacerlo?

—Hace tiempo que no, pero creo que es mejor que ella te lo explique.

Unas manos frías me zarandeaban y daban molestas sacudidas en mis mejillas. ¡Ya, para ya! ¡Déjame dormir!

—No reacciona, Oliver, tío.

—¿Qué significa eso?

—Que necesitamos llevarla al hospital, quizás... no sé, estaba cansada, mal alimentada... Busca su bolso.

—No lo tiene, ¿qué le ha pasado al coche?

—Mira sus pies —contestó Antonio.

—¿Cómo demonios...?

—Va pasada, muy pasada, Oliver. Creo

que al darse cuenta que no tenía las llaves, la ha emprendido a patadas con el coche.

Todo se mueve. ¡Cómo se mueve! ¡Bien! Qué divertido. Y ese olor... huele a... ¿a qué huele? A sexo, no espera... ¿a hombre? Sí, a hombre sexy. A Ogro. A Oliver.

—Coge las llaves de mi bolsillo y abre. La llevaremos en mi coche —ordenó. Cuidado dónde metes la mano Antonio, que te la corto.

—¿Quieres que la sostenga yo?

—No, tú conducirás.

—Oh, no... yo no sé conducir esto.

—Vamos Antonio no me jodas es automático, lo hace todo solo. Tú solo relájate y disfruta.

Antonio siguió protestando, pero muy poquito. No te quejes tanto, tonto. Disfruta, es un Porsche Sport Pana... algo y quince puntillitas pijas más. Un arma con ruedas diseñada para engatusar jovencitas ingenuas y llevarlas a las lujosas mansiones de millonarios priápicos. El perfecto complemento para el gatito disfrazado de ogro, no espera, ¡es al revés! Me siento mal... El Ogro disfrazado de gatito abandonado. ¡Y pensar que la primera vez que me miró, estaba desnudo y con una herida de bala en el abdomen! Míranos ahora. Qué ironía. Pobre, su heroína acababa de desplomarse de su pódium recién estrenado. ¿Hacia quién correría ahora para que lo rescatara? Puf, me estaba

apretando demasiado fuerte, cada vez me costaba más respirar.

—Está más pálida por minutos, Antonio, ¿qué significa eso?

—¿Qué tal van sus pupilas? Ábrelas y dime si reaccionan.

Eh, suéltame.

—Muy dilatadas. Yo no sé nada de esto Antonio, contéstame. ¿Qué significa eso? Está ardiendo, pero no para de temblar.

—¡Joder! ¿Cuánto puede correr esto? Comprueba su pulso.

—¿Comprueba su pulso? ¡Qué cojones de comprueba su pulso! Le va a mil por hora, Antonio, parece que se le va a salir el corazón.

Si tuviera que correr al ritmo de mi

corazón sería igualita al Correcaminos.

—¿Su piel está caliente?

—Ardiendo.

—Bien.

Guau... Antonio tomando el control suena muy sexy... ¿cómo puedo pensar tanto y no decir nada?

—Tío, coge tu teléfono y llama al 911, dile que llevamos un caso de posible sobredosis al Hospital de Santa Lucía.

¿Yo? ¿Yo tengo una sobredosis?

Mierda, sí. ¿Qué narices ha pasado?

¿Cómo he llegado aquí?

Hay puntos en la vida que son de inflexión. Caminos que se inician sin retorno y pasos que jamás volverán a ser pisados. Los llaman billetes de ida, yo

les llamaba decisiones. Así, tal cual. No solo había modificado mi camino en las últimas horas, sino que el ritmo de mis pasos se había detenido drásticamente. Durante el último mes habían ocurrido demasiadas cosas. El aniversario de la muerte de Mario, el atentado en las oficinas Okley, mi incapacidad de reconocer que necesitaba ayuda y mi errónea escapada el fatídico sábado. Un ogro que me calentaba y me abandonaba, afirmando hacerme un favor. Alberto, el amigo celoso. Oliver el jefe de ensueño que insistía e insistía en promesas decoradas con puntas de diamante. Ricardo, el eterno Ricardo. Antonio, el compañero conciencia. El trabajo y mis aspiraciones por sueños y principios

bien delimitados, disfrutar de la vida en mi camino a mis delirios de nobleza. Engañarme pensando que lo conseguía. Y ahora lo que quedaba eran rastros desdeñados de matas secas que antes fueron prósperas. Un cuerpo que envenené, evitando lo que verdaderamente mueve el corazón: el cariño, los anhelos y la compañía. Cubriendo todo esto con trabajo y cansancio, disfrazando los vacíos con agotamiento. Y ahora, toda esta enervación debilitaba mi cuerpo cada vez más pesado mientras era zarandeado como un venial muñeco. Hablaban de parada mientras un aluvión de golpes y quejas resonaban lejos. El Gran Jefe estaba enfadado y yo me encogía de

miedo. No quería despertar sola. No de nuevo. Me sentía cansada, demasiado cansada. Demasiado para seguir luchando. Demasiado...

—Eh..., pequeña. Dulce Eva, ya es hora, dormilona.

Desperté veinticuatro horas después, recién salida de la Unidad de Cuidados Intensivos, con susurros que me imploraban por volver a la realidad de la que me había despedido y rodeada de hombres: Alberto, Antonio y Chalis. Pero no olía a ellos, olía a Oliver. Les dediqué una educada sonrisa y me volví a acurrucar en un pecho firme decidida a seguir dormida. Bueno, no puedo decir que desperté, solo abrí los ojos, no vi a quién necesitaba ver y seguí durmiendo.

Al menos en mis sueños sí que lo tenía. Soñé que paseaba junto a alguien, un hombre con un olor familiar. Pero no lo veía, por más que quería mirarlo y ver su rostro, nunca ocurrió. Estaba en una colina enorme, con hierba verde brillante. Sin un solo árbol o flor a la que mirar, solo la línea curva del horizonte y el trazo del camino de tierra delante de mí. Tierra seca y dura. Hacía calor, el sol estaba apretando fuerte y no tenía dónde refugiarme. La intensidad de la luz se reflejaba en el camino y lo hacía titilar hasta desaparecer. Mi oasis no estaba, no pude dar un paso más. Mis pies estaban clavados y el barro llegaba ya hasta las rodillas. Amenazaba con engullirme. Cuanto más me movía, más

rápido me hundía, no quería hundirme. ¡No, no, no...! ¡No quiero hundirme! ¡Quiero salir de aquí! Alejandra estaba allí, la orquídea hermosa lucía en la orilla sana y viva como nunca, la quise alcanzar y en un instante flotaba. Ya no estaba hundida en el barro de la colina verde, flotaba en un mar cristalino y las olas me mecían en la nana más hermosa que había escuchado nunca. Sueños, extraños sueños. Siempre he amado soñar, rozar con la mente cualquier posibilidad, olvidar lo imposible, obviar la dificultad. En los sueños no hay línea ni espacio temporal. Podemos detenernos aquí o allá, parar y disfrutar el instante que la manilla del reloj nos roba. Quedarnos aquí y ahora, por hoy y

por siempre. Pero... ni siquiera se puede soñar siempre. Soñamos instantes, soñamos segundos, soñamos pasado y soñamos futuro.

—Dulce Eva, respóndeme, por favor. Bésame, por favor.

—Mmm...

Seguía meciéndome en mi nana particular.

—¿Qué educada respuesta es esa, dulce Eva?

—Calla, es mi sueño. Puedo decir lo que quiera.

Mi almohada vibró igualito, igualito que si se estuviera riendo.

—En ese caso, puedes besarme cuando quieras, si es tu sueño...

Demasiado bonito. Jamás tuve sueños

tan bellos. Vencí la pereza y el entumecimiento para incorporarme en busca de esa voz. Mi almohada no era otra que Oliver Okley, alias Dandi el Ogro. Y no se había ido. Me miraba con una magnífica sonrisa bajo sus ojos cansados. Olía genial, no quedaba perfume, solo quedaba él. El olor de los sueños. El olor del mar.

—Lo siento —me disculpé.

—¿Qué sientes?

Me apretó más.

—No haberme quedado en casa contigo.

—Yo también lo siento, quizás la próxima vez consiga que me escuches.

Me incorporé hasta sentarme en la cama, quise ver sus ojos decir que habría una próxima vez. Quise explicarle,

disculparme. La vía intravenosa no era nada cómoda.

—Yo no fui, Rafael me engañó. Quiero que Antonio lo sepa. No es su culpa. No me he cuidado bien, eso es cierto, pero yo no lo tomé voluntariamente.

—Ya, cielo, no te preocupes. Seguro que te escucha y te comprende.

—¿No me crees?

—Claro que lo hago —respondió.

—Has resoplado.

—Has mencionado a otro hombre en la cama que compartimos. —Quiso hacer una broma, pero se dio cuenta él solito de que no era el momento—. Estoy furioso con ese tal Rafael. Si él te engañó, tendrá que correr con las consecuencias.

—¿No conmigo? ¿No estás enfadado conmigo, Oliver?

—Tenemos que hablar, pero no. No podría enfadarme contigo.

—Mentiroso.

Me dedicó una sonrisa tan deliciosa que haría caer a sus pies mil armadas mujeres.

—Me alegra que estés de vuelta, y sin filtro.

—Yo también. Va a ser duro.

—Quizás. Te he echado mucho de menos.

Qué bonito era escuchar eso de sus labios y creerlo.

—¿Estarás aquí?

—Tanto como me dejes estar. Nada ha cambiado —afirmó.

—¿De verdad?

—Los ogros no mienten.

Levantó la mano al más puro estilo americano: «juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad».

—¿Y Oliver?

—Oliver menos, Eva, mucho menos. Yo nunca te mentaría.

Me apretó en sus brazos durante tanto tiempo que el famoso contador de segundos desapareció. Pese a todo ello, no faltaron los sermones de todos mis amigos en sus visitas: «no puedes seguir así, Eva, trabajas demasiado. Eva, jugaste al filo de la navaja. Eva, estás tonta. Eva, me preocupaste. Eva, ¿qué te pasó?, Eva». Oh, esa era la peor. Antonio y Oliver insistieron en que

presentara una denuncia formal contra Rafael, pero yo desistí. Había una macabra idea que no paró de rondarme y su solución no pasaba por una comisaría. No quería darle importancia a lo que había ocurrido, así de paso la noticia no correría como la pólvora. Amaba mi casa y mi vida y no quería tener que dejarla por malas miradas, desconfianza o peor aún, lástima. Mientras estuve en el hospital, Oliver pululó a mi alrededor todo el día, desapareciendo oportunamente cuando Alberto llegaba, lo cual agradecí. Este seguía siendo un frente abierto, una batalla sangrienta en la que tendría que volver a participar antes o después. Tras la visita del médico comprendí que

mi gran problema no había sido la droga que había ingerido en el misterioso levanta muertos, la cual había sido mínima, ¿quién lo iba a decir? Según él, había tratado lo suficientemente mal a mi cuerpo en la última semana como para que se revelara antes de decir basta. Es curioso cómo esta máquina perfecta se hace escuchar a veces. Tuvieron que hacerme varias transfusiones de sangre para recuperarme de una anemia de caballo y un agotamiento físico que rozaba el extremo. Según él, como juntar agua fuerte y papel de aluminio en una botella de plástico. Una auténtica bomba. Me marché a casa con las orejas largas por los tirones y las regañinas. Una lista de

tres folios de indicaciones para los próximos días, una baja de dos semanas, revisable, y media docena de cajas con medicamentos de todos los colores. La había hecho buena y tenía pánico a las consecuencias, ¿y si mi cuerpo volvía a reclamar su dosis?

Nacho condujo hasta casa, mientras Oliver volvía a abrazarme de camino. Me estaba acostumbrado a él, era mi marca personal de melatonina. Su tacto me llevaba directa a la dimensión de Morfeo. Antonio había preparado una sustanciosa comida de bienvenida que devoramos. Ambos miraban la PlayStation de reojo mientras me consentían y me invitaban a seguir

descansando de nuevo. Yo me levanté a la cocina y preparé un puñado de gominolas en un bol pequeño. Saqué dos Coca Colas muy frías y lo dejé todo en la pequeña mesita, frente al televisor.

Me miraron sorprendidos:

—Vamos chicos, no neguéis que os morís de ganas por apretar los botoncitos esos y convertiros en soldados de fortuna.

Les guiñé un ojo y les prometí ir a descansar a la cama mientras ellos jugaban. ¡Oh, mi cama! Mi penosa y zarrapastrosa cama. La mejor del mundo entero. Qué gustito da dormir en ella.

Me puse mi vieja camiseta de U2 y me zambullí entre las sábanas, dispuesta a contar las ovejitas necesarias. Tenía

mucho en que pensar, pero lo dejaría para después. Por una vez, habría un después.

—¿Ya estás dormida?

Capítulo 17

Asaltos

Las letras son sentimientos dibujados y las palabras pueden ser miedos que se escapan. Sin filtro, sin cordura y sin razón

Lo vi entrar y mis ojos se pagaron a él como una mosca a una piruleta. En los últimos días lejos había quedado el Gran Jefe Okley, trajeado y estirado. En su lugar un joven informal, terriblemente atractivo, elegante y sexy había ocupado el espacio a mi alrededor. Tenía un

gusto exquisito a la hora de vestir. Los pantalones estrechos le quedaban de vicio, la camiseta se pegaba a su cuerpo y un enorme pañuelo paquistaní alrededor del cuello camuflaba completamente al jefe. Sería difícil reconocer al Okley por la calle vestido así. Solo sería un bombón más al que todas querrían rechupetear.

—No creo que Antonio me perdone por robarle su compañero de juegos. Ven aquí conmigo, por favor.

Un par de noches en el hospital y ya no podía conciliar el sueño sin su olor.

—¿Quieres que entre en la cama contigo para dormir la siesta?

—Quiero que entres en la cama conmigo.

Se lo volví a pedir mientras daba suaves golpecitos al viejo colchón. Él, obediente, se quitó los zapatos con una sonrisa infantil que derretiría a la mismísima Maléfica. Por fin en casa y acompañada.

—Quería asegurarme de que podías descansar.

—Gracias, pero no.

—¿No?

—No puedo dormir, los pies se me han quedado helados otra vez.

Jugué a buscar los suyos bajo las sábanas, pero solo se había sentado a mi lado.

—Sus pies siempre están helados, señorita Molina.

—¿Cómo lo sabes?

Solo por escucharte.

—Siempre los colocabas debajo de la chaqueta a los pies de la cama en el hospital, murmurabas, hociabas la almohada y dormías inmediatamente.

Otras veces, los pegabas a los míos. ¿Te duelen?

—No, ahora no. El frío tiene sus ventajas. —Sonreí.

Me quedé mirando sus labios mientras hablaba de algo tan mundano como mis pies helados, cubriendo mis fríos dedos con sus manos en el tierno intento de darles calor. Tan sexy, tan jefe, tan rico y tan cercano. Este era Oliver y seguiría siendo Oliver mientras lo necesitara.

—Me gusta —afirmó recorriendo con los dedos las elegantes líneas del Ave

Fénix tatuado en el empeine del pie—.

¿Por qué un Ave Fénix?

—Para renacer. Para recordarme que si he podido resurgir una vez de las cenizas puedo volverlo a hacer.

Mi respuesta salió de dentro sin detenerme a razonarla, así era. Así había sido siempre, solo hay un camino posible, hacia delante. Y en lo que nos queda por vivir lo pasado pesa pero no estorba. Así debe ser. No era difícil ser optimista cuando te sientes acompañada, lo difícil es levantar la cabeza en la oscuridad. Da igual, no iba a pensar en ello ahora. Basta, Eva.

—Es hermoso, enigmático y elegante. Como tú.

Oh... qué bonito.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar aquí conmigo. Por ser mi almohada, por no asustarte y salir corriendo. Quisiera decirte algo.

—No quiero que estropees este momento, si me vas a empezar a llamar Okley u Ogro, o vas a afirmar que te patearé el culo o que estoy contigo por lástima o porque te debo algo, mejor cállate.

—Esas son muchas objeciones. Pero no me importa, hablaremos igual. Espera aquí.

No hay conversación importante que se precie que no esté acompañada de un poco de helado y chocolate blanco.

Tardé un siglo en llegar a la cocina con

las muletas, me había negado a usar una silla de ruedas a pesar de los numerosos hematomas y el esguince en el dedo gordo del pie izquierdo; patear un coche no es una buena idea nunca. Cuando volví a la habitación, con todo metido en una bolsita jaleosa, Oliver se había sentado en la cama, apoyando su espalda en la pared (no tenía cabecero). Yo me senté a su lado divertida por mi travesura y con mi peso y el suyo concentrado en el mismo extremo, el opuesto se levantó. Queda de más decir que dimos con la cabeza en la pared y con el culo en el suelo, ya que toda la cama se desplazó, alejándose de la pared. Reíamos a escape libre cuando Antonio entró como un huracán alertado

por el estruendo y mis gritos.

—¡Mierda, Okley! Cómo le...

El silencio se extendió en un segundo.

Las risas cesaron y la voz de Antonio

calló. Yo, desprovista de cualquier

conciencia, asaltaba con avaricia los

labios de Oliver sin confiar en un

mañana o en otra posibilidad que tomar

de ellos su sabor en ese mismo instante.

¡Oh, sí...! Este hombre era tan pasional

como interesante, nocturno, esquivo y

perverso. Estaba segura de ello. Pero ni

toda la depravación del mundo agriarían

el sabor de sus labios. Se había ganado

mi confianza tomando la mano a mi

debilidad en lugar de usarla contra mí.

No me había juzgado, sino que me

acompañaba sin queja y sin duda. Su

rostro, tan cerca del mío, se desdibujaba como un ensueño donde sus grandes y espesas pestañas culminaban la más dulce expresión. Su cálida piel, suave y delicada, rozaba mis mejillas cobijando mi rostro con el suyo. Su nariz profundizaba en mi piel en una danza sensual desbordante. Y unas punzadas donde el vientre pierde su nombre me recordaron las carencias que como mujer había sufrido durante demasiado tiempo.

Cierra los ojos por un segundo y recuerda el beso más profundo e íntimo de tu vida. Aquel en el que el mundo desapareció por un instante eterno. En el que todo alimento era el sabor delicioso de sus labios igual de necesitados. Sin

manos, sin pies, solo bocas devorándose en una espiral hacia el cielo que vergonzosa susurra palabras de amor deseadas. Chasquidos de las lenguas enamoradas y lágrimas de los labios suspirados. Y habla la necesidad, ¡qué crudo castigo!

—Eva.

Pí, pí, pí... el sonido del microondas vino a mi mente. Bien Eva, las palomitas ya están listas y Okley ha dicho: ¡basta!

Analogía.

—Yo, mmm... mierda. Lo siento, no debí.

—Oh, sí debiste.

—¿Sí?

—Sí...

Qué sonrisa más linda tenía el

condenado. Me abrazó aún más fuerte por la cintura, pegándose a su cuerpo. Sí, sí debí.

—Solo hay un pequeño contratiempo.

—¿¡Qué ha pasado!?! ¿De dónde sale todo eso?

Me levanté como pude llevándolo hasta el baño. ¡Sangraba como un cerdo en una matanza! Tenía una herida en la palma de la mano que le llegaba hasta la muñeca. Era profunda y horrible, temí que se hubiera seccionado alguna arteria o algo. Probablemente, habría caído sobre una esquina del rodapié. Bien, me asusté. Otra vez mis manos estaban cubiertas de la sangre de este hombre y mi estómago se retorció.

—Siéntate, Eva, te estás poniendo

blanca. ¡Antonio!

—¿Otra vez, Oliver? ¿Quieres matar a Eva a sustos?

¿Ves?

—No pasa nada, An, estoy bien. Sois un par de exagerados.

Mierda, voy a vomitar. Qué sonidos más feos. Joder, hasta pensando decía palabrotas, qué desastre.

—Necesitarás puntos, será mejor que te lleve al hospital —propuso Antonio.

—No creo que sea para tanto.

—Oh, sí, sí que lo es. Dejarás que te lleve ahora mismo —ordené, con la cabeza aún abajo.

—¡Eh!, ¿dónde quedó mi dulce Eva? ¿Tenía ganas de bromear? Le daría mérito.

—Jodida, con la cabeza en el váter, el pelo lleno de tu sangre, ¡otra vez! Por no hablar de que no puedo casi andar y mucho menos conducir. Dejarás que te lleve, Okley. ¡Lo harás y punto!

—No iré a ningún lado, Eva, te he dicho que no me voy a mover de aquí.

—Y yo he dicho que lo harás.

—Antonio, tráeme mi teléfono, por favor —pidió Oliver.

—Antonio coge las llaves de Carlos —ordené.

Al contradecirlo, un violento silencio nos rodeó, ¿qué le había pasado a Carlos?

—Por favor, Antonio, trae mi teléfono, se me ha debido caer en el dormitorio de Eva.

Mi compañero de piso hizo fu como el gato. Abandonó el pequeño baño dejándonos enfrentados y a punto de explotar.

—¿Qué le ha pasado a Carlos?

—Nada.

—¡Mierda nada! No voy a permitir que llegues y arrases con todo a mi alrededor, ¿sabes? Me gusta Carlos y no me importa si no te parece lo suficientemente bueno para ti.

—¿A qué viene eso ahora?

—No, ¿¡a qué viene tu ataque de humanidad repentino!?! ¿Por qué haces todo lo que haces por mí?

Estaba humeando, la mente me echaba chispas y no podía detenerme. La boca me sabía a rayos por el vómito y había

perdido toda la intimidad que me quedaba en los últimos minutos.

—Mírate los pies, Eva, fue a Carlos lo que pateaste. No me culpes a mí de tirano o hipócrita cuando, cada vez que te descontrolas, arremetes primero contra ti misma y después contra lo primero que encuentras —ahí está Okley—, incluido tu adorado coche.

—¿Pretendes darme lecciones, Okley?

—No lo sabes todo, Eva.

—¡No tienes ni puta idea de lo que sé y de lo que no sé!

—De lo que sí tengo «puta idea» es de que estoy aquí, a tu lado, y tú no haces más que inventar fantasmas y culparme de tus inseguridades.

—No te metas donde no te llaman.

—No me lo tendrás que repetir, ¿de verdad es eso lo que pretendías decir, Eva?

—Se parece mucho —completé, pero no era cierto.

Nada de esto era lo que yo quería. Solo necesitaba mi espacio alrededor y saber que lo compartíamos, pero que no lo absorbía. Y confiar en mi suerte, eso también lo necesitaba. Para ese momento, Oliver había envuelto su mano en una toalla blanca sobre la que florecían manchas borgoña a bastante velocidad. Antonio llegó con el teléfono y habló con alguien. No fui capaz de averiguar con quién a pesar de que entre nosotros no había ni diez centímetros de distancia. Tampoco entre nuestros

labios, esos que acababa de saborear y que ahora estaban apretados y blanquecinos.

—Nacho está abajo, él me llevará. —Se inclinó un poco más y en mi oído susurró—: Odio que me griten.

Los fonemas fueron lentos y afilados, entre la advertencia y la amenaza.

Después de eso se marchó. El golpe de la puerta quebró la empalagosa paz a la que no conseguía acostumbrarme. Cada vez me parecía más al Perro del Hortelano, que ni come ni deja comer. Lo había fastidiado todo. Y tal y como estaba no podría ir a asaltarlo en la oscuridad de su despacho. Me quedaría allí encerrada como Rapunzel, esperando que el adorado príncipe

encontrara el camino de regreso. Pero con el pesado inconveniente de haberlo tratado lo suficientemente mal como para que buscara una débil muchacha en otros parajes. Mucho menos osca. Con menos cubos de mierda. ¿Qué has hecho, Eva? Otra vez.

Y allí estaba yo con mi pie hinchado sobre la mesita delante del sofá. Con la camiseta de U2 y en bragas. Envuelta en una manta de pelo y atiborrándome a gominolas y marranadas varias mientras me tragaba la quinta y última temporada de Perdidos.

—Genial, Eva. Sencillamente genial. Tu vida era una mierda y ahora es una mierda y media.

No te rías porque seguro que tú también hablas sola alguna vez. Sobre todo cuando preferimos evitar juicios en boca de otros. Había bloqueado y desbloqueado la pantalla del móvil quinientas siete veces, bueno, quizás, no tantas, pero un montón. Siempre decidida a llamar a Oliver y decirle que soy una idiota, una pobre idiota cojita y acomplejada. Siempre retrocediendo ante el pensamiento de que estar separados era la mejor opción para ambos. Dos mundos diferentes, dos niveles de compromiso con la vida contrapuestos, dos maneras de vivir irreconciliables. Dos personas únicas. Dos personas solas. ¡Qué poca fortaleza, Eva!

—Te estás comportando como la ingenua protagonista de una telenovela, Manuela Fernanda, que convencida de que no es suficientemente buena para Carlos Alberto, decide quitarse de en medio y llorar mares de sangre mirando cómo se casa con la mala. Gilipollas, vamos.

—Vuelve a la cama, An, para eso vuelve a la cama, por favor. Vaya chorradas que dices.

—Yo tampoco puedo dormir y no son chorradas.

No señor, no lo eran. Pero no le daría el gusto de reconocérselo. No más consentir a estos hombres. Antonio se había acostado después de cenar y me había sorprendido con su larga

reflexión.

—Ven, aún me quedan palomitas.

—¿Crees que vendrá a dormir? —
preguntó mi compañero.

—¿Quién?

—Oliver, quién va a ser.

¿Tú estás tonto, Antoñito?

—No, no creo que venga. Ni mañana
tampoco.

—Ni lo sueñes.

—¿Cómo dices?

—No sé si volverá esta noche, pero me
apuesto lo que quieras a que no tarda
más de veinticuatro horas en pasar por
esa puerta.

—Desvarías, An. He metido la pata
hasta el fondo y no volverá hasta que yo
no lo llame y...

—... tú no le vas a llamar porque piensas que es mejor así.

—Guau, eres un lince.

—Pero si no recuerdo mal, ese hombre te ha cuidado durante cuatro días...

—... y yo se lo he agradecido, dudando abiertamente de sus intenciones...

—... después de lanzarte a sus brazos mientras se desangraba. Bueno, quizás lleves razón y sea mejor para su cordura quedarse en casa.

—Eso pienso yo —admití. Echaba de menos discutir con Oliver.

—No, no lo piensas, Eva.

—Sí, sí que lo pienso —contesté convencida.

—Entonces, el problema es que no te lo crees ni tú.

—No, el problema es que me preocupa mi cordura, no la suya.

—Claro, es que tener en tu vida un sexy millonario que se muere por tus huesos desquiciaría a cualquiera.

—A mí, sí.

—No, a ti lo que te desquicia es que te guste y darte cuenta de que pensabas que estabas viva, pero no era cierto. Que tu corazón late más fuerte cuando él está cerca y que no has aprovechado el tiempo tanto como creías.

—Estás hecho todo un poeta, Antonio. Un poeta loco. Necesito una cerveza.

—¿A las tres de la mañana?

Mi recién estrenado amigo ya estaba frente al frigorífico.

—Sí, sin lugar a dudas.

—Bien, entonces yo tomaré otra.

No profundizamos más en el tema, ¿para qué? Se trataba de la historia de siempre. De tener ovarios para trabajar, ganarse la vida y sacar adelante los sueños mientras te engañas pensando que el camino hasta ellos es vivido y no pasado. Y cuando crees que predicas con el ejemplo llega alguien y te dice: «no, Eva, estás aburrida y trabajas demasiado. Necesitas algo de sexo y sacarte el palo del culo». Entonces, eso no te hace ni puta gracia porque las verdades escuecen más que dormir la siesta en un campo de ortigas. Y además ves que estás jodida. Lo ves, está ahí delante. Pero no te salen de la boca las

palabras para solucionarlo. Planteé la lista y luego evité contestarla. Si no hubiera sido tan cobarde, a estas horas cada cosa estaría en su lugar. Puede que igual que ahora, cada uno con su vida. Pero no estaría preocupada por saber dónde estaba Oliver ni cómo estaba su mano. Sola en casa, sin él. ¿Y si llamo a Nacho? Sí, eso es lo mejor, mujer valiente. Llamar a Nacho en lugar de a Oliver sería lo mejor. Justo lo que una fémina fuerte e inteligente, independiente y con un buen par de cojones haría. Nótese la ironía. Miré el teléfono durante una hora más. Lo llamo, no lo llamo. Lo llamo, no lo llamo. Lo llamo, no lo llamo. Lo llamo, no lo llamo.

—Toma. Llama de una puta vez o lo hago yo.

Antonio me entregó la media cerveza que me quedaba sobre la mesa. De la tercera, claro. Ya había pasado la fase de mareo a la de piripi. Cabe aclarar que me había saltado la toma del ibuprofeno. Mañana cargaría una consecuencia más.

—¿Tú? A ti te gustan los hombres, ¿verdad, Toñito?

—Sí y mucho. No sabes cuánto ni te interesa tampoco. Pero te juro que si no lo llamas tú lo voy a hacer yo. Si hay algo de lo que entiendo en la vida es del valor. Hay que echarle narices, nena, aunque los esfuerzos solo nos lleven a errores en lo que al corazón se refiere.

La sinceridad con la que ese hombre se está mostrando delante de ti no tiene precio. No sé si es el amor de tu vida, pero si no haces algo ya, te puedo asegurar que te vas a arrepentir el resto de tus días.

—Trae.

Pocos segundos después... Escuché varios tonos de llamada antes de que contestara.

—¿Sí?

—Mira Ogro, yo... yo... yo necesito saber si vas a venir para cerrar la puerta con llave o no. Es que... es que... a Antonio no le gusta dormir sin cerrarla.

—¿Quién es?

—¿Cómo que «quién es»? Pues yo, Eva.

—No conozco a ninguna Eva, así que,

por favor, le agradecería que no me molestara a estas horas de la noche.

Mis ojos eran dos luceros de mayo. No podían abrirse más. ¡Que alguien recogiera mi mandíbula del suelo!

—¿Cómo que no? Claro que me conoces, soy Eva, tu Eva.

—Yo no tengo ninguna Eva. Es más, una vez conocí a alguien que trabajaba para mí y que se llamaba así, pero era una verdadera idiota, acomplejada y desagradecida.

—Joder, Oli, no me toques los huevos —bufé.

Mi boca toda de señorita.

—Ah... espera, ¿buscas a Oliver?

—Sí, a Oliver Okley.

Lo dije despacito, era mi forma de bajar

un poco la cabeza y poner cinchas a mi orgullo.

—¿Y qué quieres de él?

Me la estaba jugando. Podía imaginar sus labios estirarse en esa media sonrisa que me volvía loca.

—Que deje de pensar que Eva es idiota —imploré.

Es lo que tiene el alcohol, un segundo estás arriba y al siguiente, abajo.

—Puf, eso va a ser difícil —su suspiro, tan melódico—, ¿has bebido, Eva?

—Una cerveza.

—O dos, me parece a mí.

Por un momento pensé en mirar detrás de mí, igual me observaba por un agujerito.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Gritarte.

—¿Solo eso?

—Y no confiar en ti, eso también lo siento. Pero no puedo remediarlo.

—Si quieres que vuelva tendrás que cambiar eso.

—¿Esas tenemos?

—¿Qué esperabas?

—Básicamente, que te ganaras mi confianza en lugar de pedirme que te la de a ciegas.

—Llevo días intentando ganar tu confianza y saltas a la primera de cambio.

—Preferiría no hablar estas cosas por teléfono.

—Yo prefiero que sí, si entro te

acurrucarás y te quedarás dormida. O te escaparás para ir a trabajar incluso impedida. O me besarás y tampoco hablaremos.

—Eso es cierto.

Juro besarte si vienes. Mucho.

—Lo es —confirmó satisfecho.

—¿Entonces?

—Solo entraré con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero encontrar a la Eva que me enfrentó en la reunión para el acuerdo de confidencialidad.

—Soy esa Eva, solo que un poco asustada.

—¿Qué te asusta?

—Obvio, tú.

—Nunca te ha impresionado nada el

Ogro, ¿por qué ahora sí?

—A mí quién me asusta es Oliver. El Ogro me la pela.

—¡Esa boca! —la voz de Antonio, en el salón junto a mí, y la de Oliver, al otro lado de la línea, sonaron al unísono y todos explotamos en una sonora risa.

Cuando lo llamé estaba de vuelta a casa, aparcando el coche frente a la puerta del edificio. No me dijo nada, solo aprovechó desde el coche para hacerme sentir mal por la forma en la que había reaccionado. No le quito razón, aunque tampoco soy una niña a la que haya que dar lecciones. Acababa de volver y, sinceramente, no quería perderlo de vista de nuevo. Estaba decidida a

enfrentar la nueva situación como la verdadera Eva. O al menos, la Eva que deseaba ser porque, ¿quién somos en realidad sino la persona en quién nos queremos convertir? Una amiga mía siempre decía:

«Eres tú cuando eres quién quieres ser. Es un don poder ser tú mismo, y una gran oportunidad para vivir feliz».

Bueno, si rimara sería aún mejor.

Comenzaba a amanecer cuando, aún en el sofá, acurrucados y con las piernas entrelazadas, tuvo lugar la conversación.

Pactamos turnos y le recordé mi comodín. Iba a salir bien, todo iba a salir bien.

Capítulo 18

De un tirón, de sopetón

¿Qué pasa cuando te abres en canal?

Pues que no te puedes sujetar las entrañas con los dedos. Confías en que quién tienes delante te ayude a ponerlo todo en su lugar

Cada uno con su lista en la mano.

—Bien, Eva. Empecemos. Pregunta número uno. Leo textualmente «estás asustada». Esto no es una pregunta.

—No lo es. Aun así solo se me ocurre decir: Verdadero —él asintió—. Tu turno. ¿Qué te contó Ricardo?

—Contar, contar, nada. En realidad, creo que no quieres saberlo.

—Sí quiero. Lo necesito.

—Bien. —Tomó aire—. Me dijo que eres problemática. Que no evitaste la muerte de tu madre. Que un chaval murió por tu culpa y que te prostituiste por cocaína.

—¿Solo eso?

Joder con Ricardito. Respira, Eva, respira.

—Cuando colgué seguía hablando, si se le puede llamar así.

—Ricardo no habla, despotrica.

—¿Despotrica?

¿Despotrica o sea? Shh Eva, lo aprecias. No te burles.

—Quiero decir que insulta y habla con desprecio. Sin consideración.

—En eso tu padre es un experto.

—Ricardo, es Ricardo. Hace tiempo que no es mi padre, ¿le creíste?

—No me he parado a pensarlo, la verdad.

—¿Hablas en serio?

Este hombre no dejaría de sorprenderme nunca.

—En ese momento estaba preocupado por ti y su llamada no hizo más que confirmarme que era una mierda de padre y un asco de persona.

—Touché de nuevo, jefe. —Le guiñé un ojo.

Relatar a Oliver la delicada y minuciosa forma en que mi padre me acabó convirtiendo en la asesina directa de mi madre no fue nada agradable. Ese hombre me destrozó por dentro y por fuera. Me hizo sentir tan culpable que intenté quitarme la vida en dos ocasiones antes de cumplir los veinte. La primera vez con pastillas, en casa, cuando solo tenía quince años.

En aquella ocasión mi padre llevaba días sin dirigirme la palabra tras recibir una notificación del colegio en la que decían que mi rendimiento había bajado y que había protagonizado varios conflictos en el patio con algunos compañeros. Era cierto. Había corrido el rumor por el pueblo de que mi madre

tenía una enfermedad psicológica conocida como esquizofrenia. Nunca supe si era cierto o no. Solo me defendía cuando se burlaban de mi madre loca. Pero en fin, dejemos el drama. Llegué a casa; mi padre me ignoró. Yo lloraba desconsolada, deseé estar muerta. Atraqué una gasolinera poco antes de cumplir diecisiete. Con el dinero nos pusimos hasta arriba de coca y, Pepelu, un compañero de fatigas, se fue de mano. Murió de una sobredosis. Cuando me desperté, después de otra noche al filo de la navaja, estaba muerto a mi lado. Yo, en lugar de asustarme o ver dónde estaba el error, tuve envidia de él. Tenía un bajón enorme, tiritaba y no paraba de vomitar. Me salía sangre de la

nariz y no recordaba nada de lo ocurrido la noche anterior. Una vida en capítulos donde leemos solo los pares. Así que solo pensé que él estaba mejor así, muerto: ya no tenía frío ni tenía que buscar pasta para cocaína debajo de las piedras ni ligarse al tipo con la cartera más llena en todo el bar. Así que rebusqué en sus bolsillos y en los míos y acabé metiéndome todo lo que pude encontrar.

—Estuve al borde del paro cardiorespiratorio, pero unos obreros nos encontraron antes y llamaron a los servicios de emergencia. Tenía diecisiete años, Oliver. No puedo creer que hayan pasado ya diez años de aquello. Estoy limpia. Ni VIH ni otra

cosa contagiosa a parte de mi estupidez.

—Si no te hubiéramos encontrado la otra tarde te podrías haber apuntado otra buena historia, Eva.

—No fue mi culpa, yo no le pedí nada a Rafa, te lo juro. —Volví a asegurarle.

—No lo hiciste, pero has sido irresponsable contigo misma, con tu salud.

—Pensé que esto era para conocernos mejor, no para que me regañaras como a una niña pequeña.

—Tendrás que aguantarte, mi pequeña. Tendrás que hacerlo.

Nos besamos interminablemente, con la quietud que otro te impone desde su seguridad. Saboreé sus labios entre caricia y caricia con una ternura que

casi me era ajena. Hacía mucho que no sentía esta capacidad de afecto, de cariño traducido al lenguaje del deseo. Hacía mucho que mi sistema nervioso no trabajaba a este ritmo. Al ritmo de besos suaves en un idioma complejo, pero universal y eterno. Lenguaje de besos, con letras en chasquidos y sílabas que lamen llamando a la pasión. Lenguaje que dice «vamos», lenguaje que dice «basta». Y supe que cada vez que recordara la voz de Oliver, rozaría mis labios con los dedos. Una vez más, puso el punto y final con una invasión atronadora en mi boca, sujetó mi cuello con sus dos manos y me pegó a su rostro tanto como la piel nos lo permitió. Yo ardía en deseo y rabié por lo que sabía

que ocurriría a continuación. Separó sus labios y enfocó toda la intensidad en el contacto de su frente con mía. Su aliento alterado y sin sosiego, calmó mi furia por su rechazo solo porque me demostró que para él no era sencillo. Tendría que concederle la confianza que le había prometido, puse de mi parte la determinación que faltaba. Me serví un vaso de agua de la jarra que había en la mesita de centro y otro a él, se lo ofrecí y me senté enfrente en esta ocasión. Ambos merecíamos un espacio para recuperar la compostura o haríamos combustión espontánea en cualquier momento.

—Vamos, Oliver, sigamos.

Su mirada me mostró un agradecimiento

que no supe entender muy bien. No se iba a librar de darme esa explicación. Se removió en el sofá, intentando acomodar una erección que me hizo sentir triunfal, se bebió todo el agua de un solo trago y retomó justo donde lo habíamos dejado.

—Tu padre también me dijo que eras egoísta, que le estabas arruinando la vida a tu hermana y a tu sobrina. Sé que no es cierto. Conocí a Leti y te adora.

—¿Conociste a Leticia? ¿Cuándo?

—En el hospital. Tu hermana subió a verte y ella se quedó con Antonio y conmigo en el parque.

—¿Qué sabe mi hermana?

—La verdad, que se trató de un desvanecimiento causado por el

agotamiento y el estrés. —Me guiñó un ojo. Qué guapo era el condenado. En definitiva, mi padre estaba encabronado porque mis abuelos paternos eran propietarios de la enorme finca en Córdoba donde nací y donde mi madre se suicidó. Además de varios terrenos más. Mi madre era hija única, así que al morir mis abuelos, hacía dos años, se abrió un testamento en el que mi padre recibía solo un diez por ciento del reparto. Mientras que mi hermana y yo nos repartíamos el resto a partes iguales. Ricardo había convencido a mi hermana para vender la finca, pero yo me había negado y había contratado personal recomendado por Tata para que la mantuvieran en funcionamiento.

Esto convenció a mi hermana porque recibía unos ingresos anuales considerables, pero no así a Ricardo, que reaccionó como un niño malcriado, dejándome de hablar en las reuniones familiares o ignorándome cuando le hablaba. No he perdido nada, os lo juro. Después de irse mi madre, él se convirtió en mi verdugo y me ha apretado las cuerdas encajonándome en el borde del precipicio de autodestrucción que son las drogas. Vale, yo lo hice. Él no me obligó, no estaba allí diciendo «prueba y verás que todo tu cubo de mierda desaparece». Ni me preparaba las rayas en los váteres públicos o sobre las carpetas del instituto. Pero estaba en mi cabeza,

recordándome mi culpa por ser una niña indefensa, por estar allí y por no haber tenido hambre veinte minutos antes.

—¿Sabes? No es cierto aquello de que cuando lo cuentas es como si soltaras un lastre o te quitaras un peso de encima.

Es más parecido a limpiar un sótano lleno de trastos viejos. Cuanto más los mueves, más polvo se levanta y más trastos viejos encuentras. Están allí detrás, unos escondidos detrás de otros, cubriendo huecos y cada vez que los mueves tienes que volver a ponerlos en su lugar porque no los puedes tirar.

—Llegará el día en que no te importe tirarlas.

Cuando terminé la historia lloraba como una magdalena pese a todos mis intentos.

Qué drama más trágico todo. ¿Cómo vas a tirar quién eres? ¿Cómo vas a olvidar todo aquello que te ha convertido en quién eres hoy? ¿Qué error borraría? Ninguno, y mira que tengo arcones cargados de malas decisiones, pero todas mías. Cada una como una señal de tráfico o una indicación en un mapa, todas me han conducido hasta este mismo instante. Conociendo donde llevaron los pasos a mi madre, no cambio un giro en mi camino. Viendo en quién se ha convertido mi padre... espero poder seguir almacenando mis errores. Durante la llantina, Oliver se había sentado a mi lado y yo me volví a acurrucar junto a él.

—¿Tú crees? ¿Cuándo ocurrirá eso?

¿Cuándo lograré liberarme de esa carga?

—Cuando ya no tengas miedo de repetir esos errores. Pero aún no confías en tu propio juicio, por eso cargas con tu cubo de mierda, una expresión horrible, por cierto.

—Puede que lleves razón. Bueno, definitivamente la llevas sino mira mis pies.

Tras patear el coche se habían llevado la peor parte.

—No te juzgues, Eva. Cualquiera persona en tu lugar habría explotado mucho antes de llegar a este punto. Pero tú aguantas y aguantas, para mostrarte lo fuerte que eres, rozando la demencia.

Me aferraba contra él como una lapa.

—¿Cuándo has hablado con Tata?

—No conozco a Tata.

—Pues hablas igual que ella.

—Me cae bien esa tal Tata.

Decidimos descansar y dormimos abrazados en el sofá. Menos mal que era grande y cómodo, uno de los pocos muebles decentes que quedaban en el ático cuando lo compré y que, tras un tapizado, había quedado como nuevo. Ya no hacen sofás como los de antes. Varias veces pensé en mandarle a trabajar, pero ¿para qué? No quería que se fuera, así que no le daría la oportunidad. Entre sueño y sueño intentaba encajar los consejos de este hombre con la impresión que tenía de él antes de cruzar nuestras primeras

palabras. Haríamos una prueba.

Consejos de mamá gallina igualitos a los de Tata: Okley. Magnate

superinteligante con don de gentes y capacidad de seducción innata. Coach de autoayuda que inducía al pecado si lo mirabas desde atrás. ¡Ese culito!

Abrazos de pianista, calculados y diseñados para el placer y el deleite: Oliver. Capaz de enlazar declaraciones de intenciones que se te caen las bragas del peso, de esas románticas que rozan lo empalagoso. Sobredosis de príncipe rosa. Perfección de amor adolescente, ideal.

Y quedaba lo peor, todo lo que no veía. Lo feo, lo que había que mejorar, lo que se disimula, se camufla o se oculta: el

Ogro.

Y ahí estaba yo, igual me embobaba mirándole el culo que me chirriaban los dientes por darle un bocado donde no lo viera nadie. Y otras veces, se me iba la pinza pensando melazas sobre el amor, las guerras, la profundidad de la vida y el peso de la muerte. Desde luego, no podemos negar que estamos hechos de pedacitos. Un poco de sexo picante, un chorreón de almíbar romántico, consejos que nos creemos y otros que son de libro, rompecabezas y trabalenguas, complejidad de lo sencillo y poesía que quiere dar sentido al desorden de la vida real. La vida que tocas, la que huele, la que tienes. Es más fácil pensar cuando otro se encarga de respirar,

cuando el ritmo de otro corazón te obliga a descansar, te incita a la reflexión. Desde la castidad a la que me había sometido mezclamos piernas, brazos, mantas y cojines para pasar unas horas más juntos.

En el desayuno, pasadas las once...

—¿Por qué no confías en nadie?

Su voz me sacó de la normalidad de un desayuno en pareja. ¡No! Espera, esto es lo que hacen las parejas: desnudarse el uno al otro en cualquier momento, incluso con el café y la magdalena.

—Me cuesta mucho, pero acabo consiguiéndolo. Y si lo que te preocupa es que no confíe en ti aún, solo dame unos días y sabremos qué pasa.

—¿Tanto daño te han hecho?

Pensé un poco antes de contestar.

—Quizás, no demasiado, pero sí suficiente.

—¿Mario?

—Creo que esa es otra pregunta.

¿Ricardo te ofreció algo por alejarte de mí?

—No hay nada que Ricardo pueda ofrecerme para nada de nada, de nada. A día de hoy hay muy pocas cosas que no pueda conseguir con dinero o con una llamada de teléfono.

—No te creo, no puede ser para tanto.

—No te imaginas, Eva.

Se levantó y puso delante de mí cinco cajas diferentes de medicamentos que debía de tomarme.

—En realidad, creo que no quiero

hacerlo.

Mi mente viajaba por derroteros calientes. Estaba acumulando demasiada tensión sexual. Demasiada.

—Yo tampoco lo creo. Ahí va tu siguiente pregunta, Eva. No sé qué me pasa contigo. Supuse que lo preguntarías y te la contesté de antemano.

—Decir que no lo sabes no es una respuesta que me contente, Oliver. Crucé los brazos frente a él.

—No sé qué más decirte...

—¿Es por aburrimiento? ¿Estabas cansado de los caprichos de los ricos y has decidido hacer un: 21 días con la gente normal?

—Esas cosas no las piensas cuando las dices, ¿verdad?

—Se supone que eso es lo que quieres, que te hable sin filtro.

—Totalmente cierto, y me encanta. Lo cual no quiere decir que no me ofenda que tengas esa impresión de mí. —Su explicación venía de dentro—. No estoy tan aburrido ni tampoco es por agradecimiento. Esa deuda la saldé la noche del Seattle Pub.

—Un polvo por una vida —conjeturé.

—Error por error, míralo así.

—¿Quién te disparó? —Ahí había caído la pregunta del millón.

Oliver tomó aire varias veces, tan profundamente que me temí lo peor. Se puede ser guapo, exitoso, amable, inteligente, afortunado y tener un bagaje como el más perverso de los hombres.

—Verás, Eva, tú has sacado tu cubo a ventilarse. Lo cual valoro enormemente, pero eso no me hace sentirme menos... incómodo al hablar del mío.

—Suéltalo, Oliver.

—Debería ir a la oficina —propuso.

—Tú mismo, yo probé con correr en su momento y me sirvió de bien poco.

Predique con el ejemplo, señor Okley.

—Estoy cargado de ejemplos que no he sido capaz de seguir, Eva. —Tomó aire por una eternidad—. Se llama Allicia Rosenberger Tomblet y estamos casados.

—¡Mierda!

Me levanté como un resorte y me alejé del sofá en el que habíamos estado sentados tanto como mis pasos me

permitieron, cojeando sin muletas ni nada.

Hiperventilar: respiración rápida y profunda que puede ocurrir en momentos de ansiedad o pánico. ¿Necesitas que te diga más? Mil ideas pasaron por mi mente a la velocidad del sonido.

Casado, pues claro, eso era lo primero que te puedes imaginar de un hombre con su vida sexual. Mira que le había buscado la pega a Okley, dando vueltas a su alrededor como un buitre a la caza de esa luz de alarma que lo sacara definitivamente de mi mente, pero... ¿casado? No, eso no se me ocurrió. Cada vez se me hacía más difícil respirar, cojeé al balcón y lo abrí de par en par. Sobre mi piel el frío de la

mañana se mezclaba con la calidez de los rayos de sol. Opté por salir fuera. Más frío, mejor. Para estar en la primera semana de abril la temperatura se correspondía más con finales de febrero. O eso o mi sangre se había helado sin remedio,.

La maraña que tenía en la cabeza no la deshacían ni las Moiras. ¿Cómo le hacía eso a su mujer? No era difícil suponer que cuando se enteró, le pegó un tiro. No puedo decir que esté bien hecho, sin embargo, puedo comprenderla. ¿Y pensar en lo que me he compadecido de él por haber resultado herido? Y resulta que lo merecía. ¡No! ¡Eva! ¡No! Ni siquiera el Ogro se merece que le disparen. Podría haber muerto, ella lo

podía haber matado. Mi cabeza era un bombardeo de ideas disparejas y descoordinadas. ¿Cómo había podido disparar para matar a su marido y escapar como si tal cosa? No se había tratado de amenazas ni cercos intimidatorios, era cuestión de vida o muerte. La asesina no sabía que yo estaba escondida en el baño, él habría muerto y ella no habría hecho nada por evitarlo, salvo ser su verdugo. Aquí hacía frío.

Pero nada de esto tenía sentido. Toda la vida de Okley había llegado a la prensa con lujosos y escabrosos detalles en los últimos años. Había protagonizado docenas de portadas y siempre solo. No se le conocía una pareja formal desde

que fue nombrado presidente de las Empresas Okley. Al menos, no desde que llegó a la Torre ImPossiTion, y, más concretamente, desde que yo llegué a ellas. ¿Cuándo había ocurrido todo aquello? Las piernas se me estaban congelando, ya que la camiseta de U2 no hacía nada contra el frío. Pero no quería entrar. Dentro faltaba el aire.

—Ten.

Antonio llegó con la manta que tenía en el sofá y mis zapatillas de paño.

—Gracias —susurré mientras me calzaba y arropaba con rapidez.

—Hace frío aquí.

—Sí. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—He holgazaneado un poco para daros algo de intimidad.

Mi amigo llevaba un pantalón de chándal y una sudadera, había venido preparado en mi busca.

—¿Se ha ido?

Dime que está esperando para darme las explicaciones que merezco.

—No, aún no. Pero parece un perrito encerrado, no para de dar paseos entre la puerta y el sofá. Debe de haberte soltado una bomba.

—Todo lo que sale de la boca del Dandi es una bomba.

—Le diré que vuelva luego.

Se giró para volver al salón y yo le agarré del brazo.

—¡No! No le digas que se vaya, ya lo hago yo.

—Eva, vas a volver a meter la pata.

Estás enfadada y no razones. No puede haber sido tan malo.

Venga, Eva, dílo mujer. Eres una zorra que quiere meterse debajo de la mesa del jefe aunque esté comprometido.

—Está casado.

Eh... no te rías Antonio. Nos habíamos sentado en las sillas de forja que tenía en la terraza, uno frente al otro. Desde aquí no podía ver dentro del salón, pero claro, tampoco podían verme a mí.

Antonio me miraba a los ojos y me hablaba como un hermano mayor.

—¿Y?, Eva, ¿en verdad pensabas que sería perfecto? ¿Que lucharía contra viento y marea por vaciar tus cubos de mierda? ¿Que pondría la vida entera a tus pies? ¿Qué te mimaría como al más

preciado tesoro? ¿Qué adoraría tus defectos y puliría tus virtudes, a cambio de nada? Juraría que Oliver tiene su propio bagaje. Todos lo tenemos. Queda por ver si tú serás tan comprensiva como él lo ha sido contigo o si lo crucificarás antes de conocer sus rincones.

—Te tiene encandilado.

No veía más allá de Okley.

—No, eres tú quién me tienes desquiciado. Joder, me mandaron aquí para que cuidaras de mí y estás más cagada y perdida que yo. Me preocupo por ti, es lo que hacemos los amigos. Me abrazó durante una eternidad y yo me dejé ir en sus brazos, soltando algún que otro nudo que había ido apretando

en mi interior. No dejaba de sorprenderme lo rápido que este chiquillo se me había colado dentro. Me pedía comprensión, de nuevo comprensión.

Cuando por fin me separé de él, Oliver estaba apoyado en el marco de la puerta del balcón. Me miraba ceñudo y contrariado. La duda en sus ojos me angustiaba. Realmente, le preocupaba que le rechazara por lo que acababa de confesarme. De nuevo le estaba fallando. Quizás, no pudiéramos tener una relación como pareja en el futuro, pero estaba siendo un gran amigo, al menos, eso se lo debía. Sacó valor para hablar después del empujón que Antonio le dio al pasar por su lado.

—¿Quieres que me marche?

—No estoy muy segura. No estoy reaccionando nada bien. Me ha tomado por sorpresa. Tengo que confesarte que de la larga lista de peligros que suponías para mí, nunca pensé que estar comprometido sería uno de ellos.

—Yo no estoy comprometido —aclaró.

—Estás casado, ¿qué nivel de compromiso hay por encima de ese? —
¡Oh, Dios!—. ¿¡Tienes hijos!?

Di que no, di que no, di que no...

—No. —Solté todo el aire de golpe—.

Allicia, Allicia es agua pasada.

—El agua pasada no dispara para matar a su esposo.

El filtro, Eva, a veces hay que poner el filtro.

—Ese agua se llevó a Okley con él. Solo debes entender eso. Ahora solo queda Oliver.

Le picaban los pies por acercarse a mí, le podía ver moverlos insistentemente como pisando hormigas.

—Hablar de ti en tercera persona es demencial, Okley, además eso no es cierto. —Su expresión se contrajo de nuevo al escucharme llamarle así—. Vi a Okley salir de su despacho y mandarme a limpiarlo después de haber estado haciendo no sé qué cosas con un joven de veinti pocos años.

Aunque no quisiera, volvía a ser Okley. Y yo no estaba ciega, sabía ver y leer entre líneas, ese apellido formaba parte de su personalidad y lo perseguiría allá

donde fuera.

—Lo siento, Eva, estaba furioso contigo. ¡Ja!, bendita falacia, ¿qué tengo yo que ver con que folles con un nenito en tu despacho? Tú menos héroe; yo más humana.

—Entonces, no soy la única que corro y me hago daño, arrasando y llevando conmigo a todo el que está a mi alrededor.

—Ya te dije que tengo mis propios cubos llenos de mierda.

No sonrías así que me derrites.

—Yo te he mostrado los míos, ¿qué te impide hacer a ti lo mismo?

—Hay quien dice que estoy enfermo, otros que soy demasiado vicioso. Lo único que yo sé, en este momento, es que

no quiero que corras de mí por quien he sido. No hay nada perverso en el placer. Tan solo me gusta el sexo y tengo por norma practicarlo cada vez que me apetece, sin reticencias ni censuras. Además, odio tocarme, así que tengo personas a mi alrededor que me tocan cuando me apetece. Y cuando te digo que lo odio es que verdaderamente no lo soporto. No me he masturbado desde los catorce años.

—¿Por qué?

—Concreta, por favor.

—¿Por qué odias tocarte?

—Esa pregunta no está en la lista.

Me molestó su respuesta tajante, se suponía que íbamos a ser sinceros y vetaba mis preguntas. Clavé mis uñas en

las palmas de las manos, recordándome mi propósito de ser comprensiva y respetuosa con un hombre que me había tratado de esa misma manera. No dejaba de ser curioso hablar de sexo cuando no había dejado de evitarme desde que me conocía. Desde el rechazo me era difícil enfrentar su mirada. Me puse de pie para disfrutar de las vistas, los restos de vida en los tejados del vecindario siempre me habían hipnotizado. Antes de decidir si protestar o no, siguió hablando.

—Me consta que hay muchas personas que critican mi forma de vivir, tú eres una de ellas y no me gustaría que fuera una barrera entre nosotros.

—Lo es, ya lo está siendo.

¡Pon el filtro, maldita sea, Eva! Me

volví para enfrentarlo. Su frase era ensayada, había recuperado su seguridad y ocupaba el espacio de forma diferente. Había abandonado el marco del balcón para colocarse junto a la cornisa a mi altura, manteniendo una distancia de seguridad que me agradó.

—Estoy poniendo todo mi empeño en que no lo sea.

—No, estás poniendo todo tu empeño en que no tengamos sexo. Es sustancialmente diferente —espeté bastante molesta.

—No es fácil mantener una relación de esta forma. Ya lo he intentado.

—¿A qué forma te refieres?

—El sexo es más sencillo cuando no hay... sentimientos.

—¿Y qué es diferente ahora?

Tomó su tiempo para ordenar una idea que me taladrara de esa forma en la que es imposible sanarse después.

—Que estoy cansado de estar solo y en especial, que me siento diferente estando a tu lado. Puedo comprender que mi forma de vivir y la tuya son incompatibles...

—Lo son. No hay nada que lleve peor que la infidelidad y sobre todo lo demás, ni siquiera sé si puedo opinar.

—Yo nunca he sido infiel.

—¿Eso opina Allicia?

Volví a evadirme de su escrutinio. Una mujer de unos cuarenta años tendía la colada a pocos metros de nosotros.

—Déjala al margen de esto.

—Es imposible dejar a esa mujer al margen de esto. —Nos señalé a ambos intermitentemente.

—Yo no sueño con ella ni la menciono en sueños —habló molesto, muy molesto.

—¿A qué viene eso?

Apoyé la cadera en la barandilla y lo encaré. Por muchos billetes que tuviera no se me iba a poner chulo, tanto coraje tenía que no me dolía nada en ese momento.

—A Mario.

Bueeeenoooo..., aquí va el tráiler a aparcar en batería.

—Mario está muerto. Se mató en un accidente de tráfico cuando volvía de follarse a una rubia que ahora tengo que

ver en todas las reuniones familiares porque su hermano se casó con mi hermana. Confié en él y no solo me engañó, sino que me dejó sola de nuevo, sin avisar y sin despedirse. Sin recursos para defenderme del mundo y sin ganas de vivir.

Estoy cansada de defenderme de ti.
—Lo siento.

Otra cara más de pena para mi colección. Pobrecita Eva, qué bien recojo la compasión de los demás. Escapé de la desnudez que me hizo sentir al preguntar por Mario, volviendo al amparo del sofá y arropándome hasta el cuello. Este hombre no era un riesgo para mí, era el asesino de mi intimidad. Lo sacaba todo, lo raspaba, frotaba y

arañaba hasta dejarme sin protección alguna. Nada estaba resultando como esperaba. Pensaba que esta era la forma de hacer las cosas bien, cansada de ver, leer y escuchar historias de amores difíciles que se entorpecen por las mentiras, los secretos y las lastras de personajes que se esconden. Apuesto por afrontar todo de frente, esperando que marche sobre ruedas. Pensando en el cuento perfecto. Pero es imposible. En la vida nacemos con estrella o estrellados y no hace falta que os diga a qué grupo pertenezco. Oh, Mario, cuánto me dañaste.

—No creo que esto funcione.

Oliver me miraba de nuevo apoyado en el marco del balcón. Pero esta vez hacia

dentro. Sus dedos no paraban de tamborilear dentro de los bolsillos de sus chinos. Él tampoco estaba disfrutando con esto.

—No me gusta oírte decir eso.

—Ni a mí decirlo. Pero es todo demasiado complicado. Será mejor que lo dejemos estar y cada uno sigamos nuestro camino.

Mis labios se apretaron sujetando un llanto que ya escocía antes de salir.

Tardó un año en contestar, ¿podrían salir agujetas en el lagrimal? No aguantaría mucho más.

—No puedo obligarte a nada, Eva. — Seguía sin acercarse—. Solo te pediré algo, como amigo, si te parece bien. Terminemos la lista y después me iré.

Cada uno retomará su camino y el destino dirá.

Antonio tenía que ir a trabajar, así que le pedí a Oliver que siguiéramos hablando en mi dormitorio para que pudiera desayunar sin show. Hiciéramos lo que hiciéramos, lo único claro era que nada, absolutamente nada, volvería a ser igual. Jamás retomaría el camino en el mismo lugar en el que lo dejé.

En el dormitorio, había pocos lugares en los que sentarse; la cama o un pequeño taburete. Me decanté por la cama.

—Bien, hagámoslo rápido —concluí.

Oliver no parecía muy convencido—.

Pregunta.

—¿Sin filtro?

—Sin filtro. Okl..., Oliver. — Pero al

final...—. Sin filtro, Okley.

Ahora no gruñó.

—¿Dónde estuviste?

—En el Centro de Menores donde me reformé, con Tata Ana. Tras la muerte de mi madre encontré en ella una familia. Todo me sobrepasó. El aniversario de la muerte de Mario y tu... tu atentado, todo lleno de sangre y el recuerdo del cuerpo de Mario en el asfalto. Mi madre... todo vino de vuelta. Sus ojos eran un pozo negro, ¿qué pensaba?

—¿Qué tienes con Alberto?

—Es un amigo de hace años y sobrino de Julietta. Nunca ha dejado de mostrar interés en mí. Tuvimos algo hace tiempo, pero no llegó a nada serio.

Creo que puedes imaginar que soy bastante reticente a iniciar cualquier tipo de relación amorosa.

Se había girado hacia la ventana y no podía medir las reacciones en su rostro. Se tocó el pelo tirando de él y girando el cuello. Al menos, podía leer su tensión.
—¿Y el doctor Merlo?

—Para mí, el doctor Merlo es Chalis, un compañero de rehabilitación igual que Antonio. Además es psicólogo y me ha llevado desde hace años, tuve que llamarlo después de lo del Seattle Pub, él me recomendó que viajara a ver a Tata unos días. Aquella noche compré algo de coca a Rafael en el mismo recinto. No solo me salvaste de un polvo del que me habría arrepentido, sino que

evitaste que consumiera. No te di las gracias en su momento. Gracias, Oliver. Creo que esto responde a otra de tus preguntas.

—De nada. Eva yo...

—Continúa —interrumpí.

En mis ojos había dos cascadas a punto de desbordar. Necesitaba acabar con aquello cuanto antes.

Colocó un pequeño taburete y se sentó justo delante de mí, con las piernas abiertas y los codos apoyados en sus rodillas. Su mirada penetrante me hacía temblar. Giraba una y otra vez la lista entre sus manos. Si dilataba más el momento mis lagrimales reventarían. Se la arrebaté y comencé a leer.

—¿De verdad hubieras dejado que te

follara? —Qué sutil, Okley—. Sí, lo habría hecho, sin duda. Habría dejado que hicieras conmigo virguerías, Okley. No tienes idea de cuán necesitada de atenciones estoy. —Antes de sonrojarme proseguí. Sus ojos se habían abierto como platos ante mis palabras. Así también estaba guapo—. Veo que aún puedo sorprenderte.

—Dudo que nunca dejes de hacerlo, dulce Eva. Dame, déjame que continúe. Me moría de ganas por hacerte esa pregunta y me has quitado el honor, ¿has tenido ese tipo de sexo alguna vez? Ahora era yo quien sonreía.

—Depende del tipo de sexo al que te refieras. Shhh, no digas nada. Te voy a dar el gusto. Hace ocho años que estoy

limpia. Desde entonces, recuerdo el nombre y el rostro de todos los hombres con los que he mantenido relaciones sexuales. Es más, tengo buena relación con todos ellos y nos mandamos postales por Navidad. También es cierto que ninguno de ellos ha sido mi pareja después de eso. De tu cara también me habría acordado, pero no creo que te hubiera mandado una postal para Navidad.

No pretendía que sonara tan mal esa última parte, pero ya poco arreglo tenía.

—¿Quiénes?

No recordaba esa pregunta, así que volví a quitarle la lista y no se la contesté. Tampoco tenía por qué hacerlo, la intimidad también tiene sus

cercos dentro de la sinceridad. También tenía derecho a veto, digo yo.

—«Yo tampoco soporto a ese tal Ricardo». —Leí—. Bien, me alegra que no lo hagas, aunque es tu decisión.

—Carlos es demasiado viejo —continuó el.

—Esa no es una pregunta, pero lo sé. No soy tonta. Cúlpame por no querer separarme del único hombre que no me ha roto el corazón hasta ahora.

Aunque igual me rompe la cabeza cualquier día, pero no lo reconocería. Mi respuesta le ofendió. Se levantó violentamente y se acercó de nuevo al ventanal del dormitorio. Observaba algo fuera, ensimismado.

—Bien, Eva, las dos siguientes no son

preguntas tampoco: quiero ayudarte y me gusta tu sueño. En realidad, me gustaría haberlo podido compartir contigo.

Me miró de reojo. Pensé en ello antes de contestar, te lo prometo.

—Pese a que te pueda parecer orgullosa y estúpida por cómo he reaccionado los últimos días, te agradezco enormemente tus atenciones e intento confiar en que son desinteresadas. Pero no te dejes engañar por mis sueños, no son más que tonterías.

—No lo son, Eva, no son tonterías si te ayudan a ir hacia delante.

—No lo entiendes, Okley. El único objetivo de mis sueños es no dejarme ver la mierda que hay alrededor. Tener esos objetivos no es más que una excusa

para no echar de menos a alguien a mi lado. Incluso buscar ese alguien perfecto no es más que una razón para no tener que confiar en nadie porque los dos sabemos que la perfección no existe. Mi sueño de princesa es solo una visión, un oasis donde no necesito el abrazo de algún traidor para sentirme mejor.

—Yo no tengo la más mínima intención de traicionarte, Eva. No nos puedes juzgar a todos igual.

—No, claro que no, tú solo estás aquí porque has visto la luz al final del túnel. Porque tu mujer intentó matarte y yo te salvé. Crees que soy tu heroína, pero no soy más que alguien que necesita ser rescatada incluso más que tú. —Habría preferido que me contestara, pero no lo

hizo. Habría acabado de nuevo en sus brazos si me hubiera dicho que me equivocaba. Pero no lo hizo—. Solo recuerda los últimos días. No es más que una coincidencia, estuve en el momento indicado en el instante preciso, pero solo eso. Solo eso. Recogí la nota que había dejado sobre la cama al levantarse y seguí con aquel castigo que me había impuesto como una verdadera gilipollas.

Enjuagándome las lágrimas que ya habían escapado de mis ojos, obvié algunas de sus preguntas: los dos estamos solos, otra sobre Mario y una en la que afirmaba que no le importaba por qué había estado en el Centro. Bueno, de igual modo ya conocía la razón. Ricardo

se había encargado de ello. La siguiente me sorprendió: «ojalá pudiera obviar todos mis demonios». Yo también, Oliver, pero entre los dos sumamos demasiados. Algunas preguntas estaban anticuadas. «¿Por qué besaste a Alberto?», versaba la siguiente.

—Yo no besé a Alberto, él me besó a mí. Está insoportable y furioso porque nos vio en el Seattle Pub. Desde entonces, no he vuelto a saber de él. No tengo ningún interés en tener una relación con él si eso te preocupa.

De espaldas a mí, seguía absorto en el infinito. Tomar el control de la situación me había relajado y mi estado de ánimo mejoraba. «¿Por qué me aguantas?» Había escrito a continuación.

—No te aguanto. —Su pecho se sacudió, estaba segura de que se le había escapado un suspiro divertido—. No me supone ningún esfuerzo estar en tu compañía. Eres un analgésico para mí. Una balsa de aceite que recibe todas mis oleadas y me devuelve calma y comprensión. En realidad, disfruto de tu compañía, Oliver. Eres un hombre extraordinario, puedo verlo.

Tardó muy poco en dar su réplica.

—Yo no quiero que acabemos antes de empezar. Jamás he deseado tanto estar con una persona. Discutir, pelear, besarte, hacer el amor o comer gominolas en el sofá. No quiero que eso acabe. Quiero ser todo lo que ves en mí. Mi alma se derretía con sus palabras y

más, sabiendo que tenía que responder su última pregunta. Sus frases seguían acomodándose dentro de mí, buscando un rincón del que no las pudiera sacar. Continuó.

—Me ha gustado salvarte. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, Eva. Poder cuidar de ti y hacer que te sientas mejor solo con abrazarte. Nunca había sentido nada así.

—Y Allicia, ¿qué pasa con ella?

—Ella no tiene nada que ver con esto, ni con lo que siento cuando estoy contigo, ni con lo que siento cuando no estoy junto a ti. No estuvimos juntos ni dos semanas, te lo juro. Solo nos vemos a veces y cuando le pedí el divorcio, se lo tomó mal. Eso es todo.

—¿Qué sientes cuando estás conmigo?

—Con eso me quedé de sus largas frases.

—Me siento vivo. —Ocupó de nuevo el taburete delante de mí. Respiró profundamente, mirando al suelo con los codos en las rodillas, restregó su rostro con las manos para acabar tirando de su cabello de nuevo. Una pequeña venda cubría su mano, finalmente no había sido para tanto. Lanzó su cabeza hacia atrás y su cuerpo se rindió delante de mí, cayendo de rodillas entre mis piernas. Encontró mi mirada—. Creo que estoy enamorado de ti y creo que tú también sientes algo especial por mí. Oh, sí hasta las trancas. Pensaba utilizar mi comodín en esa pregunta.

Ahora lo tenía delante de mí, a pocos centímetros de mis dedos. Podía acariciar su rostro, agarrar su pelo y morder sus labios. Su olor me llegaba nublando mi mente, ¿y qué si le confesaba que lo quería? Porque lo quieres, Eva. Lo quieres como no has querido a nadie en la vida, ni siquiera a Mario. Deseaba tanto tenerlo a mi lado cada mañana que me daba miedo. La necesidad era algo de lo que llevaba años queriéndome desatar y ahora sus lazos se estaban clavando en mi piel. —Di algo, Eva, por favor.

Menos mal que no me había hablado al oído. Su rostro era lo único que podía ver, su ilusión, la esperanza en sus ojos me hacían sentirme fuerte, como si de

verdad todo fuera posible. Una relación plausible en lugar de imposible.

Finalmente, me derrotó con su tacto en mi cuello. Sus dedos abarcaron mi nuca en una caricia perfecta que me hizo vibrar entera. Si con las llamas de sus dedos era suficiente para disolver mis dudas, ¿me quedaba alguna opción? Su cuello se dobló mientras su rostro esperaba mi respuesta, ansiaba una caricia y yo se la regalé. Con la calma que te queda cuando tomas una decisión rocé mis dedos con la piel que ya echaba de menos con locura. Oliver abrazó mi gesto y yo le premié con mi sinceridad.

—Me gustas mucho. Demasiado. Y eso me aterra. No hay nada que desee más

que despertar contigo por la mañana y que me aprietes y me toques, adoro cómo me haces sentir entre tus brazos. Pero no sé si es suficiente.

—Para mí lo es. Lo que me pidas te lo daré.

Movía su rostro sobre mis dedos provocando mi caricia.

—¿Y tu amor propio? No se puede vivir una relación así, cogiendo lo que te dan.

—Tómalo como una apuesta donde yo decido lo que pongo en juego. Si gano me llevo el premio gordo.

Sonrió como un niño pequeño que consigue el dulce después de la rabieta.

—Creo que tienes razón, Oliver. Estoy demasiado enamorada para negarlo.

Capítulo 19

Entregas y Alternativas

¡Oh! My baby. Tú lo crees, pero yo lo sé. Te quiero y me quieres. Punto pelota. Pero tú no te vas de aquí hasta que... sencillamente no te vas

La distancia se hizo cero. Agarré su rostro perfectamente definido y perfilado por una sexy barba de varios días y sujeté sus labios entre los míos con la misma intensidad con que el

corazón golpeaba el pecho. Tirando de él, raspando su labio con mis dientes. Bebiendo su aliento en aspiraciones sensuales que iban pegando mi cuerpo al suyo.

Qué fácil es besar con confianza cuando todo está dicho y no tienes miedo a que lean en tus labios declaraciones negadas. Hay caminos que no tienen retroceso y hay retornos que no son más que caminos viejos. Necesitaba que Eva volviera, con su sarcasmo, su humor ácido y su lengua afilada. Con la valentía de quién no agacha la cabeza ni para atarse los cordones de los zapatos. Necesitaba crecer otra vez y mirar al mundo desde arriba. Tentar los ojos de Oliver a su misma altura y juzgar en

ellos sus verdades. Este enigmático hombre no se podía enamorar de la debilidad, la vergüenza o los complejos, se había cegado por mis altanerías y mis quejas, por estar siempre en el bando contrario sin ser opuestos. No me evitaría de nuevo. No sabía cómo, pero lo volvería loco.

El sabor de sus besos superaba con creces al chocolate blanco o la leche condensada. Oh... sí, lo hacía. No solo eran dulces, sino calientes y sibilinos. Ocultaban mil cien formas de entregarse y docenas de sabores que disfrutar. Pero eran comedidos, controlados, muy románticos eso sí, pero demasiado lentos. Se me volvería a escapar. Busqué sus manos y las llevé a mi

cintura. Muy bien, si el jefe había conseguido que Eva volviera yo metería las manos en sus entrañas y sacaría de ellas lo que añoraba: la sensualidad y la superioridad de Okley. Esa que me agarrara por las caderas y me susurrara al oído que iba a destrozar mi cuerpo en el sentido más delicioso de la palabra. Oh, sí lo haría.

—Eva, Eva, espera, Eva.

Ah, no, ya he dicho que no. Pasó las manos del cuello al antebrazo dispuesto a marcharse. Nada que ver, hombre.

—Oh, no. Si yo tomo mis riesgos tú tomas los tuyos. No me puedes pedir confianza si no la tienes en ti mismo.

—Eva, quiero hacerlo bien.

—Bueno, esa decisión aún está en tus

manos. Todavía me dura el calentón del Pub, el de ayer y el de hace un rato. Así que si no apagas mis fuegos, tendré que buscar otra manera de hacerlo.

Le hablé mirándole de frente, de la forma en la que se presenta un ultimátum: afinando mi mirada para profundizar en los oscuros pozos de sus ojos, sin apartar mi decisión, sin vacilar. En realidad, esa era Eva en el resto de la facetas de mi vida. ¡Ya comenzaba a hablar en tercera persona sobre mí misma! Decidida, fuerte e inquebrantable. Excelente negociadora, sensible y comprometida con lo que quiere. Con una personalidad que exorbitaba siempre lo mejor de lo mejor y los menos malo de lo peor. Con mis

carencias claro, mi propio cuerpo era muestra de ellas. Olvidada de mi conciencia e ingenua de las necesidades que mi cuerpo había ido sumando en los últimos meses. Sexo. ¿Cuándo fue la última vez? Prácticamente, no lo recordaba. Los ojos de Oliver me imploraban piedad, clemencia. Nada más lejos de los que obtendría de mí en la próxima hora. Acariciaba mi mejilla con sus nudillos, casi se le escapaban pucheros.

—No sé hacer lo que te mereces, Eva. ¿Qué mierda de frase era esa?

—No me vengas con idioteces. Dudo que haya algo que no sepas hacer a una mujer.

Le sonreí perversa. Hazme lo que

puedas o lo que quieras, que al cabo...
Aproveché la poca distancia que nos separaba para agarrar el dobladillo de mi camiseta y tirar de ella hasta sacarla por la cabeza. Quedé desnuda frente a él. Tan solo con un conjunto negro de culotte con encajes que no ocultaba nada de carne en mis pechos. Una mujer siempre conserva algunas esperanzas, nunca me alegré más por ello.

—No quiero estropearlo.

—¿Me deseas? Dime solo eso. ¿Te gusta lo que ves?

—Claro que sí, lo sabes.

Ajá... esto es, por aquí iba bien.

Hablaría claro, de poco me servía ahora la vergüenza, ¡hacía unas semanas estaba dispuesta a dejarme adorar por

cualquier extraño! Sin previo aviso enroscó mis piernas a su cintura y se puso de pie sin dificultad ninguna, demostrándome que estaba en forma, muy en forma. Me empotró contra una de las paredes de la habitación. No supe reconocer a cuál, pero su pelvis encontró la mía con brusquedad en un choque tan doloroso como excitante. Dejaría volar la imaginación. Su cuerpo era una cárcel violenta contra la pared y su respiración subía mis pulsaciones al infinito. Si no me tocaba de una puñetera vez explotaría.

—Entonces —aseguré—, es hora de que tú confíes en mí.

A pesar de todo, no retiraba sus ojos de los míos y eso solo significaba que no

había ganado aún el terreno que estaba reclamando como loca. ¿Qué más tenía que hacer para que este hombre me devorara tal y cómo se lo estaba pidiendo? Arriesgando todo cuanto tenía cogí una de sus manos y la coloqué sobre mi pecho, animando su pulgar a acariciar mi pezón tal y cómo había recordado por semanas durante mis noches.

Y es que, sabes que estás enamorada cuando no importa lo que viene con el paquete. No me importaba que acabara de confesarme que era casado, no traicionábamos a nadie. ¡Cielos! Su mujer lo había intentado matar y ni siquiera me importaba por qué. Los hombres que habían disfrutado de sus

caricias no anidarían en mi mente siempre y cuando se decidiera a hacerme sentir tan mujer y tan deseada como le imploraba en este momento. Confiaba en él. Por primera vez lo hacía y rogaba, rogaba mil veces que no me volviera a rechazar porque lo comprendería, pero no sobreviviría. El experimentado conquistador en esta ocasión no era la luna en el eclipse, sino el sol. Tuve el impulso de comprobar su carótida, por si se había muerto sin avisar.

—Eva.

Su voz en un susurro de ausencia. Sus ojos entornados, mostrando una disculpa que yo no pretendía aceptar.

—Oliver, mírame. Háblame.

Reproduje sus movimientos colocando mis dedos bajo su barbilla y alzándola para que encarara su mirada. Mis piernas se agarraban a su cintura como al tablero de un naufragio y, aunque su presión contra la pared no disminuyó, ya no me sentía tan segura. El silencio se hizo eterno solo acompañado por los latidos de mi corazón que golpeaban la sien. Vamos, Eva. Piensa en algo.

—Háblame o juro que te disparo yo también.

Pensar o pensar bien: this is the question.

—No lo entiendes. Nadie me ha importado tanto como tú. Yo no sé hacer el amor, Eva, no lo he hecho nunca. ¿En serio?, ¿nadie? Y aquí estaba la

masculinidad de su voz, la vibración de su pecho, el peso de sus palabras, el ritmo desesperado de su respiración... cada parte, cada insignificante detalle me recorría la piel levantando el vello en un festival de sensaciones. Erotismo sin manos, sin pies..., erotismo de sonidos, de significado. El calor había vuelto antes de marcharse y tenía que decir algo. Deseaba consolarlo.

—Me gustaría decirte que yo te enseñaré, pero creo que vamos a tener que aprender juntos. Y juro que si no me tocas acabaremos antes de empezar. Logré arrancarle media sonrisa con mis prisas. Disfruté su piel mientras acariciaba el perfil de su cuello con la punta de mis dedos.

—Prométeme algo.

Yo, a ti y ahora, te prometo mis riñones, mis pulmones, mi hígado y todo lo que me pidas. Solo hay algo que no te puedo dar porque ya lo tienes. En el gesto más tierno que le había conocido, buscó mis dedos con sus labios para besarlos suavemente.

—Lo que quieras.

—Cenarás conmigo el siete de junio en el lugar que yo elija. No importa lo que pase antes de ese día. Nada evitará que nos encontremos. Absolutamente nada. Júramelo, Eva.

—Te lo juro, Oliver. Palabra de jefa india.

—Es en serio, Eva.

Y no tenía que jurarlo, la sobriedad en

su rostro y la intensidad del ruego en su mirada lo dejaban bastante claro.

—Sé que es en serio, Oliver. Te prometo que estaré en el lugar que tú decidas ese día, de la forma en que tú desees.

Finalmente, había unido mi frente a la suya agarrándome a su cuello en un intento legal de mantenerme en mi lugar, sin presionarlo más allá de la seguridad que me estaba pidiendo. Difícil. Muy difícil. Estaba tan cerca de mí de esa forma. El olor de su pelo, su tacto entre mis dedos, mi nariz sobre su nariz, la tibieza de nuestro aliento. Su respiración cálida y tenaz, cada vez más acelerada, rozaba mis labios imponiendo un ritmo que no confiaba controlar durante mucho

más tiempo. Y su mano, aún sobre mi pecho, cobró vida prendiendo rescoldos. Tres puntos de contacto: la frente, su mano en mi pecho y mi pelvis enroscada a su cintura. Con eso, solo con eso, sin movimiento y sin danza alguna, mi deseo aumentaba con cada pulso.

—¿Cenarás conmigo pase lo que pase?
¿Lo juras, dulce Eva? ¿Lo haces?

—Sí, lo juro. Te lo prometo. Iré, estaré ahí contigo. Dónde quieras. Lo que quieras, solo tienes que pedirlo.

—Ya te lo he pedido.

El rostro de Oliver se tornó perverso en una disimulada sonrisa tras sus labios apretados, podía ver cómo su mente daba rienda suelta a su cuerpo para

disfrutar. Se iba aproximando según su decisión se fortalecía. ¡Gracias al cielo! Su pulgar marcaba círculos piadosos mientras mis hombros se encogían, redondeando mis pechos entre sus manos. Su respiración hablaba de impaciencia haciéndome partícipe de su rendición. Sí, lo había conseguido. Aquí estaba Oliver Okley para mí. Todo para mí: ternura, perversión y secretos. Hociquéé su rostro buscando sus labios que se entreabrían en busca de aire y consuelo. Exactamente igual que yo. Tan necesitado como yo. Sus hombros se relajaron, dejando caer una pesada y silenciosa carga y yo me confié acariciándolos con mis dedos, ayudando a desprender su peso. Me dejó caer

deslizándome por su cuerpo centímetro a centímetro, pulgada a pulgada hasta tocar con los pies el suelo. Apretando aquí y allá donde mi consciencia dudaba de que lo que tocaba fuera real. Sí, para mí, todo para mí. Un empuje más serio de sus caderas clavaron las mías a la pared y su cuerpo se inclinó cubriendo cualquier escapatoria. Apoyó su mano libre en la pared sobre mi cabeza. Clavó su rostro en la cueva de mi cuello y rozó su mejilla con la mía, enviando caricias a mis partes más secretas. Mi respiración contenida, expectante, mientras su pecho subía y bajaba alterado. Bien, Eva, bien. ¿Y ahora qué? ¿Qué hacía con este cuerpo? ¿Qué hacía con tanto hombre para mí solita?

Sus labios estaban preparados para cualquier asalto y mi subconsciente se burlaba de mí, asegurándome que la promesa que le acababa de hacer no era difícil de mantener. Si este hombre me pidiera que hipotecara mi alma también lo haría. Sin preguntar por el suelo, por el techo o por el interés. Iría a por él a las puertas del infierno o a visitar al mismísimo San Pedro. Solo por un suspiro más.

Y no puedo negar que estar contra la pared frente a su pecho, semidesnuda e implorándole por un sexo por el que llevaba suspirando años, era el instante más intenso que jamás pude imaginar. Nada que la literatura más erótica ni el mejor Best Seller pudiera describir.

¿Quién era Christian Grey o Gideon Cross junto a este hombre? Nadie, simples aficionados, tipos guapos con una pincelada de carisma. Nadie, ningún mito u hombre imaginario puede compararse a aquel que ocupa el corazón de una mujer. Que no nos engañen. Aunque, en este caso, Oliver Okley era All in One. Mi All in One. Rozó con sus dedos mi nuevo tatuaje, la corona que me recordaría que la princesa está aquí dentro, reinando y guiando su propia vida. Antes de mi último viaje con Tata, decidí que necesitaba recordarme el camino cada vez que me enfrentara al espejo. Por eso, una sencilla corona ocupaba la piel sobre mi pecho. Tenía que ser la reina

de mi vida.

—Esto no estaba aquí la primera vez que te tuve así para mí. Me gusta.

Con el calor de su voz lamió la piel aún irritada y el empuje de todo su cuerpo a lo largo del mío me recordó que la jaula de sus brazos eran el lugar más cálido del mundo. Cubrió el seno libre con su otra mano. Mi sistema nervioso al doscientos por ciento. Besaba, lamía y poseía la piel desde mi hombro al cuello, dejando un reguero húmedo y humeante allá donde se detenía. El cielo. Era el cielo. Su piel perfecta reflejaba la luz de la mañana con maestría, solo por eso no fui a bajar la persiana. Tan dulce como pude ser, recorrí sus abdominales vertiginosos. El paraíso de

las gotas de agua, un parque de atracciones particular para mis dedos. Encontré un apósito en su abdomen, allí donde una vez presioné mis manos para evitar que se desangrara. ¿Aún la llevaba cubierta? No era ninguna experta, pero no me pareció normal. Ante mi roce tomó mis manos y las volvió a colocar alrededor de su cuello. Acababa de marcarme un límite e iniciar una conversación...

—¿Aún...

—Shhh, Eva, ahora no. Ya es tarde para hablar.

—¿Lo es?

—Sí, lo es.

—Y, ¿qué vas a hacerme?

—Quiero dejar mis manos marcadas en

tu piel y que nunca ningún otro hombre pueda borrarlas.

Qué ambicioso. Deberíamos trabajar sobre ese machismo.

—Para eso deberás encargarte de que no desee que otro hombre ponga las manos sobre mí, después de ti —reté. Aún podría volverlo más loco. Lo haría.

—Puedes confiar en ello. Pero debes ser sincera conmigo, si hago algo que no te guste o con lo que no te sientas cómoda, quiero que me detengas inmediatamente.

—Lo haré.

Fui rápida en contestar. Lo haría. Había dejado de tocarme y sus dedos se enlazaban con los míos en su nuca, me clavó su mirada y me sentí eróticamente penetrada. Un espasmo recorrió mi

pecho. Ya me estaba haciendo el amor y ni siquiera lo sabía.

—Júramelo —ordenó. Su voz resonó dentro de mí como una húmeda vibración.

—Demasiados juramentos para lograr tu atención, Okley.

Rozaba su rostro con el mío en la antesala de un ansiado beso.

—Prométemelo, Eva. Por favor.

De nuevo la súplica. Sexy, experto y asustado. ¿El iluso no sabía que le diría sí a cualquier cosa que me pidiera con tal de que me tocara por dentro de una vez? El aire no pasaba de la garganta y abría la boca en su busca. Una presión crecía en mi sien. Deseo.

—Te lo prometo, Oliver.

Volvió a colocar su frente sobre la mía y suspiró cuando apretó mis glúteos entre sus manos con suficiente intensidad para golpear mi pelvis contra la suya, otra vez. Su pene estaba tan duro y erecto que ocupaba un importante lugar entre nosotros. Quizás, sí debería de preocuparme por lo que este hombre podía hacerme. ¡Al carajo! Miré sus labios con deseo y él participó de mi propuesta. Su boca me tomó con la determinación que nace de las carencias del cuerpo, lamiendo, chupando y succionando. Yo se los devolví con el fervor de la necesidad, no quería ocultarla, ¿para qué si mi propia piel la exudaba? La tensión en sus labios me dejaba sentir su sonrisa sensual y

satisfecha. Subió más aún mi trasero hasta obligarme a envolver las piernas en su cintura de nuevo. Sus ojos jugaban entre la tierna admiración y la perversión más profunda. ¡No me admires ahora! ¡Perviérteme! Me aferré más aún a él, curvando mis codos a su alrededor y obligándolo a dejar sus labios en el lugar en que estaban obrando maravillas. De nuevo enroscada en su cintura me empujó aún más arriba hasta tener mis pechos a la altura de su cara y se inundó en ellos murmurando:

—Oh Eva... Eres mi pecado. Mi maldito pecado, mi manzana envenenada. Una diosa creada para desquiciarme.

—Sí... lo soy —respondí como pude.
Sin aire y sin conciencia de mí misma.
Besaba y lamía la sensible piel de mis
senos y yo aguantaba mi respiración por
más deseo. Deseo de que prestara esas
atenciones a mis sensibles pezones,
rosados y prietos, expectantes. Montada
en él me llevó hasta la cama, aún
desecha y apartada de la pared. Tiró de
las mantas como pudo y se sentó en ella
de rodillas, bajándome lentamente. Yo
lo miraba anonada. El mismo hombre
que me había enviado dieciséis ramos
de flores en cuatro días tenía su rostro
sumergido en mis pechos
prometiéndoles conocer el cielo entre
sus labios. Me dejé caer hacia atrás
hasta que mi espalda encontró la sábana

fría y el colchón. Mis caderas aún enroscadas a su cuerpo, duro como el hormigón, pero caliente como las brasas. Trazó su camino desde los pechos enfebrecidos a través de mi abdomen en un sembrado de besos, con sus dientes apretaba haciéndome retorcer entre sus manos. Mis músculos no reaccionaban al dolor, sino a la expectativa del mimo con que me recompensaba y cada vez que sus dientes presionaban mi piel un calambre viajaba a mi mandíbula tensando todo a su paso. Me hacía mascar el aire. Aire, divino tesoro.

Solo entonces dejó de consentir mis nalgas y sentí sus pulgares jugar con la cintura del culotte, enviando ondas de

calor a lugares que jamás habían estado tan caldeados. ¡Sí, sí, sí! Disfrutaba de su juego, pero necesitaba explotar para volver a empezar de cero. Yo abandoné su cintura para clavar los talones en el colchón y elevé el trasero para ayudarlo...

—Buena chica —expiró desde sus labios.

Ante su marcha, comenzaba a encontrarme sola, abandonada de sus caricias y de las atenciones húmedas de su lengua. Con mi boca vacía. La lujuria se desataba dentro como los toros en un encierro, ¡tan solo de imaginarlo obrando ingenios carnales alrededor de mi clítoris! ¡Sí! ¡Atórméntalo, Oliver! ¡Vuélveme loca! ¡Más loca!

Desesperada agarré su pelo con fuerza para obligarle a mirarme, necesitaba que sintiera mi urgencia, que la leyera en mi cuerpo, en mi rostro. Necesitaba desesperadamente ser saciada, repleta, rellena. No me escuchó, tras someterme a una mirada abrasadora desprovista de piedad siguió donde lo había dejado.

—Te voy a devorar, pequeña —gruñía, raspando sus dientes entre mis muslos en esa sensible curva donde las piernas terminan. Mi columna se retorció como una culebra. Explotaría.

—Oh, sí, devórame, mi Ogro.

¡Me mordió! ¡Me había mordido! Pero ¿por qué?, ¿por hablar?, ¿por llamarle «Ogro»? No importaba. Allá donde habían presionado sus dientes, el aliento

de sus labios me consolaba, un aliento abrasador y una lengua suave y delicada. Me puedes comer, Ogro, puedes arrancarme la piel a tiras y tomarlas en tu aperitivo si tu pago son los besos. Me deshacían, sus atenciones hacían vibrar mi cuerpo como la gelatina.

—Shh, Eva. No llames al Ogro aún. Hoy no.

—Pensé que podía hablar.

—Y puedes, pero deja descansar al Ogro. Ayúdame a esconderlo.

¿Cómo podía hablar y lamer mi sexo a la misma vez? Todo cuanto hacía a mi cuerpo era tan abrasador como la más alta hoguera. Sí, ahí está mi botón de la locura, Okley. Juega con él y hazme perder la razón con cada pasada, en

golpes, en giros o en pellizcos afilados. Imploraría detrás de su puerta el resto de mi vida por una caricia más. Lo haría. Mi cuerpo se retorció sin poder controlarlo y cuando quise abrir mis piernas para que fuera más, más adentro, me encontré con la atadura de mis bragas aún a la altura de mis rodillas. Empecé a luchar con ellas para bajarlas y, cuando ya las tenía en los tobillos, Oliver me abandonó para ayudarme. Oh... maldita ilusa que soy. Me miró, taladrando mi corazón con esos ojos tan oscuros que los reflejos del sol se dibujaban en ellos como olas de fuego. Me sacó la braguita de una de las piernas y la giró para volver a meterla y subirla de nuevo hasta las rodillas.

Ahora tenía incluso menos movilidad.

—Tú llamaste al Ogro, Eva, ahora debes correr con las consecuencias. Vas a implorar por mí hasta llorar, eso es lo que hace el Ogro.

—Dile al Ogro que me ponga a prueba, Okley, me estoy cansando de sus advertencias.

Me gruñó, mi Ogro me gruñó como un lobo fiero. Era cierto, muy cierto. Sus advertencias llegaban a mi mente como una promesa de sexo inolvidable del que estaba necesitada. Más que del mismo aire que respiraba. Necesitaba su desenfreno y la desinhibición de su perversidad. Necesitaba ponerme a prueba y reconocer de una vez las añoranzas de mi cuerpo, sus

necesidades. Joder, era hora de liberar mi sexualidad amarrada desde que entré en el Centro. Una de las cosas que más me gustaba de la coca era la libertad de no ver ni las consecuencias ni las advertencias. Romper ataduras de acero como delicados hilos. Liberar las sensaciones del cuerpo y absorber todo cuanto está dispuesto a darte otro: placeres más y menos ocultos. Puesta había hecho de todo, casi de todo. A estas alturas no estaba de más demostrarme que era libre de disfrutar de mi cuerpo sin antídotos adicionales para la represión y la castración psicológica a la que muchas mujeres éramos sometidas.

Su cabeza desaparecía entre mis piernas

y en la claridad de la habitación ninguna parte de mi cuerpo quedaba en sombra alguna. Me observaba con entusiasmo y ver cómo se relamía tras separarse de mi sexo, me hacía tomar aire eternamente. Quizás fuera el Ogro el que corriera espantado ante mi aptitud más que libidinosa. Quizás, dos mundos y dos vidas opuestas colisionarían dando lugar a las experiencias sexuales más explosivas y deliciosas que cualquier mente fuera capaz de imaginar. Podría resultar que, al final, la dulce Eva, fuera la única arma capaz de dominar al más letal de los ogros. Mientras yo navegaba en mis adentros buscando una buena excusa que justificara la ausencia de mi sensatez, Oliver despertaba zonas

erógenas oxidadas y olvidadas. Jamás había deseado tan intensamente abrirme de piernas para un hombre, justo ahora cuando mis propias bragas anudaban mis rodillas.

Sin previo aviso agarró mi cuerpo y le dio la vuelta, quedando mi pecho contra el colchón. Observó mis glúteos durante minutos que se hicieron eternos. No me tocó ni me dejó tocarlo. Pero saber que estaba detrás de mí, admirándome y adivinar qué escondían sus abultados pantalones, encendía mi cuerpo. Un cosquilleo ansioso se iba acumulando en mi entrada, extendiéndose hacia arriba y acariciando mis paredes huecas y cansadas de oscuridad.

—Oh, Eva, eres mi perdición. Me

vuelves tan loco que no sé si podré contenerme.

—No te contengas. No me voy a romper. Nos esperaba una deliciosa tarde por delante. Un recuerdo más llegó despertado mi locura como un resorte: «espero que te guste que te follen tu lindo culito porque eso es lo que voy a hacer durante los próximos treinta minutos», sus palabras en el Seattle Pub. Muy bien, pensaba disfrutar de lo que le hiciera a mi culito, pero como no me quitara las bragas pronto vería por primera vez a un Ogro correr con el rabo entre las piernas.

Sus dedos por fin entraron en contacto con mi piel allá donde los había esperado. Recorrieron mis glúteos

haciéndolos suyos y el dedo más travieso recorrió la línea entre mis nalgas. Yo participe gustosa de su juego agarré el extremo del colchón por encima de mi cabeza y me concentré en la humedad de mi respiración contra la sábana. Me dejaría hacer, calladita y quieta.

—Buena chica, Eva. No dejas de sorprenderme.

Jugaríamos. Apreté mis glúteos y los elevé en su busca con deslizamientos sensuales de mi cadera, lo que aceleró su respiración. Se recolocó en la cama y los lamió y chupó tanto como tuvo ganas mientras calambres huecos se iban instalando dentro de mí. Siguió investigando y despertando cualquier

terminación nerviosa destinada al placer y que pudiera estar aletargada. Gracias, Okley. Profundizó un poco más en su excursión, rozando la entrada de mi vagina con dos dedos suaves y tentativos esparciendo hacia mi perineo los jugos que, ávida, había estado preparando para su bienvenida.

—¡Alto! —grité.

—No voy a hacer nada que no quieras, Eva —explicó consternado.

—De eso puedes estar más que seguro. De eso y de que no me vas a atormentar más vestido como estás. Si quieres volver a ponerme una mano encima tendrás que desnudarte tú también.

Oh, no. Si tenía que sentirlo en mi trasero sería sin ese áspero pantalón que

ya me había estorbado suficiente.
Costaría una pasta, pero estorbaba más que una raspa en un ojo. El sonido metálico de la hebilla y la cremallera confirmaron que mi petición había sido admitida a trámite y aprobada por unanimidad.

—Solo una condición, Eva.

—No te cueles, Okley.

Bufó ante mi expresión, por millonésima vez.

—No podrás girarte hasta que yo te lo diga y... —¡plas! Me soltó una cachetada que resonó como cuatro yogures estrellándose en el suelo, pero mucho más caliente— no vuelvas a llamarme Okley mientras estés debajo de mí.

Pues resulta que aquí yo no era la única ingenua. Okley iba listo si creía que esa sería la forma en la que él y yo explotaríamos. Nada más lejos de la realidad. Eva no hacía nada que hubiera sido conjugado en imperativo. La libertad es mejor consejera.

—Iluso —murmuré, encendiéndolo.

Su respuesta no se hizo esperar. La deliciosa extensión de su cuerpo ocupó el mío por completo. Sus pies con mis pies, sus rodillas junto a las mías, su pelvis armada y peligrosa contra mis glúteos, sus férreos abdominales contra mi espalda y su pecho en mis omoplatos. Su boca... ahí me perdí. Su boca en mi oído y sus manos buscaban las mías rozando, liviano, la piel desde mis

hombros hasta las muñecas. Me sentí asaltada en mi intimidad pues ocupaba tanto de mi cuerpo como se podía ocupar. ¿Habría en el mundo otra forma de invadir el cuerpo de otra persona con más profundidad? Imposible, francamente imposible, aun así no sentía coacción o agobio. Solo había algo más que podía ocupar y la consciencia de ello desató cualquier amarre racional que ocupara mi mente. Un calor líquido y arrasador me cubrió desde los dedos de mis manos, entrelazados ahora con los suyos, hasta su experto pene que sin lugar a vacilaciones presionaba la entrada de mi vagina. Me perdía, me estaba perdiendo. Pensaba que tenía el control y acababa de perder hasta la

cordura.

Más y más descargas eléctricas de placer se iban acumulando viajando hasta mi vientre desde mis pies, mis rodillas, mi espalda, mis brazos. ¿Acaso desataría mi primer orgasmo sin tocarme? Bueno, en realidad sí que me estaba tocando. Y allí abajo, un cerebro escondido gritaba por atenciones cuando ni siquiera podía separar mis piernas. ¡Por Dios! ¿Cómo acabaría aquello? Es más, ¿lo acabaría o moriría en el intento? ¿Alguien ha muerto alguna vez de frustración sexual? Igual unos pocos segundos no eran suficientes, pero te acercaba a la ignición peligrosamente. Lo juro.

El peso sobre mi cuerpo me dificultaba

respirar, no me podía mover pese a las ganas locas de frotar mis estimulados pechos contra el colchón. Mucho menos empujar atrás mi cadera en su busca y si no era suficiente calor el que me nublaba, su aliento detrás de mi oreja me enfebrecía.

—¿Igual de confiada ahora, dulce Eva? Yo no sabía qué contestar, pues cualquier palabra que abandonara mis labios estaría bordada con súplica. Pero cuando quise hablar no pude tomar el aire suficiente para hacerlo y más calor inundó mi piel. Me asfixiaba y estaba al borde del orgasmo, manteniéndome en esa delgada línea de manera eterna y agotadora. En un segundo, Okley bajó sus rodillas al colchón y se incorporó

llevándome con él a su regazo,
empalándome sobre su pene erecto sin
aviso, tregua o alternativa. La arrugada
piel de mi vagina lo absorbió
estirándose y acogiéndolo en el calor de
unos fluidos que dejarían en vergüenza a
la menos puritana. ¿Dónde habían ido a
parar mis esclavizadas bragas? ¡Qué
más da! Yo me iba, me iba y me fui en
un orgasmo que me hizo gruñir y abrir la
boca profiriendo un alarido contraído
por el placer que se irradiaba desde el
lugar donde nuestros cuerpos se fundían.
El calor y las ondas que desde todo mi
cuerpo Oliver había hecho viajar hasta
mi vientre, ahora me devolvían intereses
de lujuria desde mi columna vertebral
directamente a mi nuca y la mandíbula.

Estirando y relajando con calambres furiosos. Oh, sí, Oliver. Esto era lo que necesitaba. Justo lo que necesitaba.

—Oh, Eva, me matas. Me estás matando. Cantaba en mi oído.

En mi nube de placer lo sentía deslizarse dentro y fuera, levantando y moviendo mis caderas a su capricho. El vello de su pecho acariciaba mi espalda y antes de terminar, todo comenzó a crecer de nuevo en una espiral trepidante.

—¿Te gusta, Eva? ¿Te gusta lo que te hago?

Su voz entrecortada por el esfuerzo, me derretía, me perdía.

—Amo lo que me haces, Oliver.

Sus manos se aferraban a mis pechos,

pegándome más. Mis dedos buscaron los suyos, apretando tanto como él prensaba mi piel con sus puños y rogando más.

Más. Más...

—Mírame, Eva. No puedo más, quiero verte, necesito verte mientras...

Sus palabras me recordaron algo: «no sé hacer el amor, no sé hacer lo que me pides», le había prometido que aprenderíamos juntos y tenía un regalo para él. Tuve que enderezarme bastante sobre mis rodillas para poder sacar su pene de mi caldosa vagina. La pobre se retorció estrujando y sacando de él todo cuanto tenía. Como si se despidiera.

Ingenua. Más que ingenua. Él se tensó, presumo suponer que temió haber hecho algo mal. Lo empujé con decisión sobre

la cama y gateé hasta colocarme a horcajadas sobre él. Tuve que convencerme de que podría visitar cada rincón de su cuerpo más tarde para no parar a probar la herramienta que brillante y furiosa aún me reclamaba. La lujuria es a la paciencia como las cataratas para los ojos, un nublado acuoso y perenne. Cosí mi mirada a la suya mientras me preparaba para recibirlo de nuevo dentro de mí:

—¿Me ves? Mírame, Oliver. Quiero verte mientras nos hacemos el amor. No había en el mundo mirada más profunda que la suya ni código más secreto y retorcido que el de los amantes. No hizo falta movimiento ni gesto para saber que esas eran las

palabras que mi príncipe necesitaba para abrir las pocas cajas de oscuridades que se guardaban en el fondo del corazón. Empujó sus caderas hasta entrar dentro de mí y yo me dejé caer tan fuerte que su punta cabeceó dolorosamente en mi interior. Ese tipo de dolor que te hace decir: ¡Fabuloso! Volvió a coger mi pecho uniéndolo y rodeando mis doloridos pezones con sus pulgares húmedos. Subimos y bajamos en una danza sincronizada con una corta coreografía. En tres empujes más yo volaba de nuevo, encogiéndome por el placer que tensaba y relajaba mis músculos. Me agarré a sus brazos considerándolos la única cuerda de regreso a la cordura. Mi diestro amante

aceleró, imploró, empujó, empujó más y quedó colgado dentro de mí.

Derramando un calor al que ya no estaba nada acostumbrada. ¡Cielos! Os puedo describir el ritmo de sus chorros, pero prefiero detenerme en la perfección de su rostro. Su entrecejo arrugado y su mandíbula apretada. Sus pestañas dibujando la ensoñación en su rostro. Ese tiz de deseo hecho realidad que viste a los ogros con galas de plata y oro.

Sus manos abandonaron mis pechos y sujetaron mis brazos, tirando de ellos hacia su pecho. Me quería más cerca de él. Más cerca de su corazón. Y a mí me parecía perfecto. Me abrazó durante una eternidad apretándome contra él donde

podía sentir su respiración agitada y los latidos de su corazón como los de un diminuto ratón. Rápidos y superficiales. Sin embargo, yo cada vez estaba más relajada y reflexionaba sobre la dulce posibilidad de dormir sobre su pecho.

—Eva —llamó.

—Jumm...

Su pecho vibró.

—Creo que te quiero.

—No lo crees. Me quieres.

—¿En serio? —cuestionó. Era un niño pequeño e inseguro.

—Claro que es en serio, no bromeo cuando tengo sueño.

—¿Tienes sueño?

—Mucho.

Poco a poco me fui bajando de él.

Estaba toda húmeda y me gustó. Me agradó mucho.

—No quiero irme —soltó.

—Y yo no quiero que te vayas.

—Eva, —volvió a llamar—, me apetece un cigarro.

¡Qué!

—¿Fumas?

Juraría que no, y algo sabía de su aliento a estas alturas.

—No.

—¿Y entonces?

—No sé... me siento raro. Tengo ganas de reír, de dormir y de volverme a meter dentro de ti. Todo a la vez.

—¡Ah! Ahora lo entiendo. —Le incorporé y le toqué la frente con la mano como si le midiera la temperatura

— Tienes el cuadro típico del Ogro Poscoito, te ha gustado hacer el amor conmigo y quieres repetir —bromeé. Su mirada angelical me derritió.

—¿Eso tiene cura? —Sonrió.

—Bueno, cura no. Es crónico. Solo hay un posible tratamiento, como con las agujetas.

Me froté sensualmente contra su pierna.

—¿Y ese cómo es?

—Repetir hasta que remitan los síntomas.

Ambos reímos y retomamos nuestras caricias en el mismo lugar en el que lo habíamos dejado. A las cuatro de la tarde desperté sobre el pecho de Oliver realmente acalorada. El pelo se había pegado a mi nuca por el sudor y, sin

embargo, mis pies estaban helados. Mi Ogro disfrazado ardía en fiebre y su sangre anegaba el apósito colocado en su herida. Bien, el «ya te lo dije», le iba a caer encima como una losa de hormigón.

Capítulo 20

En una de Sinatra

Cuando consigues comprarte ese jersey que llevas viendo en un escaparate durante semanas, lo último que quieres es prestárselo a tu vecina. No te quiero ver en los brazos de nadie más.

Me costó ciento un empujones despertar a Oliver. Era una lucha interior ya que me encantaba tenerlo en mi cama y entre mis sábanas, pero a la vez estaba preocupada por él. Habían pasado ya

casi tres semanas desde el atentado y no me parecía normal que siguiera sangrando. El pobrecito ronroneaba y gruñía con cada empujón.

—Oliver —le llamaba al oído—.

Oliver... eh... —insistí—. Despierta.

—Otra vez no, Eva, déjame descansar.

Tengo frío.

Imploró. ¡Cielo Santo! ¿Qué impresión le había dado a este hombre? Rebuscaba la colcha a los pies de la cama.

—Cielo, despierta —seguí susurrando.

—¿¡Quién es, cielo!?

Se incorporó de golpe, buscando a alguien más en la cama. ¿Qué demonios...?

—Cielo, Oliver, Ogro, Dandi, Feromona Man. Eres tú, tonto, tienes que

despertarte tenemos que ir al hospital. Con otro brinco se puso de rodillas sobre la cama y me miró fijamente a los ojos, consternado y culpable. ¡Vaya despertares que tiene el ricachón! Siguió buscando alrededor. ¡Cabrón! ¿De verdad buscaba a alguien más? ¿Qué tipo de relaciones había mantenido para tener que comprobar si me había compartido con otra persona? No quise saberlo y una punzada en el pecho, profunda y cargada de espinas, me lo recordó.

—No hay nadie más. Estamos solos. Le consolé en un susurro mientras me bajaba de la cama.

—Yo no... no quería decir eso — mintió. Hubiera preferido mil veces que

no lo hiciera—. Solo estoy un poco desorientado. ¿Estás bien? ¿Qué ocurre? Sentí su mirada clavaba en mi espalda. —Sí, claro —gruñí, atravesando la puerta de mi habitación hacia el salón. Me había puesto la camiseta de U2 y aposté que cuando volviera, Oliver ya se habría escondido en sus caros pantalones. Ya se había arrepentido. Me dolía todo el cuerpo y no me extrañó, había pasado la hora de la medicación y ni habíamos comido ni la había tomado. Preparé un sándwich rápido, mis pastillas, el termómetro y paracetamol para Oliver. No me parecía bien que se fuera así de enfermo. Las entrañas se me estaban retorciendo y tenía la sensación de que todas las luces

a mi alrededor se estaban apagando. Hacer el amor con este hombre me había revelado las verdades que me harían correr la maratón de Nueva York en veinte minutos. Después de pasar horas disfrutando del mejor sexo de mi vida, se había despertado, ¡buscando a alguien más en la cama! ¿Qué rayos iba a hacer con eso?

—Eva, Eva, ¿Eva, estás bien? —La lejana voz de Antonio. Masticaba despacio y sin ganas. Hablé con la boca llena.

—Joder, An. La he cagado.

—¿Qué has hecho?

Tragué.

—Me, yo me, yo me he... yo me he e...
Pareces tonta mujer.

—Tú te has enamorado del campeón —
resumió mi compañero.

—Oh mierda...

—No dramáticas, Eva, a todos nos pasa
alguna vez. ¿Cuál es el problema?

Por primera vez el problema cruzó mi
mente, plantándose frente a mi
subconsciente con pies de acero.

—¿Y si no soy suficiente para él?

Antonio no pudo consolarme. No había
forma humana de hacerlo. Mi coraje iba
y venía últimamente y, justo ahora, se
había dado a la fuga.

—¿Nos das un minuto, Antonio?

La voz de Oliver detuvo el tic-tac del
reloj. No supe por qué puerta salió, pero
nos dejó solos inmediatamente.

—No está bien escuchar las

conversaciones ajenas —regañé y me puse a buscar musarañas en los cajones de la cocina. Oliver también tenía que comer algo.

—Sí cuando son de mi incumbencia, Eva. Ya te he dicho que lo siento, no pretendía hacerte sentir mal o insegura. Yo...

—Oh, gracias. Pero no te preocupes, no es culpa tuya. Yo sabía a lo que me exponía.

Escapé de vuelta a mi habitación. Todo olía a él, como su despacho y la habitación del sexo. Joder. Abrí las ventanas y dejé que el aire de la calle lo inundara todo. Necesitaba recuperar mi espacio, mi lugar seguro. En algún momento, mi futuro dormitorio de

princesa se había convertido en un lupanar. Un lupanar que había escondido las mejores horas de mi vida. Las más cálidas y las más emocionantes. Las más eróticas y sensuales. Las más íntimas y personales. Con el dios del sexo, el Gran Jefe Okley. El terriblemente sexual y pervertido, Okley. El más prolifero de los amantes no se quedaría en mi cama para siempre. Ahora que lo había tenido dentro de mí los celos me corroían de imaginarlo en brazos de otro hombre o de otra mujer. Y si había algo que temía es que una sola mujer no sería nunca suficiente para él.

—¿Qué pasa, Eva?

No repitas más mi nombre, cada vez suena mejor en tus labios.

—¿Y tú me preguntas? ¿Qué haces aquí?
¿Por qué no te has ido aún?

—No me ataques, Eva. No sin decirme por qué.

—¿Yo no voy a ser suficiente para ti, verdad? Por eso me advertías una y otra vez...

—¿De qué hablas? —la voz se alzó amenazante.

—Te has despertado buscando a alguien más en la cama, Oliver. Estar conmigo nunca va a ser suficiente para ti.

Siempre querrás más, más gente, hombres, mujeres más sexys, con más pecho o más valientes... —hablaba al sol a través de las ventanas.

—No necesito nada más, Eva. Me he despertado asustado y desorientado,

solo eso. Me preocupa estropearlo contigo, lo sabes. Además, no me encuentro demasiado bien, pensé que había metido la pata...

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? ¿De qué forma habrías podido meter la pata hasta el punto de no saber con quién has dormido? No, espera, mejor no me contestes.

—Eva, es muy difícil de explicar.

—Pensé que ya sabía todo cuanto tenía que saber.

—No, sabes todo cuanto has preguntado. Igual que yo.

Así son los hombres. Se escudan en nuestros fallos para ocultar sus errores. Con toda mi inseguridad traducida al coraje y el genio ciego me volví para

discutir como Dios manda, mirándole a los ojos y juzgando sus palabras en mi beneficio.

—¿Me estas acusando de no haber hecho las preguntas adecuadas?

—No te acuso de nada, Eva, por favor, relájate. Yo no...

—¡Eva, relájate una mierda! La fidelidad no es tu fuerte, ¿verdad? Por eso te dispararon, ¡por no saber dejar la polla dentro de los pantalones!

Exploté como el Kilimanjaro. Me sentía arder dentro de mí. Mis puños y mi coraje afloraban tormentosos. Me moría de los celos y el coraje. Había querido apostar fuerte con Oliver y lo había hecho, había ganado la lotería. Una que lo arrasaría todo de mí.

—Eva, no eres ninguna tonta y lo he podido comprobar hace apenas unas horas. Me gusta el sexo, mucho. Demasiado, dirían algunos. Lo reconozco. Pero lo sabías y has implorado por él desde que te conozco. Demonios no tienes límite, cuanto más te tocaba más te excitabas, te me escapabas entre las manos...

—Grrrr...

No hablé, gruñí. ¿Para qué iba a decir otra cosa?

—Ambos hemos disfrutado este magnífico tiempo, juntos. Para mí ha sido especial e inolvidable. Me he sentido más unido a ti que a ninguna otra persona con la que he estado. No me gustaría perder lo que tenemos y lo

sabes. Me siento vivo cuando estoy contigo y no necesito sexo para saber que no me quiero alejar de ti. Pero... Prepárate, Eva, ahí viene el peñón que vas a tener que decidir si te tragas o no. —Este soy yo. Tú conoces mejor que nadie todas mis partes: el jefe, el perverso, Okley, Oliver, el Dandi... Tú decides si te quedas con el paquete completo o no.

—¿Me estás diciendo que lo tomo o lo dejo? ¿Que para poder repetir lo que hemos tenido esta mañana debo permitirte que sigas buscando otras personas y que regales tus caricias para después vaciar la papelera de condones?

—¿Eso es lo que piensas de mí, Eva?

¿Qué voy a volver a la oficina para terminar la tarde con otra?

—Eso es lo que llevas haciendo desde que te conozco, ¿qué cambia las cosas ahora? Desconozco con qué personas de limpieza te has acostado después de presentarle el acuerdo de confidencialidad.

—¡Basta, Eva! Sé que todo esto debe de ser muy difícil para ti, pero no voy a permitirte que me ofendas de esa manera. Pensé que intentarías confiar. Creí que me veías realmente.

—Son los inconvenientes de Eva, Ogro. Lo encaré.

—Y yo las acepté creyendo que no tendría que implorar por tu compromiso. Sin embargo, tú no me das la

posibilidad de hacerlo bien, piensas lo peor de mí.

—No me jodas, Okley.

—Me dijiste que no me juzgarías y es lo que estás haciendo.

—Yo no te juzgo es solo que...

—Te he dicho que estoy enamorado de ti. Para mí eso cambia bastante las cosas.

—¿Serás capaz de serme fiel?

—Lo seré.

—¿Seré suficiente para ti?

—Lo serás. Juro que lo serás.

¡Demonios! Eres demasiado para mí.

—¿Y qué pasa si no?

—Siempre puedes pegarme un tiro.

Poco a poco se acercó a mí. Aún sin camiseta y con el pantalón medio

abrochado. El apósito había desaparecido y en su lugar una herida enrojecida y muy inflamada gritaba por un poco de Betadine y antibióticos.

Acarició mi mejilla con la palma de su mano, y yo me dejé hacer.

—Ahora encenderé el teléfono y hablaré con Nacho, quedó en traer la medicación.

Respondió a mi mirada preocupada. Su conversación estuvo llena de «lo sé», «ocúpate» y «mañana». Cuando terminó de hablar, algo rondaba su mente y sabía que no podría negarme.

—Tienes fiebre, tus ojos brillan y tu rostro está enrojecido.

—Lo sé, tengo frío.

Yo abrí los brazos invitándolo al sol,

junto a mí. Parecía más pequeñito aquí, con la cabeza en mi hombro y agazapado para abrazar mi cintura. Acaricié su espalda en toda su extensión, disfrutando de su piel suave y perfecta.

—¿Te duele?

—¿La herida? No tanto como parece.

—¿Y la de la mano?

—Igual.

—No sabía que habías apagado el teléfono.

—Si no lo hubiera hecho no habría parado de sonar en toda la mañana — confesó.

—¿Esto ha sido una discusión?

Bromeé, ronroneándole un poquito.

—Creo que sí. Eva, ¿puedo pedirte algo?

—Puedes.

Casi podrías pedirme cualquier cosa. Se dirigió de nuevo a la cama y una canción que supe reconocer comenzó a sonar en su teléfono. Se acercó a mí enlazando sus manos en mi cintura, pero enderezó su espalda para volver a ser el Ogro más sexy del mundo.

—Baila conmigo —pidió. Y mis piernas temblaron automáticamente.

Ahí estaba de nuevo el hombre que me había hecho el amor pocas horas antes con tanta delicadeza y pasión que había dejado sus manos marcadas en mi piel, tal y como había prometido. «Something Stupid», de Frank y Nancy Sinatra.

Movimos nuestros cuerpos tan despacio que nadie habría dicho que bailábamos.

Junto al gran ventanal, el viento mecía mi pelo y jugaba con el dobladillo de mi camiseta contra su pecho desnudo y perfecto, estaba hipnotizada en su mirada clara y sincera. Sus labios se movían y su voz salía suave y melódica, varonil y sensual. Me hablaba del tiempo que llevaba esperando para confesarme algo. Sobre elegir el mejor momento y ser valiente. Confesó ver el terror en mis ojos cansados de tantos engaños, pero aun así, repitió algo tan estúpido una y otra vez.

I love you...

I love you...

Sin darme cuenta estábamos moviéndonos por la habitación al ritmo de la canción con los cuerpos tan unidos

que era difícil saber dónde acababa uno y empezaba el otro. Me pegó tanto a él que no tuve que preocuparme por la música, me llevó de aquí para allá y me hizo tocar el cielo con los dedos de felicidad. Un momento perfecto y eufórico. Esto era lo que Oliver me ofrecía, tomar el control y darme el mundo, y yo aceptaría encantada. Jugaría a olvidar lo que ocurriría cuando se marchara. Jugaría a que no me perdería e incluso elegí jugar a que no acabaría muriendo por este hombre si alguna vez declaraba su amor a alguien más.

La canción terminó y comenzó a sonar de nuevo. Guardaría este momento para el resto de mi vida. Me acurruqué más junto a él y beso mi frente, recorriendo

mi espalda con sus manos.

Capítulo 21

Echar de menos es un arma de doble filo

Bueno, pensé que si todo el mundo sabía que me cagaba de miedo soltaría algún lastre, pero no. Eso sí, pedazo de amigos que tengo

Toc, toc, toc... Dulces golpes que te despiertan de dulces sueños.

—¿Señor Okley?

—Un minuto, Funes —contestó.

—Se llama Nacho.

—Lo sé y yo me llamo Oliver, pero eso no quiere decir nada.

Puff, vaya respuesta rara.

—¿Te vas?

—Creo que sí.

Me besó tiernamente los labios.

—Te echaré de menos.

—¿De verdad? —ronroneó.

—Sí, mucho.

Enrosqué mis brazos en su cuello, rogándole que se quedara. Nos besamos de nuevo mientras escuchábamos los suspiros de Nacho al otro lado de la puerta. Prometió volver para la cena y sus palabras fueron cerillas para mí. Se fue llevándose con él su teléfono y la

melodía bajo la que había ocultado sus más dulces palabras. Me quedé mirando la puerta como si hubiera cruzado las tabicas del infierno y no fuera a regresar jamás. Sentada en la cama rememoré escenas memorables. Así era Oliver, había acariciado mi cuerpo como si tocara un piano y obtuviera de mi piel hermosas melodías. Sabía, como toda mujer puede notar, que había dinamitado su control y su resistencia. No me había sentido tímida ni juzgada entre sus manos, sino al contrario. Oliver proponía y yo aceptaba eufórica. Y habíamos hecho el amor... ¡Oh sí! Y lo habíamos hecho muy bien. Me merecía una buena ducha y la tomé larga, y muy caliente. Me lavé el pelo y me eché

tantas cremas y potingues como tenía. Me arreglé el pelo y canjeé mi camiseta de U2 por un pantalón vaquero cortado por debajo del cachete (que aún conseguía meterme desde los diecisiete) y una camiseta de tirantes del Refugio de Animales con huellas de perrito por todos lados; mi favorita junto a la de U2: vieja, dada de sí, manchada de pintura... con todo un recorrido de vida. Perfecta para mí.

—Eva.

La voz de Antonio me dio la bienvenida de vuelta al salón y a la vida mundana poscoito.

—Dime.

—Te ha llamado tu hermana. Está furiosa porque no das señales de vida.

—Sonrió cómplice. Él sabía perfectamente que estaba muy viva en ese momento. Qué extraño compartir así mi intimidad después de tanto tiempo sola.

—Es cierto, todo esto de Oliver me tiene totalmente abducida.

Tras devolver la llamada a mi hermana, disfrutamos de una liberadora tarde de merienda en casa, todos juntos.

—¡Tú estás loca, Eva! ¿Cómo se te ocurre liarte con tu jefe? No esperaba algo así de ti —soltó mi hermana, quedándose bien a gusto la pobre.

—Adela, no te pases.

—Mmm... bueno, creo que si puedes regañar a alguien es al jefe, ha hecho acoso y derribo con tu hermana —

intervino Antonio.

Yo no pude evitar sonreír. Casi era cierto.

—Pero ese tipo no es trigo limpio, Eva. ¿Es qué no ves la televisión? Siempre hay alguna noticia en las revistas sobre él. Mujeres y hombres que alardean de haber estado con él, haciendo... ya sabes...

¿Ahora le daba vergüenza? Hablaba bajito y mirando a sus espaldas como si alguien estuviera apuntando pecados detrás de ella.

—Créeme que no me vas a contar nada que no sepa, Ade, recuerda que trabajo para él desde hace años...

—¿Es acoso, Eva? ¿Te está acosando ese pedazo de ca...? —se calló y miró a

su hija Leticia, que jugaba con la nueva PlayStation 4.

—Mami, el ogro Oliver es bueno. No es un ogro malo, es como Shrek —soltó mi sobrina.

Sin poderlo evitar, los tres explotamos en risas ante las ocurrencias de la niña. Todos habíamos pensado eso en algún momento, pero me sorprendió que solo ella hubiera tenido el valor para decirlo. Una idea me rondó por la mente y la acallé, pero vino Antonio y lo jodió.

—Entonces, Eva. ¡Eso te convierte en Fiona!

Ahora, ellos reían y yo no. Poco tiempo después Cata llegó, y ver mi casa llena de gente a la que tanto quería me hizo sentirme muy bien. Y extrañar a Oliver,

eso también. Ahora, además de disfrutar de su compañía cuando estaba conmigo lo echaba de menos cuando se marchaba.

Le mandé un mensaje de WhatsApp, preguntándole qué tal la tarde, arriba apareció que estaba escribiendo, sin embargo, su respuesta no llegó hasta tiempo después.

Por muy fluida que fuera la conversación mi mente no paraba, seguía dándole vueltas, ¿sería yo como Fiona? ¿Un ogro disfrazado de princesa? Parloteamos sobre los chismes del grupo y también sobre Alberto.

—Lo vi la otra noche en el Seattle —
contó Cata—, llegó con esa chica rubia
de pelo largo con la que sale a veces.

Pero al poco tiempo llegó otra rubia más alta, muy pija, rolo Paris Hilton y se largaron los tres.

—Alberto siempre ha tenido mucho éxito entre las mujeres —intervine.

—Nacho dice que está dando muchos problemas en el trabajo.

—¿Nacho? —saltamos los tres a la vez: Antonio, Ade y servidora—. No sabía que os estuvierais viendo...

Le pinché. Acababa de llamarlo por su nombre de pila con una familiaridad sospechosa.

—Bueno si te hubieras dejado ver los últimos días en lugar de perderte en los pectorales del Dandi lo habrías notado...

—contestó y de paso me la devolvió bien—. Por cierto, qué putada lo del

coche.

—¿Putada? ¿Le ha pasado algo a Carlos?

Me giré hacia Antonio confiando en que él no me mentiría.

—A mí que me registren, yo no sé nada de ningún coche.

—Cata, explícate.

Era una orden.

—Vaya, no quiero que metas en un problema a Nacho por habérmelo contado. Pensé que lo sabrías.

—Que no, tía, ¿por quién me tomas? Suéltalo de una vez.

Al parecer, habían destrozado el *supercoche* de Oliver en la puerta del bloque. Esa misma mañana, temprano, poco después de que volviera a casa,

alguien había arrojado bolsas de basura y había dejado lindas palabras sobre la pintura a golpe de spray. Sin olvidar sus caros neumáticos rajados y sus retrovisores arrancados. Eso es lo que Okley miraba tanto por la ventana durante la conversación. Ese hombre, a veces extraña y aparentemente enamorado de sí mismo, vio cómo destrozaban su caro y exclusivo coche mientras hablábamos y me pedía una oportunidad para ser, al menos, amigos. Según veía con más claridad sus virtudes e intenciones, más se encendían esas alarmas de «cuánto más rías hoy, más llorarás mañana».

A las diez, Nacho llegó con la cena, un

doble CD con Lo Mejor de Sinatra y una nota escrita a mano en la que mi Ogrito, se disculpaba por no llegar para la cena. Paseando la vista por el salón me encontré con Alejandra, la orquídea se había convertido en un símbolo para mí. Estaba deshojada y sus raíces luchaban por surgir de los troncos que deberían de estar secos. Era una superviviente nata, la vida en sí misma es una superviviente nata que no nos permite parar el ritmo. Con todos alrededor de la mesa al ritmo de «Fly me to the Moon», no me pude aguantar más: —¿Qué opináis sobre el equilibrio? Ya sabéis, esa teoría de que cuánto más sonrías hoy, más llorarás mañana... —Eso es una gilipollez —sentenció mi

hermana y le di credibilidad, era la primera vez que le escuchaba un taco en años—. Además, imaginando por dónde vas, a ti te tocaría sonreír el resto de tu vida, hermana.

—Gracias, Ade. ¿Qué me decís vosotros?

La besé en la mejilla ya que la tenía justo al lado. La quiero tanto...

—Que estás tonta. —Fue la interesante aportación de Cata—. Que dejes de cagarte encima y de pensar bobadas. La vida es una mierda, a veces en colores y, a veces en blanco y negro. No hay más.

—Yo no estoy de acuerdo, Cata. —La mirada que Nacho le dedicó, no tuvo desperdicio, este tipo estaba pillado

hasta las trancas—. Veréis, yo pienso que la vida viene en blanco y negro y nosotros somos los encargados de decorarla. Y la llenamos de pálidos errores y brillantes momentos de felicidad.

—Guau... Nacho, no te veía diciendo esas cosas tan bonitas.

—Y yo no te veía diciendo «guau» en lugar de «joder».

Un *minipunto* para el campeón. Puede que llevara razón y nuestras decisiones fueran la brocha que decorara nuestro mundo. Ay, Cata, recógete la baba.

—¿Y qué piensas tú, Eva?

Me lanzó Antonio.

—Que aunque nos cueste, tenemos que cerrar los ojos en algún momento y

caminar hacia delante sin que importe mucho si te toca reír o llorar. Pero la teoría y la práctica no siempre van unidas.

—Deberían —convino Nacho—.

Facundo Cabral dijo «No digas no puedo ni en broma porque el subconsciente no tiene sentido del humor y se lo tomará al pie de la letra».

—Es un tipo listo ese tal Facundo —me mofé, intentando ocultar la debilidad que comenzaba a sentir.

—Era un cantautor, poeta, escritor y filósofo argentino. Sus frases recorren Facebook de arriba abajo. No deberías reírte, Evita, porque ese hombre no decía ninguna barbaridad; yo creo que es así como funciona todo. Si tú tienes

miedo de que todo salga mal, verás errores y problemas donde no deberías encontrar más que anécdotas y baches. Y eso es lo que te hará sufrir, no las risas de hoy.

El silencio se hizo palpable, nadie dijo nada en un acuerdo implícito por dejarme que asimilara gota a gota las palabras de Nacho. Nadie lo contradijo porque no se podía. Ni si quiera yo que tuve que escaparme por la tangente, como de costumbre. Era necesario desviar la conversación que, si bien, yo misma había provocado, ahora se me antojaba demasiado comprometida. Nacho sabía hurgar en mi desván y me hacía sentir incómoda, como si no llevara puesta suficiente ropa.

—Eh..., chicos esto se ha puesto muy trascendental para estar bebiendo Coca-Cola y zumo de uva. ¿Para cuándo la fiesta del mojito?

Cata, mi hermana y yo nos llevamos las manos a la cabeza y cogimos los teléfonos para consultar el calendario, suspiramos al comprobar que quedaban dos semanas para prepararla.

Una hora después, en cuanto mi hermana se marchó para una romántica cena con su magnífico esposo Eduardo, saqué mi espinita a pasear. Una espina larga, rubia y sanguinaria que me llevaba martilleando toda la tarde. Allí donde la ausencia de Oliver me dejó pensar.

—¿Conoces a Allicia?

—Cielos, niña, ¿quieres que me

despidan?

Se puso serio, muy serio. De pronto me pareció mucho más mayor.

—No, solo quiero que me contestes si conoces a esa mujer y que me digas por qué disparó a Oliver.

—Eso es mucho pedir.

Su entrecejo fruncido me dijo que ahora el que se sentía profundamente incómodo era él. Se incorporó en el sofá y su postura se tensó como el coletero del moño de la vieja del primero.

—Queda una sola cerveza en la nevera, Nacho. Si me cuentas, aunque sea un poquito, es tuya —negocié.

—¡Esa cerveza es mía! —protestó Antonio—. Yo mismo te la daré si contestas a Eva.

Me levanté y lo abracé. No podía hacer menos. Este Antoñito se me estaba metiendo en el corazón a ritmos forzados. Bueno, últimamente parecía que tenía jornada de puertas abiertas: Nacho, Antonio, Oliver... puf, ¡cuántos hombres!

—Cata, porfa, ayúdame —supliqué.

—No creo que sea sano que yo te conteste a eso. Lo único que debes saber es que desde que te conoce, el jefe es otra persona. No lo juzgues por quién era o lo que hacía antes porque echarás a perder lo que tenéis ahora.

—¿Tan malo es? —Yo lo pensé y Cata lo dijo.

—No es malo, es diferente. No hay maldad en Okley. Yo lo llamaría

indiferencia y...

—Frío —acabé yo.

—Soledad —corrigió.

—¿Dónde está Carlos?

—En buenas manos.

Suspiré, sospechando que esa batalla la tenía perdida temporalmente.

—Nacho... yo te tengo mucho cariño.

Me has llegado al corazón en poco tiempo y sabes que he confiado en ti...

—¿Qué me vas a pedir, Eva?

Me vio venir.

—Que no dejes que Oliver le haga daño

—contestó Antonio en mi lugar—. ¿O me equivoco, Eva? Para ser mujer eres un libro abierto.

Me sonrió tan dulce que me abracé a él en el sofá como si fuera un salvavidas.

Otra vez. Estaba de un sensible sorprendente.

—Estás asustada, ¿es eso?

—Pues claro que lo está —aseguró Cata

—. Ese hombre intimida.

—Mucho —repetí yo.

—Pues solo te quedan dos opciones, Evita.

Me picó el hombre adosado a mi amiga Catalina. ¿Dos?, yo no veía tantas.

—¿Cuáles?

—Estás a tiempo de crear espacio entre vosotros. Solo dile que no estás interesada...

—O... —sugerí.

—Deja de cagarte encima, cariño.

¡Ala, Catalina! ¡Qué delicadeza!

Vaya tarea le quedaba a Nacho con mi

compi, si yo era malhablada, Catalina era catedrática de la ordinariez y el atino para llenar de burradas cualquier conversación. Eso sí, Nacho hablaba bien, pero te dejaba pensando en el significado de cada frase, de cada elección del diccionario. Cata te daba la traducción hecha, el mensaje conciso y resumido. Ambos tenían mucha razón en su mensaje.

Aún reíamos cuando el timbre de la puerta me hizo saltar del sofá con la misma destreza de un Correcaminos cojo, en un visto y no visto estaba detrás de la puerta, cogiendo aire justo antes de girar la manivela.

—Hola, princesa.

—Hola, Shrek.

—¿Shrek? Entonces, tú eres...

—Ven aquí anda.

Lo acerqué a mí tirando de su camisa y cuatro suspiros levantaron una corriente de aire cálido en la habitación mientras volvía a tenderme su mano e invitarme a un nuevo baile al ritmo de «You make me feel so young».

Y entonces supe que este hombre lograría hacerme suspirar el resto de mi vida, inequívocamente. Me abrazó con su cuerpo y su mirada, para hacerme volar al son de la música tanto como duró o tanto como me hizo creer que duraba. Yo solo navegaba en sus ojos gritándole cuánto lo había echado de menos y cuán horrorizada estaba por todo lo que eso me demostraba. Estaba

real y jodidamente enamorada, cegada por los encantos de este hombre, por su corazón y por su arrugada piel de ogro. Por querer rescatar a la princesa renegada en la que me había convertido y recordé la forma en que comparé la guerra con el amor, comparando corazones que luchan con soldados y los sentimientos con rehenes. En consecuencia, este baile era mi rendición, mi bandera blanca y la negociación en la que mi única pesquisa era rogar a los que me amaran que protegieran mi corazón. Que mantuvieran sus ojos abiertos porque yo ya no tenía juicio. Su rostro estaba cansado y ojeroso. Sus profundos ojos ya no titilaban por la fiebre, pero fuera

lo que fuese lo que le afectaba estaba detrás de ellos, esperando su lugar.

Colocó su mejilla junto a la mía en una caricia tan profunda como el mismo océano para susurrarme:

—No sabes cuánto te he extrañado.

Sus palabras viajaron directamente a mi estómago, retorciéndolo en una profunda punzada que me encogió el corazón.

—No te vuelvas a ir —contesté suplicante.

—No lo haré.

Seguí bailando pegada a su cuerpo y aunque sabía que era imposible que cumpliera su promesa decidí disfrutar como si de verdad lo fuera. Como si nunca más se alejara de mí un par de pasos. Deseaba con todo el corazón que

así fuera. Mientras estaba conmigo todo era fácil y yo era valiente, pero cuando se marchaba, unas nubes negras y espesas me rodeaban. No eran dudas, sino miedos. No dudaba de que sus promesas permanecieran, sino de que a pesar de ellas, el momento tan especial que estábamos viviendo llegara a su fin.

—Tengo que contarte algo.

—¿Es urgente?

—No.

—Entonces, bésame ahora.

Volver a sus labios era lo mejor del día.

¿Cuántas horas habían pasado, ocho?

Una eternidad. Le besé con la

delicadeza de la bienvenida y el calor

de los rescoldos. La promesa del fuego

era una constante entre nosotros y no lograba encontrar la castidad en sus besos. No la encontraba en los míos tampoco. Cuando la canción terminó, supongo, varias gargantas carraspearon, o quizás, llevaran haciéndolo un rato y no me había dado cuenta.

—Buenas noches, señor Okley —habló Nacho.

—Buenas noches, Ignacio. ¿Has cuidado bien de mi chica?

Aun mirándome a los ojos, yo sonreí tontamente por su preocupación.

—Sí, señor. Comida y calentita.

El entrecejo de Oliver se arrugó ante el doble sentido del comentario de su asistente. Cuando yo me giré hacia ellos Antonio palmeaba la espalda de Oliver

acompañándolo de la típica expresión: «¿qué hay, tío?». Cata me asesinaba con la mirada. ¿Pero qué...?

—Oliver, te presento a Cata, amiga y compañera en Ginger.

Él se acercó formalmente para darle dos besos mientras explicaba que habían coincidido en el hospital, aunque no tuvieron el gusto de presentarles, miró de soslayo a Nacho. Se sentó en el sofá y me acomodó sobre sus piernas mientras se lanzaba a coger la cerveza que Antonio acababa de dejar en la mesa para Nacho.

—¡Eh! Lo siento campeón, pero esta cerveza no es para ti —dije cogiéndola de la mesa antes que él—, aquí el señor Funes se la ha ganado antes de que

llegaras.

Se hizo un profundo silencio en la habitación como si hubieran pasado una docena de ángeles y pensé que quizás, había metido la pata al cortarle de esa manera, pero... no. ¡Qué diablos, no había hecho nada malo!

—Sabes, le he ofrecido esta cerveza por tus secretos y se la ha ganado.

Los hombros de Oliver estaban tan tensos que pensé que se quebrarían como el cristal de Bohemia.

—¡Eva! —regañó Cata.

Mientras, Nacho recogía la cerveza de mis manos sin cruzar mirada o gesto con el Gran Jefe.

—Nacho debe ser responsable de sus actos, además, supongo que aquí todos

sabemos diferenciar unos aspectos de otros...

Jugué una baza, y no sé ni lo que es. Se me cayó la mandíbula al ver a Nacho beberse media cerveza del tirón y estirarse en el sofá, colocando los dos brazos sobre el respaldo. Su pose gritaba: «seguid, seguid, yo me la bebo por si las moscas». Le faltó eructar al cabronazo.

—Entonces, supongo que ya me puedo marchar —soltó Oliver, serio, mientras me empujaba para levantarme de su regazo. Literalmente, mi corazón se paró.

—¿Dón... dónde vas?

—Bueno si Nacho te ha dicho... eso, será mejor que me vaya. No hay motivo

para quedarme...

Por el rabillo del ojo vi a Nacho cruzar las piernas, apoyando un tobillo sobre la otra rodilla, ¡qué demonios!

—No, no te vayas, Nacho no, Nacho no ha dicho nada, nada malo, al menos...

Tierra trágame. Eva, Eva, Eva... piensa. Mierda, me habían empezado a sudar las manos y el color abandonó mi cara porque la sangre abandonó mi cabeza.

No podía pensar con claridad. ¿Cómo lo había hecho? Empecé a frotar las manos cuando los aplausos de Nacho y las risas de Antonio y Cata explotaron en la habitación. No lo podía creer. ¿El Ogro tenía sentido del humor?

—¡Eh...! —le regañé—, eso no se hace. Me has dado un susto de muerte. ¡Se me

ha parado el corazón!

Con su sonrisa encantadora me dio una cachetada y me mandó a por algo para beber. Me hice la enfermita y Cata le trajo un vaso, mientras yo me acomodaba en el suelo, entre sus piernas. Su herida, Eva. No está bien, guarda las distancias, me recordaba. Todos bebimos Coca-Cola sin hielo porque nadie se ofreció a bajar a comprar. Charlamos de todo y de todos, sobre todo Cata y yo. Sobre algunas anécdotas en la Torre y las fiestas y bromas que nos dábamos constantemente. Invitamos a Antonio, Nacho y Oliver a la Fiesta Oficial del Mojito. Poco a poco el ambiente se fue relajando y pusimos sobre la mesa los

restos del arsenal de chuches que quedaban en la cocina. Incluso las duras y viejas de bolsas perdidas. Cenamos unas pizzas que trajeron a casa.

Satisfecha y agotada, cada vez me acurrucaba más y mejor bajo el brazo de Oliver y algo sobre poleas y motores fue lo último que recuerdo.

—Dormilona —me llamó.

—Mmmm...

—Despierta, vamos a la cama.

Me movió y cuando quiso cogermme en brazos para llevarme a la cama, me negué.

—Tu herida... —murmuré, aunque en realidad quería decirle que no me la daba con queso, aún tenía unas décimas de fiebre. Podía sentirle arder bajo mi

toque y sus ojos volvían a estar vidriosos.

—Te adoro —confesó sujetando mi rostro entre sus manos y plantando un fuerte beso sobre mis dormidos labios. Estaba agotada.

No quedaba nadie más en el salón. Incluso la mesa estaba limpia y todo recogido. ¿Cuánto había dormido? ¿Dónde estaban todos? Lo cierto es que me importaba más bien poco. Me moría de ganas por despertar con él por la mañana. De camino pasé por el baño para asearme un poco, por si las moscas. En mi viejo colchón, Oliver se había acomodado entre mis sábanas y respiraba profundamente. Salí a la cocina, cogí agua y paracetamol, pues

apostarí­a que lo necesitaría a lo largo de la noche. Teníamos que hablar sobre la herida y sobre Alicia. En algú­n momento tendríamos que dejar de obviar ese enorme agujero negro que flotaba sobre nuestras cabezas.

Me aventuré, desvelada, a formular algunas hipótesis. Quizás, se quedó embarazada y por eso se casaron. O a lo mejor fue por contrariar a sus estrictos padres. Quizás, ella lo engatusó o... o lo pervirtió tanto que hasta las carnes de Okley se estremecieron. ¡Cielo santo! Dandi el Ogro. ¡El contenedor de testosterona! El Adonis de las fantasías de todas mis compañeras en Ginger y en Global Encuentros estaba en mi cama.

El rico, exclusivo y excéntrico Oliver Okley estaba en mi cama, envuelto por unas sábanas baratas y con un vaso de agua del grifo en la mesita. El jugoso bastardo tenía sentido del humor y era un romántico desatado. Y sobre todo era mío. ¿Cuándo despertaría de todo este sueño? Nunca, Eva. Ni miedo ni hostias. Con dos pares de huevos.

—Eva, ven aquí —gruñó entre sueños y yo ocupé el mejor lugar del mundo. Entre sus brazos. Como en las pelis de llorar en la sobremesa. Y decidí que mañana por fin, sería una princesa.

Capítulo 22

***Caminar tiene sus contraindicaciones.
Que no te engañen***

*Es difícil creer que la vida es un regalo
cuando viene envuelta con tu propia
piel y atada con tendones de vaca*

Había pasado casi dos semanas sin salir de casa cuando mis doctores aficionados decidieron darme permiso para bajar a la calle. Lo ansiaba, pero por otra parte temía salir de los algodones con los que

tan atentamente me había acomodado estos últimos días. Además, estaba lo de Oliver. Esa misma mañana se había marchado a un viaje de negocios y estaría dos noches fuera de casa. Esta podía ser una prueba de fuego para mi cordura. Sobre todo volver a coger el sueño sola en mi cama.

En la tienda de don José todo seguía igual. Allí estaba mi hermosa cama, esperándome. Decorada con tules blancos como la nieve recién caída y rodeada de destellos dorados que chisporroteaban como en los sueños. Como cada día, la rodeaba ese haz de magia que la convertía en el más preciado de los tesoros. La realidad más poderosa. Entregué a Rubén algún

dinero que había ido guardando en casa y concreté con él algunos cambios que había decidido introducir en el mobiliario.

—Toma. —Me tendió una enorme taza de café—. ¿Cómo vas, Eva?

—Bien, no me puedo quejar. ¿Qué tal por aquí?

—Bien también. —Me esquivó la mirada.

—¿Qué pasa, Rubén? ¿Qué te tiene así? Mi amigo de la infancia dudó momentáneamente si darme una respuesta o no.

—La tienda está teniendo problemas.

—No será para tanto amigo, no te preocupes.

Mi cabeza gritó ¡MIERDA!

—Sí, lo es. Mi tío quiere cerrar, pero yo me resisto.

¡No puedes cerrar!

—¿Qué ha pasado?

—La puta crisis —declaró.

—Pero... por lo que sé seguís vendiendo bastante. Sé que Dolores de la panadería os compró un dormitorio para su nieta y que habéis remodelado el comedor de Julietta. Tuvo que esperar varias semanas porque estabais liados.

—No, si trabajo hay, lo que no hay es dinero.

¿Cómo?

—No te entiendo, Rubén, como no te expliques...

—Aquí todos nos conocemos. Mi abuelo ha visto a todo el barrio crecer y no es

capaz de decir NO a nadie. Cobre o no cobre.

—Espera... a ver... ¿me estás diciendo que vais a tener que cerrar porque no os pagamos?

—No tú, Eva, tú eres diferente...

—Ya claro, tan diferente que mi dinero vale el doble. No digas tonterías, Rubén. Deberías haberme dicho algo.

—No lo entiendes, Eva, no eres tú. Son docenas de entregas sin terminar de cobrar. Mi abuelo se negó a trabajar con una financiera y sigue con el típico «me vas pagando cuando vayas pudiendo» y la gente hoy en día, pues no puede nunca.

No pude evitar mirar de reojo mi cama, allí expuesta en el escaparate, esperando

que yo venciera mi orgullo para pagarla.
—Lo siento, Rubén. Siento que estéis en este aprieto, pero creo que puedo ayudarte. Espera aquí y resérvame mesa para esta noche porque me vas a llevar a cenar.

Cuando la vida te sonrío, todo a tu alrededor cobra color y se envuelve en un halo de luz que te incita al cambio, a caminar hacia delante. A dejar marchar los viejos fantasmas que juegan a las escondidas en los buenos momentos. Ricardo, Ricardo ¡Cuánto daño me has hecho! Llamé a Tata y lo puse todo en marcha. Ella me felicitó y prometió visitarme ese próximo fin de semana. Estaba sorprendida de mí misma por mi facilidad para tomar las decisiones que

durante años había evadido con éxito. Comí con Julietta. ¡Dios cómo la había echado de menos! Y a Carlos... lo habían dejado como un pincel. Era él, lo reconocía, pero sonaba diferente. Más ronco, más seguro y supuse que así es como se sentía un hombre cuando tomaba una Viagra. Mi amiga reía exageradamente ante mis palabras.

—Es raro, Julietta. Sé que es Carlos, pero es como... como si quisiera sexo y Rock&Roll.

Me salté lo de las drogas como comprenderás.

—Carl nunca tomó Viagra, pero sonaba exactamente como describes cuando... ya sabes...

—No te cortes Julietta, tu esposo tuvo

que ser un amante excelente. Tan guapo, fuerte y afectuoso.

—Lo fue, Eva.

—¿Cuánto lo echas de menos?

Ya había metido la pata mencionándolo y sabía que la única forma de aplacar el dolor que acababa de marcarse en sus ojos era atacándolo de frente y sin rodeos.

—Mucho. Quizás ahora entiendas cuánto.

—Yo ya sé en qué consiste Julietta, perdí a Mario.

—Pues permíteme anunciarte que lo que vas a sentir cuando Oliver desaparezca será diez veces peor.

—¿Por qué dices eso?

No me jodas Julietta, a ver si te voy a

tener que coger por los pelos.

—Porque lo que sentías por Mario no tiene nada que ver con lo que veo hoy—. Levantó una mano, pidiendo un minuto a un cliente que acaba de acercarse a la barra.

—Tú no puedes saberlo, Julietta. Nos hemos conocido después de...

—Después de nada, Eva. Tú has llorado la traición de Mario por años. Nunca su pérdida. Ojalá no tengas que comprobar la diferencia jamás.

Con estas palabras se fue a atender al nuevo cliente. ¿Tendría Julietta razón? Bueno, sabía que los sentimientos que Oliver me había despertado superaban con creces todo cuanto Mario había obtenido de mis particulares corazas. En

realidad, Okley no había sacado nada de mis murallas, sino que directamente las había demolido, tal y como había sospechado que haría. Pero también había levantado las suyas, del modo en que yo misma había rogado. Tenerlo alrededor me hacía invencible.

Intocable. Sencillamente, convertía todo en realidad, todo en posible. Construyó una zona segura. Lo llamé, necesitada escuchar su voz. El teléfono sonó y sonó, pero no contestó. Ya en ese segundo me removí inquieta. Para distraerme le conté a mi amiga sobre mi nuevo plan para ayudar a Rubén y me elogió incómodamente. No sin recordarme los peligros que conllevaba: —¿Qué pasa con Ricardo?

—Una mierda pasa con Ricardo.

—¡Eva! No me puedo creer que ese novio pijo que tienes no te haya hecho lavar la boca con lejía todavía.

Ja ja, pobre Julietta. ¡Oh! Y pobre Oliver si lo intentaba.

—Sabes que no puedo mencionar su nombre sin soltar un par de tacos en la misma frase. Si no me quieres escuchar, no me lo menciones.

—Va a saltar como una trampa de ratones, Eva. Lo vas a tener en casa antes de que...

—Bueno, ya lo tengo el teléfono. —Le enseñé la pantalla mostrándole una llamada entrante—. Tráete una cervecita bien fría y un pedacito de esa delicia de tortilla de patatas que he podido oler

desde aquí. Se acerca tormenta.

En ese momento Alberto entró en la cafetería y Julietta le pidió que se encargara de la barra mientras ella se sentaba a mi lado para escuchar las lindas y escuetas palabras que solían salir siempre a relucir en estas conversaciones.

—¿Qué diablos haces, Eva?

—Hola Ricardo, desafortunado escucharte.

—La ironía es el humor de los tontos, Eva.

—Y la maldad el aperitivo del demonio, ¿qué quieres?

—No voy a dejar que lo hagas...

—¿No vas a dejar que haga qué, Ricardito?

—¡Llévate mi dinero!

—¿Qué? Yo no me llevo nada tuyo. El día que entiendas que vives ahí porque me das lástima, espero que dejes de molestar...

—Me quitaste a mi mujer, pero no me vas a quitar sus tierras.

La mano de Julietta se aferró a la mía.

—Por millonésima vez, yo no te he quitado nada. Busca ayuda porque la necesitas.

—¡No lo entiendes! —gritó furioso—. Antes de ceder lo quemó todo, ¿me oyes? ¿Dejarás a tu sobrina sin sustento? Juro que lo haré, Eva. Si ejecutas la orden de gestión, lo haré.

—¿Sí, lo harás? ¿Quemarás todo cuanto fue de mamá? Bien, entonces estaremos

en paz. Yo la maté en vida y tú la matarás en su muerte —colgué.

Ni la más temible mujer podía enfrentarse a semejantes palabras sin sentir hundirse sus cimientos.

Observaba temblar mis manos sobre la mesa. Mi acompañante agarró mis hombros, intentando consolarme como otras veces. Pero ahora ya no era suficiente. Ahora ya conocía el verdadero consuelo y las suyas eran leves caricias que redondeaban los bordes de mi sufrimiento, pero no cerraban las heridas. Necesitaba a Oliver, pero el ocupado y megalómano Ogro estaba demasiado comprometido con sus negocios para contestar el teléfono.

Había dejado merodear a Ricardo durante demasiado tiempo. A pesar de que la administración de la finca estaba a cargo de mis empleados, Ricardo había disfrutado de un poder para disponer de un efectivo mensual, bastante considerado, que procedía directamente de los beneficios que la finca generaba. Sí, sé que suena un poco complicado y retorcido. Pero... ¿de verdad habríais dejado a vuestro padre al margen de esas cifras si aún conservarais la mínima duda de que sus palabras eran ciertas? En algún rinconcito de mi alma aún me sentía responsable de la muerte de mi madre. Por no haber adivinado sus intenciones o no haber tenido hambre veinte minutos

antes. Y todo volvía al mismo lugar, no había podido dejar en la calle al hombre que me había dado la vida, aunque últimamente hubiera convertido mi día a día en un laberinto con doce entradas y una sola salida.

La orden de gestión a la que se refería consistía en absorber la deuda del negocio de don José. Dejaría entre ellos y Tata la negociación, no era algo que me interesara en absoluto. Esta era una de las pocas decisiones que había tomado sobre la finca. Quizás, la única después de negarme a su venta y mi falta de interés había permitido a Ricardo pulular a sus anchas. Mi cambio de actitud lo había descolocado. Un hombre como él, nunca entendería que ese

dinero en mis manos quemaba como el hierro fundido. Sin embargo, había visto la herencia como una posibilidad de devolver mucho de lo bueno que me había dado la vida y a pesar de no haber usado nunca un euro en mi favor, no permitiría que, ese hombre apodado mi padre, mangoneara ni un minuto más. Por otro lado estaba Alberto. No me había quitado el ojo de encima desde que entró en La Sonrisa de Julietta. Mi amiga no paraba de bufar a mi lado.

— Mi sobrino es un idiota —soltó. Yo no dije nada durante algunos minutos.

—Aún no sé lo que le pasa —acabé confesando.

—¿Has hablado con él?

—No mucho últimamente.

Demasiado, en realidad.

—No te pierdes nada. Está de un humor de perros.

Nacho ya lo había comentado en alguna ocasión. Comí con ellos y con Antonio cuando llegó al restaurante para su turno. Todo fue bien hasta que...

—¿Qué tal con tu novio rico, Eva?
Las dulces e inocentes palabras de Albertito huevo frito.

—En un viaje de negocios.

—Ammm, ¿y qué has hecho para convencerle de que mantenga la polla dentro de los calzones mientras está de viaje?

¡Qué! Maldito gilipollas.

—Alberto eso está fuera de lugar, discúlpate con Eva —regañó Julietta.

—Oh tía, no te hagas la remilgada. Tú también te has dejado engañar por las chaquetas caras del rico inaccesible.

—Cállate, Alberto. No le faltes al respeto a tu tía —ladré.

—Tiene huevos que tú hables de respeto, Eva.

—¿A qué viene esto? Me puedes decir de una puta vez qué cojones te he hecho para que saltes con esas idioteces.

—Solo dime si sabes dónde está tu magnífico, atractivo y dulce Okley.

¿Cómo podía soltar esas frescas y seguir comiendo como si nada?

—No te voy a dar explicaciones, Alberto. No voy a entrar en tu juego.

En ese momento se levantó violentamente y se dirigió a la barra

donde subió la voz a la televisión. En el programa de cotilleos de la tarde daban la interesante noticia.

La reacción de los medios ante tal noticia no se ha hecho esperar. Varios videos donde el exitoso empresario Oliver Okley, propietario y director ejecutivo del Complejo Empresarial ImPossiTion, mantiene relaciones sexuales con matices escandalosos inundan hoy las redacciones de docenas de periódicos y webs de todo el país. Los abogados han logrado detener la emisión televisiva, ya que su alto contenido sexual impedía su emisión en horario infantil. Sin embargo, ni todo el oro del mundo ha

podido evitar que múltiples páginas webs tuvieran su minuto de gloria a lo largo de esta mañana. Los abogados del millonario han puesto en marcha una larga serie de medidas legales para detener las emisiones, así como eliminar el video de la web, ya que afirman que se han difundido sin consentimiento por parte del afectado. Defienden, por tanto, que se trata de una violación de su derecho a la intimidad y las libertades personales. Las lenguas más afiladas afirman que tan solo se trata de una pirueta publicitaria que cubriría las horas más bajas del empresario, tras varios fracasos mercantiles.

—¿Sabes, Eva? He visto el video esta mañana y no me vendría mal que me ilustraras en algunos de esos truquitos que hace. Sobre todo ahora que eres una de sus put...

No dijo más. Planté tal bofetada en su cara que todas las cabezas de la cafetería se giraron.

—¿Salgo yo? —Fue lo único que alcancé a preguntar.

—No sé, Eva, no te he visto el culo desde hace mucho tiempo. Al menos, no en esas posturas.

En esta ocasión fue Antonio quién le lanzó un derechazo a Alberto que ni siquiera me detuve a disfrutar. Duele ver, no me negarás, cómo todo se desmorona en un momento.

Volví a llamar a Oliver y de nuevo el teléfono sonó y sonó hasta que sentí unas ganas terribles de lanzarlo por la ventana. Me dirigí al único lugar donde sabía que encontraría respuestas. Intenté conducir lo más tranquila que pude, pero no te voy a negar que fue difícil, muy difícil. Por momentos, el teléfono comenzaba a sonar y yo lo miraba solo para asegurarme que no era el Ogro. ¿Qué iba a hacer cuando al fin me enfrentara? Lo mandaría a la mierda, le dejaría explicarse. Francamente, no tenía ni idea.

Entré en las oficinas Ginger como si nada, en una visita cordial durante mi baja. No tuve que esforzarme mucho en mentir porque allí la comidilla estaba

bien clara. Siete mujeres entre los veinte y los cincuenta años miraban embelesadas la pantalla del ordenador de Noelia, la chica de administración. Yo estaba congelada, decidiendo si ver o no el vídeo cuando una de mis compañeras, inocentemente, me empujó al mejor lugar para que no perdiera ni un segundo.

Eran las oficinas, sin lugar a dudas. La habitación del sexo para ser más exactos. En el video se incluían lo que parecían ser varios encuentros sexuales diferentes. Ambos estaban desnudos, así que tan solo se podía adivinar porque las sábanas eran diferentes de unas a otras escenas. No me fue difícil

comprobar que se trataba de Oliver, envistiendo fuertemente a una rubia en ciento veintitrés posturas diferentes. Esa mujer debía de trabajar muy bien su cuerpo para seguir ese ritmo y conseguir esas contorsiones. Eran rudos y los jadeos y sus hirientes palabras me quemaron como ácido. El video duró ocho interminables minutos en los que no pararon de follar por delante, por detrás... incluso en alguna secuencia ella introducía algo dentro de él. Mis piernas comenzaban a temblar peligrosamente. Él le regañaba y le hablaba con desdén, de la misma forma en que me habló en el Seattle Pub. No paraba de ordenarle que se callara y ella seguía gritando e implorándole más. Él

cada vez se enfadaba más y era más violento, agarrándola por el pelo, lo que al parecer ponía a la rubia a tocar tejas. El trasero de la mujer me era terriblemente familiar. Esa era Allicia. Su esposa. Esa melena y ese trasero era el que vi salir de su despacho el día que le disparó. En los últimos segundos del video, ella lo tomó en la boca y movió la cámara, girándola con la mano hasta enfocar el rostro de Oliver. Tenso de placer y perversión. Y ahora... ¿qué hacía yo con esto? ¿En qué armario lo colocaba?

Las chicas comentaban el video desvergonzadamente. Tal y como yo hubiera hecho un mes antes. Sin embargo, ahora todo era bastante

diferente... ¿cuándo habían sido grabados esos vídeos? El detalle de una imagen vino a mi mente y le arrebaté el ratón del ordenador a Noelia para comprobarlo, pero fue imposible. Lo único que apareció fue: «el enlace al que pretende acceder está roto o el contenido ha sido eliminado del servidor». Bien, los abogados estaban haciendo un gran trabajo con todo esto. Y volvíamos a lo de siempre, el dinero no da la felicidad, pero lo hace todo más fácil, ¿o no?

Salí de las oficinas como un alma hueca, blanca y sin latidos en el corazón. Alguien me llamó a lo lejos, pero no contesté. Abandoné el edificio por la

puerta principal y me aferré a mi rebeca, pues el aire de la tarde era fresco.

Caminé durante una hora, cavilando sobre lo que acaba de ver y acabé de nuevo frente a la Torre. Subí las quince plantas por las escaleras de servicio para evitar las cámaras de seguridad (cosas de ver tanta película de sobremesa) y llegué hasta el despacho de Oliver. A las siete y media de la tarde la recepción y los pasillos estaban vacíos. Era extraño volver aquí, en tan solo dos semanas la vida me había puesto bocabajo de tal manera que hasta el olor familiar de los productos de limpieza era más agresivo para mis sentidos. Atravesé la puerta del despacho sin llamar y solo me di cuenta

de que había contenido el aliento cuando un suspiro abandonó mi pecho con la intensidad de un huracán. Mi mente esperaba encontrarlo allí dentro, en la penumbra de su picadero, desnudo y arremetiéndome contra la rubia loca como si quisiera cobrarle el sufrimiento de toda una vida. Pero no había nadie. Solo todas las orquídeas que había mandado traer el mismo día en que recolocó las macetas que había exiliado a la azotea. No estaban en sus mejores días, pero sabía que Cata había pasado por aquí. Me dirigí hacia el armario del que la rubia había sacado el sobre manila, pero estaba cerrado. Tenía que saber qué había allí dentro.

Cogí una de las caras plumas que me

habían fascinado tantas veces en este despacho, sonriendo al reconocer una afición común entre los dos. Lo forcé y pudiendo arrepentirme no lo hice.

Maldije cuando se partió en el mismo momento en que el cerrojo del armario también cedió. Dentro había un archivo con medio centenar de sobres manilas, ordenados alfabéticamente. No fue difícil dar con el mío. Lo abrí y dentro estaba el acuerdo de confidencialidad que había firmado sin leer días atrás, además de un dossier bastante amplio con información que para cualquiera de a pie sería confidencial, pero claro, para un ricachón caprichoso y desconfiado, solo era un gasto más para cuadrar sus perversiones. Joder, hasta un informe

policial, sin olvidar copias de los contratos laborales y extractos bancarios del último año. Al menos, ahora sabía qué se había llevado la dichosa rubia. Cuando estaba a punto de abandonar mis pesquisas un nombre me llamó la atención: Alberto San Juan Pivoir. Dentro del sobre no había nada. Ni acuerdo ni documento alguno. ¿Acaso Alberto y Oliver habían tenido algo? La simple idea me estrujó el pecho asfixiándome.

—¿De verdad piensas que te habría ocultado algo así? —me dije en voz alta.
—Yo solo pienso que no sé qué pensar
—me contesté.

Sin darme cuenta cómo ni por qué acabé acurrucada en el baño del despacho.

Sentada en el suelo y creo... que escondida. Aquí nadie me buscaría. Aquí podía esperar a que a todos se les olvidara que el hombre al que había entregado mi corazón tenía perversiones que aún no me había mostrado en mi cama. Mentira. Esperaría aquí hasta que a mí se me olvidara. Esperaría aquí hasta olvidar que mis armas de mujer habían caído más rápido que mis defensas. Esperaría aquí hasta que la vergüenza y la pena de los que me querían caducara. Abrazada a mis piernas pude ver parte de mi Ave Fénix a través de la sandalia. ¡No, JODER! Puesta a lamentarme prefería hacerlo en casa en lugar de en el suelo de un caro e immaculado baño. Tenía que salir de

allí.

—¡Llevo horas buscándote!

La voz grave de Nacho se escuchó detrás de mí mientras intentaba escapar del despacho.

—Pues ya me has encontrado.

—¿Qué hacías ahí dentro?

—Tomar mis propias medidas. Supongo que estoy en mi derecho, ¿o no?

Finalmente, había decidido llevarme la carpeta con mi nombre.

—No soy tu enemigo, Eva.

—No tengo esa impresión, ¿dónde está?

—No puedo contestarte a eso.

—Bien, entonces no tengo nada más que hablar contigo.

—No juzgues, Eva, prometiste no juzgar.

—No, estás muy equivocado. Yo

prometí no juzgar lo que había pasado antes de decidir tener una vid... algo juntos, pero estoy lo bastante involucrada para poder emitir un juicio ahora.

—No te precipites. Eva, por favor...

—¡PRECIPITARME! Yo sé quién es Oliver Okley. Sé quién es el Ogro y, ¡sé, perfectamente, cómo es el DANDI! Y si hay algo que sé es que la última secuencia de ese video fue tomada aquí y no en la suite. Y también sé que las orquídeas ya estaban aquí. Eso significa que Oliver ha estado lucrando sus compromisos matrimoniales a la misma vez que me convencía de que es un hombre nuevo, rompiendo promesas que yo no le pedí que hiciera...

—Oliver no ha visto a Alicia después de...

—¡Cállate, Nacho! No sigas, por favor...

—¿Qué gano yo engañándote?

—Alguien que apacigüe a la fiera que tienes por jefe.

—No te vayas así, Eva, Oliver me hizo jurar que te cuidaría.

—En ese caso, señor Funes, llega tarde. Debería haber mantenido a ese hombre lejos de mí.

Agarré el pomo de la puerta y me quité los zapatos para poder correr escaleras abajo.

—¡Eva! ¡Eva! No puedes irte así.

Estaba realmente furiosa y fuera de sí en ese momento. Antes de irme me volví

hacia él y le señalé con el dedo...

—Puedes decirle a tu jefe que no se preocupe por mi acuerdo de confidencialidad. No pienso romperlo.

Ya bastante me ha perjudicado como para hacerlo público. Y si ha tenido los grandes cojones de grabarnos juntos que se haga una foto en la polla porque cuando lo encuentre tendrá que mirar la fotografía para acordarse de cómo la tenía.

—Yo no le voy a decir nada de eso, tendrás que hacerlo tú —soltó.

—No dude que lo haré, señor Funes. Cuando se decida a sacar la cabeza de entre las piernas.

Me volví y empecé a bajar escaleras como una fiera. Pero, espera un

momento, ¿dónde estaba el Ogro? Estaba en el lugar adecuado para encontrar la respuesta, así que deshice mis pasos y volví al despacho. Nacho ya no estaba allí y si lo hubiera estado habría pasado por encima de él de cualquier modo. Abrí y rebusqué los cajones. Quería comprobar su agenda, así que cuando di con ella rompí con la más pequeña esperanza que pudiera haber albergado en las últimas horas. No había tenido ninguna reunión o cita durante la pasada semana. Es más, no parecía haber pasado por la Torre después del martes y estábamos a lunes. La semana anterior también aparecía prácticamente en blanco. Todas las tardes se había ido del ático, después de

comer y había regresado pasada la cena. ¿Dónde había estado? No era difícil suponer con quién. ¿De verdad Oliver lo único que había buscado en mí había sido una cama caliente? ¿Por qué no admitir que era un pasatiempo cuando se lo pregunté abiertamente? Bendita gilipollas estoy hecha. Alberto llevaba razón. No había sido más que una muñeca en sus manos. Un inocente juguete para el aburrido millonario que ya no sabe en qué gastarse su dinero. Nacho, que debió adivinar mis intenciones en algún momento, irrumpió de nuevo en el despacho. Y he aquí su cómplice. No me lo pensé ni un segundo y me lancé a él dispuesta a descargarlo todo en su persona. Agarré sus testículos

entre mis uñas y le gruñí al oído mientras se retorció:

—Esto no va ser nada comparado con lo que te va a pasar si veo derramar una sola lágrima a Cata por tu culpa.

Sus ojos se abrieron tanto ante mis palabras que pensé que se le escaparían.

Si querían hacer invencibles a estos tipos duros, que les pusieran escrotos de acero. Lo solté, dejándolo

desparramado en el suelo y fui en busca de Carlos para salir de allí. No volvería a poner un pie en ese edificio en mucho tiempo. Solo había algo que sabía con seguridad: nunca, jamás me había

sentido tan herida y traicionada como en ese momento. ¿Y ahora que hacía con mis sombras si el único que las mantenía

sentido tan herida y traicionada como en ese momento. ¿Y ahora que hacía con mis sombras si el único que las mantenía

a raya se había convertido en el mayor de todas ellas?

Me caí dos veces por las escaleras en mi huida. Qué menos; la desesperación nunca fue una buena atleta. ¡Ni siquiera sabía dónde buscarlo para arañar su cara con mis uñas! No le había supuesto ningún esfuerzo mantenerme aislada de su mundo, pues yo voluntariamente me había excluido de él. Confiando en que sus libertades fueran tomadas en mejores términos, claro.

Cuando llegué al parking del edificio el teléfono no paraba de sonar y yo me debatía entre subirme a Carlos y escaparme tan lejos como diera el depósito o contestar y enfrentar todo

cuanto fuera capaz de aguantar. Y me desesperaba no tener noticias de Oliver. Lo necesitaba a mi lado diciéndome que todo era un error. Que estaba confundida, equivocaba, engañada. O mejor, que me despertara con cálidas caricias y besos en mi espalda susurrándome que todo era una pesadilla. Una horrible pesadilla que él borraría con besos mientras me volvía a decir con sus ojos cuánto había aprendido a quererme. Me diría algo estúpido al ritmo de Sinatra o tal vez me recordaría cómo su vida suena diferente cuando nuestros cuerpos se enfrentan juntos a cada revés, a cada día. Sin embargo, nada de eso quedaba. Solo había un luminoso enorme de dos por

dos metros que destellaba formando tres palabras muy temidas «te lo avisé». Ni Adela ni Antonio ni Cata ni el omnisciente Nacho habían dado en el clavo. El equilibrio no se mide en minutos ni en horas, ni siquiera en momentos. Lo hace en vidas. Unas espléndidas y cargadas de pasiones, amores y éxitos. Otras de errores, fracasos y lástimas. Unas vidas de estrella y en contraposición vidas estrelladas.

Contesté sin mirar la pantalla y si saber de quién se trataría. Solo había un camino posible para cualquier persona en esta situación. Hacia delante.

—¿Sí? —contesté.

—Eva, ¿dónde estás? Dime dónde estás,

voy a recogerte.

—Y una mierda pedazo de cabrón.

—Escúchame, Eva, párate y piensa...

—No voy a pensar nada que tenga que ver contigo.

—Eva, yo te quiero.

—¿Sí? ¿Ahora me quieres? ¿Desde cuándo, Okley? ¿Desde el día uno o desde el día dos? No espera...

—Lo siento, Eva. Lamento...

—¿Haberle rogado que te la chupara como a un cucurucho de limón? —le interrumpí.

—Eva, yo no... ¡Maldita sea! Necesito verte.

—No, espera, lo sé. Es desde que viste que mi cubo de mierda es más grande que el tuyo. Es difícil encontrar a

alguien que te supere, ¿eh?

Continué en mi enclavada diatriba.

—No es eso, Eva.

—No me busques, no me llames, no te disculpes y por lo que más quieras, sea lo que sea, no me digas una puta mentira más.

—No puedes decir eso, Eva, tú eres...

No podía escucharle decir eso, juro que no podía.

—La más importante y la que te hace sentir vivo. Eso ya me lo has dicho y considérate un gran actor. Te creí.

Lástima que no soy la única.

No me vas a engatusar más. No Okley, no más.

—¡Joder, Eva! Escúchame de una puta vez, yo no he visto a Alicia, te lo juro.

—¿Has estado con ella esta semana?
Por eso llegabas tarde, ¿verdad?
Por favor, no me mientas, Okley, al
menos me merezco eso.

—Sabes que he estado en la oficina toda
la semana. Nacho puede confirmártelo.

—¿En serio, Okley?

Terrorífico y embustero Ogro. A Nacho
lo tienes más cogido por los huevos que
yo misma.

—No me llames así, Eva. No me dejes
solo, por favor...

Oh, no, no, no, no, no... No soporto las
lágrimas de un hombre.

—¿El Ogro sexy puede llorar? Me
desilusiona, señor.

Me torturé.

—Déjame verte, Eva, dime dónde estás

y te recogeré.

¿Qué? ¿Me recogerás?

—No me jodas, jefe, ¡tu viaje también era mentira...! sabes, solo tenías que decirlo, no tenías por qué montar todo esto. Si me hubieras propuesto follar una vez a la semana sin compromiso, en serio que me lo hubiera planteado. — Mentira Eva, eres una mentirosa—. No necesitabas urdir tantos engaños y mentiras.

—Eva. —Silencio, largo silencio.

—Muy bien, supongo que esto es el final de nuestra conversación y por ende de nuestra relación profesional —solté, queriendo herirlo profundamente.

—Quizás sea lo mejor, Eva.

—Ya no soy Eva para usted, señor

Okley. La señorita Molina causará baja esta misma semana en todas sus empresas.

Profesional, muy profesional.

—No puedes hacer eso —ladró.

—Oh, sí, sí que puedo. —Estuve a punto de colgar, pero decidí añadir algo más

—. ¿Señor Okley?

—Dime, Eva.

—Te hubiera creído. Si me hubieras jurado que no la habías visto te hubiera creído. Casi puedo apostar a que la última parte del video es un montaje.

—Lo has visto —susurró.

—Sí.

—Eva, te lo juro yo no...

—Pero has vuelto a hacerlo, Oliver.

Vengo de tu despacho y sé que no has

aparecido por aquí en una semana. Me estás mintiendo en estos momentos y eso para mí es más que suficiente...

—Perdóname, Eva — pidió. Al menos no lo negaba.

—Te perdono, Oliver. He aprendido suficiente a lo largo de mi vida como para vivir con este sufrimiento dentro.

—Dime dónde estás, Eva.

No te confundas, muchacho.

—No quiero volver a verte, Oliver. No quiero saber de ti ni recordar tu olor o el sonido de tu voz. Sencillamente, eres superior a mí y a cualquier control que pueda ejercer en mí misma. No quiero ver tu rostro en las revistas a pesar de que sé que ese mugroso video me perseguirá el resto de mi vida. Me

quedaré con el último baile y te lloraré como si estuvieras muerto, no como si me hubieras destrozado el corazón más allá de esta vida. No quiero más cuentos ni más historias encantadas. Si te acercas me esconderé, escaparé hasta el fin del mundo si es necesario, pero no volverás a hacerme creer en ti. Esto es imposible para ti y para mí.

—Eva, no, por favor... no me dejes solo. No ahora.

Lloraba como un niño pequeño, sus suspiros alcanzaban mi mente como una lluvia de alfileres.

—¿No ahora, Okley? ¿Te parece bien si me apunto en tu agenda oficial para mañana? ¿Acaso mañana será mejor, señor Okley? ¿Qué puedo hacer para

que la agenda del millonario empalmado no se desajuste, mi señor?

—¡Ya basta, Eva! ¡Detente, por favor!

—Sabía que si estuviera delante de mí lloraría en su pecho, pero esta era la ocasión en la que mejor utilidad le había encontrado a una conversación

telefónica. —¡Yo te necesito, Eva! ¡Te necesito para seguir adelante! ¡Yo solo no puedo!

—No, Oliver. —Esto era demasiado—.

No me vas a chantajear de esa manera.

Mi madre ya jugó esa partida por ti.

Nadie necesita a nadie para seguir adelante y además tú sabes muy bien mantenerte acompañado.

—Me estoy muriendo, Eva.

¿Esa era la baza que le quedaba? ¿Lo

único que se le ocurría?

—¡MIERDA! ¡TE HE DICHO QUE NO!
NO VOY A PERMITIRTE HACERME
ESO. SI EN ALGÚN MOMENTO ME
QUISISTE NO LO HAGAS NO TIENE
NI PUTA GRACIA...

Tras mis palabras, el silencio se prolongó eternamente, tan solo mi respiración ocupaba la línea.

—Eva —me llamó—, ¿estás bien? Eva, contéstame, por favor... dime que estás bien, necesito escucharte —suplicó.

—Sobreviviré, no te preocupes. He salido de otras peores.

Y eso era cierto, muy cierto. Pero nadie me quitaría el clavo de la garganta, ese pellizco asfixiante que escocía al respirar. Y aun así no me atrevía a

colgar, sabía que cuando viera en la pantalla el mensaje de «Llamada finalizada» todo cuanto tenía se iría al traste junto con mi cordura.

—Sé que lo harás, dulce Eva. Sé que lo harás —sentenció. No me llames así, por favor, pidió mi mente—. Cuídate y pide a Nacho lo que quieras. Él...

—Gracias, pero podré apañármelas sola.

Un par de rollos de papel higiénico y listo. Intentaré parar ahí.

—Te quiero.

Mi mente asintió con la cabeza y el clavo en mi garganta se retorció. Había creído en él y cambiarlo todo me llevaría tiempo, mucho tiempo. Te creí, ¿por qué tuviste que estropearlo?

—Hasta siempre, Okley.

—¿Negarás que me quisiste? ¿Te mentirás a ti misma?

—Haré lo que tenga que hacer para mantenerme arriba. El corazón no es tan importante, está demasiado valorado. Supongo que entiendes de qué te hablo. Una última puñalada para sujetar mi cordura.

—Supongo que tienes razón.

La tensión en su voz me detuvo el corazón.

—Oliver... yo...

¿Qué perdía con decirte que sí que te quiero? Más que ayer, más que nunca ahora que vuelvo a echarte de menos.

—Hasta siempre, Eva.

Con su voz, envolviendo mi nombre por

última vez, mis ojos cerraron el grifo.
Inexplicablemente.

Capítulo 23

Heridas

El corazón no reconoce las excusas de la razón. Cuando se ama se hace a tiempo completo y a pesar de las mentiras. Cuando no tienes nada más que perder, la vida se revaloriza.

Inexplicable, pero terriblemente cierto.
No era capaz de derramar una lágrima.

Toda mi tensión se concentraba en mis músculos. Girar el volante o mirar hacia los lados de camino a casa era una tarea ardua y dolorosa. Tanto que acabé perdida en un polígono industrial de regreso a casa con un flamante Carlos con su cara recién lavada, pero sin gasolina. Un camino que había recorrido millones de veces y había desaparecido de mi mente de un plumazo. Nada podía ir peor y no sabía cómo, cuándo ni de qué manera se había ido todo al traste. Un mes atrás mi única preocupación era dar de sí a mis horarios para absorber el mayor trabajo posible. Algo obsesivo si no comprendes que lo único que me pido a mí misma es tener un lugar. Algo único y real. El hogar que había perdido

con solo doce años, un lugar perfecto en sus detalles donde me sintiera tal y como deseaba sentirme; como una princesa. Una mujer admirada que paseara y saludara con la cabeza bien alta, sus mejillas sonrosadas y un pasado impoluto cuyos honores y purezas harían a los más valientes príncipes brindar mortales batallas. Una princesa con una madre cuerda y un padre amoroso. Una mujer que se valía por sí misma sin necesidad de recurrir a herencias no deseadas y hombres con caprichos caros.

Y ahora... ¿que tenía? Un pasado repleto de cubos de mierda aireados por ogros hipócritas con piel de cordero. El gatito de la princesa derrotada.

Derrotada. Esa era la palabra exacta, la justa, la idónea. Una nueva llamada entrante en el teléfono me hizo caer y arrastrarme.

—Eva, Eva, Eva, contéstame, por favor. La voz de Antonio sonaba desesperada.

—An... An...

Las lágrimas comenzaban a picar.

—¿Dónde estás, princesa? Dime dónde estás e iré a buscarte.

—Me ha mentido, An... todo era mentira.

—Dime dónde estás, Eva, quiero que vengas a casa. Necesitas venir a casa.

—Yo no me merecía todo esto, Antonio.

—No, claro que no.

—Yo no maté a mi madre, An. Yo no he hecho nada para merecer todo esto.

—Dime dónde estás, Eva.

Detrás de él no me fue difícil distinguir la voz de Nacho.

—No voy a ir a casa, Antonio. Nacho está ahí. No quiero verle.

Ya sí, a esas alturas ya lloraba como una niña pequeña: con el corazón encogido y escozor en la nariz.

—Él solo está preocupado por ti, Eva. Tanto como yo, quie... —le interrumpí.

—No voy a hacer ninguna locura no te preocupes. No por un hombre, jamás recaeré por un hombre.

—Aun así quiero tenerte aquí y cuidarte.

—Dice que se muere sin mí, An... yo no quiero que nadie diga eso, no quiero sentir eso.

Un silencio casi hueco se coló en la

línea.

—Oliver no sabe lo que eso significa para ti.

—Tú sí lo sabes y nos conocemos desde hace unas semanas, ¿puedes decirme por qué juega con eso?

Más silencio.

—Ven a casa Eva, déjame traerte de vuelta.

—Mi cama huele a Oliver, An, no puedo ir ahí.

Le confesé y era una verdad como una catedral.

—Ve con Adela, Eva. Dime dónde estás y diré a Eduardo que te recoja o voy yo o...

—No sé dónde estoy. Carlos no tiene gasolina.

No pude evitar sonreír al escuchar a Nacho maldecir detrás. Por fin, había pocos hombres que no consiguiera sacar de sus casillas.

—Mira alrededor, Eva, y dime qué ves. Esto no era mucho mejor a estar chutada en un Pub. Mierda, ni siquiera sabía dónde estaba. Carlos, Carlos, Carlos y su afición a dejarme tirada. ¡Te voy a cambiar por Carla!

Inesperadamente, algo impactó en la ventanilla del coche y decenas de cristales volaron en mi dirección rajando y raspando allá donde rozaron mi piel. Antes de poder reaccionar una mano enorme me agarró del pelo y me sacó del coche a través de la ventanilla. Yo no acertaba a patalear o poner

impedimento alguno, tan solo le rogaba que no me hiciera daño. La voz de Nacho explotaba desde el altavoz del teléfono mientras mi asaltante me alejaba de Carlos e intentaba meterme en un furgón oscuro que no había visto llegar. Solo entonces, me decidí a plantar batalla empujando, arañando y gritando, pero le bastó un fuerte puñetazo en mi cara para mandarme a la inconsciencia. No recuerdo el interior de la furgoneta, tampoco si había más personas dentro. Sí logré reconocer la Torre ImPossiTion a lo lejos, posiblemente, a un kilómetro al sur de mi posición. Así que al menos, pude deducir que estaba en el Polígono Industrial Azabache, a casi diez

kilómetros de casa. No era una zona conflictiva, sino que por el contrario albergaba sedes de algunas de las empresas farmacéuticas y cosméticas más importantes del país. Sus calles estaban repletas de cámaras de seguridad y vigilancia privada así que esto no era ninguna casualidad. Con toda probabilidad alguien me había seguido hasta aquí.

Desperté en la habitación de un Hostal barato en algún lugar. Las ventanas abiertas dejaban entrar el sol y el aire frío de la mañana. Todo el cuerpo me dolía horrores, sobre todo la cabeza. Me quise levantar de la cama y me encontré atada de la muñeca derecha al varal y malditamente desnuda. Me temí lo peor.

Había despertado así muchas veces y era incapaz de recordar lo que había ocurrido. Una vez más.

Como pude me desaté y me dirigí al baño para hacer un recuento de daños. Con los primeros pasos me llevé la mano abajo y mi respiración se aceleró inmediatamente. No podía descartar una posible agresión sexual, incluso relaciones consentidas. No recordaba nada, pero sentía dolor, mucho dolor, una quemazón insoportable. La habitación era pequeña y el aseo tenía la puerta abierta, además desprendía un olor nauseabundo. Mi cara estaba amoratada e hinchada. Las únicas heridas eran los cortes en las mejillas,

el cuello y el brazo izquierdo, ocasionados por los cristales de la ventanilla del coche. Inspeccioné mis brazos en busca de pinchazos y no fue difícil dar con ellos. Me habían drogado, muy posiblemente con heroína. ¿Pero qué pasaba con mi vida? ¿No me desharía jamás de mis fantasmas? ¿Me perseguirían eternamente como una sombra?

—Mierda, mierda, mierda, mierda...
Mi mente se quedó pillada en esa palabra en un shock propio del cine alternativo.

Abrí el grifo de la bañera y volví a la habitación para buscar algo de ropa, un teléfono, algo. Fue entonces cuando lo vi. Había un sobre cerrado sobre la

mesilla de noche. Como no... un sobre manila en tamaño A4. Arranqué la colcha de la cama y me la envolví alrededor del pecho. Cogí el sobre y luché con la torpeza de mis manos hasta abrirlo. Solo había una fotografía dentro del sobre. Una en la que Oliver y yo nos abrazábamos junto a la ventana de mi dormitorio. Yo con mi andrajosa y fascinante camiseta de U2, a la que echaba mucho de menos en ese momento, y Oliver gloriosamente desnudo de cintura para arriba y envolviéndome con sus perfectos brazos.

Yo vivía en un ático, así que no era difícil adivinar desde donde habían sido tomadas las fotografías. Solo había un

edificio cercano más alto que el mío y era, precisamente, el bloque de pisos sobre la tienda de don José. Rebusqué en el sobre en busca de algo más, pero nada. Ni una nota detrás de la fotografía. Nada, absolutamente nada más.

¡Todo esto había sido por Oliver!
¿Debería considerarlo una advertencia?
¡Y unos cojones! Un retorcido mensaje del que debía descifrar «mantente alejada de él». Oh, no, ni una puta vez más me iban a decir qué hacer, sentir, querer o conseguir. El único que podría separarme de Oliver sería él mismo y, en realidad, ya lo había hecho. Pero ni todos los secuestros del mundo me harían volver a agachar la cabeza. Era imposible ensuciar mi piel ennegrecida,

si pensaban coartarme con la posibilidad de una violación que se apuntaran a la cola de mis dudosas noches durante años. ¿Golpes? ¡Qué no sabrían mis huesos sobre facturas tras años tirada en los peores refugios de la ciudad! ¿Dolor? El dolor era un fiel amigo en mi vida. ¿El miedo? Ya había tenido mis dosis en las últimas semanas y había aprendido a reconocer aquello que de verdad me podía hacer temblar el pulso. Mis cubos de mierda, ellos eran una parte de mí cada vez más pequeña desde que el Ogro los había obviado, haciéndome tocar el cielo con las yemas de mis dedos por y a pesar de ellos. La pérdida; cuando nada tienes nada puedes perder. Y bueno, si no podía ser una

inocente y dulce princesita de cuento sería el fiel y fiero caballero.

Tras mi llamada al 112 desde el teléfono de la habitación una pareja de la Guardia Civil llegó hasta el Hostal. Confirmada la identificación se inició un despliegue enorme. Ambulancias, Policía Judicial, Policía Nacional, etc... al parecer Antonio ya había puesto una denuncia de desaparición tras nuestra última conversación telefónica. Un policía de paisano se identificó.

—Señorita Molina. Mi nombre es Ian García. Soy el investigador a cargo de su desaparición, querría hacerle algunas preguntas antes de que se vaya al hospital. —Asentí avergonzada por la situación, solo llevaba puesta la

chaqueta del conductor de la ambulancia
—. Bien. ¿Pudo reconocer a alguno de
sus asaltantes?

—No. Solo recuerdo un brazo enorme
con un tatuaje aún inflamado,
posiblemente, recién hecho. Una
furgoneta negra y nada más. Ni una voz
ni otra sombra ni más personas, lo
lamento.

—No se preocupe, señorita Molina. La
ambulancia la llevará al Hospital Virgen
del Carmen y se iniciará el protocolo de
atención para víctimas de agresión
sexual. ¿Está de acuerdo en someterse a
dicho protocolo?

—Sí, pero no sé si...

—Bueno, los resultados nos dirán eso,
señorita, no se preocupe en estos

momentos.

—Eva —corregí —, llámeme Eva, por favor.

—Bien, Eva. Hay indicios de que ha sido drogada, posiblemente, con heroína. ¿Pudo haberla consumido voluntariamente?

—No.

Rotundamente, no.

—¿Ha tenido problemas con drogas últimamente? —Tuve que hacerle un rápido resumen y el tema de Rafa salió a relucir—. Debió de presentar denuncia formal contra su compañero. Es posible que tras su declaración me vea obligado a hacerlo como Agente de la Ley si resulta estar implicado de alguna forma en este nuevo suceso.

—No creo que lo esté —susurré.

—¿Abriste tú el grifo de la bañera?

Eh... ¿qué pregunta es esa?

—Sí —contesté y los hombros del investigador bajaron casi diez centímetros. Solo entonces, caí en la cuenta del origen de la pregunta.

Descartaba que hubieran tenido intención de ahogarme en la bañera. El vello de todo el cuerpo se erizó de nuevo.

—¿Tienes algo más que decirme, Eva? Quiero decir. ¿Hay algo más que quiera aportar y que sea de interés para la investigación?

—Bueno, sobre la mesa encontré una fotografía.

El investigador frunció el ceño y

desapareció con un humor de perros en busca de alguien que le explicara por qué no sabía nada de esa imagen. Volvió con ella envuelta en una bolsa transparente y numerada. Supuse que se trataba de una prueba.

—¿El de la foto es Oliver Okley? ¿De empresas Okley?

—Sí.

—¿El mismo sobre el que se ha emitido un video en el que...?

—Sí, el mismo —lo interrumpí.

—¿Aparece usted en él?

—No, no lo hago.

—¿Está segura?

Qué incómodo contestar a eso.

—He trabajado limpiando las oficinas de Okley durante años y las reconocí en

el video. Yo nunca he mantenido relaciones sexuales con él en la Torre —aclaré. Me miró a los ojos, buscando la sinceridad en mi declaración y debió encontrarla porque continuó.

—¿Sabe cuándo fue tomada esa fotografía?

—La mañana del lunes trece. Esa es la ventana de mi dormitorio.

Le dije al investigador todo cuanto sabía y le pedí que no informara a nadie aún de mi aparición. Al menos, hasta que concluyera el protocolo de agresión sexual. Era mi derecho, así que lo ejercí. De nuevo, todo esto no me pillaba de nuevas. Lo peor fueron las palabras del agente pocos minutos después:

—Bien, Eva. Parece una chica lista, así que voy a hablarle claro. Esto tiene toda la pinta de ser una advertencia en palabras mayores. Sean cuales sean los resultados del protocolo, le aconsejo que se acoja al sistema de protección de la policía en casos de acoso o maltrato y que desaparezca durante un tiempo. Quizás, la casa de algún amigo o familiar.

—Gracias agente, lo pensaré.

Pero no lo haré, decidí. Nadie me va iba a echar de casa. Ni una venganza ni una puta advertencia.

Es increíble cómo te puede cambiar la vida en unos minutos. Hacía solo unas horas me sentía morir porque un hombre que acababa de conocer me había

engañado. Ahora dudaba si habían intentado matarme o solo dejarme claro que si a Okley le habían disparado, a mí me harían sufrir hasta enloquecerme.

¿En qué momento la maravillosa historia de amor en que se había convertido mi vida se había transformado en el pasaje de los horrores? ¿En qué horrible cuento de hadas se caza al ogro antes que a la princesa engañada? Francamente, no entendía nada. Y, aunque mi mente se negara rotundamente, mis piernas gritaban por correr. Correr lo suficiente para esconder la cabeza y esperar que el mundo terminara sin infringirme más dolor. Era una lucha eterna entre el cansancio y la fortaleza. El investigador no se separó de mí en ningún momento.

No fue cariñoso ni afectivo, pero me dio la paz que necesitaba. Hasta que hizo otra pregunta que me heló la sangre:

—Eva, ¿hay alguna razón por la que el señor Okley quiera deshacerse de usted o coartarla por algún motivo?

¿Qué? ¿Oliver? ¡No! ¡Él no puede estar detrás de todo esto! Eso sí que acabaría conmigo.

Todo aquello era surrealista, irreal.

Debía admitirlo. Aquel hombre pretendía culpar de mis desgracias a la única persona que me había abierto el corazón en los últimos tiempos. Pero claro, él desconocía todo sobre el atentado a Oliver en las oficinas.

Viéndolo de ese modo solo quería protegerme. Ya estábamos en el hospital

cuando decidí que le daría algo en lo que pensar.

—Okley tiene firmado un acuerdo de confidencialidad por mi parte, así que no creo que tenga de qué preocuparse.

—Pero tiene una esposa celosa que bien podía haber orquestado algo así. Lo pensé, pero no lo dije, confiando a ciegas y en falso en que sus motivos habría tenido Oliver para no llegar a la policía con aquel asunto—. Además, él no haría algo así.

Si no lo decía, reventaba.

—¿Está segura de eso, señorita?

—Tanto como puedo estarlo de que es usted policía y ya le he dicho que me llame Eva —gruñí.

—¿Conocía la existencia del video?

Joder como pellizcaba el agente.

—No lo descarto... quiero decir, no sabía que existía, pero tampoco me sorprende. Hay gente para todo.

Fui rápida. Sí, Eva, así. Y lo peor es que era cierto.

—¿Debo entender que ya sabe en lo que se está metiendo?

Y dale con la formalidad. Así yo no sé funcionar.

—Puede entender lo que quiera.

El hombre me miró de esa forma en que lo hacía el director del colegio cuando te daba una nota para tus padres.

Inquisitorio, rebuscaba y rebuscaba.

Hubo un momento en el que pensé que se iba a asomar con un otoscopio a mi oído para estrujarme alguna que otra verdad.

Su escrutinio solo remitió cuando mi doctora llegó a rescatarme. Clara de la Rosa entró acompañada de otro médico que contaría cinco décadas y una barba canosa hasta el pecho. ¿De verdad hay médicos así? Yo pensé que eso solo se veía en las series de televisión. Mi mente no paraba de pensar tonterías. Estaba muy nerviosa. Traía los resultados sobre todos los exámenes que me habían realizado, así como el informe para el agente. Se lo entregó en un sobre cerrado y le instó a abandonar la habitación.

—¿Qué tal te encuentras, Eva?

Por fin alguien que me llamaba por mi nombre.

—Bien. Bueno nerviosa, cansada y

dolorida.

Desquiciada, sola, agotada de la vida y retorciéndome de dolor. Ella asintió con la cabeza.

—Lo solucionaremos. Quiero presentarte al doctor Miguel Ángel Zapata. Él es psicólogo del hospital y queríamos hacerte algunas preguntas antes de darte los resultados.

Finalmente, las advertencias de mi secuestrador no fueron más allá de ahí. Pasaría un día más en el hospital hasta eliminar la heroína de mi cuerpo y controlar los posibles efectos de la abstinencia en caso de que aparecieran. Se ve que los médicos no confiaron demasiado en mi criterio. No había restos de semen ni látex, pero sí habían

jugado con algún que otro objeto sexual para sembrarme la duda. El psicólogo me contó que era una técnica de control emocional, pues la víctima lo consideraba un regalo en lugar de un acto violento, lo que minaba su determinación a la hora de plantear una denuncia o emprender otras medidas legales. Además, cómo no, conllevaba la promesa implícita de poder consumir en cualquier momento, haciéndote perder el control de tu propio cuerpo y de tu vida. El terror por su regreso. Era una buena estrategia, debía reconocerlo. El ahorcamiento emocional era brutal, pues, en este mismo momento, podía sentirme agradecida con mis secuestradores por no haber sido aún

más crueles conmigo.

El atento y guapo Ian García entró en la habitación tan pronto como el equipo médico salió. Visiblemente más relajado, por cierto. Había dejado el teléfono sobre la mesilla del hospital junto con sus persistentes consejos para avisar a algún amigo o familiar.

—No tienes nada de qué avergonzarte, Eva. Pareces una mujer fuerte. No entiendo por qué te empeñas en esconderte.

—No me empeño en esconderme. Es solo que no quiero preocuparlos.

—Ya están preocupados, no saben dónde estás ni con quién, te aseguro que se estarán volviendo locos. Te doy cinco minutos.

Era un gran hombre este Ian. De estos que llegan y te tratan con tanta dulzura como un osito de chuche, pero con unas manos enormes que pararían misiles y una voz profunda que convertían en promesa todo lo que decían. Muy parecido a Nacho, pero más guapo.

—Diga.

—Hola, An.

—¡Eva! ¡Eva! ¡Dónde estás? ¿Dime dónde estás?

—No te asustes An, estoy en el Hospital Virgen del Carmen...

—¿Estás bien, Eva? ¿Qué te han hecho? Espera ahí voy para allá...

—¡No! An! No...

Pero al otro lado de la línea solo quedaba el pitido que decía que la

llamada había finalizado. Miraba el teléfono, incrédula. ¿Me había colgado? ¿Antonio me había colgado?

—¿Viene tu amiga a pasar la noche contigo?

—¿Mi amiga? —Ehh.

—Ana, ¿no?

—No, Antonio.

Le dio tos, al poli le dio un ataque de tos.

—¿Tu novio?

—Sí, es mi novio de día, luego tengo otro de tarde y un aquí te pillo aquí te mato para las noches.

Sonreí, no era justo pagarlo con él.

Finalmente, le expliqué quién era Antonio.

—Bueno, parece que ya estás más

relajada. —No lo sabes tú bien—. No puedes negar que tienes un humor bastante peculiar.

—No estoy segura de que pueda llamarse humor —refuté.

—Touché.

¡Oh! ¡No digas eso! ¡Eso solo lo dice mi Oliver! ¿De dónde lo sacáis?

—Sí, me encuentro mejor. Gracias.

—¿Le suena el nombre de Allicia Rosenberger Tomblet?

¡Joder! La esposa psicópata.

—No sabría decirle, ¿por qué pregunta?

—Ha aparecido muerta a pocos metros del hostel donde la han retenido contra su voluntad.

Me habían retenido contra mi voluntad.

¡Me habían secuestrado! Escuchar estas

palabras fue como prender una cerilla en la oscuridad. Un chispazo detonó un enjambre de sensaciones que había estado reteniendo durante horas. Alicia muerta. Yo sola. Oliver desaparecido y cubierto de mentiras. Las amenazas de Ricardo. Las mofas de Alberto. Un jaleo en el pasillo me distrajo de una caída en picado que no podía permitirme.

—Y yo te he dicho que me dejes pasar.
¡Necesito verla!

—Lo siento, señor, está siendo interrogada en este momento.

—Por favor, es solo un segundo... necesito comprobar que está bien.

—¿Es usted familiar?

—Soy... soy su novio, imbécil.

La mirada que me lanzó el investigador

no tuvo precio, como la MasterCard, tampoco escapatoria. Yo nunca me había referido a Okley como mi pareja.

Arrugó la frente y la nariz, anunciando problemas para mí. El corazón probaba a escapar de mi pecho. Empujaba de dentro hacia afuera bombeando miedos y frustraciones que mi sangre se negaba a absorber.

—¿Quiere verlo?

—No —mentí. No aquí, no ahora con una bata de hospital y el rostro destrozado de nuevo.

—Parece muy interesado, Eva. No creo que se calme sin más —. ¿Ahora me tutea?

—Salga y dígame que estoy bien — miéntele—, pero sedada. Que no puedo

recibir a nadie. ¡O mejor! Que tengo una enfermedad contagiosa, seguro que sabe cómo ser convincente, inspector —le piqué.

—Si no cree que él esté involucrado, ¿qué le impide recibirlo?

—¿Acaso no me ha mirado a la cara? No quiero dar pena a nadie y ese hombre ya ha visto demasiado mi mierda en las últimas semanas.

Ian afianzó la mirada en mi dirección y me pareció diez años mayor en ese momento. De nuevo rebuscaba dentro, descifrándome como a un problema de álgebra. ¡Con lo que odio las matemáticas! Hasta que despejó la incógnita.

—¡Oh! Estás terriblemente pillada por

ese tipo. Le hacía más inteligente, señorita Molina. Una mujer de mundo... —¡No le permito qué...!

En ese momento Oliver atravesó la puerta de mi habitación como la última exhalación de un soldado. Vistiendo una bata igual de deprimente que la mía.

—Señor Okley —saludó el agente despidiendo a dos compañeros que forcejeaban con el cuerpo adosado a la mirada que me estaba taladrando—.

Creo que la señorita no quiere recibir visitas.

Antes de cualquier queja o réplica, de cualquier movimiento o reacción por mi parte o del imponente agente, Oliver atravesó la habitación en dos zancadas y agarró mi rostro entre sus manos como

al máspreciado tesoro. Rozó mis labios con los suyos, prestando especial atención a la pequeña herida que tenía en ellos. No me besaba, me respiraba. Absorbiendo del otro la expiración cálida y sofocada con las miradas entrelazadas. Solo ahora podía reconocerle a mi cuerpo que era él quién nos faltaba.

—Cielos, Eva... Gracias a Dios que has aparecido.

Cuánto te he echado de menos. Tu tacto, tus caricias, tus brazos... Leyendo mi mente y los lamentos de mi piel por su ausencia me abrazó, envolviéndome con sus especiales algodones. Besó mis mejillas, mi frente y mi coronilla. Susurró en mi oído sobre su

desesperación y calentó mi sangre helada desde que escapé del café de Julietta. Lo había necesitado con desesperación, resolviendo y construyendo a mi alrededor, aplacando mis tormentas. Y pese a lo que hubiera podido creer de mí misma, no hubo orgullo que me hiciera alejarlo de mi pecho. No pidió permiso ni avisó. Había entrado en la habitación reclamándome como dueño y señor de mi cuerpo. Ocupando ese lugar, ese techo que era para mí y que había desaparecido horas atrás. Rompí a llorar en sus brazos como una loca, aferrándolo ahora como un salvavidas, un héroe que había llegado para rescatarme de mi desesperación. Un héroe disfrazado de príncipe. Un

príncipe vestido de ogro. Un ogro que carga con las culpas de un príncipe. Ni hablé ni abrí la boca durante largos minutos. Incluso después de que el suave clic de la puerta nos devolviera la intimidad que habíamos perdido hacía días. Exactamente igual al día que visitamos el salón del sexo después del fatídico disparo a Oliver. ¡Podía haber muerto aquel día! ¡Podía haber caído yo a merced de mis secuestradores! ¿Y qué habría quedado entonces? Nada más que soledad, miedo y desesperación. Vacío, el hueco más oscuro y tenebroso que puede habitar un corazón. La pérdida. Y a pesar de mis lágrimas y mis revelaciones no existía consuelo que no encontrara entre sus brazos. Acurrucada

como una inútil... no, inútil no... solo una mujer en un momento de debilidad. Tampoco una idiota. Ya no. A pesar de las similitudes ya no me sentía como una estúpida y débil mujer en unos brazos perversos y desconocidos. Sino una mujer asustada en brazos del hombre que había logrado reconstruir mi mundo con andamios de piel y hueso. Precisaba su refugio tanto como su cariño y deseaba, pese a todo, volver a regar mi cuerpo con su pasión.

—Ya princesa... ya. No llores más, por favor.

Se había subido a mi cama y me había sentado en su regazo sin dejar de mecirme. Siguió consolándome:

—Ya estás aquí conmigo. A salvo.

Shhh... te tengo, mi dulce Eva. Ya te tengo.

Lo hacía de verdad, me sostenía. Me empujaba y me levantaba como el mejor motivo para continuar cuando el alma te grita que no puedes más. Poco a poco me fui tranquilizando según crecía mi dolor de cabeza. Mi cuerpo se relajaba y la voz de una mujer molestaba desde la inconsciencia.

—Usted no puede estar aquí, tiene que salir.

—Eso va a ser imposible.

La rotunda voz de Oliver cruzó la habitación como un nuevo reparto de prioridades, y lo supe, no habría forma o causa terrenal que lo hiciera moverse de allí.

—No, no te vayas, por favor.

Alcancé a articular antes de que los calmantes que la enfermera me acababa de poner en mi vía intravenosa cumplieran su propósito.

Todo cuanto mi mente se llevó, fue su mirada intensa, ocupando todo a mi alrededor.

Busqué su mano entre las sábanas y la agarré tan fuerte como pude sabiendo que esa era la única forma que había conocido, en largos años, de dormir sin pesadillas. Medí la dureza de su pecho con mi mejilla y aspiré su olor como la última respiración de un condenado. Lo amaba lo suficiente como para que su sola presencia me mantuviera anclada a la tierra y a la vez suspendida en las

imaginarias cuerdas de la felicidad. Y
olvidé que me había traicionado.

Capítulo 24

Derrota, la más cruda

Las murallas más altas son las más ruidosas al caer. Qué fatídico lienzo el de la derrota. Qué desastre de equilibrio en el mundo que da a quienes no saben tener, y quita a los que no pueden vivir sin él

Desperté en medio de un gran barullo, pero, incluso furiosa, su voz era el

cantar más dulce que mis oídos habían escuchado jamás.

—Le repito que no puede estar aquí, señor. —Yo apreté su mano y él me devolvió la caricia. Cuando habló de nuevo toda brusquedad había desaparecido.

—Ya le he dicho que voy a esperar a que despierte. Comprendo su urgencia. Le juro que lo hago.

—Dudo de su criterio. Como su médico debo de indicarle, de nuevo, que esta sala no es segura para usted. Sus defensas... —hablaba un hombre mayor, con suavidad y determinación.

—A la mierda las defensas. No las quiero si ella no está.

Sus labios rozaban mi frente y su pulgar

marcaba círculos sobre los nudillos de mi mano. Su respiración era pesada y su piel desprendía un calor muy familiar. Fiebre.

—Señor, no está pensando con claridad.

—Cállese de una vez, por favor. La va a despertar —imploró.

Escuché la puerta cerrarse de nuevo y no hubo ninguna queja más. Mi mente estaba nublada, pero aun así supe que aquello no estaba bien. No sabía qué ocurría, pero no encajaba nada en su lugar. Oliver debía de estar en algún viaje no en un hospital. ¿Habría sufrido un accidente estando fuera? Poco a poco fui despejándome y logré incorporarme, buscando sus ojos con los míos. Lo que encontré no me gustó nada.

Absolutamente nada. Sigue mi juego, por favor.

Cierra los ojos y recoge del suelo ese pedazo minúsculo de tiza que alguien ha dejado morir en esa esquina.

Dibuja en tu mente esta palabra «derrota» sobre un gran lienzo oscuro. Ahora visualiza todo cuanto tu mente ha evocado: humo, tierra baldía, cielos oscuros, rostros rotos y cuerpos torturados. Un cuello débil y unos hombros derrumbados. El silencio tras el último latido de un corazón. Una despedida. Un viaje hacia el infierno y un entierro. Plasma cada imagen sobre el lienzo en un fosco intento por cubrir la palabra y, pese a todo, resurgirá irguiéndose triunfal. Irónica. Estaba

demasiado familiarizada con ella. Era una hermana fiel, una muleta eterna. Esa palabra que atraviesa lo lúgubre ocupaba su mirada.

—Eh... —Le alenté posando mi mano en su mejilla como el sol más resplandeciente tras la más sangrienta batalla—. Te tengo —aseguré—, ahora yo te tengo.

Su cálida sonrisa reflejó el sol con el que pretendía iluminarle a través de mi caricia. Y yo que pensé que estaba rota... Su pecho comenzó a sacudirse, expandiéndose y encogiéndose al ritmo que su barbilla vibraba y sus labios se apretaban. Iba a romper a llorar de un momento a otro y por más que quisiera, no había forma humana de evitarlo. Me

levanté de la cama para sentarme de rodillas frente a él sin desenlazar mi mirada de la suya. La mejor forma que se me ocurrió de gritarle que no iría a ningún lugar nunca más. Jamás. Sin dudar, ocupó el lugar que le ofrecía y se abrazó a mi cintura escondiendo su rostro en mi pecho, sacudiendo un llanto desesperado y sin contención. Este era el príncipe siendo rescatado. El honesto, el real y el humano. No sabía qué le había pasado. Casi podría haber olvidado sus mentiras si la culpa no hubiera escapado de su pecho con lamentos masculinos y disculpas percutidas. Casi podría haber borrado cualquier error en su currículum si tan solo los hubiera ignorado en lugar de

escribirlos a golpe de lágrima en mi camión. Casi podía creerme que habría escritor en el mundo que me hiciera separar mi pecho de su mirada derrotada. Casi.

¿Y qué importaba todo? Es más... ¿Qué me quedaría de valor si no sustentaba a este hombre entre mis brazos? ¿Qué mejor meta para una vida de tropiezos que dar el abrazo más necesitado? Y es que sin quererlo, recibimos golpes que nos sacan del camino, obligándonos a tomar senderos nuevos y decidir si retomar o inventar destinos originales. Acaricié su piel, sus hombros, su pelo. Besé su frente y apreté su cuerpo contra mí, encogiéndome por él y para él. ¡Qué incontables secretos nos revela el

corazón! No cesaba, su pena no menguaba, sino que se mantenía en alza a pesar de las lágrimas y las caricias y yo comenzaba a desesperarme. No podía pensar ni tampoco sabía qué hacer. Se escuchó la puerta detrás de mí y me giré para encontrar a una mujer visiblemente nerviosa. Alta, rubia y perfectamente maquillada y peinada. Con un vestido ajustado y carísimo por la forma elegante en la que se amoldaba a su cuerpo. Se acercó a la cama y miraba a Oliver con el dolor cruzándole el rostro. Antes de poder decirle nada sostuvo mi mirada mientras yo, instintivamente envolvía el cuerpo de Oliver entre mis brazos con fervor. Volvió a mirarle a él y se llevó una

mano a su pecho, capturándome de nuevo en sus ojos enrojecidos. Los profundos sollozos de Oliver acallaban cualquier otro sonido fuera de su burbuja, estaba segura de ello. Dejó caer los hombros y el rostro, abandonó la habitación dando las mismas explicaciones que había ofrecido al entrar. Ninguna.

Mis piernas estaban dormidas y mi cuerpo quería temblar de frío allá donde mi piel no ardía a través de la suya. Solo cuando estuve segura de que el gran búfalo blanco, ese nudo que había ahorcado su cordura y desatado su desesperación, pastaba libre detrás de la colina más lejana, lo arranqué de mi pecho.

—Oliver. Oliver, ¿qué pasa? Háblame
—le pedí, jugaría con la paciencia justa.
Enjuagando las lágrimas de sus ojos con
mis manos.

—Te quiero, Eva. Sé que no te merezco,
pero te quiero demasiado. Te necesito a
mi lado.

Apretó sus brazos alrededor de mi
cintura. ¡Qué ingenuo si pensaba que iría
a algún lugar!

—Estoy aquí Oliver, mírame —le pedí,
tomando su rostro entre mis manos y
obligándolo a encontrar de nuevo mi
mirada.

—Pensé que no te volvería a ver, tuve
tanto miedo... —Ahora era él quién
acariciaba mi rostro, cerciorándose del
error en sus propias palabras.

—Estoy bien, Oliver. Todo está bien. Estamos a salvo —aventuré. Pero la derrota volvió a salir sobre las proyecciones de su lienzo. Victoriosa de nuevo. En su mirada, allá estaba—.

¿Qué pasa, Oliver? ¿Por qué estás aquí? —¿De verdad estás bien, Eva?

Júramelo, háblame, dime qué te han hecho, ¿qué te duele? —Recorría mis brazos con sus manos y apretó la mandíbula lo suficiente para escuchar rechinar sus dientes.

—Lo estoy, Oliver, solo ha sido una advertencia.

—Lo siento, Eva. Sabía lo que ocurriría y aun así no he logrado mantenerme alejado de ti —¿que sabía, qué?—, todo lo que toco acaba destrozado y ahora

mírate. Por mi culpa.

—¿Por tu culpa? Yo estoy bien, Oliver.

—Él tampoco me creyó.

—Perdóname, Eva, por favor.

—No tengo nada que perdonarte. —

Espera... ¡me mintió!

—No he visto a Allicia te lo juro, el final del video es un montaje, Eva créeme, por favor.

—Te creo. —¿Le creo?

—¿Lo haces?

—Sí. Sé que lo del vídeo era un montaje, debí escucharte, pero estaba demasiado furiosa y estuve en tu despacho y... ¿dónde ibas, Oliver? ¿Por qué mentirme?

—¿Cómo lo has sabido? —Sus manos agarraban mis hombros con la suficiente

fuerza para retorcerme bajo ellas.

—Dejaron una foto en el hostel del día que bailamos junto a la ventana. Nos han estado vigilando, no sé quién, pero quiere mantenerme alejada de ti a cualquier precio.

—Lo han hecho, Eva. Te han alejado de mí.

—Por poco tiempo.

Busqué su mirada, la necesitaba. Pero sus ojos estaban puestos en mis labios. Jamás me habían mirado de esa forma. Sus ojos y su nariz enrojecidos. Su piel húmeda y su pelo alborotado tan odiosamente delicioso como de costumbre. Con mis manos en sus mejillas retiré las últimas lágrimas de su piel concentrada en sus labios

inflamados por el llanto y los acaricié con los míos humedecidos por mi lengua. De nuevo, su expiración ardiente contrajo mis entrañas, despertando más aún mis carencias. Lo deseaba con locura y lo necesitaba con ferocidad. Mientras mi respiración se hacía más profunda, sus manos alcanzaron mi nuca y tras fijar sus ojos en los míos dándome la oportunidad de detenerlo, tiró de mí hacia él y nos besamos en una explosión de sentimientos imposible de contener. Invadió mi boca con la misma contundencia que horas antes había irrumpido en la habitación, rozando con su lengua mis lugares más sensibles y enlazándome en un ritmo sensual y enérgico. Lo aspiré y me aspiró, lo

mordí y me mordió. ¡Qué danza tan antigua! Una turba de sensaciones se iba construyendo dentro de mí reventando candados que había colocado durante la visita a su despacho en la Torre. Un solo roce de sus labios y no quedaban barreras, murallas o guardias armados. Nada me dolía ya.

Pegué mi cuerpo al suyo y sus manos fueron de mi cintura al trasero con una soltura familiar. Mi cuerpo me traicionaba en su presencia, pues mi mente perdía cualquier batalla ética que pretendiera plantear. Había preguntas que hacer y explicaciones que dar, pero antes de todo precisaba su aliento. Su cercanía. No era difícil imaginar cuán difícil estaba siendo todo esto para el

imperturbable Jefe, el Ogro sexy y eternamente malhumorado que había proclamado sus perversiones en el Seattle Pub, sus intenciones en mi salón y sus sentimientos en mi dormitorio al ritmo de Frank Sinatra.

La intensidad de los besos fue creciendo hasta colocarme a horcajadas sobre él y sus manos navegar confiadas hacia mis pechos que mimó a través de la fina tela del camisón mientras yo suspiraba y me entregaba a sus delirios. Nuestros cuerpos fueron encontrando la forma más exacta para unirse en mayor profundidad entrando en contacto a lo largo de todo él. Tanto que las respiraciones entrecortadas hacían encontrarse mis pechos y su boca en un

baile sincronizado. Pero sentir su erección rozar dolorosamente mi vulva me hizo descender del paraíso al infierno de nuevo. Había olvidado todo en su presencia incluso mis vergüenzas y mis heridas. Sin poder controlarlo mi pelvis se retiró de la suya, huyendo del dolor y pese a que quise continuar disfrutando de sus besos y de sus caricias, deslizó la capa de mis pasiones como retiras unas sábanas sucias de la cama. De un tirón. De una esquina.

—¿Eva? ¿Qué pasa? —Seguí callada. Yo pretendía silenciar su voz con mis labios, pero educadamente me consoló para después volver a preguntarme—.

¿Eva?

—Se me pasará, Oliver, solo necesitaré

unos días y volveré a estar bien.

—No me mientas, dime qué te han hecho. —Yo dudé, te juro que lo hice, pero finalmente, y para variar, no tomé la mejor decisión.

—No estás en condiciones de pedirme eso, Okley. —Su rostro se congeló y el mío también ¿cómo había sido capaz de decir eso?

—No me llames así, Eva, y contéstame de una vez. —Mi barbilla comenzó a temblar, amenazaba tormenta de nuevo.

—Tú no has contestado a mis preguntas, no puedes exigirme nada. Ya no. Seguía defendiéndome de él ¿Cómo iba a narrarle lo que me había ocurrido y esperar que volviera a tocarme después? Suspiró.

—Yo... estoy enfermo, Eva. Después de que me dispararan desarrollé una anemia hemolítica autoinmune. Cada tarde venía a recibir tratamiento y transfusiones sanguíneas porque me negué a ingresar, pero no ha funcionado. La anemia está acabando conmigo, Eva, y va a acabar con nosotros. No quería preocuparte ni alejarme de ti y ahora ni siquiera sé si podré llevarte a cenar por fin. Luego ocurrió lo del video y tú desapareciste y yo me estoy volviendo loco sin ti. Te necesito más que a mi propia sangre, a mi bazo o a mi cordura. Solo te necesito a ti, no me alejes, por favor. No me importa lo que te hayan hecho yo solo vivo para cuidar de ti, no hay otro motivo para estar vivo. Sé que

no te merezco, pero te necesito.

Me habló mirándome a los ojos y lo soltó todo de un tirón. Mi mente se quedó solo con una idea: lo iba a perder antes de tenerlo.

Como pude me bajé de la cama y caminé hasta el sillón, evitando encoger mi rostro por las molestias. Oliver se sentó en el borde de la cama y por unos minutos, dejé de mirarlo para concentrarme en las personas que atravesaban el pasillo mientras nosotros hablábamos. La mujer rubia que había entrado antes en la habitación paseaba nerviosa delante de la puerta, la intuí pues el cristal traslúcido no me dejaba ver más que bultos más o menos oscuros. Dos hombres llegaron

corriendo y la rubia bloqueó la puerta.

—¿Tienes hermanos? —pregunté.

—No —contestó.

—¿Entonces ella es tu madre?

Con mi mirada clavada en la puerta la señalé con la cabeza.

—Sí.

—¿Eres consciente del daño que le estás haciendo?

Me atreví a mirarlo de nuevo y su rostro de preocupación se le escapaba del cuerpo. Era consciente, pero también pude ver que no podía evitarlo. Él era la víctima en esta ocasión. No tenía por qué cuidar de nadie, sino que era su momento de ser achuchado y levantado. De recibir besos, caricias y mimos en lugar de regaños y recriminaciones.

—No te voy a negar que estoy dolorida. Han jugado con todo lo que tenían al alcance, pero al parecer no hay restos de látex ni semen. —Mi garganta pinchaba al decir aquello—. Ya te he dicho que solo ha sido una advertencia.

Seria, muy seria.

—Lo siento, Eva —repitió—, todo esto es por mi culpa.

—No digas gilipolleces, Ogrito. — Necesitaba ver sus orejas enrojecer y, quizás, arrancarle una sonrisa a largo plazo—. Tú no tienes la culpa de esto. La gente es así, cruel.

—No intentes consolarme, Eva. No tengo consuelo.

—No me digas tú lo que puedo hacer o lo que no. Solo me quedaba eso —gruñí.

Su mirada se clavó en mí, prendiéndome fuego de nuevo. ¿Cambiaría esto alguna vez?

—No deberías estar aquí, ¿verdad? —le pregunté.

—Este es el mejor sitio en el que puedo estar. En el único en el que quiero estar, te lo juro.

—Si tienes cojones mira fuera y vuelve a decirme eso, Oliver. Si yo pudiera disfrutar de mi madre no le haría pasar por esto. Está destrozada porque tú te has dado por vencido.

—Necesitaba saber que estás bien. Se puso de pie y caminó hacia mí, tentativo.

—Lo estoy, Oliver. Ahora vete y haz lo que tienes que hacer.

No lo miré, no podía.

—No voy a irme sin hablar contigo. Sin que me perdones.

Se arrodilló frente a mí.

—¿Qué quieres que te perdone?

—Eva, haberte mentado ha sido lo más difícil que he hecho en la vida. Pero merecía la pena ver tu rostro feliz y risueño cuando volvía a casa después del hospital. A tus brazos. Ya tengo su lástima —miró hacia la puerta—, no quería la tuya también. Te necesito a salvo y feliz.

¿Podía culparlo por ello? Yo habría hecho lo mismo, lo hacía cada día.

—Te perdono, Oliver, es más no creo que tenga nada que perdonarte. La falta de sinceridad no es lo mismo que una

mentira, pero son igualmente dolorosas.

—Ven conmigo, Eva.

—No puedo, Oliver. Es cierto que no deberías estar aquí. No hay que ser muy listo para saber que soy un foco de infecciones para ti, precisamente ahora después de...

Selló mis labios con un beso de nuevo. Esta era la conversación más difícil que había tenido en la vida. Más que las famosas preguntas. Más que la declaración ante el juez e incluso más que confesarle cuánto lo amaba o hasta qué punto lo había colocado en el centro de mi vida. Y sus labios eran tan magníficos, sus manos tan perfectas, su cuerpo tan cautivador, su aliento un detonante y su olor un elixir.

Unos nudillos tocaron la puerta y un enfermero entró con mi cena, colocándola en la mesilla junto a la cama. Todos observaban sin atreverse a entrar. Antes de que se marchara Oliver habló:

—Cena conmigo, Eva, por favor. Solo entonces me di cuenta de algo terrible, ¿cuántos kilos habría perdido? ¿Seis? ¿Siete? ¿En qué mundo había estado para no darme cuenta antes? Asentí con la cabeza y la señora rubia en la puerta abrió los ojos como platos y llamó a alguien. En cinco minutos, el mismo enfermero entraba con un carrito repleto de manjares.

El rostro de Oliver se iluminaba como

un árbol de Navidad y no paraba de decir que había necesitado estar enfermo para que consintiera cenar con él fuera de casa. Yo miré mi bandejita y su carrito y me mofé de las rarezas de la vida. El dinero ayudaba a comer gloria, pero no curaba un corazón roto.

—No has estado comiendo demasiado bien, ¿verdad?

—Dicen que no soy un buen paciente —contestó mientras me ofrecía un trocito de ternera.

—No puedes hacer esto, Oliver. No puedes dejarte caer. Mírame. Soy la muestra viviente de lo que pasa cuando haces eso.

Había sujetado su barbilla con mis dedos para que me mirara. Él tomó mis

dedos entre los suyos y los besó con devoción.

—Yo solo veo una mujer valiente que se levanta tantas veces como cae.

—¿Y tú? ¿Qué ves cuándo te miras a ti mismo?

—Un monstruo.

Fue tajante, lo tenía terriblemente claro.

—Bueno, en ese caso un monstruo sexy y delicioso.

Le ofrecí una cucharada del asqueroso yogurt de mi bandejita. No se quejó.

Necesitaba mejorar su humor y su apetito de lo contrario se desvanecería delante de mí.

—Te necesito.

—No te vas a morir, Oliver, no te voy a dejar.

—Si tú estás conmigo lucharé.

Yo no le podía dar crédito a tamaña idiotez. No entendía nada, muy rico en dinero y muy parco en esperanza.

—No funciona así.

Le preparé un montadito de ternera con mucho kétchup como le gustaba a él.

Prescindí de los caros cubiertos y la servilleta maravillosamente bordada. Lo mordió sin rechistar ni apartar la mirada. Mientras comía seguí hablando.

—Lo harás para merecer a la princesa.

Esta es tu batalla y la enfermedad es tu dragón «Gran Ogro pervertido y sexy».

Lucharás por tu vida no por la mía. Me brindarás tu victoria, pero ganarás para ti. Eso es lo que va a pasar.

Brindamos con dos copas llenas de

zumo de naranja y sonreímos ambos, sellando mi ocurrencia como la más seria sentencia. Cuando terminamos de comer, nos tumbamos los dos sobre la cama solo que esta vez yo lo sostuve a él que se acurrucó en mi pecho y enlazó sus piernas junto a las mías. Supe exactamente lo que sentía entre mis brazos: protección, amor y seguridad. Cerró los ojos y se quedó dormido. Solo cuando su respiración se ralentizó y aposté que no se despertaría apreté el botón para llamar a la enfermera y recé para que fuera suave cuando entrara a la habitación.

La madre de Oliver y un médico enorme entraron antes que ella. La mujer me

miraba estupefacta y paso la mano sobre el hombro de su hijo, admirando la calma que desprendía en ese momento, no llegó a tocarlo. Tan solo recolocó las sábanas para cubrirle el pie que había dejado fuera de la cama. No te voy a decir que esto no era incómodo, pero había estado en peores... ¿o no?

—¿Qué necesita? —pregunté al médico ya que era el único que me prestaba alguna atención.

—Estaba a punto de entrar a quirófano cuando escapó de la planta. Le vamos a extirpar el bazo porque no ha respondido bien al tratamiento con esteroides. Las transfusiones suponen un alto riesgo al que nos ha obligado a someterlo para evitar el ingreso. Ahora

continuará con inmunoglobulina intravenosa y si la fiebre no remite en doce horas después de la intervención pasará a aislamiento y a tratamiento con inmunodepresores.

—Pues acaba de comer como un sentenciado a muerte, así que eso tendrá que esperar hasta mañana —anuncié. El médico entornó la mirada y la afinó en mi dirección.

—No importa, de cualquier modo el quirófano ya ha sido ocupado. Hacía dos días que no probaba bocado, así que ha merecido la pena.

—Supongo que debe volver a la habitación, ¿está sometido a algún tipo de aislamiento o algo?

—No, tan solo a ambientes controlados

y urgencias no lo es —gruñó.

—Ya está bien doctor, ella no tiene la culpa. Mi hijo siempre ha sido un inconsciente. Prepara una habitación para ambos y súbela arriba con él. Si ella es lo que mi hijo necesita, se lo daré.

—No —intervine—, yo no voy a ir a ningún lado.

—¿Acaso lo vas dejar solo ahora? ¿No lo ves?

—Mi nombre es Eva. —No le tendí la mano porque Oliver me había atrapado ambas en su abrazo de oso—. Supongo que es la madre de Oliver.

—Elena —dijo suave.

—Él lo va a hacer solo, Elena. Nadie necesita a otro para sobrevivir, yo lo sé

y él lo sabe. Estaré con él, lo visitaré y le daré el apoyo que necesite, pero nunca seré una condición.

—Creo que no es consciente de lo que ha hecho con mi hijo, Eva. —¿Eso era una acusación o un reconocimiento?—. Será como tú digas, pero mi hijo debe volver a un entorno controlado.

—Lo hará, en cuanto despierte lo hará. Estoy más que segura de que unas horas de sueño serán tan beneficiosas como el ambiente más estéril.

El doctor de Oliver intervino:

—He podido comprobar que aún está pendiente de algunos resultados. Cuando los tenga podremos coordinar las visitas y todo lo necesario para que puedas acompañar a Oliver en la planta.

No habían entendido nada, pero me daba igual, yo también estaba tan agotada que caí frita junto a Oliver sin darme cuenta. Cuando volví a abrir los ojos Oliver no se había movido, pero a mí me dolía todo el cuerpo y necesitaba ir al baño con urgencia. La presión ahí abajo, entre irritaciones y arañazos, era particularmente desagradable. Me retorció incómoda cuando la versión femenina de Oliver Okley captó mi atención. Había vuelto a la habitación mientras dormía. ¿O no se había ido? —Gracias, Eva, no he podido decírtelo antes y no quería dejarlo pasar. —¿Gracias, por qué? —intenté decir, pero tenía la garganta muy seca. Inmediatamente me tendió un vaso de

agua con una pajita que me sentó de maravilla.

—Por salvar la vida de mi hijo.

Solo a mí se me ocurriría beber agua cuando me estoy haciendo pis.

—Oliver no se va a morir, no le voy a dejar. Tampoco se va a rendir —
declaré.

—Sé lo de Allicia. —Oh, oh... debí abrir mucho los ojos porque se le escapó una sonrisa igualita a la de su hijo.

—Yo no conozco a ninguna Allicia. —
Ay... a mí no me vas a pillar. Habla tú mujer.

—Sé que le disparó y que tú le salvaste la vida. Sé que te buscó durante días y que lo ignoraste. Sé que has estado en el

hospital y sé quién eres y lo que has vivido.

—En ese caso sabe demasiado. —Joder con los Okley. Prepotencia y omnisciencia.

—Oliver me dijo que solías decir lo que pensabas, ahora sé a qué se refería.

—¿Eso es bueno o malo?

—No viene al caso.

—También es verdad. No tiene fiebre —le informé.

—Lo sé, ¿cómo te encuentras tú? —
Como una mierda, básicamente.

—No estoy mal.

—Lamento lo que te ha ocurrido. Oliver se culpa. Él siempre se culpa de todo. ¿Esta mujer es mi suegra? Pero si tiene menos cartucheras que yo, y qué decir

de sus arrugas, ni una. Pues yo quiero saber tanto como ella.

—¿Por qué se casó?

Podría enfadarse o no, pero también podía contestarme y ganaría una respuesta que había esperado por mucho tiempo.

—Nunca lo entendí.

Me apartó la mirada... ¡Eh! ¿Qué me escondes?

—Pero tiene una teoría —aseguré.

—Culpa.

—¿Quién se casa por culpa?

—Mi hijo. —Mujer esfuérzate un poco más. Habla—. No me mires así no te voy a decir nada más.

Mierda.

—Ya sé a quién se parece. ¿Cuánto

tiempo ha dormido?

Una nueva punzada de dolor me hizo retorcerme.

—Casi cinco horas.

—¿Es posible medicarlo para que siga descansando?

—Se ha negado, ¿por qué?

—Necesito ir al baño y odio tener que despertarlo, pero...

—¿Necesitas que te ayude? Yo puedo...

Unos nudillos golpearon la puerta suavemente. Antonio entró en la habitación como quién no quiere la cosa.

Nada preocupado y risueño, incluso saludó a Elena con toda familiaridad.

—Os dejaré solos.

Elena salió silenciosa y con un paso elegante y familiar para mis ojos.

—Hola, An.

Lo saludé mientras se me escapaba algún que otro puchero. Él besó mi frente y me abrazó como pudo a pesar de Oliver. Estaba al borde de mi compostura.

—¿Cómo está? —me pregunto por Oliver.

—Asustado.

—Todos estamos asustados. Nos has dado un susto de muerte, Eva.

—No es culpa mía, tampoco suya. Tú y yo sabemos que la vida es así de jodida y señalar con el dedo al causante es una pérdida de tiempo. ¿Dónde está Nacho?

—inquirí cuando la madre de Oliver abandonó la habitación.

—Fuera.

—Cuando Oliver se vaya quiero hablar con él, ¿se lo dirás?

—Claro.

Antonio me ayudó a levantarme y colocamos una almohada entre sus brazos. Estaba tan agotado que casi no se movió. Por fin pude ir al baño y lo que vi en el espejo me espantó. Si en el hostel estaba horrible, ahora no era mejor. Toda la cara lila, el cuello y el pecho, también violáceos, no de golpes, sino de chupetones. Me habían dejado marcas con la clara intención de que las recordara. Ni una sola a mi espalda. Mi labio estaba menos inflamado, pero de un color horrible. No podía entender cómo Oliver me había besado con este aspecto y de esa forma. Los cortes no

eran profundos ni estaban cubiertos con gasa o esparadrapo, así que decidí darme una ducha y lavarme el pelo. Antonio me ayudó durante las siguientes tres horas de sueño de Oliver. Me había traído un pijama de casa, mis cremas, mis cepillos... Cuando terminé, estaba agotada de nuevo, pero limpia y fresca. Casi renovada, excepcionalmente inquieta por encontrar la mirada de Oliver ahora que había logrado disimular un poco la palidez y las marcas de mi rostro. Estaba segura de que verme recuperada lo animaría y me haría más fácil convencerlo de continuar su camino sin mí.

Capítulo 25

Búfalo Blanco

Enamorada hasta las trancas, el tuétano, los pelillos del flequillo y la peineta de gitana. Sin escapatoria y una sola canción en la mente... «Let her go»

Oliver se fue con todo el dolor de mi corazón. Lo volví a besar con ansia, recordando que podía ser la última vez por mucho tiempo. Sus súplicas aún

rebotaban en mi pecho como en un videojuego de Pong.

—Ven conmigo, Eva. No me tortures, por favor.

—Tú pórtate bien para que pueda subir a verte cuando tenga mis resultados.

—Eso es una tontería, te he besado hasta la saciedad, no me vas a contagiar nada a estas alturas— gruñó.

Su médico había enfatizado en que esperara todos los resultados por las posibles infecciones derivadas de las prácticas sexuales a las que me habían sometido durante el secuestro. Yo también lo encontraba una tontería a esas alturas, pero me venía al pelo para conseguir lo que quería: que Okley luchara.

—Diciendo eso solo me haces sentir culpable, si algo te pasa por mi culpa...

—Te sentirás tal y como me siento yo ahora. Nada malo puedes causarme Eva, nada...

Me rodeó la cintura de nuevo, plantando suaves besos en mi cuello y detrás de mi oreja, enviando oleadas de placer que regaban todo mi cuerpo. Volví a convencerme de que estar separados sería lo mejor para mi recuperación, no solo para la de él. Pero a pesar de todo sentía un hambre enfermiza. Delirante. Se encontraba mejor y eso me consolaba, me hacía sentir a veinte metros del suelo ver cómo mis labios y mis abrazos podían jugar un papel tan importante en su salud. Y sabía que no

era lo adecuado. La necesidad es tóxica, un cáncer para la independencia.

—No quiero que hagas esto por mí, quiero que lo hagas por ti mismo. No lo olvides.

—Y tú por más que te lo explique no lo vas a entender. Solo soy un error golpeando las esquinas en un movimiento continuo. Te necesito a mi lado.

Me agarraba por la cintura y susurraba con su frente apoyada en la mía.

—Pues tendrás que pulirte, Oliver. No te pido que te transformes te pido que seas fuerte y luches, independientemente de lo que te quede después. La vida, por sí sola, ya merece la pena ser vivida como para usarme como excusa.

—No eres mi excusa, eres mi motivo.

—Pues tu motivo va a esperar paciente hasta que te ganes una visita con un par de días sin fiebre.

Sus ojos se abrieron buscando cuán convencida estaba de mis propias palabras.

—¿De verdad no te vas a quedar conmigo, Eva? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Eres un tipo listo.

Golpeé con mi dedo en su sien y su sonrisa se torció irresistiblemente.

Había entendido mis razones y las respetaba, por eso sentía esa libertad para bromear conmigo. Desde luego tenía que tener los cojones muy gordos para atreverse. De nuevo, no le quitaba

mérito.

—Y tú una mujer congelada que no tiene piedad de mí.

Su voz salía del corazón.

—No, Oliver, soy una mujer a la que su padre ha culpado toda su vida por no ser suficiente para mantener viva a su esposa.

Sentía resquebrajarse el último bastión.

—Yo no haré eso...

—No, Oliver, tú me vas a demostrar que te amas lo suficiente para mantenerte vivo y no dejarme sola.

¡Ale! Ahí lo llevas campeón, mi gran búfalo blanco en tu cochera.

La percepción del tiempo es uno de los grandes misterios de la vida, no me lo negaréis. Lo tenemos ahí y alguno que

otro es un entendido en la materia y, sin embargo, la monotonía del segundo; objetivo, físico, invariable, medible... desaparece tras la opulencia del detalle y la intensidad de un único segundo. No en vano me sentía morir cuando el aire decidió escapar de su pecho y sus labios me encontraron con la ferocidad que da la supervivencia. Mordió, estiró, mimó y aspiró mi carne adorándola como solo el Dandi sabía hacer, marcando la diferencia del trascurso de las horas en su cuerpo. Dos docenas de minutos antes aún dormía, roncando como un bebé después de su primera fiesta de cumpleaños: satisfecho y agotado. Ahora invadía mi boca y estrujaba mi cintura en un abrazo ambicioso que

pretendía, sin lugar a dudas, anclarme a su cuerpo por y para siempre.

Me dejé mimar, no lo voy a negar. Le dejé asediarme de nuevo y jugué con su lengua con la misma intensidad que sujeté su nuca. Aspirando su olor y arrasando su piel con mis manos subiendo y bajando por sus brazos.

Recordando el lugar en el que estábamos al encontrar su triste bata de hospital. No me importó. Mi cara era la espalada de Sulley en Monstruos S.A., azul con lunares morados. Había sentido tanto dolor en las últimas horas que tomaría lo que me diera y en la medida en que me lo otorgara.

Irónicamente, era el roce de su piel lo único que podía tolerar en esos minutos.

—¿Es esta tu prueba? —Me congelé—. Para confiar en mí, ¿es esto lo que necesitas?

—Oh, Oliver, yo ya confié en ti. Lo abracé, hundiendo mi rostro en su cuello.

—¿Es esto lo que necesitas para convencerte de que no me marcharé mañana detrás de alguien menos divertido, guapo e inteligente que tú? ¿Lo era? Venga, Eva, dílo aunque joda... hasta ahora te ha ido bien.

—No hay nada que puedas hacer para que deje de temer que cualquier día encontrarás alguien más divertido, guapo o inteligente que yo. Ese es mi dragón, Oliver. Solo te pido que me dejes disfrutarte entre hoy y el día que

un nuevo/a galán llame a tu puerta. Caza a tu dragón y mantente a salvo, yo prometo cumplir con mi parte.

—¿Y cuál es tu parte?

—Mantenerme cuerda, que no es poco.

—Lo podemos hacer juntos, Eva. No tenemos por qué estar solos... Yo quiero cuidar de ti, sé que estás dolorida más allá de lo que me quieres confesar.

—Yo necesito no necesitarte.

—¿Qué trabalenguas es ese, señorita? A mí no me importa necesitarte.

Lo silencié con un dedo en sus labios.

—Eso es porque nunca te han abandonado. No has querido lo suficiente para sentir ese tipo de traición.

Me volvió a mirar a los ojos de esa

forma en la que lo hace un padre para saber si le mientes después de una noche de borrachera, sin embargo, eran sus ojos los que titilaban y yo no podía verlos derramarse de nuevo.

—Me siento abandonado ahora.

¡Oh, mierda! Eso era lo que estaba haciendo... ¿abandonándolo?

—Oliver yo no... no puedo mirarte, no puedo verte, no puedo dejarte, pero tampoco puedo entregarme y más ahora que me puedes dejar sola de nuevo. No quedará nada si tú te vas.

—Creo que te comprendo, quiero saber lo que el mundo te ha enseñado, quizás, así pueda darte las respuestas que necesitas. —Lo dudo, sinceramente—. Prométeme que te veré mañana antes de

la operación, déjame solo eso.

Me agarró los hombros y se alejó de mí.

Y sentí frío.

—Palabra de jefa india. —Su sonrisa, por primera vez desde que se despertó, llegó a sus ojos.

Y se marchó. Y mi culpa ocupó toda la habitación como un olor a comida o como las sombras en una película de terror. Antonio no había dado crédito a mis palabras y Elena, la madre de Oliver, se había limitado a besarme en la mejilla cuando su hijo decidió sentarse en la silla de ruedas en la que un celador lo llevaría hasta su habitación con un nuevo color en su cara y los hombros y la barbilla alzados de nuevo.

—A veces pienso que tu padre te congeló el corazón.

Puede que lo hiciera, no puedo negarlo.

—Quizás.

—Pensé que ya habías pasado tus miedos con Okley, que habías entendido que te gusta y que tú le gustas a él...

—Para, para, para, An. El que no se entera de un carajo eres tú. No me preocupan mis miedos, sino los suyos.

—Explícate, Eva.

Y plantó la Caja Roja de Nestlé entre los dos.

—Eva quiere enseñarle la lección que ella tardó una década en aprender.

La voz de Tata me deshizo el nudo del esternón. Nos besamos y abrazamos, hacía un mes que no la veía. Un siglo

que la necesitaba, no la había notado entrar en la habitación.

—¿Eso es lo que se hace por las personas que amamos, verdad Tata Ana?

—le pregunté.

—Sí, Eva, pero no podemos enseñar a nadie a aprender.

—Oliver quiere hacerlo. Tiene el corazón más grande que jamás he conocido.

—Vale, bien, lo entiendo. Estás enamorada hasta las trancas y quieres lo mejor para él, pero no comprendo cómo lo mejor para él es abandonarlo —refutó Antonio.

—No lo abandona, le está ofreciendo los mismos recursos que yo os he ofrecido a vosotros. Le indica el camino

y su compañía, pero no se le ofrece como su salvación.

—No quiero ser su salvación —susurré—, quiero ser su pareja.

Sí, era muy cierto. Quería a Oliver en mi vida, a mi alrededor, ocupando el lugar principal. Pero lo quería entero, sin penas y sin nublitos que solo yo pudiera apagar, porque la dependencia es una mala ocurrencia del destino. Es la obligación de beber cerveza cuando estás de fiesta, que además de no ser necesaria, es molesta, pero acabas tomándola. Necesitaba despertar cada mañana siendo la elegida, no la necesitada. Esa era la única arma que podría acallar mis dragones y ¡santo cielo! No pensaba desaparecer. Estaba

ahí para él, pero la determinación de sus ojos era la mejor panacea, el regalo máspreciado para mi propia seguridad. El último rizo de mis marañas, el penúltimo nudo de mi barco, el antepenúltimo giro en mi laberinto. No sabía la hora que era cuando poco a poco todos se marcharon: Julietta, Tata y Antonio. Había insistido en dormir sola, en realidad, estaba agotada y no me iba a suponer esfuerzo alguno. Nacho remoloneó en el hospital para llamar discretamente a la puerta solo unos minutos después de que todos se fueran. Le contesté desde el baño y cuando salí se había sentado a los pies de la cama, su cara ocultaba una expresión poco profesional. Estaba furioso conmigo.

—¿Se supone que estás enfadado conmigo? —pregunté, ¿qué tenía este hombre que no le podía mentir?

—Un poco. ¿Tanto se me nota?

—¿Por qué?

—Por inconsciente.

—Ponte a la lista.

Me abrió los brazos y me acurruqué bajo ellos. No había abrazado tanto y a tanta gente en toda mi vida.

—Cata tiene suerte —medité.

—Tanta como tú con Okley.

—¿Tú también tienes dragones sobrevolando tu cabeza? —Me miró divertido.

—Varios de ellos. —Sonrió.

—Quizás por eso eres ya como de la familia —conjeturé.

—Quizás. Vamos, Eva, lánzate, no eres de dar rodeos.

¡Eh, vaquero, dame un tiempo! Tragué saliva.

—¿Ha sido la esposa pistolera? ¿De ahí ha venido mi advertencia?

—Todo apunta a que sí, pero...

—Pero está muerta y eso descuadra la historia —él asintió—, ¿puedo pedirte algo? Como amigo, no como fiel y asistente del jefe indio.

—¿Jefe indio? Eso es nuevo.

—Sí, voy a intentar sustituir «ogro» por «jefe indio».

—No lo hagas, es divertido verle enrojecer las orejas. Además, lo mantiene a raya... Estáis los dos igual de enchochados —aclaró.

Yo no pude sujetar una disimulada carcajada.

—No me has contestado —gruñí.

—Pide lo que quieras.

—Investiga a mi padre, por favor. Busca conexión con Alicia.

Otra ancla soltada.

—¿Crees a tu padre capaz de orquestar esto?

—Creo a mi padre capaz de cualquier cosa. Intentó colarme cocaína cuando estaba con Tata en el Centro, así que imagínate. No es casualidad, nada de todo esto lo es.

—Bien haré lo que me pidas. Lo investigaré.

—¿No le dirás nada a Oliver? —pedí.

—La duda ofende, Eva, ¡por Dios!

—¿Qué sabes de Alberto? Me extraña que no haya venido a verme.

—A mí no.

¿Eso era un gruñido? Alberto no daba señales de vida desde la tarde en el café de Julietta.

Todo salió a pedir de boca. Oliver y yo pasamos las horas hablando por Skype, mientras mis resultados estaban pendientes. También justo antes de entrar a quirófano para la esplenectomía (extirpación del bazo), por cierto reímos durante horas aprendiendo a decirlo correctamente. No hubo más súplicas ni renegociaciones. Tan solo horas de conversación y risas. Oliver tenía la calma y la elegancia de su madre, pero

todo lo demás era un enigma. Como la curiosidad mató al gato, ahí fui yo directita al matadero. ¿Para qué diré nada?, o más bien, ¿por qué no leí las señales? Yo ya estaba de alta en casa y Tata pasaba unos días con nosotros, lo que se traducía en cuatro kilos más para mi trasero, una paz peculiar y mansa.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —contestó el enfermo.

—¿Y tu padre? No me he atrevido a preguntar antes, pero... ya sabes, no sé quedarme con las cosas dentro.

—¿Qué has cenado?

—Tata ha hecho gachas con chocolate.

—¿Con el calor que hace?

—Sí, me consiente mucho. No me despistes.

—Mi cena ha estado muy bien, un filete de ternera con una salsa francesa, no recuerdo ahora mismo el nombre.

—¡Oliver! Esto no es Master Chef, no me vas a distraer con la comida.

—No quiero hablar de mi padre, Eva. ¿Y de postre?

—Natillas de galleta. Pero ¿vive? Compréndeme, quiero saber si tengo que dar el pésame a mi suegra o algo.

—No estoy muy seguro de la respuesta. Yo todavía tengo bizcocho del que me mandaste con Antonio. No le he dado a probar a nadie, es mi regalo y me lo comeré yo solo.

—Qué tonterías dices.

Logró sacarme una risa y distraerme un poquito más, pero solo un poquito.

Dispuesta a guerrear una noche más, decidí darme la vuelta delante de la cámara y empezar a sacarme la camiseta por la cabeza. Inocentemente dejé ver a Okley lo que se perdía por morder su lengua.

—¿Qué haces, Eva?

—Cambiar-me.

—Date la vuelta, quiero verte.

Esa voz seca, esa orden que ponía el vello de mi piel a pasar fila en el ejército.

—Contéstame —dije tan sensual como pude mientras sostenía una carcajada.

Un suspiro ronco y malhumorado salió de él.

—Allicia y él se veían, yo me enteré y quise evitar que mi madre sufriera, pero

fue imposible. Al menos conseguí que desapareciera de nuestras vidas por mucho tiempo. Espero que el suficiente para que mi madre rehaga su vida y deje de sufrir por él.

Tragué saliva, quién me mandaría a mí meterme en los asuntos de alcoba de mi suegra y la ex de Okley. Puf, vaya desastre, ese era un buen cubo del que tirar. Pobre Elena, seguro que por mucha ternera cara que comiera sus cubos olían a letrina igual que los míos.

—Lo siento.

—¿Preguntarme o chantajearme? Lo primero lo comprendo, lo segundo me ha puesto de muy mal humor. Date la vuelta, Eva. Quiero verte.

Esa seguridad de nuevo, esa que te hacía

correr mientras te quitabas la ropa y te pellizcabas los pezones. Vaya imagen.

—Creo que ambas.

Obedecí, y le dejé ver mi sujetador de ovejitas. Ya lo sé, ¿a quién se le ocurre?

A mí. A Eva.

—Quítatelo.

—¿Estás solo?

—Claro. No te lo pediría si el enfermero hermafrodita estuviera aquí conmigo. Te quiero solo para mí, Eva. Muy feo y muy desagradable era ese enfermero, se había ganado el mote a pulso. Llevé mis manos hacia atrás y desabroché el sujetador dejándolo caer sin vergüenza delante de mí, saqué los brazos despacio y recogí la goma del pelo de mi muñeca para cogermelo

cabello en una cola alta. A Oliver le gustaba mi cuello y se lo iba a prestar por un ratito. Subí mi barbilla y decidí jugar un poco. Lo echaba tanto de menos.

—Me gustaría que estuvieras aquí conmigo ahora. Y que me besaras aquí —señalé la piel justo debajo del lóbulo —, y aquí, y aquí, hasta llegar aquí. Oh, sí, campeón. Me gustaría que besaras y adoraras cada uno de mis pechos con esa maestría tan Okley y esa braveza de Ogro. Ahora mismo, si tuviera que diseccionar las personalidades múltiples de Oliver, no sabría cuál escoger. Sexo digital... ¿Sería capaz?

—Cariño, ha llamado el enferm...

No, esta noche no tendría sexo digital ni telefónico ni nada de nada. Elena había irrumpido en la habitación mientras yo me desnudaba para Oliver. No había libido que sobreviviera a eso. Contuve una sonrisa, no sé si por diversión u osadía, pero de nuevo hasta el sexo frustrado me hacía sonreír con este hombre. Al menos, ya sabía que, bajo ningún concepto, debía mencionar al padre de Oliver en ninguna conversación en este espacio temporal o universo. Y punto.

La fiebre de Oliver no había vuelto a pasar los treinta y ocho grados desde que abandonó mi habitación, así que doce horas después de salir de

reanimación su doctor no tuvo más remedio que bailarle el agua y permitirme subir a verlo. Estaba francamente nerviosa inspirando y espirando detrás de la puerta cuando una voz de mujer la atravesó:

—¡Cielos, hijo! Eres insufrible. ¿Te quieres estar quieto? —Un gruñido en respuesta y la voz de la mujer cada vez más afilada—. No tienes permiso para levantarte y te aseguro que no vas a salir de la habitación. —Otro gruñido en respuesta y la voz de la mujer un poco más afilada—. ¡Que no! ¡Oliver Gustavo Okley vuelve a meterte en la cama ahora mismo! ¿Dónde narices se ha metido esa mujer?

—Aquí.

Los gruñidos cesaron. Elena enrojeció ligeramente, dejando salir el aire y cogiendo el bolso del armario abandonó la habitación como un abanto. Al parecer, su hijo había minado su calma y regateado a su paciencia. Mi maltrecho adonis estaba sentado en el borde de la cama buscando el suelo con los perfectos dedos de sus pies.

—¿De verdad me quieres tanto como dices, Eva?

¿Qué?

—Claro —contesté antes de atreverme a acercarme.

—Pues ayúdame a llegar al baño, por favor.

Suplicó y solo entonces me percaté de ese bailecito tan peculiar de los

hombres cuando necesitan hacer pis...
¡anda! ¡El príncipe también hace pis!
—Creo que por ahí hay un artilugio para
que no te tengas que levantar de la cama
—piqué.

—Por favor, Eva, permíteme conservar
el poco orgullo que me queda.
Su carita se ponía roja sin necesidad de
decirle la palabra mágica. Pobre. Planté
un rápido beso en su mejilla que él
aprovechó empujando su cabeza hacia
mis labios. Coloqué mi hombro debajo
del suyo para ayudarle a llegar hasta el
baño y andamos despacio, no por el
dolor, sino porque aún estaba un poco
mareado por la anestesia por pasar
horas tumbado. No me permitió más
ayuda una vez dentro, así que como

cualquier impaciente mujer, di vueltas por la habitación, rogando no tener que entrar a recogerlo de nuevo del suelo. Reorganicé la mesita auxiliar veintitrés veces y estiracé quince las sábanas. Y como no, coloqué mi regalo justo a los pies de la cama.

—¡Eva! —me llamó y mis manos temblaron. ¿Qué le ha pasado ahora? Cuando irrumpí en el baño estaba sentado sobre la tapa del váter con la cara lavada y el pelo humedecido. La barba de varios días sobre su piel blanquecina lo convertía en un sexy y abandonado gatito que jugaba con mis recuerdos. Había cambiado su bata de hospital por un pijama de raso gris. Pretendía darme una imagen diferente,

más fuerte y recuperada, tal y como yo
había hecho unos días antes.

—¡Qué glamour! —bromeé.

—Calla y ven aquí —pidió.

—¿Cómo te encuentras? —Quise saber
mientras me acercaba a él y me agarraba
fuerte, abrazando mis muslos y
apoyando su cabeza en mi vientre.

—Mucho mejor ahora —besaba
tiernamente mi barriga por encima de la
ropa—, agotado, pero mejor. —Sonrió.

—Te he echado de menos —confesé
mientras deslizaba mis dedos entre su
pelo —, mucho.

La suavidad de su pelo y su respiración
en mi vientre eran chispas más que
suficientes para prender mis hogueras,
aún rescoldos de sus últimos besos. No

podía entender cómo este hombre había derribado todo a mi alrededor, no dejando más que pasiones, necesidades y dependencias de las que en días no lejanos, habría corrido despavorida. Sin embargo, Oliver era un núcleo que ejercía sobre mi cuerpo una gravedad literal, real y visceral. Yo, a duras penas, lograba mantener la distancia que garantizara mi cordura en momentos de crisis. Y este estaba siendo un esfuerzo que minaría mis defensas durante semanas. Jamás podría decirle que no. Poco a poco fue subiendo mi camisola y deslizando sus manos hacia mi pecho colocándome entre sus piernas abiertas y la mezcla de recuerdos y anticipación se me antojaba más deliciosa que la más

perversa imaginación. Recordar sus dedos sobre las teclas de mi piel y la melodía salvaje que resultaba de sus empeños... mmm. Su barba, más larga que nunca, cosquilleaba en mi vientre, provocando que me retorciera entre sus manos.

—Yo también te he echado de menos, princesa. Te he deseado tanto... te deseo tanto —confesaba a mi piel enfebrecida a la vez que hundía su rostro entre mis pechos—. Tengo tu olor grabado a fuego en mi memoria, Eva. No hay fuerza humana, animal o sobrenatural que me haga apartarme de ti.

Ahí estaba mi cazador de dragones clavando su pica en el suelo y gritando

su victoria.

—Bésame, príncipe valiente, y recibe tu recompensa, Ogro Cazador de Dragones.

Caprichoso tiempo detente, detente ahora y déjame aquí soñando por y para él. Por un futuro probable y una vida intensa de placeres y sentidos exagerados. Experiencias efervescentes que rescatan guerreros perdidos.

Tiempo detente en su mirada y congela la mía frente a sus ojos porque no quisiera perderlo de vista jamás. En el «jamás más lejano» que se concibe en los cuentos. En ese que nadie ha sido capaz de demostrar. Déjamelos aquí sentado en el inodoro de un hospital recuperado de sus heridas y

brindándome las batallas que le
convierten en el «elegido escogedor». Y
dame tiempo, tiempo para demostrarme
que mi valor también es medible y
cuantificable. Deja envejecer mis
fantasmas y dame la eternidad que se
gana el amor. Cambia mi espacio por el
tiempo. Llévate cada centímetro
cuadrado que no huela a él y déjame
unas horas más mi peculiar tortura.
Dulce locura. Y soplando al tiempo para
congelarlo nos miramos más allá de los
ojos y nos conformamos ambos al
descubrir que jamás estaríamos lo
suficientemente cerca. Sin consuelo.
—No tienes idea de todo lo que
significas para mí, Eva.
Yo negaba con la cabeza.

—Sí que la tengo. Significo para ti todo cuando tú significas para mí.

—Gracias.

—Mi nariz picaba.

—¿Por qué?

—Por no dejarme caer.

—Me coloqué de rodillas entre sus piernas y mi rostro quedó a la misma altura que el suyo.

—Yo soy una superviviente y te necesito para mantenerme a flote. No me bendigas.

—¿He pasado mi prueba, Eva?

—¿Qué prueba?

—¿Confiarás en que no me marcharé detrás de alguien menos guapo, listo o inteligente?

—Confío en que no te dejaré ir detrás de

nadie. Estaré siempre tan cerca que no podrás mirar hacia ningún otro lado. — Sonreí convencida de mis propias palabras.

—Pensé que me ibas a dejar, Eva. Cuando me mandaste a sobrevivir, pensé que me pedías que lo hiciera sin ti.

—Eso es precisamente lo que te pedí, Oliver. El problema es que yo no he podido cumplir con mi parte. Soy yo quien tiembla por las noches porque no es capaz de calentar sus pies. Soy yo quien duerme en una silla mirando la cama vacía. Somos Alejandra y yo quienes no podemos estar sin ti.

—¿Sobrevivió? ¿La orquídea sigue viva?

—Oh, sí, ella también ha ganado su

batalla.

Doy fe.

—Bésame —ordenó.

—No sabré parar.

—Lo haré yo.

—Tú no lo harás.

—No, no lo haré. Solo bésame. —Nos mirábamos los labios como al último cubito de hielo en el desierto. Y esa sonrisa tan tierna que derrite un iceberg.

—No me vuelvas a dar otro susto así —le rogué.

—Nunca. No te vuelvas a apartar de mí.

—Jamás —prometí —. Bésame.

Comenzamos caricias que se deslizaron, sellando cada una de las palabras que nos habíamos dedicado. La levedad de una caricia que traspasa la piel hasta

impregnar el alma de pasión. Manos que recorren el cuerpo tímido hacia el rostro para agarrarse a la realidad de la forma en la que lo hacen los amantes. Yo sosteniendo su rostro entre mis manos y él sosteniendo el mío entre las tuyas explotamos en un choque de ferocidad. La necesidad más antigua que el Big Bang. Mi lengua recorrió sus recovecos y su boca devoró mis labios como a ese único cubito. Mordisqueó la línea de mi mandíbula hacia el cuello, la oreja y la nuca estrujando, lamiendo y aspirando en el encuentro más sensual que habíamos protagonizado hasta ese momento. Me dejaría hacer y le haría el amor en este lugar, en el baño de un hospital, en el suelo, sin pestillo, sin

almohadas, sin baladas...

Sin saber cómo me encontré de nuevo de pie, con la espalda en la pared y sin blusa, desabrochando con lujuria los botones de su pijama que saltaron repiqueteando contra el lavabo, reímos. Acaricié y arañé su pecho, provocando que gruñera y se retorciera. Respondió estrujando mis pechos y succionando mi pezón en su boca hasta provocar ese pinchazo familiar que viajaba decidido hacia mis partes recién resucitadas, lamiendo y consolando después como solo la experiencia sabe hacer. Lo deseaba tanto, tanto que dolía. Su mano derecha se deslizó por mi muslo estrujando y masajeando, ¡mentira! Encendiendo, prendiendo una reacción

enfermiza de mi cuerpo que ascendía en una espiral de calor y autocombustión que había añorado con desesperanza. Yo rebuscaba en su pantalón ansiando mi premio y fue a dar con una erección pretenciosa. ¿Quién se detenía ahora? ¿Quién diría que el propietario de ese miembro era un pobre gatito enfermo con cara de no haber roto un plato en la vida?

—Oliver... —Alcancé a articular.

Su respuesta fue un alarido animal y un puñado en mi nalga que me obligó a enroscar mi pierna en la suya y recibir un embiste que me llevó al cielo tan solo con una promesa. Al cielo y al grifo de la ducha que se abrió y nos empapó en cuestión de segundos.

El agua helada lejos de apagar cualquier fuego le dio un aspecto mucho más sexy que me hizo hincar las rodillas en el suelo, sentarlo en un pequeño taburete, y tirar de la cinturilla del pantalón. A partir de ahí todo me pareció posible. Gotas de agua se deslizaron entre el vello de su pecho hacia el torso y yo las capturé justo debajo de su ombligo con suaves lametazos que detuvieron su respiración. No dejaba de sorprenderme lo fuerte y poderosa que me hacía sentir tenerle entre mis manos, sujeto y expectante a mis atenciones. Con mis dedos bajo la cinturilla de su pantalón fui tirando de ellos hasta anclarlos bajo sus glúteos, liberando su imponente y olvidada erección. Había echado de

menos todo de él, incluso sus «no lo entenderías» y los eternos «no te preocupes por eso» o como olfateaba en mis cubos de mierda hasta convertirlos en adornados maceteros.

Lo besé y lo lamí sacando de él hasta la última gota de deseo que supe aguantar dispuesta a tenerlo de nuevo en mi boca.

—Eva, yo... yo quiero hacerte el amor —aseguró entre suspiros y sus ojos clavados en mis gestos que acariciaban sus testículos.

—No me vas a hacer el amor aquí, acabas de salir de una operación, relájate y déjame cuidar de ti —le pedí y no sabía si me equivocaba. Yo también sé que puede parecer un poco enfermo, pero si lo vierais delante

sabríais que necesitaba descansar. Mi
pervertido jefe necesitaba saber que lo
deseaba tanto como él a mí y mis
dragones habían escapado en retirada.
—Quizás bajemos así esas últimas
décimas de fiebre.

Capítulo 26

Convivencia

La vuelta a la normalidad puede ser excepcional

Ay... la culpa qué pésima consejera. Después de nuestro efímero e intenso encuentro sexual, Oliver estaba agotado y mojado. Le ayudé a colocarse otro pijama seco (de la docena que había en el armario, cosas de ricos) y le sequé el pelo con la toalla mientras no paraba de

ronronearme como un bebé satisfecho.

—Eva... —Reconocí inmediatamente la voz de los problemas—. Tengo que contarte algo.

—¿Puede esperar?

—Sí, pero no quiero hacerlo.

—Habla.

—Allicia ha aparecido muerta.

¡Y vamos a por la media docena de búfalos!

—Lo sé, a pocos metros del hostel donde yo aparecí. —Se giró en busca de mi mirada—. Me lo dijo Ian.

Una ceja se alzó mientras la otra siguió en su lugar. Guau... también estaba guapo así.

—¿El investigador García?

—El mismo.

—¿Lo llamas Ian?

—Sí, ¿te molesta?

—No.

Mintió como un bellaco. Pero lo dejé pasar.

—¿Cómo te sientes?

No en vano había pasado de ser un hombre casado y traicionado a un viudo de treinta y tantos.

—Acabas de hacerme un hombre francamente feliz en el baño, así que decirte que me entristece sería un poco hipócrita, pero no me alegra en absoluto. No suelo desear mal a nadie, pero si ha tenido algo que ver con lo que te ha ocurrido a ti...

—Debiste de quererla mucho.
Di por finalizada su sesión de

peluquería y le abrí la cama para que se acostara a descansar un rato. Mientras se acomodaba me acerqué a la ventana. Yo también había cambiado mi ropa mojada por un pijama de florecitas para pasar la noche con él.

—No lo suficiente —contestó.

No quise preguntar más. No quería otro fantasma al ir a dormir.

La compañía de Tata en casa me había ayudado a sacar la tensión de los últimos días: el secuestro, el video y la posible y cruel realidad de que podría perder a Oliver. Aun así comenzaba a ser familiar esa opresión en el pecho que te pide correr y esconderte debajo de un camión. Debía de encontrar una forma de canalizar esa necesidad de

Oliver a mi alrededor y solo se me ocurría un par de maneras que me harían sentirme culpable de nuevo. ¡Había que joderse! El hombre más perverso y sexual del mundo escogía mi cama para pasar sus noches y se transformaba en un abuelito conservador. Se me apretaron los labios, sofocando la risa al imaginarlo sentado en el pilar de mi pueblo en tierras cordobesas con boina y garrote. Mmm, mi Córdoba querida. Deambulaba en mis pensamientos cuando Oliver decidió retomar una conversación que yo había dado por cerrada.

—Se quedó embarazada.

Redonda como un bizcocho mi cara era un ocho. Se te acaba de caer el garrote,

campeón...

—Am... —Intenté mantener la boca cerrada, pero no fui capaz—. ¿Qué pasó?

No lo miraba, algo pasaba fuera de la habitación, y el paisaje resultó aún más interesante. Mentira, no quería que viera que la curiosidad me corroía como el limón en una pupa.

—En la décima semana, el embarazo se paró y, dos semanas después, me casé con ella.

Eso suele ser al revés, Okley...

—¿Tu familia lo sabe? —pregunté.

—Mi madre y mi padre, sí.

—¿Y cuál es tu culpa? Un aborto espontáneo antes de las doce semanas es más común de lo que nos gustaría.

—No lo quería. Ni al bebé ni a ella.

—Eso no te convierte en culpable.

Hice ademán de acercarme a la cama, pero me indicó que no lo hiciera. Esta era una nueva lista y había llegado tarde.

—Eso me cargó de culpabilidad. Alicia lo pasó muy mal, no quería salir de casa, no paraba de llorar... decía que se sentía...

—Inútil y vacía. Como si no hubiera sido capaz de cuidar de su bebé. Estaba convencida de que había hecho algo mal. Un esfuerzo excesivo, falta de reposo, comer demasiado poco, agotamiento, falta de ilusión. Todo le parecía culpa suya.

—Eva, lo siento. No lo sabía, eso no... Su mirada se afiló en mi dirección.

Claro que no lo sabía. Solo dos personas lo hacían, no podía aparecer en un *superdossier* manila.

—Eso no aparece en mi historia, lo sé. Lo perdí a las catorce semanas. Estaba limpia, no hace falta que lo preguntes. Ya estaba en el Centro y no te niego que lo busqué. Estaba cansada de estar sola. Quería ser buena madre, ya que como hija había sido un desastre.

—Tú no eres pésima en nada, dulce Eva.

Qué corazón tan grande. ¿Cómo pude dudar de él?

—Estuvo bien lo que hiciste por Alicia, pero no creo que lo supiera aprovechar. A la cuenta de tus agujeros. En fin. Que puta costumbre pensar mesa, y decir

silla.

—No era mío. El bebé no era mío. Me lo dijo la noche que tú y yo nos conocimos. Supongo que quería escupir sus pecados antes de acabar conmigo. ¡Joder con la Alicia! Nada que ver con la de los cuentos y su país de maravillas.

—¿La creíste? Esa mujer quería matarte, te hubiera dicho cualquier cosa para hacerte daño.

Yo también he sido mala. No tanto, pero... ¡Mierda! ¿El padre? Me pellizqué el muslo, esta vez sí que tenía que darle la vuelta a mi lengua y tragármela.

—De cualquier modo ya no importa. Ambos están muertos y tú estás aquí.

—No me ha gustado cómo ha sonado eso.

¿Condición sine qua non?

—A mí tampoco.

Esa sonrisa conquistadora. ¡Quítala!

¡Quítala!

La suite del hospital era exquisita. De esas que solo vemos en alguna que otra película. Amplia y con grandes ventanales que me hacían sentir en casa, contaba con un delicado living con dos grandes sofás de piel y una enorme televisión de incontables pulgadas, así como numerosos artilugios varios a su alrededor. Junto a la cama Oliver había mandado colgar mi regalo, una de las fotos del amanecer tomada desde el ático. En ella, desenfocados, aparecían

también los primeros brotes de Alejandra después de su cercana experiencia con la muerte floral. La sonrisa de Oliver me alimentaría por semanas. Un pequeño office y al baño solo le faltaba el jacuzzi (porque los ricos no tiene bañera, claro). Eso me recordó algo, así que puestos en confesiones me senté en el sofá frente a la cama hospitalaria reglamentaria donde Oliver descansaba y le solté mi última cajita con peste.

—Tengo que contarte algo. —Su cuerpo se tensó y pude verlo.

—¿No puede esperar? —me imitó.

—No mucho, no te he visto enfadado aún y no me gustaría hacerlo.

—Si es así de malo ven a mi lado que te

pueda dar una nalgada. —Le obedecí, esta distancia en la conversación me había estado matando.

Cuando llegué a la cama ya me había hecho un hueco para que me tumbara junto a él, pero no lo acepté. En lugar de eso subí una pierna a la cama y me senté frente a él tomando su mano entre las mías. Jugué con sus dedos y sus uñas perfectas. Era el único hombre cuyas manos admiraría por horas, tan diferentes a las de Chalis.

—No trabajo para vivir, quiero decir, sí, claro que trabajo para vivir, pero no me hace falta. Bueno, falta sí porque no sé vivir sin invertir mi tiempo en algo que no me produzca dolor de pies. No me gusta lo que tengo y no lo he querido

durante mucho tiempo. Ricardo lo quiere y Ade también, pero yo no. Lo tiene Tata y lo sabe Alberto. No, no me gusta pensar que... que él sabe más de mí que tú. Me he comprado una tienda de muebles ja ja ja... ¿a qué es divertido?

Nooo, no estoy nerviosa ni digo gilipolleces. Ni me atranco como Pablo Picapiedra. ¡Joder, Eva! Oliver aprovechó mi agarre sobre sus dedos para tirar de mí hacia la cama y tumbarme a su lado tal y como había deseado desde el principio. Cogió mi cara entre sus manos y entrelazó una pierna entre las mías para capturarme en un beso arrasador bajo su cuerpo que contuvo mi respiración. Como tantas

otras veces, no pidió permiso ni avisó, entró sin llamar recogiendo todo lo suyo, convirtiéndome en una húmeda y temblorosa mujer que a duras penas lograba contener la ferocidad de sus labios, tan deliciosa como despiadada. Me besó con esa decisión con la que me había robado los primeros besos sin saber aún que yo le había puesto un busca «a su corazón».

Se lo devolví poco a poco, tomando su ritmo como el mío y deslizándolo con libertad por debajo de su pijama rojo, empujándole con la pelvis allá donde él se había plantado como un tronco del placer. Agarró mi pelo para perder mi rostro entre sus labios y no detuvo sus besos nada más que para

lamer y soplar en la piel justo delante de mi oído, en ese lugar que me hacía retorcerme de una forma peculiar que él controlaba a la perfección.

—Te quiero, Eva.

Me susurró en el oído mientras yo clavaba la mirada en el balcón de la habitación y en el testigo sol. Nadie había sido tan dulce y tan perfecto. Los temores me hicieron estremecer.

—¡Ja! ya sabía yo que me querías por mi dinero.

Hablé mientras le obligaba a encontrar mi mirada y exigía una explicación para su romántica reacción. Colocó sus manos a ambos lados de mis hombros en una jaula de piel y hueso.

—Alberto mencionó algo aquella

primera vez que discutimos en la puerta de tu casa, cuando desapareciste una semana y te busqué como un loco.

Concretemos, maníaco acosador.

—¡Lo sabías! ¡Lo sabías desde el principio! ¡Y no me dijiste nada!

Me escabullí de la cama en un segundo, golpeando su mano con mi hombro.

—Eva, para, no te enfades.

—¿Qué no me enfade? ¿Por qué habría de hacerlo? Lo sabes todo de mí y tú no me cuentas nada.

—Te estoy contando, ahora.

—Te ha hecho falta casi morirte, Oliver. Estoy cansada de que todo sea tan complicado. Retorcido. Una vuelta, otra revuelta, secuestros, enfermedades, esposas locas, exnovios. Todo esto me

supera.

—Eva, espera, Eva. —Me dirigí al sofá para recoger mi bolso.

—¡Basta! ¡No me vas a callar más a golpe de beso, Oliver, es cruel!

—Nunca me habían dicho que mis besos son crueles. —Sonrió.

Oh no, no, no, eso sí que no.

—Vete a la mierda, Oliver, si piensas que esto es divertido, vete a la mierda. Su rostro se enrojeció con tal intensidad que casi me preocupé, pero inmediatamente después exploté de la risa. Me recordó al Pato Donald enfadado, juro que casi vi salir el humo de sus orejas. Finalmente, tendría que reconocer que me faltaba algún tornillo. —Oh, no, Eva. No me vas a mandar a la

mierda y después a partirte de risa a mi costa. Si hay alguien que podría enfadarse aquí soy yo que tuve que enterarme por tu ex de que eres propietaria de hectáreas de cultivos en Córdoba y que tienes donados la gestión y los beneficios mientras te desvaneces entre mis manos por el agotamiento y el trabajo excesivo.

Se colocó estratégicamente entre el living y la puerta de la habitación.

—Tú no preguntaste —respondí acorralada.

—No hay lista en el mundo que nos dé todas las respuestas. No niego que fue una buena idea, pero no pienses que ahí se acabó todo porque hay infinidad de cosas que necesitamos conocer el uno

del otro.

Mi pecho comenzó a vibrar de nuevo. Se inflaba y desinflaba demasiado rápido y me picaba la nariz como si hubiera cuatro hormigas jugando al escondite. Si me empezaban a picar los ojos me escondería en un cajón. No quería más ataques de pánico. Oliver siguió hablando, aprovechando mi silencio, suertudo.

—No lo podemos saber todo el uno de otro, tampoco creo que sea necesario para vivir sea lo que sea lo que está pasando entre nosotros. No creo que los fantasmas pinten nada en esta historia.

—Hablas raro.

—Me he levantado demasiado rápido y

me... me he mareado un poco.

Tendió una mano hacia mí y yo me apresuré como un rayo a cogerla y guiarlo hasta el sofá, la superficie segura más cercana.

—¿Seguro que es eso? —Le ofrecí mi lata de Coca-Cola que estaba sobre la mesita frente al gran sofá, ya sin gas—. Lo siento —dije mientras bebía—, yo tampoco sé hacer esto.

—¿Qué hay de aquello de «tendremos que aprender juntos»?

La primera vez que tuvimos sexo en mi casa.

—A veces es difícil, me pierdo entre tantos problemas.

Se tumbó en el sofá y colocó su cabeza entre mis piernas. Volvía a tener su pelo

a mi alcance.

—Yo creo que podría ayudarte.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Creo que debes decirme de una vez que me quieres.

¿Qué?

—Yo ya te he dicho eso.

—No, no lo has hecho. Créeme que me acordaría.

—Yo estoy enamorada de ti.

—Pero no me quieres. Aún no has decidido si me quieres en tu vida.

—Eso no es cierto, no quiero perderte por nada del mundo —gruñí, arañando mis palabras con coraje por su duda.

—Tampoco quieres perder a Tata o a Antonio.

—No me hagas esto.

—No me lo hagas tú a mí. Aún buscas razones para crucificarme y volver a ver en mí al ogro del que protegerte.

Constantemente, me alejas con juicios que sé que no sientes. Eso tiene que acabar por tu bien y por el mío.

¿Cómo te digo ahora que te quiero y que suene sincero? No es justo para ti tampoco.

Guardamos silencio durante largos minutos durante los que yo seguí acariciando su pelo y él cerró los ojos disfrutando de mi tacto y profundizando su respiración. Cuando lo creí dormido dejé mi cabeza caer y suspiré. Este hombre traía más extras que el famoso Porsche Panamera y yo cargaba con demasiadas maletas para un excéntrico

deportivo.

—¿Qué piensas? —su voz me hizo dar un respingo. Por una vez le dije exactamente lo que estaba pensando.

—En el Panamera. Fijo que todas mis mierdas no caben ahí dentro.

—Tiene un maletero muy amplio, te sorprenderías —contestó, siempre haciendo mi carga más ligera.

—Y litros de pintura encima según tengo entendido. ¿Por qué no me lo contaste? Y me di cuenta de algo, teníamos tantas cosas que contarnos que era imposible terminar cualquier conversación. Mis ganas de conocerlo todo de él eran ingentes.

—Me pareció que nuestra conversación era mucho más importante que el coche.

No es más que un objeto bonito, pero nada más. De todas formas tengo que pedirte disculpas. Fue Alicia quien destrozó el coche y la ignoré, le quise restar importancia y acabó escapando de todo control y pagándola contigo. —
Mantén sus ojos cerrados.

—¿Tan seguro estás de que ha sido cosa suya?

—Eso lo tengo por seguro, lo que me preocupa es que ha necesitado ayuda de alguien más.

—No quiero hablar de eso —confesé.
Mi respiración comenzaba a acelerarse y dejaba de ser mía. Volvía a ser pasto del terror.

—Yo tampoco —añadió.

—¿Ha hecho algo así antes?

—No es la primera vez que la paga conmigo, aunque nunca antes había intentado matarme... —Sonó reflexivo.

Menos mal—. Pero nunca se había interesado por alguno de mis amantes.

—Entonces, ¿qué ha cambiado ahora?

—Creo que nunca lo sabremos.

Intenté dejar el tema, lo juro, pero media docena de preguntas planeaban en mi mente como las lunas de Saturno.

—¿Y lo del video? ¿Has podido comprobar que fue ella? No me apetece hablar de ello, insisto, pero tampoco podemos obviarlo. ¿No tenía un acuerdo de confidencialidad?

—Lo tiene.

—No, no lo tiene.

—Sí lo tiene, Eva, está en mi despacho.

Sé que suena raro tratándose de mi esposa, pero sabes que las prácticas sexuales...

—Para, para. Insisto, Oliver. El acuerdo de confidencialidad no está en tu despacho. Cuando Alberto me dijo lo del video fui a la Torre y... y lo vi, el video. Bueno yo y todo el servicio. Y luego subí a tu despacho para saber qué había querido llevarse la noche que te disparó. Forcé el armario y comprobé que se trataba de los acuerdos. El suyo no estaba. Buscando me tropecé con la carpeta de Alberto y tampoco había nada. Siento haber violado tu intimidad de esa forma, pero estaba furiosa y...

—Eva, Alicia volvió a firmar el acuerdo el mismo día que lo firmaste tú.

Mi abogado me entregó la copia.

—Pues en tu despacho no está. Llama a Nacho y que lo compruebe.

¿Por qué Alberto tiene un acuerdo de confidencialidad y Cata no? Yo tampoco lo tuve hasta que... hasta que tuve demasiado información de Okley. Yo solita me contesté, Alberto sabía demasiado de Oliver. ¿Qué significaba eso?

—Bien, después lo haré, pero ahora tengo frío y quiero gominolas.

Temí lo peor y mi lista de preguntas desapareció. No quería, por nada del mundo, que la fiebre volviera, así que me levanté y llamé a la enfermera para que le tomara la temperatura. En dos cortos minutos una chica joven y amable

llegó a la habitación. Su temperatura era normal, así que nos propuso ver una película en el televisor de la habitación y acabamos acurrucados en el sofá, tapados con una manta rosa y viendo Moulin Rouge de Baz Luhrmann. Una película preciosa, una de mis favoritas sin duda, pero acabé dormida y con la baba caída sobre el pecho de Oliver. Una vez más.

Capítulo 27

Algo estúpido

El momento es adecuado. Tu perfume embriaga mi mente. Las estrellas se vuelven rojas y la noche es azul. Y entonces, lo arruino todo diciendo algo estúpido, como: «te amo»

The time is right. Your perfume fills my head. The stars get red and oh the night's so blue. And then, I go and spoil it all by saying something stupid, like: I love you

I love you...

Me había hecho de rogar vilmente y había logrado varias concesiones de Oliver para que me quedara con él una noche más. Ya contábamos la cuarta. Aún le producía cierto temor quedarse solo y a mí se me retorció el estómago de pensar que no estuviera aquí cuando volviera por la mañana. Enfermizo, sí, pero real. Además me daba pánico conducir sola hasta casa. Por si mis búfalos se sentían solos les traía un nuevo dragón: el cagaditis mieditis cochedáptilo, volver a conducir a Carlos sería difícil, pero no imposible. En la impresionante ducha del hospital seguía tarareando la banda sonora de la

película días después de verla.

—Piensas que es estúpido, ¿verdad?

La voz de Oliver me hizo dar un salto y un gritito que dejó mi dignidad en las tuberías de desagüe.

—Me has asustado, no te he oído entrar.

No me mires así, Ogrito, que al final la tigresa te va a amaestrar como a un tierno caniche. Al girarme encontré a Oliver con la mirada calculadora de un cazador, caliente como el sol de agosto. Sus ojos pasearon por todo mi cuerpo sin pudor alguno. Esa desvergüenza que había echado tanto de menos y por la que suspiraba medio mundo. Un trasfondo oscuro en su mirada que irradiaba esas promesas a las que ya no era inmune, sino un ratoncito indefenso

frente al rey de la selva. Ese cuyo rabito pisa el león para decidir si lo devora o no después de la siesta. No, no es cierto. Mi león ya había decidido lo que quería hacer con el ratoncito. Y yo tendría que hacer mutar al ratoncito para que le diera batalla. Me hacía falta un buen revolcón ya, pensaba demasiado.

—Oh, dulce Eva. Créeme que haces bien en asustarte.

Metió su brazo bajo el agua y agarró mi mano aún entre la espuma de mi cabello, tirando de mí hasta su cuerpo semidesnudo. Muy caro y muy exclusivo todo, pero ni mampara ni cortina en la ducha. De espaldas a la puerta no lo había notado entrar y, sin embargo, podía adivinar que llevaba su buen rato

mirándome mientras me duchaba.

—¿Qué hay del derecho a la intimidad, señor Okley?

Enfádate Okley, Okley, Okley.

—No es culpa mía que resultes tan deliciosa antes mi ojos, supongo que la intimidad es un extra del que tendrás que desprenderte próximamente.

Mis ojos se abrieron como los portones de una catedral. Tú también los habrías abierto si junto a sus palabras hubieras recibido el doloroso encuentro con un pene peligrosamente erecto, escondido tras la suave seda del caro pantalón de su pijama. ¿Y este hombre estaba enfermo? ¿Es que no era humano?

Mientras, esas poderosas manos cuyos encantos y habilidades reconocería entre

diez millones de voluntarios, estrujaban mi trasero levantándome del suelo en su busca.

—Eres peligrosamente adictiva para mí, Eva. Te está salvando que he convertido tu vida en un laberinto de infortunios. En otro caso, no habría forma en que pudieras mantenerme fuera de ti.

—¿Eso es una promesa o una advertencia Mr. Ogro?

Enciéndete más y pínchame.

Su cuerpo se movió con la calma de un asesino experto y la decisión de un conquistador hasta susurrar en mi oído un aliento que me recordó que «la respiración» era un acto más que necesario para mantenerme despierta y alerta. Nadie, nadie jamás había

deseado más a este hombre, apostaría mi vida en ello.

—Ambas. Voy a pasar toda la noche pensando en cómo vas a recompensarme por tus intrigas, Eva. Tu diversión a mi costa va a adquirir un precio cuanto menos peculiar.

Sus palabras acariciaban esa piel sensible justo delante de mi oído, enviando corrientes eléctricas que mi cuerpo recibía en forma de calor bajo la premisa física de que la energía nunca desaparece, sino que se transforma. Sus advertencias se convertían en calor al atravesar mi piel, esa era toda transformación que alcanzaba a entender.

—¿Me vas a castigar? —inquirí aventurándome—, ¿o quizás, vas a

establecer un nuevo impuesto para pagar tu mal humor y tu poca tolerancia a la crítica?

Quiero jugar, Ogro. ¿Lo ves? Te echo mucho de menos. Sin contestarme se arrodilló frente a mí y hundió su cabeza entre mis pechos ya duros como piedras entre el deseo y el frío al salir del agua. Besó y mimó la curva bajo mis senos, rodeándolos como a los más preciosos pasteles mientras, tan suavemente como él mismo se permitió, los masajeaba trazando esos círculos que lejos de ser molestos jugaban arrebatados con las gotas de agua que corrían por mi piel en busca de algo innombrable. Y frente a la telaraña de sensaciones que iban ocupando mi mente como una capa

oscura que apagaba la luz de la razón, sentía sus labios sobre mi piel a la vez que deseaba e imaginaba el devastador efecto de sus labios sobre mis pezones. Esa succión tibia y esos dientes violentos. Imaginando... imaginando... me movía detrás de él, persiguiendo su rostro con mi pecho en una extraña súplica. Tendríamos que hablar más. Decididamente.

Disfrutaba de su piel también húmeda y sus labios se acercaron peligrosamente a satisfacer las plegarias de mi cuerpo. Bordeo la aureola de uno de mis pezones tan delicadamente que me hizo rogar de nuevo por intensidad, pero poco le importó. El Ogro sabía hacer sufrir. Se lanzó a por el otro y encontró

mi mirada cuando estaba a punto de retirarse. Envalentonada, aún no sé por qué, me negué a dejarme ningunear. Hundí los dedos en su pelo y los cerré en un puño tirando hacia atrás y obligándole a tomar mi pezón en su boca de una vez. Él gruñó y lo tomó, pero no me dio lo que le hubiera pagado con un riñón.

—¿Qué quieres, Eva?

Sus ojos derritieron el poco orgullo femenino que me quedaba.

—Tú sabes lo que quiero, Ogrito.

—No, los ogros son feos y tontos.

Puso su lengua en mi ombligo y ya te digo yo, que de asqueroso no tiene nada.

—Tú eres una excepción. —Seguía tironeando de su pelo y me agaché para

consolarme con algo de él, con su boca.

—¿Lo soy?

Sí, pecaminosamente atractivo, decididamente sexy y lo bastante cruel para tener un máster en tortura sexual. Su gutural sonrisa cosquilleó la piel de mi cintura haciéndome retorcer.

—Me enloqueces, Eva, no tienes idea de cuánto.

Oh, sí que la tengo, de lo contrario no apostaría por ti campeón.

—Quizás sí que lo sé —aventuré.

—No voy a olvidar nunca el baño de este hospital y quiero que tomes algo por seguro, Eva... —Se detuvo, hundiendo su rostro entre mis piernas y obrando la magia que había implorado para mis pechos en el centro del placer

diseñado para destronar la cordura femenina—, cuando vayamos a casa vamos a tener que volver aquí para descansar después de lo que tengo pensado para ti. —Sopló, lamió, sopló, lamió —. No pienso en otra cosa que en, arrancarte, la ropa, y pasar, mi lengua, por toda, tu piel —siguió lamiéndome —, para, recordarte, que eres, mía — sopló de nuevo—, y que entiendas que no importa cuán estúpido te parezca. Encontraré el modo.

Subyugada por la oblación en su voz mi imaginación viajó a parajes prohibidos de abandono racional. Recuerdos pasados y visiones futuras. Lo deseaba con desesperación, de esa forma que ni el cine es capaz de mostrar. La pasión

que solo son capaces de capturar las letras, la que no nace del deseo, sino de la piel y el corazón. La pasión de la necesidad de ese suspiro, esa exhalación, esas manos no otras, las tuyas. La mirada de esos ojos y su suavidad, esa que se esconde detrás de un apretón doloroso, un embiste demasiado fuerte y los dientes desgarrando la piel en un orgasmo. Esa que habla de la ambición.

Sin avisar se retiró y se puso de pie sin volver a tocarme, en un solo impulso me giró sobre mí misma y me empujó de nuevo bajo el agua de la ducha. Ni pude reaccionar ni podía creerlo.

—Te estás quedando helada. —Río.

¿Me iba a dejar así? Oh no, no, no, no,

no...

Me giré para protestar y volvió a tirar de mí para besarme con la voracidad que le había implorado antes. Entró sin permiso, como Pedro por su casa como se suele decir por aquí. Agarró mi cabeza y le dio la inclinación perfecta para succionar mi lengua con sus labios y enroscarnos en una entrega deliciosa que enviaba ecos a esa zona oscura de mi cuerpo que en los últimos días no había recibido más que asaltos despiadados. Mis entrañas se retorcían por este hombre con una entrega sin juicio. ¿Cómo podría ensuciar mis sentimientos con un ridículo «te quiero»? No había forma de que las palabras hicieran justicia a la forma en

la que Oliver había encajado en mi vida. No existía. Tanta independencia, fortaleza, esfuerzo y autosuficiencia, quedaban reducidas a una mirada, un gesto o un abrazo. A estos besos ¡Y qué besos!

—Ya está bien, gatita, vuelve al agua que vas a coger frío.

Me hablaba en susurros, apoyando su frente en la mía y recuperando el aliento ante mi más pasmoso asombro. Sí, me iba a dejar así. Yo cogía aire y me mordía los labios, impotente. Lo iba a hacer.

—Eres demasiado perfecta para ser real, Eva. No puedo evitar salir de una habitación detrás de ti para comprobar que al perderte de vista no te esfumas

como las fantasías de los sueños.

—Es posible que me desvanezca si me dejas así. ¿Lo comprendes verdad, Gran Jefe?

Levanté la mano al más puro estilo Cherokee.

—Amo jugar contigo, Eva, ¡pero! —Se dio la vuelta alejándose de mí—, tendrás que aprender a ser un poco más valiente para ganar alguna vez. ¿De verdad piensas que te hace parecer débil?

—Señor Ogro, algún día te atragantarás con esa maldita arrogancia que tienes.

—Decidí parecer indiferente y no dejarle ver que había dejado mi amor propio a la altura de los tobillos—. No sé a qué te refieres —contesté mientras

masajeaba mi cuero cabelludo con los caros productos del hospital (igual, igual que la sanidad pública) —.

¿Cuánto te cuesta estar aquí? Debe de salirte por un ojo de la cara.

Seguí lavándome el pelo intentando no rozar los muslos, me había dejado en tal punto de excitación que podría acabar yo solita sin mucho esfuerzo. Qué locura.

—No me has contestado.

—Explícate, Oliver.

Si me lo retuerces, te retuerzo.

—Crees que decirme que me quieres es estúpido —afirmó.

¿Estaba enfadado? No es estúpido, pero...

—Creo que si no vienes aquí y terminas

lo que has empezado no habrá oportunidad para ti, Ogrito. He visto monstruos caer desde más alto.

Por primera vez su mirada no cuadró con sus palabras, no sabía si estaba confundido, exasperado o con un cabreo de narices.

—No te pongas el pijama, te he dejado tu pantalón de yoga y una camiseta. Ha llegado Nacho.

Se dio la vuelta y en un segundo se cambió el pijama, por otro igual de caro, pero más seco. Nunca pensé que una marca pudiera hacer la diferencia entre un hombre en pijama y «el pijama en ese hombre». ¿Había hecho eso? ¿Me había encendido como una antorcha con otro hombre detrás de la puerta y

sabiendo que no iba a culminar lo que había iniciado? ¿De eso iban a ir sus castigos? Yo también podía jugar ese juego. Lo que quedó de ducha fue más fría que la de un adolescente. Y pese a mis esfuerzos no pude ignorar los fantasmas de Okley. Si bien había cazado su búfalo blanco y brindado una sangrienta batalla a sus dragones, sus espectros revoloteaban sobre nosotros, dibujando una habitación oscura con las paredes empapeladas en raso rojo y sábanas de seda negra.

Antes de darnos cuenta la habitación se había llenado de gente y risas alrededor de una enorme bandeja de piononos granadinos en el living de la suite hospitalaria.

—Oliver, tu habitación es la caña, ¿sabes? Por aquí abajo, en el mundo de los plebeyos tenemos que pagar un euro y medio por una hora de televisión «pública» —apostilló Antonio, dibujando las comillas en el aire—, y tú tienes cable e internet.

—Está bien pagado descuida —contestó—. Trae un pastelito de esos, anda.

—¡Hey! Al jefazo le ha vuelto el apetito.

—Rio Nacho. ¡Oh, sí!, lo ha hecho y en todas sus vertientes.

—No le des mérito que estos piononos se comen solos.

Ay... Tata iba por el cuarto.

—Tata Ana, el azúcar —le reñí a lo que ella gruñó, maldiciendo sobre lo dura que era enseñar a la gente a disfrutar la

vida sin ella poder saborear una bandeja de pasteles como Dios manda.

—Puff... Carl decía siempre lo mismo...

—Shhh, Julietta, ¡calla! No seas pájaro de mal agüero.

Y todos corrieron a tocarme la cabeza pues se suponía que se aleja la mala suerte tocando algo de madera y mi cabeza, por supuesto, estaba llena de serrín. Simpatiquísimos. Yo me retorcí por dentro intentando imaginar el dolor por perder a Oliver o a Tata Ana. Nadie es eterno, pero eso no lo hace menos duro. No vayas allí, Evita. Vuelve. De dientes hacia fuera reímos durante horas. Precisamente durante las mismas que Oliver me retuvo atada a su cuerpo

sobre la cama del hospital. Anclada al cielo, más bien. Finalmente, estaba respondiendo a la medicación y los riesgos se habían reducido tan considerablemente que en un día o dos recibiría el alta. Sin bazo, sin fiebre y sin infecciones. Casi no lo podía creer. Inevitablemente, mi mente volvía a días atrás cuando todo estaba perdido. Oliver recibía condenadas felaciones en un video que había dado la vuelta al mundo. Yo desaparecía de nuevo bajo el embrujo de las drogas y recibía vejaciones de alguien aún desconocido. Había saltado a la luz pública el ingreso hospitalario del propietario, escandaloso y excéntrico presidente de las empresas Okley. El edificio había

sido flanqueado por decenas de periodistas más o menos hambrientos de carnaza sensacionalista. Ofrecieron variedad de opciones que justificarían el internamiento, la primera la más comentada:

Problemas de adicción a sustancias ilegales, depresión, crisis nerviosa e incluso alguna complicación de una posible enfermedad de transmisión sexual.

Por algún medio digital se mencionó la posibilidad de una nueva relación del empresario e incluso riesgos serios de una posible quiebra de la empresa.

Finalmente, algunos de ellos resultaron ciertos. El sello discográfico Okley iba a desaparecer en pro de la constitución

de una cooperativa de autores que había firmado un importante acuerdo de cooperación con otras delegaciones de las empresas Okley destinadas a publicidad, distribución y marketing. Jugaba con sus dedos enumerando sin querer cuántos de todos los cambios que habían arrasado mi vida golpeando mis fuertes, constituían un verdadero elixir de la felicidad y la euforia de las promesas que la caprichosa vida había proclamado clavando su rodilla en el suelo.

—Vuelve, princesa. —La voz de Oliver susurró en mi oído.

—No me he ido, estoy aquí contigo.

—En cuerpo, nena, pero tu mente vuela libre. ¿En qué pensabas?

—En lo diferente que es todo ahora.

—¿Diferente con respecto a cuándo?

—A cualquier momento —sentencié mientras besaba por millonésima vez mi coronilla.

Y esa sensación de pánico tan familiar jodida e inoportuna, para variar, volvió a aparecer. Esas cosquillas en el estómago que acaban anclándose en tus hombros engarrotándolos. Esa calma feliz e ingenua que hace encogerse el pecho y encorvar la espalda a la espera del gran golpe. El de gracia. El definitivo. Esa puñetera sensación de desconfianza igual a la que te provoca la letra pequeña del contrato del teléfono. El recelo de la sabiduría, esa que te grita que no te confíes y si no la

escuchas te zarandea, y si te da igual te suelta un guantazo, y por último te pincha alfileres que te desangran. Y después, por y a pesar de todo, cerramos los ojos. Decimos «te quiero» apuntillando el contrato con el diablo, resarciéndonos en la última puntillita de la firma, imprimiendo en ella la belleza del encanto. Y yo que no quiero creer en lo que digo trago saliva y obvio lo eludible. Como si nada, estaba de nuevo en medio de la conversación.

—Oliver, ¿cómo lo haces? —preguntó mi Tata.

—¿Cómo hago qué?

—Vivir sin dar importancia a las barbaridades que dicen de ti.

—Guau... ¿Dicen barbaridades sobre

mí? No imagino cuáles. La verdad es que se vive con ellas, más bien he creado un mundo paralelo. No veo la tele, no navego demasiado por internet, no leo revistas ni las dos terceras partes de un periódico, no escucho la radio, solo música que selecciono específicamente. Por ejemplo, jamás escucho música que produzco.

Su voz me parecía el cielo y las vibraciones de su pecho a mi espalda el ritmo perfecto. Estaba realmente perdida y francamente jodida. Y enamorada.

—Eso reduce considerablemente las posibilidades —puntualizó Antonio.

Si escuchabas lo que ocurría en el mundo escuchabas la música de salía que los estudios de su compañía.

—Y justifica ese fanatismo por los clásicos —completó Cata.

—Comprendo lo de evitar noticias sobre ti mismo, pero no por qué no escuchas a los músicos que tú mismo produces.

Vaya con Julietta, qué indiscreta. Todos nos hicimos los despistados, buscando pelusas en la manga y dejé que Okley torear a ese Miura.

—No me gusta relacionar la música con mis impresiones personales sobre los músicos que las interpretan. Digamos que prefiero las sensaciones y cuando conoces personalmente a los autores es difícil no asociar su imagen a los temas. Sí, este hombre era políticamente muy correcto. Y encantador. Eso era mejor

que decir que habías tenido sexo con el noventa y ocho por ciento de ellos y no querías que tu cabeza fuera un *pornoshow* escuchando los 40 Principales.

—Yo siempre he estado enamorada en silencio de Bruce Springteen —soltó Ana.

¿Qué? ¡Me parto!

—En silencio y de lejos —apostilló Antonio con lo que todos explotamos en más risas.

—Debería de darte vergüenza decir esas cosas, enano —le contestó—, además yo no soy la única.

—En eso llevas razón —señaló Julietta, otra romántica empedernida.

—¿Os he contado alguna vez que conocí

a Pedro Alborán?

—¡Pablo!, Cata. ¡Pablo Alborán! Que sí, Cata que sí...

Iba a seguir hablando cuando «El Tigreraso» de Maluca comenzó a sonar en mi teléfono.

Me levanté para ir a recogerlo y salí al pasillo porque el ambiente en la habitación era poco adecuado para prestar atención a las rápidas y retorcidas frases de mi hermana al teléfono. Fue imposible no moverme al ritmo de la música de camino a la puerta. La mirada hambrienta de Oliver me persiguió. ¿Y ese hombre era un perverso? Lo curaría a polvos.

—¡Hola, Ade!

—Hola, Eva, necesito hablar contigo.

¿Tienes un segundo?

—Claro, dime.

—¿Cómo está Oliver? ¿Sigue bien?

—Sí bien, dime.

No marees la perdiz.

—Papá acaba de marcharse.

La última conversación con Ricardo vino a mi mente. Toda la marcha y el buen humor se esfumaron como una lentilla por el fregadero. ¿Qué os decía yo sobre aquello de que lo bueno no dura?

—¿Sí? ¿Y qué?

—Está furioso y fuera de sí. —¿Eso era nuevo?—. No paraba de decir locuras y me ha dejado preocupada.

—¿Qué tipo de locuras?

—Dice que le has recortado el

fideicomiso y que...

—Prefiero no saberlo, Ade. Si le preocupa que os deje al margen, quédate tranquila. Es solo que he decidido disponer de algún efectivo y lo he tomado de ahí.

—Loca, ¿has necesitado cincuenta mil euros de efectivo? Odio hacer esto, pero... ¿Para qué?

—Para don José. Hablé con Rubén y me contó que iban a tener que cerrar porque varios clientes le deben mucho dinero y su abuelo no era capaz de pedírselo porque sabía que estaban muy apurados económicamente. Así que he decidido absorber la deuda a cambio de una participación en la empresa. Don José no toleraría otro trato, lo sabes —

suspiró, largo y pausado.

—Bien, ahora lo entiendo, pero... ¿por qué no me habías dicho nada?

—Lo tramité justo antes de lo del video

—mi hermana no sabía nada del secuestro—, y después lo he olvidado por completo.

Una verdad como la Mezquita de Córdoba.

—Verás, Eva... Eduardo ha insistido en que te llamara. Yo no creo que sea capaz, pero... Papá ha salido de aquí gritando que te iba a dejar sin nada igual que tú a él. Ha dicho algo sobre una mala hierba y que no había forma de acabar contigo. Papá está fuera de control.

Ricardo está fuera de control, Ade.

—Gracias, reina, no te preocupes estaré al tanto. Dale un beso a mi niña y otro a Eduardo, hablamos luego.

Dios, cómo echaba de menos un abrazo de mi sobrina. Ricardo, Ricardo, Ricardo. Siempre ese nombre merodeando por todo lo oscuro y siniestro que había en mi vida. Sus amenazas eran tan comunes como su desprecio, pero añadidas a esta sensación admonitoria de desastres consiguió ponerme la piel de gallina. Me detuve unos minutos en la puerta decidiendo si debía contarle a Oliver lo que me había dicho mi hermana o no. No quería preocuparle, pero... quizás, debería hablar con Nacho. Posiblemente, le estuviera dando

demasiada importancia.

De vuelta a la habitación las bromas continuaban en el mismo lugar en que las dejé. Pero los piononos, no, ¡panda de bribones! ¿Y ahora cómo me quitaba yo este resquemor? Oliver me abrió los brazos y me devolvió mi lugar entre ellos, esa era una buena opción para dejar a Ricardo donde se merecía, en la puerta.

Cuando todos se fueron nos sentamos a ver algo de televisión, justo cuando estaba a punto de quedarme dormida, el teléfono de Oliver vibró y se levantó a por él. Era agradable verlo moverse con la gracilidad de semanas atrás. La herida había sanado muy bien y

recuperaba peso y energía por minutos. Te puedo decir que si estuviéramos en otro hospital llevaría en casa una par de noches ya. Pero... era muy tarde para recibir llamadas. No le quité ojo de encima y él a mí tampoco pues me miró de reojo mientras contestaba lo que supuse que era un mensaje de WhatsApp.

—¿Quién es?

—Mi madre, quiere saber a qué hora te irás mañana porque quiere hacer algunos recados antes de venir.

—Bueno, no sé. No lo había pensado aunque me gustaría pasar por Ginger a saludar a las chicas. Quizás después de que desayunes.

—¡No!

—¿No?

—Quiero decir que podrías quedarte conmigo hasta que el doctor confirme si me dan el alta o no.

—Bueno si eso es lo que quieres no hay problema.

Pero algo pasaba, las manos de Oliver buscaron un bolsillo en el pantalón donde esconderse a tamborilear. Al fracasar, subieron hasta su pelo y tiraron de él un par de veces mientras decidía ir al baño durante una eternidad. Mis paranoias sobrevolaban mi mente como los buitres a un cervatillo moribundo.

¿Qué se traía este hombre entre manos? ¿Acaso su caja negra podría esconder más sorpresas? Pero no, no iba a empezar a *autojoderme*, digo yo, ¿no?

Ya bastante tenía con lo mío, así que cansada como estaba, me fui a mi magnífica cama de acompañante y me quedé dormida, observando la luz del baño aún encendida filtrándose por debajo de la puerta.

Desperté como cada mañana, con el cuerpo de Oliver a mi espalda en aquella diminuta cama. En algún momento de la noche, y ya libre de vías y artilugios médicos, se había acoplado a mí de esa forma tan natural que me llenaba. Sus pies enroscados en los míos me aportaban ese extra de calor que me había estado faltando durante años. Aunque, desafortunadamente, cuando salí del baño aseada y fresca su rostro

ya no era el de un hermoso niño dormido, sino el de un hombre compungido que tiene una mierda enorme que escupir. Antonio entraba en la habitación en ese preciso instante.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a Oliver desde la puerta.

Él se bajó de la cama y caminó despacio hacia mí. Su nuez de Adán subía y bajaba, intentando digerir fuera lo que fuera que tenía que contarme y yo empecé a sudar inmediatamente.

—Anoche hubo un incendio en el ático.

—¿En el ático? ¿Mi ático? ¿Mi casa?

Literal y cierto. Ricardo me quitaría todo cuanto tenía.

Capítulo 28

Ceniza mojada

*Ya no huele a jazmín, amor.
Es ceniza y recuerdos, amor.
Ven, toma este tallo, un brote
superviviente de la naturaleza cruel del
fuego y busquemos juntos un lugar
donde hacerle crecer de nuevo*

La vuelta a la normalidad del mundo es cruel. Yo estaba allí, sintiéndome asquerosamente muerta y desilusionada, y alrededor todo seguía igual. Dos

patrullas de policía, un pequeño camión de bomberos y cinta amarilla anudada en los árboles de la acera. Fuera de ahí los niños chillaban, los perros ladraban y el bus llegaba con el mismo retraso de siempre. Sin embargo, yo no tenía nada. Absolutamente nada.

El ático se encontraba en la cuarta planta del edificio. Por seguridad, todos los vecinos habían sido desalojados la noche pasada y algunos de ellos comenzaban a llegar ahora. Solo la vecina ladrona de flores había sido llevada al hospital por alguna complicación relacionada con su avanzada edad. Desde abajo podía ver un borrón negro escapar de cada una de las ventanas del que había sido mi

hogar.

—Señorita Eva —saludó el investigador García.

Yo le lancé una mirada desesperada. Pensé que solo viendo aquel desastre podría creerlo, pero tampoco, así tampoco podía procesar lo que estaba ocurriendo.

—Le presento al Jefe de Bomberos a cargo de la intervención que tuvo lugar en su vivienda la tarde-noche de ayer —continuó llenando de parafernalia y gilipolleces una conversación que solo tenía una dirección posible.

—Ha sido intencionado —aventuré, y el inspector solo pudo asentir con la cabeza—. ¿Han identificado al autor?

—No, aún no. Un vecino vio salir a un

hombre de unos cincuenta o cincuenta y cinco años, muy alto y delgado. Con el pelo corto y oscuro, barba y bigote. Bien vestido. Afirman no conocer su relación contigo, pero dicen haberlo visto por la zona con anterioridad.

—Su nombre es Ricardo José Molina Iliaguirrutua. Cincuenta y dos años.

—¿Debo interpretar que la descripción concuerda con algún conocido para usted?

—Con mi padre.

Mi mirada se perdió en la injusta línea entre el claro cielo azul y el tizne mortecino y sombrío. La gran costilla de Adán, Alejandra y todas, todas mis orquídeas. Mi teléfono no paraba de sonar.

—Señorita Molina, ¿se encuentra bien?

—Eva —corregí metódica. El bombero se fue.

—Bien, em... Eva, ¿se encuentra bien?

—Todo lo que tenía estaba ahí dentro, ¿sabes? No he querido nada más que construir un hogar, mi hogar, ese hogar.

—Debería sentarse, Eva.

—Deberías sentarte, Eva —corregí de nuevo.

—Como diga, Eva.

—¡Oh, cielos! ¿¡No va a aprender nunca a hablarme como si fuera una persona y no una víctima más, señor *supermegaalucinante* investigador!?

—Señorita no creo que...

—Tú no crees un carajo. Es mi padre, el hijo de puta que ha quemado mi casa es

mi padre y apostaría a que esperaba encontrarme dentro.

Su mirada afilada se suavizó de tal forma que supe que no me equivocaba. Ricardo había pretendido quemarme viva. El teléfono no paraba de sonar y no tenía ningunas ganas de bailar «El Tigraso». Lo saqué del bolsillo y se lo entregué al investigador que me miró eternamente antes de contestar. Me escabullí del gentío y me senté en el bordillo de la acera, frente al portal abrazándome las rodillas. Los coches pasaban sin detenerse, la vida continuaba. Veía una de las plumas de mi Ave Fénix escapar de la sandalia pero lo ignoré. Por eso estaba ahí, precisamente dibujado sobre esa

porción de piel, para verlo en los peores momentos. Cuando solo estamos mi pena y yo en un *autoabrazo*. En algún momento un perro vino y se sentó junto a mí. No me fijé en él. Solo sé que cuando Oliver llegó, estaba abrazada a un pastor alemán que me lamía el brazo con el que acariciaba su cuello.

Oliver se sentó junto a mí en el suelo y me cubrió con uno de sus magníficos brazos aferrándome dolorosamente contra él. Me escondí en su abrazo y en su pecho e inicié una caída peligrosa de llantos y lamentos interminables. No podía pensar, no podía razonar ni moverme ni quejarme ni maldecir. Tan solo lloraba silenciosamente, sin alborotos ni desgarros. Lento y fluido

como los arroyos supervivientes de agosto. Pero sin consuelo, la pena se adentraba arañando las paredes de mi corazón con cuchillas oxidadas, inflamando e infectando la paz que había intentado cultivar en los últimos días. Había huido del hospital tan pronto como Oliver me había contado lo ocurrido. Sin esperarlo, sin escuchar sus súplicas o las advertencias. Tampoco era de extrañar pues eso era lo que el Ogro escondía anoche en el baño. Nacho se lo había dicho y él había urdido todo para que no saliera corriendo a media noche tal y como había hecho nada más enterarme. Debería estar furiosa con él por manipularme de esa forma, pero tenía tanto por sentir en ese momento

que pasó a un segundo u octavo plano.

—Eva. Mírame, por favor —me llamaba.

Alguien colocó una chaqueta sobre mis hombros y yo seguí allí, llorando, aun cuando mis lagrimales habían iniciado su particular huelga. El sol se había movido y comenzaba a calentar mi piel. Me levanté como un resorte para encontrar la mirada rota de Oliver, enrojecida por mi sufrimiento. No pude hacer ni decir nada más. Me fui en busca de Ian.

—¡Investigador García!

Le llamé y a pesar de estar dando instrucciones a varios hombres uniformados, no dudó en acercarse para atenderme.

Sentía a Oliver detrás de mí.

—Necesito mi teléfono —ordené despiadada y enfadada. No me preguntes por qué.

—En el bolsillo —contestó señalando con el dedo en mi dirección.

Solo entonces me di cuenta de que la chaqueta que tenía puesta era demasiado grande. En el bolsillo, tal y como había dicho, encontré el aparato deseado. Le devolví la chaqueta y se negó. Con todo el coraje que tenía, anduve varios metros hasta colocarla sobre el capó de uno de los coches de policía y me envolví en mis brazos. El investigador sonreía con la mitad de la cara que no podía ver desde mi posición, podría adivinarlo.

—¿Cuándo podré subir?

Le hablé desde detrás de la cinta amarilla.

—Mis compañeros deben estar terminando.

—Pero yo quiero subir ya.

—Lo comprendo, Eva, pero tendrás que esperar que baje el equipo de la científica. La zona es segura, no hay daños estructurales y como ves, algunos vecinos ya están accediendo a sus viviendas. Es solo cuestión de tiempo.

¿Tiempo? ¡A la mierda el tiempo!

Fui directa a la entrada del bloque pasando por debajo de la cinta. Según me acercaba el olor a humo pesaba más en el ambiente. Allí abajo hacía frío, supuse que por estar abierto toda la

noche o por la humedad. La mano de Oliver agarró mi brazo desde atrás.

—Creo que deberías esperar, Eva.

—¿Más? Ya he llegado bastante tarde, ¿no crees?

—Hice lo que tenía que hacer. No me puedes culpar por eso.

—No puedes mantenerme al margen de mi propia vida. Eso no es sano. Yo debí estar anoche aquí.

Aunque no tenía claro si por responsabilidad o masoquismo.

—No subas, Eva. No quiero verte caer de nuevo.

—Necesito verlo.

—No subas —imploró.

—No me dejes sola.

—Nunca, dulce Eva. Nunca.

Abrió sus brazos para esconderme allí, en medio del gran portal helado. Me abrazó con esa intensidad particular que atraviesa la piel. Agarró mi rostro entre sus manos y clavó en mí esa mirada que te hacía cruzar los mares sobre las aguas.

—No dejes que te quite nada más, Eva. Allí arriba había cosas que son irremplazables, lo sé, puedo entenderlo. Pero tú estás bien, Eva. Antonio lo está. No dejes que te quite la seguridad que te has labrado por años.

¿Qué te digo, Ogrito? ¿Qué te tengo a ti? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuánto tardará en encontrar un nuevo objetivo para su barbarie? Sin poder contestar ni con filtro ni sin él, enlacé mis dedos a los

suyos y me dirigí de nuevo al ático. El investigador nos siguió a sabiendas de que era mejor controlarme desde cerca que esperar que obedeciera desde lejos. El ascensor aún estaba inhabilitado, así que no tuvimos más remedio que usar las escaleras sucias y húmedas aún. Según ascendíamos el olor del hollín era más intenso, pero no era el infierno que imaginé. A pesar del olor y la temperatura, las puertas abiertas en todas las viviendas y las voces tímidas y apagadas en algunas de ellas todo era normal. Pero llegados al último tramo de escaleras, el panorama cambió y agradecí ser la única vivienda allí arriba. Ceniza mojada.

Ian nos rogó un último trazo de cordura haciéndonos esperar en la puerta. Pasé los cortos minutos de espera observando los dedos de Oliver como si fueran zafiros hermosos que reflejaran los rayos del sol. Como si mi mente centrara toda su atención en ellos, evadiéndose. Cuando el investigador volvió para indicarnos que era momento de entrar mis piernas se negaron y fue mi maravilloso Ogro quien me besó en la frente y me aferró a su cuerpo para apoyarme en esta dura tarea. Toda la fuerza se me había caído como la miel que escurre del panal.

El ático era un auténtico desastre. El fin del mundo en ochenta metros cuadrados. Allí no había cielo con nubes negras.

Era el punto oscuro del que irradiaba todo el horror del que era capaz el ser humano. ¿Qué seguridad me había labrado? ¿La de que cuando menos lo esperara volvería para quitármelo todo? Me arrebató mi infancia, convirtió mi adolescencia en una pesadilla y, ahora, no contento con todo, trajo el infierno a mi propia casa.

Uno de los sofás había sido pasto de las llamas, sin embargo, la mesita de té estaba casi intacta. Bueno si por intacta entendemos un dedo de ceniza y ese olor a humo y pasto gris. Una pestilencia que atraviesa la nariz para instalarse en la columna vertebral donde no deja de producir espasmos de asco y repelús. Uno de los bomberos se acercó con dos

mascarillas blancas, me entregó una a mí y otra a Oliver y nos pidió que le siguiéramos. A mi derecha, una repisa con libros (antes mi zona de lectura) se derrumbó provocando un gran estrépito y una nube de ceniza que hizo que Oliver tirara de mí y profiriera una larga retahíla de gruñidos y quejas.

—No se preocupen, la zona es segura. No hay daños estructurales y el tejado está intacto también. Ya que están aquí creo que deberían ver algo.

Lo seguimos en dirección a los dormitorios. La luz del día se colaba por todas la ventanas como en la mejor mañana de verano.

La puerta que daba acceso a mi habitación simulaba a la perfección a la

mismísima boca del infierno. Todo el pasillo estaba desfigurado, los marcos de las puertas deformados y el techo de escayola se había venido abajo completamente. El suelo estaba cubierto de escombros y por más que me esforcé no pude encontrar las puertas. No llegué a saber si habían ardido completamente o los bomberos las habían arrancado.

—Francisco Pujarte, coordinador jefe de la unidad sur de bomberos.

Estrechó en primer lugar mi mano y a continuación la de mi acompañante.

—Oliver Okley y ella es Eva Molina, la propietaria.

—Bien. El incendio se inició en la puerta de esta habitación mientras aún estaba cerrada. Hemos podido detectar

dos tipos diferentes de acelerantes, aunque no descartamos un tercero hasta que los resultados de laboratorio estén concluidos. Las ventanas de estas dos habitaciones —una a cada lado del pasillo—, habían sido manipuladas para que no pudieran abrirse. El fuego ha sido controlado con bastante facilidad, así que la mayor parte de los destrozos del edificio han sido ocasionados por el humo. De cualquier modo, como le he dicho, a primera hora de la mañana, los peritos determinaron que era seguro acceder al edificio. Las demás viviendas serán habitables en pocos días.

—Recibimos la alerta del 112 a las 21:32 lo que indica que el pirómano

actuó de forma impulsiva pues podría haberse ocultado en la oscuridad de la noche si hubiera esperado veinte minutos más.

Esta parte la añadió el investigador. Los escuchaba hablar a lo lejos. ¿Dónde estaba mi viejo colchón? ¿Y mi ropa? ¿Y mis mesitas improvisadas? ¿Cómo todo cuanto tenía se había visto reducido a un grupo de hierros retorcidos, muelles ennegrecidos y papelitos chamuscados que aún flotaban en la habitación? Miraba los cascotes que habían caído sobre los solitarios muelles del colchón y no pude evitar preguntarme qué habría ocurrido antes. ¿Habría ardiendo el colchón y después habría cedido el yeso o viceversa?

Oliver había establecido un área reservada a mi alrededor y se mantenía al margen.

—¿Por qué estos cristales no han estallado? —pregunté. El jefe de bomberos tenía la respuesta preparada.

—Es posible que al tener menos mobiliario en esta habitación, la temperatura no haya sido tan elevada.

Tengan en cuenta que los acelerantes se emplearon en el distribuidor y el fuego hizo una ronda lenta y circular al estar todas las ventanas cerradas y no haber corrientes de aire. Ha sido una suerte, de haber hecho explosión, los cristales habrían alcanzado el parque infantil que hay justo debajo antes de establecer el perímetro de seguridad. Estoy más que

acostumbrado a ver daños colaterales como ese.

—Demos gracias entonces de que no tuviera muebles.

No pude evitar reír ante la ironía.

—Llámenme si me necesitan, estaré abajo —se despidió el Jefe de Bomberos.

Vagaba por la habitación mirando a través de la ventana cuando me di cuenta de algo.

—No puede ser casualidad —susurré.

—¿Cómo dices? —preguntó, Oliver, muy atento a todos mis movimientos.

—Ricardo nunca ha pasado del salón, no podía saber que éste era mi dormitorio.

—Pudo suponerlo, es el que tiene más

luz —aventuró.

—No puede ser casualidad, las fotos en la mesita de noche del hostel en mi secuestro y utilizar tres acelerantes para quemarme justo en esta habitación...

—¿De verdad piensas que tu pa... que Ricardo —bien Oliver, bien—, sería capaz de algo así?

—¿Acaso tú apostaste por Allicia?

—De acuerdo, luego hablaré con el inspector.

—Prefiero hacerlo yo —rugí.

Algunos minutos después se atrevió a hablar.

—Será como tú quieras, Eva.

Lancé mi ataque. Estaba demasiado nerviosa para pensar en lo que decía.

—¿Por qué mantienes las distancias? No

quemo yo, es la pared quién lo hace. —
Me miró con atención, pero no contestó
—. Vamos, Oliver, tienes que reconocer
que acompañarme se está convirtiendo
en un deporte de alto riesgo. Supongo
que los ricos pagáis mucho dinero para
vivir experiencias al límite, debería de
ponerte una tarifa acorde.

—Esta es una ocasión ideal para pensar
antes de hablar —gruñó.

—Bien, ahí está el señor Okley. ¿Ya no
te divierte tanto el filtro de Eva, eh?
Pensé que aguantarías más.

Pinché más allá, fuera de cualquier
límite. Alejándolo.

—¿Qué pretendes, Eva? Dilo de una
vez, no te hacía tan afín a los rodeos.
Pasaron solo algunos segundos de eterna

quietud cuando me decidí a hablar.

—Mira a tu alrededor, Oliver, ¿de verdad piensas que todo lo que tocas acaba destrozado?

—Bueno, yo destrozo personas. Creo que a la comparativa salgo ganando.

—Yo ya estaba destrozada antes de conocerte, no te atribuyas ese mérito.

—Nada más lejos de mi intención.

Esa media sonrisa arrebatadora encajaba a la perfección incluso en este cuadro de infierno en que se había convertido el lugar en el que me había hecho el amor de tantas y tantas maneras diferentes. A cual mejor.

—Buscas un culpable, Eva, y no lo necesitas.

—¿¡Qué no lo necesito!? Tú no sabes

una mierda de lo que necesito y lo que no. En tu mundo todo se soluciona a golpe de talón y comités de hombres trajeados.

—Yo te he necesitado a ti para mantenerme vivo, no olvides ese mísero detalle.

Su mirada asesinaría al mismísimo Ave Fénix. Alerta, Eva, lo estás pagando con él.

No, lo estoy manteniendo a salvo.

—Tú has creído que me necesitabas...

—No quiero discutir, Eva. Quiero abrazarte y cuidarte, pero no discutir.

—Y yo quiero que te largues y me dejes sola de una vez. Quiero venirme abajo y cubrirme de mierda durante semanas.

Me duele el pecho joder. Qué

gilipolleces digo.

—¿Estás segura de eso?

—¡Claro que no! —Como se te ocurra marcharte te traigo de vuelta por los huevos, Ogrito—. ¿Por qué no lo haces?

—¿Por qué no hago, qué?

—Abrazarme —reñí—, estás ahí como si fuera una bomba y fuera a explotar en segundos.

—Bueno, creo que tu descripción es bastante literal, Eva. Eres una bomba a punto de estallar y quieres hacerlo para que me aleje de ti y yo no quiero que eso ocurra.

—Todo esto es demasiado complicado. Tú ni si quiera deberías estar aquí, aún no tienes el alta.

—Estaría aquí con o sin el alta médica.

Lo sabes de sobra.

Se iba acercando poco a poco.

—No es el momento de echarme cosas en cara.

Su determinación me derretía. Me conocía mejor que yo misma.

—Eva, no explotes, no voy a ir a ningún lado. Y si me obligas a irme, volveré.

Además, pronto es siete de junio. —

Sonreía dulcemente mientras me agarraba por la cintura y yo miré en sus ojos en busca de un hálito de vida, en busca de esperanza.

—¿Y?

—Me prometiste cenar conmigo donde yo quisiera y pasara lo que pasara. Sé que te mueres por estar sola, pero preferiría que me dejaras estar contigo.

Recordé sus palabras, implorándome aceptar aquella condición justo antes de hacerme, por primera e inolvidable vez, el amor.

—No quiero estar sola, Oliver. Lo único que pretendo es cuidar de ti tanto como tú deseas hacer lo mismo conmigo.

—Pero yo no quiero cuidarte desde lejos y tú sí.

Sé lo que haces, campeón, pretendes distraerme de todo esto, pero es imposible. Bueno, si sigues dándome besitos de gnomo igual sí me haces volar de esa forma en la que solo tú me das alas.

—Yo no sé lo que quiero veintitrés horas al día, Gran Jefe.

—Seré el Jefe por siempre, ¿verdad? —

Su rostro se torció, sus hombros se elevaron y su cuerpo se alejó del mío—. Nunca me dejarás ocupar el lugar por el que te suplico desde que te encontré. Es tu momento de partir de cero, Eva. Tu padre te da la oportunidad de volver a empezar. ¿Qué vas a hacer con ella? La tomarás o la dejarás pasar.

—No te pases, Okley, no aprietes más las tuercas que no soy un submarino — espeté con un genio asqueroso. Le empujé para que me liberara de su agarré y la separación me dolió como la cera sobre la piel.

—¡Bien, Eva! ¡Tú sabrás lo que haces! Avísame si decides levantar la cabeza. Pero si vas a seguir negándote que tenemos una oportunidad, evítalo. Te

quiero como jamás he querido a nadie, jamás. Te amo y te necesito, pero comprendo que eso no es suficiente. Yo no puedo quererte por los dos. Sé que vas a estar bien, no me cabe la menor duda...

—Mi mejor manera de decirte lo que siento por ti es pedirte que reconstruyas esto conmigo.

Aquí estaba yo, vivita y coleando y pasando de cero a cien en un instante. Te quiero lejos y te necesito cerca.

Capítulo 29
Sexo y pasteles

Tortura in crescendo. Lo mejor de perder terreno son las misiones de reconquista

Abrí los brazos, recogiendo en ellos todo cuanto quedaba del pasado, tal y como harías tú.
—Explícate, Eva.

Jodido capullo, ¿de verdad me va a hacer esto? Bien, hagámoslo, lo merezco.

—Tomo la oportunidad, Oliver. Hazlo conmigo. Sé que tu casa será mucho más grande, en una zona mucho más exclusiva, pero quédate conmigo aquí. Retomemos esto juntos, construyámoslo juntos, para los dos. No hay en el mundo otra persona con la que desee pasar mis noches y mis mañanas, no creo que el amor haga justicia a la forma en la que has encajado en mi vida.

—Si te sirve de consuelo no pareces estúpida.

Me sonríes así y me hago pis, me desarmas Ogrito.

—¿De verdad?

—Tengo unas ganas enormes de hacerte el amor incluso aquí, entre cenizas y rescoldos. Con tu piel pintada de negro y mis manos alabando cada centímetro del cuerpo que me entregas. No haría el amor a una estúpida, confía en mí. Se iba acercando de nuevo. Ahora no era un cazador, sino un pirata en busca del tesoro.

—No será fácil, tengo un genio horrible, un pronto peligroso y una boca sucia y sin filtro.

—Permíteme conservar la belleza de este momento sin mencionar mis aportes a esta relación, dulce Eva.

Entrelazó de nuevo sus dedos a los míos.

—No, no lo hagas. —Reí. Perversión,

esposas psicópatas, vídeos porno...

Tampoco era para tanto—. ¿Tenemos una relación ahora?

—Sí, eres la mujer de mi vida y quiero envejecer junto a ti, así que, sí, tenemos una relación ahora.

Este hombre no tenía ningún temor al compromiso.

Apretó sus manos en mi trasero con la misma intensidad de siempre.

Alzándome contra su pelvis, llevando sus labios a los míos, acariciando y dejando el calor de los rescoldos a la altura de una tarde de sol en diciembre.

Su pasión era el verdadero fuego. Me hacía latir el corazón con una intensidad dolorosa; dicen que es amor cuando duele. El hueco que Oliver había

escavado en mi pecho almacenaba tal cantidad de angustia y pena por imaginar su ausencia que ni la más hermosa balada consolaría.

—¿Quieres escuchar algo estúpido?

Oliver respondió moviendo su cabeza de arriba abajo mínimamente, dejando que su frente y mi nariz se acariciaran.

—Te llevaría conmigo a una isla desierta. Te amo. Te quiero a mi lado.

—Tócala otra vez, Sam —bromeó aludiendo a una película de la que habíamos hablado una vez.

—Te amo, te amo, te amo, te amo...

—¿Aún te parece estúpido? —Rio mirando mi rostro sonrojado.

—Me muero de vergüenza, Oliver, te lo juro.

Mostrar un poco de debilidad no podría matarme, visto lo visto. Era cierto, mostrar mis sentimientos de aquella forma era incómodo, me sentía insegura y desnuda.

—Bien, haremos terapia de choque entonces. Tendrás que decírmelo setenta y siete veces al día hasta que dejes de ponerte roja.

—Bueno, entonces diré «Te amo, Ogro» setenta y siete veces al día hasta que mis mejillas y tus orejas no se pongan rojas. Reí como siempre que estaba a su lado. Reí y disfruté respirando el aire contaminado, la destrucción. Todo había desaparecido de cualquier modo. Me acostumbraría a mis castigos.

Como respuesta a mis palabras, Oliver

me había obligado a enroscar mis piernas a su cintura y me había empotrado contra una pared, no recuerdo cual, ¡qué más da! Si había alguien en el mundo que me podía distraer del cerro de mierda que se había formado alrededor ese era Oliver Okley. Mi Ogro. Mi Dandi.

Lo besé relajada, sin tareas pendientes ni palabras enquistadas. En casa, una diferente, sí, ¿pero qué era la vida sino una caja de sorpresas? Sin pesos, lastras, cargas ni prejuicios; yo amaba a ese hombre. Lo hacía tanto y con tanta intensidad como él se había abierto a mí, entregándome todo cuanto él era. Con sus defectos y sus virtudes a los que yo era cada vez más ciega y más

vulnerable. Nos devorábamos cuando un carraspeo de garganta interrumpió mi momento zen.

—Vamos, chicos, cortaros un poco.

Oliver me soltó despacio dejándome que me despidiera despacio de su piel, dejando que asomara primero la cabeza antes de salir de su refugio.

—Hola, An —saludé sin mirarlo.

—¿Qué hay? —gruñó Oliver divertido.

—Venía a consolarte, Eva, pensé que estarías desolada, pero ya veo que lo has encajado bastante bien.

La risa se le espurreó como cuando bebes café y alguien te cuenta que ha pisado un pez.

—Ya. Pues lo cierto es que yo también pensé que estaría mucho peor, pero ya

ves. Al final vamos a tener que pintar el ático este año, An.

—Eva, ¿estás bien? —Rio—, espera, —tocó mi frente y movió dos dedos delante de mis ojos—, ¡oh, mierda, terminaste de volverte loca!

Antonio me abrazó y besó mi frente mientras Oliver se alejaba y hablaba por teléfono con alguien. Si estaba sexy entre tiznes y yeso quemado, ¿cómo estaría en una playa paradisiaca de una isla desierta? Vuelve, Eva, baja del limbo que debe estar lleno de locas colgadas como tú.

—Me alegro de que estés bien, An. Si os llega a pasar algo por mi culpa no me lo hubiera perdonado nunca.

—Estábamos con vosotros en el hospital

cuando todo empezó. Nacho nos llamó de camino para acá y decidimos ir a dormir con Julietta. —An continuó con sus explicaciones, sabía que le regañaría—. Iba a llamarte, pero Oliver nos pidió que te dejáramos descansar.

—No debió hacerlo. Yo tendría que haber estado aquí, con los vecinos.

—Ese hombre te quiere más que al Sol, no te iba a dejar pasar esto sola.

—Bueno, supongo que ya no tiene sentido pensar en ello. Ahora estamos aquí.

—He hablado con...

Y es que no hay tiempo para dar marcha atrás en esta vida. Cada segundo que dedicamos a girar la cabeza y lamentarnos es perdido. Solo hay una

opción y es hacia delante, con valentía. Siempre. Como había dicho Oliver, todos estábamos bien. El ático era un edificio al que adoraba, pero hormigón y ladrillo al fin. Mirándolo detenidamente, todo aquello no era más que una nueva oportunidad.

A las cinco de la mañana llegábamos los tres a un hotel carísimo a casi cincuenta kilómetros de casa. Oliver Oliver se había negado a volver al hospital alegando que unas horas no harían la diferencia.

—¿Por qué tan lejos?

—No creo que quieras salir en la portada de unas cuantas revistas por la mañana.

—Touché —contestamos An y yo a la

vez.

—Podría haber dormido con Cata — propuse.

—Y yo con Juls y Tata, pero no me importa nada estar aquí.

Mi reciente amigo no dejaba de mirar a todos lados impresionado por la decoración elegante del hotel.

—Lo imaginé. Ten.

Oliver le lanzó la tarjeta magnética y An la cogió al vuelo.

—Cuida de mi pequeña Oli o no me hará falta una rubia con pistola para acabar contigo.

Yo dejé de respirar. En teoría nadie debía saber que fue Allicia quien le disparó. Sentía los ojos de Oliver clavados en mi espalda, pero me hice la

fuerte. Aún tenía un subidón de muerte y la adrenalina corría por mis venas en mayor proporción que los glóbulos rojos. La habitación era espectacular, ¡qué digo! Por supuesto, no era una habitación, sino una suite presidencial o algo así. Toda en color blanco y bambú con un curioso canal de agua que bordeaba las estancias principales desde el enorme recibidor. Ade llamaba a esto feng shui.

—¡Hey! —me llamó Oliver, totalmente feliz. Genial, no está enfadado.

—¿Pareces un loco con esa cara de felicidad, Gran Jefe? ¿Qué te tiene tan feliz?

—Solo pensaba.

—¿Y en qué pensabas?

—Te has portado mal, Eva, muy, muy mal. Ha violado usted los términos de su contrato de confidencialidad. Debiste leer la letra pequeña.

¡Qué bueno estás cojones! ¡Bien! ¡De esta no me libro! Casi saltaba agitando pompones rosas. Mi felino favorito, el cazador perfecto cerró la puerta tras de sí, coartando cualquier idea de escapada, cerrando salidas con candados de piel y hueso. Me lo comería ahora y aquí mismo.

—Me disculpas, pero no me apetece ahora mismo, la verdad.

—¿No le apetece a la señorita?

—Pues no.

Dejé caer al suelo las bolsas que traía. Ropa nueva y flamante que alguien había

conseguido en algún lugar a indecentes horas de la madrugada.

—¿Y qué le apetece a su majestad?

Señaló con la cabeza algo detrás de mí. Pasteles y calas rojas. ¿Existen las calas rojas? Pues claro que sí, Eva, existen y las tienes delante de ti. Un enorme ramo de lirios de agua en un rojo pasión que hipnotizada en el marco puro y blanco de la decoración. Quería hablar y balbuceaba, tonta de mí me acerqué a olerlas al sentir un aroma más que familiar. No era el perfume de las calas, sino el de Oliver. ¿Había mandado perfumar las flores? ¿Qué clase de hombre hace algo así? Este, este hombre, Eva. ¿Podría controlar tanta intensidad?

—Flores, me apetecen flores. Flores y pasteles —acerté a pronunciar con gran torpeza, metiéndome uno de los dulces en la boca.

Su mirada quemó cada una de las terminaciones nerviosas que cogió de improviso. Yo solo alcanzaba a pedirle que me dejara el suficiente raciocinio para responder a su pasión y recordar cada instante de su tacto, cada dedo, cada arañazo. Se me escapaba, el corazón se me escapaba ¡Qué razón me iba a quedar si ni mi corazón era capaz de sosegarse! Se sacó la camiseta por la cabeza en un movimiento demasiado rápido para mí, congelando mi cuerpo con una mirada profunda y oscura. Acercó la camiseta a mi cara y limpió la

punta de mi nariz con una sutileza infernal. Su testosterona irradiaba de su cuerpo con cada latido y yo la recibía en cada inspiración.

—Tienes polen aquí —susurró rozándome la nariz con la prenda.

—Cla... claro, he debido de acercarme demasiado, ¿has perfumado las flores?

—No has leído la nota.

Se inclinó un poco más sobre mí sin llegar a tocarme y recogió algo de la mesa sin contestarme.

—Apuesto a que sé lo que pone.

Libera tensión, Eva, libera, libera, libera...

—¿También quieres apostar? ¿No es suficiente con romper tu contrato de confidencialidad e irritarme

constantemente para ver cómo se me ponen las orejas rojas? ¿Acaso quieres perder, Eva?

¿Cómo lo hacía? Me hablaba en el oído como si estuviera dentro de mi cabeza sin rozar mi piel en punto alguno.

—Yo nunca pierdo, Okley, solo reformulo los beneficios.

Hablé en su barbilla mientras la punta de mi nariz rozaba sus labios.

—Te deseo tanto, dulce Eva, tanto que me duele.

No me extraña. Tienes que tener más presión ahí abajo que una Kärcher.

—Te lo mereces, por lo que me has hecho hoy en la ducha.

—Me duele aquí.

Llevó mi mano a su corazón y lo

pellizqué con saña, el pobre saltó hacia atrás y se llevó una mano a la tetilla.

Luego me pellizqué yo.

—Ahora me duele más —rugió.

Lo sé, estuvo mal, pero necesitaba saber que era real, que estaba despierta. Sus ojos se afilaron en mi dirección con la determinada intención de entender por qué había hecho tal cosa.

—Quería comprobar que eres real —confesé.

—Te voy a dar yo a ti realidad, pequeña.

Su sonrisa perfecta se aferró a mi boca como si solo con ella pudiera respirar.

Así era el Ogro, sin promesas de carrozas y flores, con flores y carrozas tiradas por caballos alados. Con zapatos

de cristal y pajaritos cantarines. Igual se batía en duelo que mataba un dragón o rajaba la panza del lobo feroz. Te besaba con calma, con rudeza o con avaricia. Me dolían los labios por la intensidad, pero rogaba más. Más de esa boca carnosa, suave, esponjosa, húmeda y comestible. Más, más, más.

No hubo tiempo para recrearse, la piel entre mis piernas latía por su cuerpo, llamándolo. Olía a humo y a deseo. Mi camiseta desapareció en un movimiento fiero y sus manos estrujaron mi pecho de una forma que no se describe en los cuentos de hadas. Pero puestos a pensar, no me extrañaba en absoluto, ¿quién podría dormir después de esto? Era pecado, las emociones que este hombre

despertaba en mí me enviaban directamente al infierno de las princesas desquiciadas. Las más perversas y las más necesitadas.

Entre más besos y estrujones me volvió a subir sobre sus caderas y por primera vez sopesé la idea de que me poseyera allí arriba, de esa manera. Contra la pared, la mesa, el balcón, el riachuelo de agua o incluso contra la reproducción de El hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci que presidía el enorme salón de la impresionante suite. Los movimientos discurrían con la misma intensidad que los latidos, ¿podía explotarme el corazón? Antes de darme cuenta estaba tumbada sobre la mesa mientras me arrancaba las zapatillas y

los calcetines, el pantalón y la ropa interior. Comiéndome con esa mirada que me hacía perder la razón, ansiando el polvo más salvaje de mi vida, porque era un sexo profundo y necesitado que relegaba los sentimientos a segunda fila, yo amaba a este hombre. Sí, era precioso saber que el corazón me latía por él, más que por cualquier otro sobre la faz de la tierra, pero era el hombre que había deseado durante días y noches solitarias desde años atrás. El que me había lamido, torturado los pezones y el clítoris horas antes y me había advertido sobre las consecuencias de mis acciones. Había prometido castigarme y su tentativa elevó aún más mi libido que flotaba de tan liviana. ¡Podía haberlo

perdido! Hacía solo dos semanas me lloraba diciéndome que se moría y ahora estaba aquí, listo para llevarme al cielo con un solo empujón en el lugar adecuado.

Le agarré el pelo con necesidad, se resistió el instante justo para ver la determinación en mi rostro contorsionado por el deseo. Lo deseaba, lo necesitaba, lo buscaba y husmeaba a través del hollín en su busca. La humedad de su piel se fue adhiriendo a mis manos cada vez más dependientes de su tacto. Busqué entre los dos la hebilla de su cinturón y con una pericia que me sorprendió tuve su pene libre entre mis manos. Grueso y resistente, determinado a hacerme feliz y en total

acuerdo con su dueño.

Me empujó sobre la mesa. Mi espalda y mi cabeza golpearon el frío cristal y un repiqueteo lejano me dijo que las calas había perdido la batalla. No lo lamenté, podría caerse el firmamento en este momento que ignoraría a los mismísimos ángeles caídos. Incluso los caros pasteles podían irse al infierno.

Sujetó mis manos a la altura de mi cabeza y mimó mis pechos con esa lengua prodigiosa que hablaba a la perfección el idioma de la locura femenina. Lengua ten piedad de mí, por favor. ¡Mentira! ¡No te apiades!

Enloquécame lo suficiente para aceptar mi última apuesta, dame un motivo más por el que saber que será perfecto

mientras dure. ¿Cómo podía tener tanto calor? Su lengua recorría perforando las últimas capas de mis murallas y supe que no se podía estar más desnuda. Sus dedos alcanzaron mi centro y gruñeron agarrándome en un puñado allí, sorprendido y satisfecho por lo que obraba sobre mi voluntad. Ay... voluntad, cuánta gente habla de ti y qué pocos te conocen. Y yo grité, no sé si queriendo o sin querer, ¿qué más da? Imaginé y deseé verme apoyada en el pecho del hombre perfecto ideado por Da Vinci —ese hombre sí que sabía— con los brazos alrededor del cuello de Oliver, aferrándome a su cintura mientras me hacía aún más suya, solo lo físicamente posible. Leyó mi deseo no

sé en qué lugar ni en qué modo, supongo que sería una técnica del Dandi que había perfilado con la práctica para alcanzar la perfección sexual que ahora me ofrecía.

Me sentó de nuevo sobre el cristal y pasó uno de sus brazos por mi cintura, elevándome hacia él. Me relegó a un mundo individual, donde ambos éramos un mismo individuo con dos corazones que latían coordinados, dos mentes que funcionaban en la misma sintonía y dos cuerpos que iban en la misma dirección. Jugó con su glande en mi entrada a florando alguna que otra vergüenza, estaba en sus manos y mi gozo dependía de que su agarre se aflojara y me dejara caer. Como en sus momentos de mayor

debilidad juntó su frente con la mía y respiramos el mismo aire aumentando la profundidad de nuestras inspiraciones. Pausadas, como una. Que equivocada estaba pensando que volvería a tener un polvo de miedo, o a recordar sexo salvaje. Este hombre me pedía permiso para traducir todo su deseo en una nueva declaración de amor. Oliver me pedía permiso para hacerme el amor tímidamente, con una dificultad sorprendente para encontrar mi mirada. Pensé que su fortaleza era inquebrantable y no sé por qué, si lo había visto correr de la muerte en dos ocasiones.

Enlacé mis brazos a su cuello y busqué sus labios en un diálogo que decía «sí

quiero». Y me dejó caer. Y todo desapareció para mí: el fuego, el humo, el tizne, el hotel, la mesa, las calas, Da Vinci, Ricardo, el hospital... Hacer el amor con los sentimientos en la palma de la mano podía marcar la diferencia. No era la primera vez que estábamos juntos, pero, sin embargo, ahora estaba debajo de mi piel. Sus manos me acariciaban más profundamente y su erección cantaba baladas de Sinatra dentro de mí. Y yo las escuchaba. Su cuerpo se tensó sujetando sus pasiones. Quería hacer esto para mí también, como siempre quería darme todo cuanto tenía antes de tomar. Impaciente, mi pelvis se contrajo y él tembló por completo contrayendo sus hombros,

contorsionando su cabeza hacia un lado, pude ver cómo su piel se erizaba. El placer le retorció las entrañas. El perfecto amante estaba fuera de control porque me había entregado su corazón. Suave y llanamente.

Pero toda mi seguridad se esfumó cuando comenzó a moverse y hasta el suelo desapareció, no había consciencia de nada en mi cuerpo. Ni techo ni piel, solo el lugar que nos entregábamos para contarnos secretos. Esos extraños secretos. Se paró, salió de mí y yo abrí los ojos espantada.

No era frío donde apoyaba mi espalda, sino suave y cálido como un lienzo.

Ahora podemos decir que hay caminos que se hacen con movimiento. Me había

llevado al abrazo de la perfección y me encontré entre dos hombres. Uno perfecto y frío y el otro... el otro era *mi otro*. El que verían mis ojos entre la multitud como en la canción de Violeta Parra. Buenas gracias que le daba a la vida por este hombre.

Me hizo el amor allí, a su antojo y en mi fantasía, qué ironías tan fascinantes guarda la vida a hurtadillas.

Capítulo 30

Calma

Cuando la tormenta redujo el gran navío a un puñado de maderos flotantes, solo los afortunados dieron gracias al dios del mar en lugar de llorar la tragedia

—Así que a una isla desierta...—dijo Oliver, pensativo.

—Ajá.

—¿Te gusta el mar?

—El sol, me gusta el sol.

—A mí también.

—Si fumara te pediría un cigarro —
bromeé.

—¿Eso es un halago? —Rio.

—Lo es.

Al menos en las pelis de Almodóvar. La bañera de la suite era descomunal, por una extraña razón imaginé a un vikingo ocupándola. Todo ennegrecido, con largas melenas y trenzadas barbas, espesando el agua con la suciedad de su cuerpo. Estirado sin tocar un extremo a pesar de su vasto tamaño. Pero no éramos vikingos, aunque el agua se había oscurecido de igual modo al desprender el hollín de nuestros cuerpos. La espalda de Oliver se apoyaba en mi pecho y una esponja

oscura me ayudaba a mantener su piel cálida. Sus manos merodeaban por mis rodillas y por las pantorrillas que abrazaban su cintura. Su cabeza apoyada casi a la altura de mi hombro en el lugar exacto para besar su frente con la delicadeza y el amor que merecía.

—Me gusta.

Afirmó mientras trazaba con su suave dedo las elegantes líneas de mi Ave Fénix.

—A mí también.

—¿Por qué?

—¿Por qué escogí un Ave Fénix?

—No, por qué aquí.

Siguió masajeando mis dedos con gran primor.

—Porque cuando nos sentimos

derrotados miramos al suelo. Por eso y porque me gustan los baños de espuma. Me hace sentir bien verlo ahí cuando estoy relajada en la bañera después de un día agotador y asqueroso.

Llevó mi pie hasta sus labios y besó toda la figura con calma.

—Háblame de tu madre.

—Mucha mierda para pocos días, Oliver. —Jugaba con el agua dejándola escapar de mi palma al estirar los dedos hacia atrás. ¿Por qué no seguimos hablando de mi pie?—. El agua está sucia.

—Se va a acabar, Eva, todo esto pasará.

—Se movió y abrió el grifo de la gran bañera con agua calentita. Pero eso no facilitaría los siguientes pasos.

—¿Y qué vendrá después?

—¿Qué tal «fueron felices y comieron perdices»?

—No me vengas con que crees en los finales felices, señor Ogro.

Se giró lo suficiente para morder mi barbilla sin mucha suavidad. Yo no pude más que reír ante mi más que sugerente castigo por el calificativo calienta orejas.

—¿Acaso usted no, señorita Molina? Camas de princesa, gatitos tristes, caza de dragones, ¿y no cree en los finales felices?

—Nuestro cuento es demasiado largo, parece que no va acabar nunca.

El pecho se me estaba encogiendo en esa sensación tan familiar de que cuánto

más arriba subes, mayor es el golpe que te das al caer. Volvía a asustarme antes de ver el terror acercarse.

—Yo no quiero que acabe, Eva. Aún estamos empezando.

—Los finales felices solo llegan al final de la historia.

—No, Eva, el final de la historia es el «felices para siempre».

Amén a eso campeón. Haríamos con el tiempo lo mejor que pudiéramos. En realidad, si lo piensas con calma, en la mayoría de las ocasiones no hay más camino que seguir hacia delante. Cerré los ojos y prohibí la entrada a mis temores rogándoles por unos minutos de paz. Bien, hablaríamos de mamá.

—Todos los domingos me hacía un

peinado diferente para ir al parque.

Adela, a duras penas se dejaba desenredar el pelo. Amaba los animales y teníamos una perra que jamás se despegaba de ella. También un caballo, Adán, mi padre se lo regaló cuando yo nací. A veces parecía triste y al rato estaba realmente feliz de nuevo.

Preparaba el mejor gazpacho cordobés que pueda haber probado nunca y amaba su tierra tanto como a nosotras. Cuando me despertaba por las mañanas, ella ya había paseado por los alrededores del cortijo. Mi abuela no paraba de traerle macetas de geranios y se le secaban siempre. Supongo que es de ella de la que me viene la afición a las plantas. Tenía una voz melodiosa y cantaba

fandangos y saetas a la Virgen del Carmen. Yo no he vuelto a pisar una iglesia desde que murió, pero cada año mando flores a la Carmencita para que me la cuide, por si está con ella.

—¿La perdonaste?

—Sí, estaba enferma y fue valiente, por llamarlo de alguna manera. Yo no he sido capaz y lo he intentado varias veces.

Se hizo un largo silencio y Oliver se movió hasta colocarme en su regazo. En la bañera entraba más agua de la que salía y el miniocéano se desbordó. Su mirada pedía más sobre la confesión que le acababa de hacer, pero yo la esquivé. Esos trapos eran demasiado viejos.

—Pero te hizo daño. —Intentó ir más

allá.

—Ya... ¿y quién no? No fue lo que hizo mi madre lo que me ha jodido la vida.

—¿Ricardo? —Ahora era él quien mimaba mi pecho cubriéndolo con el agua caliente que dejaba caer desde la esponja.

—¿Qué voy a hacer con él, Oliver? Me aferré al brazo que rodeaba mi cintura.

—Nacho está a la espera de que lo decidas.

—¿Nacho? —Le miré.

—Nacho y el séquito trajeado como tú los llamas. De cualquier modo mañana iremos a ver a tu amigo el investigador. ¿Mi amigo? Oh, ese hombre merecía una disculpa.

—No quiero salir de esta bañera nunca
—confesé y era totalmente cierto.

La risa de Oliver le dio sentido a toda la situación de nuevo. Estaba aquí, conmigo, desnudo y agotado por haberme llevado al cielo tantas veces que escocía.

—Yo sí, Eva, estoy hambriento, prácticamente desfallezco y tú no comes nada desde...

—Desde los pasteles, tampoco es tanto.

—No pude evitar sonrojarme al recordar lo que había pasado solo unas horas antes. Poco a poco habíamos acabado con todos los pasteles y no cayeron de la mesa con las calas.

—Oh, gatita, eso no fue comer —ronroneó... ¡Cómo ronroneó!

—¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre. —Se tensó al decirlo.

—¿Cómo lo sabías?

—¿A qué te refieres?

Comenzaba a rodear mi pezón con un dedo magnético enviando corrientes eléctricas que me despertaban entera. Recorría con detenimiento el camino entre este y la corona, y el recorrido era una espera tortuosa.

—A Vitruvio. —Me giré para ver su reacción. Contestó al instante.

—Yo mismo lo deseé en cuanto te vi entrar en la suite. —Suspiró clavándose en mis ojos—. Me pareció justo darte la perfección que me falta de esa forma. Quiero hacer todos tus sueños y todas tus fantasías realidad, Eva, no veo mejor

futuro para mis propósitos.

Ninguna mujer en el mundo podría ignorar lo que ocurría a mi espalda. Mi Kinder bueno *extragrande* estaba listo de nuevo para la acción. Su sonrisa lobuna mordió mis labios frustrados por la distancia.

—Quiero que vengas conmigo a Córdoba. No ahora, un poco más adelante. Y quiero saber de ti. No sé dónde vives ni lo que te gusta hacer cuando no estoy contigo.

—Odio no estar contigo.

—Algo harías antes de pasarte el día vigilándome o mandándome flores, o recibiendo disparos u ocultando que estabas enfermo.

—Nada que quiera volver a hacer, pero

sí me gustaría que vinieras a casa. Mi madre quedó encantada contigo.

—Bueno eso no es difícil, estabas siendo un asco de hijo.

—Lo hice lo mejor que pude. No han sido unos días fáciles. Mi esposa de pega —¿esposa de pega? «Todo lo malo se pega», pensé—, pegándome un tiro, tú llamándome Ogro, el dolor, la debilidad, te busco y no puedo apartarte de mi mente y justo entonces, desapareces. A tu regreso me vuelves loco y empiezo a sentirme mal, tú en el hospital, las preguntas, las verdades y la presión; Alicia alrededor.

Tras un largo silencio me abrazó aún más fuerte y dejó su cabeza caer hacia atrás para descansar en el

reposacabezas de la bañera. Su
rendición era tangible, aquí mi premio.
—Cuando empeoré fue terrible, yo no
quería alejarte justo cuando empezabas
a confiar en mí. Me dejaste acercarme a
ti y deseaba ser quien te amparara y
cuidara como te mereces en lugar de
estar enfermo. Siempre he tenido una
salud de hierro y justo decaigo cuando
alguien por fin me necesita y me sentí
muy mal. Nunca había experimentado la
impotencia de esta forma tan íntima.
Volver a casa y borrar todo el dolor, la
debilidad. Volver contigo cada noche
era lo único bueno del día y no fui capaz
de decirte la verdad. Las mentiras
crecen con el silencio y, de pronto,
aparece el vídeo. Tu llamada me hizo

caer en el infierno y luego desapareces. Nacho me llamó y dejé de respirar, mi mundo se paró hasta que conseguí abrazarte, Eva. Nunca imaginé un dolor así. No tenía a qué agarrarme y me sentía culpable por todo, por causarte daño, por no haber podido protegerte o apartarme de ti.

—Ya, bueno, dicho así suena fatal y dan ganas de llorar.

No vayamos más ahí, please. Yo sabía lo que era sentirse hundido en la mierda de esa manera y no lo deseaba a nadie. Ni a Ricardo, fíjate tú. Guardaría cada una de sus frases para diseccionarlas en mis minutos de reflexiones. Arreé el costado de la bestia, habría que sacar al búfalo del establo.

—Yo quiero que me quieras sin admiración.

—Eso no se puede hacer. No puedes decidir cómo debemos quererte.

Yo te admiro.

—Pues tenemos que inventarlo, Oliver. No puedo pasarme la vida ganándome tu admiración.

—No funciona así, Eva. Tienes unas cosas...

—Yo no tengo cosas —regañé—. Meto la pata más veces de las que la saco, ahora no lo ves, pero algún día lo harás.

—Y entonces, me iré con alguien con más patas para meter, ¿un ciempiés, quizás?

—No te rías.

—Sí, me río, me haces sonreír

constantemente. Tu sonrisa y tus locuras me divierten. Tu fuerza es un ejemplo y tu genio me pone cachondo. Todo esto forma parte de las mil cosas que admiro de ti. Y por más que quiera tu autoestima no puedes evitarlo. ¿Tienes el pasaporte en regla?

¡EH! ¿Aquí queda la conversación? Apañado vas *picha Kinder*.

—¿Cómo?

—Bueno, vas a necesitarlo.

—No creo que sea el momento para viajar.

Y no lo tengo. Shhh. No digas nada tonta.

—Me lo prometiste, Eva.

—Acerca de eso... —Me giré entre sus brazos para mirarlo furtivamente—, no

me vuelvas a hacer prometer algo mientras tenemos sexo.

—Pensé que habíamos hecho el amor.

—Sí, sí, eso también. —Reí.

—Oh... te equivocas de cabo a rabo, pequeña. Eres toda una leona que pienso domesticar me cueste lo que me cueste. Es la única vara bajo la que te puedo tener y la voy a usar con maestría, créeme.

—¿La única vara? No soy ninguna vaca, campeón. ¿Cómo que domesticar? ¿Pero qué manera de hablar es esa, Gran Jefe?

—Una para alguien que tiene sexo con ogros.

Yo reí de nuevo. También admiraba la forma en que había revolucionado mi vida. Y no me pareció tan terrible besar

su suelo. ¿O sí? Me dejé seducir por mi curiosidad poscoito recién estrenada. Había algo más por aquí que quería sacar a Oliver. Mejor sin rodeos.

—¿Algún día me contarás por qué has optado por vivir el sexo de esa forma tan extrema?

—¿Extrema?, ¿así lo definirías?

—Pretendo ser educada.

—No lo merezco.

Pobre. Claro que lo mereces.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Yo prefiero no llamarlo de ninguna manera.

—¿Es tu saco de mierda?

—Podría decirse.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

No pudo ser más tajante con su respuesta, así que me callé. Me acomodé en su pecho de nuevo para que no pensara que me podría enfadar por su silencio. No me quedaba otra opción si él no quería hablar. Quizás, por eso me sorprendieron tanto sus palabras: de la nada al todo.

—Solo me gustaría que entendieras que hay una gran diferencia entre la forma de vivir el sexo que he tenido hasta hace poco y la manera en la que lo vivo contigo.

—Hablas como si el sexo conmigo fuera lo más parecido al sexo entre diferentes especies.

—Tú eres de otra especie, Eva.

Besó mi frente intentando convertir su

explicación en un halago. Tendría que esforzarse un poco más. Pellizcó un pezón y mis piernas se contrajeron. No cedas, Eva.

—Muy agudo, Oliver, pero no ayudas mucho.

—No sé cómo explicarme. Nunca he hablado de esto.

—Inténtalo de nuevo. Seré comprensiva. Lo sería, siempre en la medida en que mis hormonas me permitieran procesar lo que mi mente se atreviera a sopesar.

—Bien, podría decirse al más puro estilo magazine de la tarde, que contigo he aprendido a hacer el amor. —Esto tenía que verlo, menos mal que él mismo vio lo mal que había quedado esa frase. Apretó los labios y afinó la mirada antes

de lanzarse en un nuevo intento—.

También podría decirse que es como vivir a dieta o aprender a comer sano. Un cambio de percepción que hace la vida mucho más sabrosa.

—¿Y yo qué soy? ¿La dieta o la comida sana?

—La comida sana, claro.

—Puff, yo no lo tendría tan claro. Yo vivo a dieta. ¿Sería tofu o dieta mediterránea? ¡Prefiero ser el pecado!

—¿No puedes o no sabes hablar en serio? La dieta mediterránea, por supuesto.

—Pues ni sé ni quiero aprender. Pienso que no hay que poner espartos para tomarse la vida demasiado en serio.

—¿Poner espartos? ¿Esa es otra frase

made in Eva?

—Pues no es mío, pero sí es muy del sur. Quiero decir que no es necesario poner medios para ello, la seriedad viene sola en la mayor parte de las ocasiones.

—¿Ves por lo que no puedo dejar de admirarte?

Sonreí disfrutando de sus palabras. No era buena recibiendo juicios tan hermosos como los suyos.

—Pero en esta ocasión eres tú quien no responde mis preguntas.

—Desde que nos conocemos he acumulado algún que otro comodín. — Pretendía seguir evadiéndose. Se lo tendría que conceder—. ¿De verdad necesitas saberlo?

—¿De verdad crees que no debes sacarlo de una vez?

—No lo sé. —Oliver meditó antes de responder. Necesitaba un empujón.

—No he corrido hasta ahora.

—Y confío ciegamente en que no lo harás, pero aún no he decidido si es algo de lo que deba arrepentirme o no.

—¿Arrepentirte por qué?

—Porque jamás me paré a pensar si estaba bien o mal. Era sexo, solo eso. Empezaba y acababa con ese nombre, así fue siempre.

—¿Alguna vez has hecho daño a alguien?

—No, claro que no. Físicamente nunca. Quitando a Alicia y su peculiar forma de culparme de su dolor.

Esa loca otra vez en medio de la conversación.

—¿Alguna vez engañaste a alguien?

—Tampoco, todos mis acompañantes sabían de lo que se trataba.

—Entonces, no creo que tengas nada de lo que arrepentirte.

—Pero he estado equivocado mucho tiempo.

—No, has estado solo mucho tiempo y ahora no lo volverás a estar jamás, yo me encargaré.

—Eso espero, doy gracias a la vida por ello.

—Dicho todo esto, es hora de matar algún dragón.

—Por norma general amo tus analogías, pero no sé si esta me gusta.

—Que alguien me explique cómo he acabado con un hombre que usa la palabra analogía con esa elegancia, yo que digo mierda y joder en misa. —Dejé de bromear por unos minutos, mis inquietudes lo merecían—. Sé lo que sientes por mí y sé lo que siento yo por ti. Tenemos un sexo magnífico, doy fe de ello, pero hay algo que necesito saber. —Dispara.

Se puso las manos en el corazón, para protegerlo del balazo. Su humor se tejía fino, sí señor.

—Los hombres; yo no tengo pene. ¿Podrás vivir con ello? O mejor dicho, ¿sin ello?

Comenzó a reír como un energúmeno, jamás lo había escuchado así. Abría

tanto la boca que pensé que me tragaría entera. Y no te voy a engañar, si supiera de qué se reía, posiblemente, le encontrara la gracia, pero así... me dejaba la libido a nivel del mar. Pasaron varios minutos hasta que se dio cuenta de que su reacción se alejaba bastante del respeto y la consideración que me merecía. Me llegaba el morro al suelo y la mala leche a la estratosfera.

—Lo siento, Eva. Es que no podía parar... me encanta tu improvisación.

—Pues no he improvisado nada, hace semanas que tengo la preguntita en mente.

Me puse de pie en la bañera con un genio de mil demonios. Si mi genio le ponía cachondo de esta se iba a hacer la

paja sin tocarse, maldito sinvergüenza. Aun así cogí la mano que me tendía para ayudarme a salir de la bañera. Una vez fuera cogió una toalla enorme y nos envolvió a ambos. Me abrazó bajo su barbilla y mimó mi espalda con sus caricias en su disculpa gestual. Y lo peor es que lo notaba contener la respiración para no explotar en un ataque de risa.

—No tienes por qué preocuparte — aseguró.

—Yo creo que sí, es una carencia fisiológica que tiene difícil arreglo. Quise poner un humor que no sabía defender.

—Escúchame bien. No hay en ti ninguna carencia ni física ni emocional ni

funcional ni absolutamente de nada. Para mí eres suficiente y perfecta en todos tus atributos, virtudes, cualidades y defectos.

—Eso suena muy bien, pero...

—No soy bisexual. Comprendo que te preocupe...

—Pero aquel día ese chico y tú...

—Aquel día y muchos otros. A ver... como te lo explico. Me gusta tener de lo bueno lo mejor, y nadie como un hombre para hacer una buena felación.

—Yo no soy un hombre y nunca te has quejado.

Me miró a los ojos y contuve la respiración. Así de simple. Todo lo demás desapareció.

—Ni lo haré, tus felaciones son

perfectas porque las haces tú, Eva. Son tus dedos y tus labios, ningún hombre o mujer pueden superar eso. Cuando tú me tocas llegas hasta lugares que nada tienen que ver con lo terrenal, no lo cambiaría por nada, ¿me entiendes? Absolutamente por nada, mi dulce Eva. Daría todo lo que tengo si con eso me aseguro una vida contigo, aunque esa vida durara solo unas horas.

Sus palabras me llenaron de gracia y seguridad. Una confianza a la que comenzaba a acostumbrarme y que me hacía sentir fuerte, invencible e intocable en mi feminidad y mi fortaleza. Mi cabreo se había esfumado como un pis de pájaro en el asfalto. No me alegraba depender de él, pero puestos a

elegir, mejor de él que de cualquier otro. Afianzaba mi independencia y respetaba mi espacio y yo me había comprado un microscopio y seguía buscando entre sus minucias todo aquello que lo hiciera más humano y menos perfecto. El día que dejara de buscar... no sé qué ocurriría a partir de ese día.

Después de sus hermosas palabras, la sensualidad en su voz haría erizarse a una virgen de escayola. Sus promesas eran tan dulces como cálidas.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —Ahora ronroneé yo.

Bien que lo sabía la ovejita. Bien, bien, bien. Me dejé agarrar por la cintura y sus dedos navegaron entre mi cabello

mojado que escurría el agua a lo largo de mi espalda al encuentro de su piel. Yo agarré sus glúteos entre mis manos prometiéndole dejar de ser un animal doméstico. Firmes y terriblemente masculinos, cuadrados y fuertes. Y sabe Dios cómo me enloquecían los hoyuelos que se formaban cuando trabajaba su pelvis de *esa* forma. Procuré no imaginar manos con caras uñas de gel arañando la piel que había escogido para mí.

Cuando osamos salir del baño, Oliver fue a pedir el desayuno al servicio de habitaciones mientras yo disfrutaba de unos minutos de intimidad. Mi estómago rugió como la fiera que Oliver afirmaba que era. Sonreí. Eran más de las ocho,

habíamos llegado al hotel sobre las cinco, eso quería decir... que llevábamos tres horas en la bañera menos la bienvenida con Vitruvio. No era de extrañar que la piel estuviera arrugada, lo raro es que no hubiéramos despintado en el agua.

Busqué mi móvil y seleccioné mi lista de reproducción: «Buenos días». La actualizaba muy a menudo, pero nunca borraba ninguna, así que era larguísima. «Let Her Go» de Passenger, Elec Blackstar, «Count on me» de Bruno Mars, Efecto pasillo, «Like I Can» de Sam Smith y todo lo publicado de Alejandro Sanz y Pablo Alborán. —¡Oh, Mierda! —Vaya putada.

Una nube negra y espesa fue a pararse

justo encima de mi cabeza... ¿cuántas de estas voces habrían pasado por La Torre? Ni siquiera me permití formular la siguiente pregunta en voz baja, en voz alta o sencillamente darle corrección gramatical o sentido por sí sola. No, prohibido, Eva. No dejes a tu mente ir en busca de la tormenta ¿Se había acabado la música para mí?

Salía del baño, arrancándome los auriculares de las orejas y farfullando poco elegantemente cuando me tropecé de bruces con un cuerpo enorme con los zapatos sucios y vaqueros negros gastados. El investigador García nunca usaba colonia.

Sí que era un armario este hombre. Tuvo que sujetarme para que mi honorable

culo no fuera al suelo más pronto que un «hola». En ese mismo instante los ojos de Oliver fueron a parar a la mano que me sujetaba la espalda justo antes de soltarme para recoger el reproductor de música desparramado delante de mis pies. ¿Qué hacía este hombre aquí?

—Buenos días, señorita Molina.

—Eva —gruñí—, buenos días. ¿Qué malas noticias trae a estas horas?

Seguí gruñendo. No había dormido nada y estaba hambrienta. Con un estado de ánimo que lo mismo me hacía flotar en el limbo o me enterraba viva. Si me pones delante a Oliver desnudo o a un café doble con mucha espuma me pienso a quién escoger, me lo pienso ¡y mucho! Sentado en un escritorio en el que no

había reparado hasta ahora, Oliver bufó y supe que sentía lástima por el tipo. Me dieron unas ganas horribles de regañarle por haberle dejado entrar.

—Pensé que le gustaría saber que uno de los vecinos, en concreto M^a del Carmen Conejero Colmenar, del bajo b, falleció anoche en el hospital tras una complicación respiratoria.

—Mierda.

Mis piernas flaquearon. El hombre buscó mi mirada de esa forma tan familiar y supe que todo iría a peor de nuevo. La tesis de Okley fallaba, aún nada iba a mejorar.

—Y su padre está en paradero desconocido. Me parecía correcto informarle que tras confirmarse su

presencia en el bloque ayer siete minutos antes de que se declarara el incendio, se le responsabilizará por el fallecimiento de su vecina.

Busqué a Oliver en el escritorio porque necesitaba que alguien me sujetara y lo encontré mirando atentamente la pantalla de un portátil plateado con una manzana mordida. Cuando estaba a punto de sentarme en la cama la voz de Oliver explotó y el aparato voló hasta estrellarse en el suelo en medio de la habitación. El estrépito fue tan grande que acabé en el suelo, bajo el cuerpachón del policía. Esto poco tenía que ver ya con un cuento de ogros y princesas, era más un cómic de Sin City.

Capítulo 31

Coraje, manzanas voladoras y reformulaciones

Hay un tope para las desdichas. No lo pone la vida, lo pones tú

—Necesitaremos una ronda de reconocimiento formal o en su defecto una identificación de los sospechosos.

—Tienes los sospechosos.

—Pero eso no basta. Necesitamos un motivo, pruebas y a poder ser una confesión.

—¿Una confesión de quién? ¡De Ricardo! ¿Cree que se va a presentar en comisaría dispuesto a darle los detalles de cómo y por qué ha decidido terminar de joderme la vida? ¿O a explicaros por qué Alicia pasó de convenir a molestar?

—Le repito que no puede dar esto por seguro. Aún no podemos asegurar que la muerte de Alicia Rosenberger y su padre estén relacionados. La presencia de Ricardo en su edificio lo implica directamente en el incendio, pero no hay una línea directa con su secuestro aún.

—Nooo, claro que no. —Bendito policía políticamente correcto. Haría gruñir a los muertos—. Recapitulemos, Ian, alias poli bueno.

Si su gesto no se hubiera torcido habría dejado de confiar en que el color de su sangre era de la misma gama de colores que la mía. No había hombre al que no hiciera exasperar. Las cartas en la mesa pintaban de un solo color. El arma que había matado a Alicia Rosenberger la mañana tras mi secuestro exprés sin rescate, coincidía con la empleada en el asalto contra Oliver. De no haber estado este tan fuera de sí habría apostado por una bronca de órdago a su persona por no formular la denuncia tras el siniestro incidente en la Torre ImPossiTion. Los datos de balística coincidían y sin denuncia en la policía nacional; no me preguntéis cómo Nacho había conseguido esa información.

Dicha arma había sido incautada por la policía en un motel a las afueras de la ciudad. Aproximadamente a doscientos metros de la habitación en la que desperté días atrás amoratada, machacada y desorientada. Los datos del pago de la habitación coincidían con una tarjeta a nombre de Ricardo y los empleados del hostel lo habían reconocido. Por fin, y sin que sirviera de precedente, los servicios públicos y el equipo de seguridad privado del Gran Jefe, con el siempre eficiente Nacho a la cabeza, estaban coordinando sus investigaciones. Este hecho relacionaría directamente a Ricardo con la muerte de Alicia. Pero, claro, debíamos dejar trabajar al «CSI Spanglish» con sus

largas y largas semanas de trámites.

—¿Y qué pasa con el video?

El pobre hombre tragó saliva como si estuviera frente al altar el día de su boda. Oliver había abandonado la habitación tras hacer volar el portátil llamando por teléfono a Nacho.

Inmediatamente, yo hice lo mismo para averiguar qué acababa de recibir en su correo electrónico personal, un video grabado durante mi extraño secuestro días atrás.

—Tome asiento, por favor.

Comprenderé la postura de su... del señor Okley, pero sería un punto a favor de la investigación si accediera a visualizarlo. Cualquier identificación o recuerdo que las imágenes le puedan

sugerir puede ayudar a resolver los hechos.

—Lo haré. Veré ese maldito video. Tragué saliva. Su gesto se contrajo mascullando una idea que poco después le sacaría a golpe de filtro *made in* Eva.

—No sé si sabe que todo lo que envuelve a Okley está distorsionado por contratos de confidencialidad que no hacen más que dificultar nuestros pasos pese a la buena disposición de su servicio de seguridad.

Ese era Nacho, el perfecto colaborador...

—Pero... —le insté.

—Quiero que entienda que su derecho a la intimidad y la integridad moral durante la investigación no se verán

comprometidos esté o no bajo un contrato de confidencialidad. Sé que, no antes de diez minutos, tendremos aquí un par de abogados dispuestos a protegerla. Solo quiero que sepa que le trataremos con el respeto y la confidencialidad que se merece con o sin corbatas.

—¿Corbatas?

—Abogados.

—¡Sé a qué te referías, Ian! Solo me sorprende que tu compostura te permita decir algo así.

—¿Nunca pierdes el humor?

Gané, me habló como a un igual, poco a poco dejaba de ser la pobre víctima para volver a ser solo Eva.

—Sí que lo hago y tú lo sabes bien. Siento haberte tratado así ayer estaba...

bastante nerviosa.

—Créeme, Eva, no hago otra cosa que compadecer al señor Okley.

—No soy tan terrible —gruñí. La confianza da asco a veces. ¿Para qué se la pedí? Demonios.

—Lo que compadezco es lo que quedará de él si decides abandonarlo.

¿¡Qué!? Del galope al trote, campeón.

—Yo no lo voy a abandonar.

—Yo no he dicho eso. Solo que ese hombre besa el suelo que pisas.

—¿Y eso es malo?

—No mientras tenga un suelo que pisar.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron antes de poderle contestar. Pese a que el investigador se había relajado bastante desde que

Oliver había abandonado la habitación en dirección a una fase lunar desconocida, la tensión de la violenta reacción de Oliver aún podía palpase en el ambiente. El portátil estaba destrozado, así como el cristal del enorme y moderno escritorio sobre el que había estado sentado minutos antes. La puerta corredera del salón estaba fuera de las guías y varios cojines habían ido a parar al caudal de agua provocando que esta se desbordara antes de que se nos ocurriera desconectarlo. La elegante suite; el retrato del caos y la furia. Varias sillas en el suelo, todas las puertas abiertas en el camino hacia el pasillo, dos floreros, probablemente, carísimos, destrozados

en el suelo y las calas desparramadas aún debajo de la mesa.

Un joven de unos veintidós o veintitrés entró empujando un carrito, presumiblemente el desayuno.

Inmediatamente fue espantado por Ian con una propina escandalosa para el sueldo de un funcionario y yo no pude más que recordar que Oliver estaba hambriento. Su desayuno estaba aquí y él no.

Lo había llamado durante una eternidad y la batería del teléfono empezaba a quejarse por el esfuerzo. Lo volví a intentar mientras me preparaba un café: cortito, sin azúcar y sin espuma.

—¿No contesta?

—No, no lo hace.

—Estaba fuera de sí. No lo culpo —
afirmó mi acompañante.

—No tienes que jurarlo. Yo no quiero
que bese el suelo que piso.

—¿Perdona?

—Has dicho que Oliver besa el suelo
que piso. Yo no quiero eso. No quiero
que nadie dependa de mí.

—Eso no lo puedes decidir tú.

No, no podía hacerlo. Podría intentarlo,
pensar y buscar una respuesta, pero no
ahora. En ese momento solo quería salir
de ese hotel y perderme en una isla
desierta con o sin Oliver. Mejor con
Oliver. Pero lejos. Sin Ricardo, sin
investigaciones y sin nadie más. Un
nuevo video, un puto video, las putas y
jodidas nuevas tecnologías estaban

convirtiendo esta relación en un pabellón de la muerte. Una secuencia de desdichas prolíferas que se reproducen constantemente y con éxito. ¡La madre que parió al Windows Media!

Pocos minutos después el investigador me dejó sola con mis fantasmas. Tenía trabajo que hacer y yo no era una gran compañía en esos momentos. Había una papelería plateada junto al escritorio y los pedacitos de la cara tecnología acabaron dentro en pocos minutos.

Preferí no tocar los cristales, pero con varias toallas recogí el agua que ocupaba parte del suelo de la suite, solo faltaba escurrirnos y acabar echando una siesta sobre los cristales. Bendita ironía que me sacaba del barro. Estrategias de

distracción. Vuelve Oliver, te necesito aquí; enfadado, furioso, dando golpes y abrazándome. En esas estaba cuando el suave quejido de la puerta trajo buenas nuevas.

—Eva.

Detrás de él una figura enorme y oscura hacía mutis por el foro. Nacho me lo había traído sano y salvo.

—Estaba preocupada —confesé.

Desquiciada más bien.

Oh... mal andaba este hombre si ni una mirada devoradora me lanzaba. Con un pantalón de pijama atado a la cintura y una camiseta de manga corta en color chocolate, los hombros caídos, pero terriblemente tensos, cercos de sudor alrededor del cuello y en las axilas, los

pies descalzos y los nudillos enrojecidos aunque no ensangrentados. ¡Ojalá que haya estado en el gimnasio! Me apuesto... me apuesto... ¡un caramelo de menta! Sus manos iban de los bolsillos del pantalón a su pelo, estaba nervioso. Su pecho subía y bajaba entre la furia y el arrepentimiento. Sus rodillas temblaban y si no supiera lo que le había puesto así, pensaría que caería sobre ellas en cuestión de segundos. Pero no lo haría, se mantendría entero a cualquier precio por mí, sabía que lo haría. ¿Provocaría todo este estrés una recaída en su enfermedad?

—Ven, siéntate, tenías hambre. Cuidado con los cristales.

Empujé el carrito junto a la cama y me senté en ella cruzando las piernas sobre el colchón. Descalza e informal. Levanté las tapas de aluminio y las manos se me llenaron de cosas inútiles y pijas, la sensación no ayudaba mucho. Toda valiente las dejé en el suelo, evidentemente las tapas de la comida y el señor millonario y malhumorado no deberían de estar en el mismo sitio. Sí, pretendía que Oliver acabara en la cama y olvidara el vídeo que lo había sacado de la habitación horas antes.

—Lo siento, Eva.

—Siéntate.

—No debí salir así, yo...

—Estabas furioso, créeme que lo noté.

Y él —señalé la papelera—. Siéntate

ha sido una tortura esperarte y ahora estoy demasiado hambrienta para ocuparme de cosas que no sea comer. Se dirigió a la ducha y lo interrumpí. Estaba intentando controlar mi humor como para seguir convenciendo a mi estómago de que esperar era una buena idea. Comimos en silencio sentados en la cama, compartiendo los bocados más dulces y grasientos: bacon, huevos, crepes, tostadas, mantequilla, zumo de naranja recién exprimido, macedonia de frutas y café, muuuucho café. Leche condensada, nata, polvo de cacao y... Eva haciendo «pop», un bocado más y reventaría. Me dejé caer hacia atrás acariciando mi tripa, redondita y apretada. Ver comer a Oliver con esa

calma pese a todo, me hizo recobrar algo de cordura, la vida sigue y punto. Da igual el tiempo que pasemos reflexionando sobre lo que es justo o no, los minutos no paran. Son incansables y consumen el tiempo sin más. No tardé en sentir los labios de Oliver trazando besos desde la cintura al ombligo, dibujando bucles con la punta de nariz y perforando mi piel con su aliento. Su olor a sudor me habló de sexo, sí, estaba jodida y realmente enamorada a ciegas de este hombre. Me había nublado hasta el olfato.

—Tengo que llamar a Cata.

—Invítala a comer —sugirió presentándome de nuevo a mister Tongue.

—Prefiero ir a verla ahora.

—Tenemos que ir a la comisaría y...

—Vamos lentas con la preparación de la fiesta del mojito.

—Creo que el investigador García necesita que presentes... —me interrumpió.

—Aún no hemos decidido dónde la vamos a hacer, normalmente era en el ático, pero...

—Y Nacho cree que debes revisar el video para saber si recuerdas algo o alguien... —Mierda.

—Quizás, en el Seattle Pub nos dejen reunirnos una noche entre semana, pero...

—Se han usado servidores de la Torre para subir ambas grabaciones... —

¡Joder!

—Tendríamos que avisar a todos y buscar una fecha nueva.

—Ahora no podemos responsabilizar a Alicia, y Ricardo nunca ha estado en la Torre. —No más tacos, Eva.

—Podría ser el jueves que viene aunque no sé nada de Alberto, An...

—Esta conversación es rara...

—Más que un perro verde. —Reí.

—Necesito que me escuches, Eva.

—Te tengo al lado Oliver, es imposible no escucharte. —Seco el bacalao, ¿yo? No—. Dime una hora y un lugar.

—A las ocho, intentaré que os encontréis en el hotel y tendrás que ver el vídeo.

—Bien, necesito un cargador para mi

teléfono. También tengo que llamar a Adela y...

—¿Estás bien, Eva?

—Claro, ¿y tú? ¿Estás bien, Oliver?

—Claro.

—¿Eso significa que los dos estamos como una mierda? —Apoyó su cabeza en mi pecho y su peso me obligó a recalcular la situación, como las rutas del Tom Tom.

—Creo que sí —contestó.

—Oh, Gran Jefe, nosotros ser mierda con ojos de WhatsApp.

Rompimos en risas, ¿qué otra cosa podía hacer en este momento? Ya había llorado, hecho el amor, escapado, limpiado... Reír es una buena terapia. Al menos es un alivio instantáneo, un

empuje al corazón. Un resert.

—Me encanta escucharte así, despreocupada.

—No estoy despreocupada, estoy intentando despreocuparme y usted me va a ayudar, Gran Jefe. —Volví a levantar la mano al estilo indio.

—¿Cómo lo haces?

—Cómo hago... ¿Qué? —pregunté.

—Tragar el coraje y continuar, sonreír, disfrutar como si no hubiera pasado nada.

—Es que no ha pasado nada, al menos lo de hoy no ha sido nada.

—Me han enviado un vídeo mientras jugaban contigo, Eva, eso es algo —gruñó como un papá oso.

—No, Oliver, algo fue que lo hicieran,

no que lo grabaran. Algo es que mi padre quemara mi casa y estamos aquí. Te he dicho que te quiero y te he pedido que tomes esta oportunidad conmigo. Mira alrededor y dime si prefieres seguir haciendo volar manzanitas que se enchufan o disfrutarme a mí, aquí. Te prometo sexo, baby, moví la pelvis sutilmente y su sonrisa no se contuvo en su pecho.

—¿Volar manzanitas?

—El portátil. —Le guiñé un ojo.

—Ah... Muy bien, pequeña, tú lo has querido, tenemos libre hasta las ocho y vas a necesitar unas horas de descanso antes de salir de aquí.

Y cuando pensé que iba a desnudarme de nuevo, comerme a besos y restarme

la cordura que había recuperado en la última media hora, me abrazó como a una cucharita, me besó la sien y me deseó dulces sueños. Y una vez más me negué a reflexionar, en esta ocasión escogí fluir como el agua en la suite. Me dejé llevar por el gorjeo de la naturaleza y la respiración de Oliver, que había vuelto para imponer su ritmo. Haciéndome subir y bajar. Haciéndome vivir pese a todo.

Capítulo 32

Mi batalla

Lo que no consiga el dinero, no lo consigue el miedo

Entré en una enorme sala con dos mesas rectangulares en madera oscura y las paredes en un tono marfil sin un solo cuadro o imagen. Tan solo un par de kentias junto a las ventanas. Parecía que había sido redecorada exclusivamente para mí. ¿Sería posible?

Nos habíamos quedado dormidos después del oleaje hasta las seis de la tarde, con lo cual una merienda es lo único que habíamos podido conseguir. Tras una ducha y ropa limpia, entramos en el ascensor cogidos de la mano y bromeando sobre mi altura; ya era bajita, pero con zapatillas de deporte y frente al espejo del ascensor parecía incluso más pequeña.

—A mí me gusta así, es la altura perfecta para estrujar tu trasero cuando me apetezca y así tan chiquita puedo...

—Para, para, para campeón. Relájate que siempre estás pensando en lo mismo.

En un segundo me había cogido en brazos y buscaba mis labios con

decisión. Agradecí que no me hubiera encajado alrededor de sus caderas, sino delante de él, como toda una señorita.

—Puedo sacarte del ascensor en brazos o subir al Kilimanjaro ya puestos.

Sí, sí, machote cachas.

—No tienes abuela, ¿eh? —Pellizqué la desgrasada piel de su cintura y luego la mía, cada vez más redondita y prieta.

Vaya carajo de metabolismo. Volvió a dejarme en el suelo.

—Pues lo cierto es que no. —Sonrió con ese gesto «mata mujeres»—. Eh, y me debes diez.

—¿Diez? —pregunté sin entenderle.

—En la bañera me dijiste te quiero sesenta veces. Te quedan diez más para las setenta.

—Te quiero —beso—, te quiero —beso—, te quiero —beso—... y así las diez veces que me faltaban para hacerle completamente feliz pese a todo y a pesar de todos.

Hice recuento en la sala. Los siete trajes con hombres dentro, contando con Nacho, en adelante señor Funes mientras llevara esa seria corbata. Ian y dos policías uniformados. Sobre una de las mesas un portátil y una impresora enorme con docenas de botones, cables, papeles, carpetas, varios archivadores y un humor de perros. Dos bandos: trajes contra uniformes, maletines contra identificaciones.

Tras una larga charla formal y la firma de algunos documentos revisados y

aprobados por dos pares de trajes llegó el gran momento: el vídeo.

Toda la fortaleza se tambaleó y el frío llegó. Me temblaban las manos y los pies, me faltaba aire y me sobraba gente. —Ian, Oliver —los llamé.

Ambos me miraron fijamente. El primero con curiosidad, el segundo con desolación.

—¿Es necesario que todos estén aquí? Yo no... yo no quiero que lo vean. — Pensé en voz alta.

—Tiene que haber un abogado y un agente, Eva, solo eso.

—¿Nacho y tú? —El investigador asintió y el rostro de Oliver se torció como si acabara de recibir una bofetada. —Os dejaré solos.

Este Ian sí que era un tipo listo.

Búfalos blancos, dragones, osos, jefes indios y esto... ¿cómo llamábamos a esto? El Ogro me miraba amenazante desde su posición junto a la ventana y con una voz tajante envió fuera a todo ser viviente de la habitación. Las kentias no salieron porque no tenían pies.

—No me voy a ir, Eva, me voy a quedar aquí contigo.

Supe reconocer mi error a tiempo, esta conversación debería haber tenido lugar en la habitación.

—Nacho estará conmigo.

—Nacho no soy yo.

—Esa es la cuestión. Yo no quiero que veas eso.

—Ya lo he visto.

—Y has desaparecido durante horas.

—No voy a ir a ningún lado, ya te he dicho que lo siento. Estaba furioso y no quería pagarla contigo.

—Prefiero estar sola, Oliver. Es algo demasiado íntimo.

—¿Y quieres al inspector y a Nacho contigo? ¿En lugar de a mí?

—Ellos no me van a hacer el amor con esas imágenes en la cabeza.

—Yo tampoco.

—Tú lo has hecho esta tarde.

—No.

Qué caliente me ponen estas discusiones, por serias que sean.

—No mientas, ha sido distinto. Querías resarcirme y has sido suave y contenido, una mujer sabe eso.

—Es lo que mereces, Eva, que te cuide de todas las formas que sé.

—Pues déjame hacer esto un poco más fácil para los dos.

El Gran Jefe paseaba por la sala girando sobre mí, como si yo fuera la pipa de la paz y se pensara si fumarme o no.

—Me estás matando con esto —dijo.

—Es mi dragón, o mi búfalo, o mi puma. Es mi batalla. Déjame lucharla y dejarla aquí en esta sala. No quiero llevarla a cuevas de nuevo hasta la habitación. — Entre los dos.

—¿Qué hay de eso de compartir y empezar juntos? ¿Ya se te ha olvidado?

—Esto no va sobre empezar, sino sobre acabar. Lo sabes, Oliver. Tú sabes que llevo razón. —Cogí aire antes de

continuar—. Por favor, sal.

—¿Dónde me deja esto si no me permites estar contigo en los momentos difíciles?

Donde a mí cuando me enteré de que estabas enfermo. Fuera...

—Al lado de una mujer que es capaz de librar sus batallas, Oliver. Igual que tú has luchado las tuyas. ¿Qué sentido tendría que te lo pidiera si yo no soy capaz de hacerlo? Además, no tengo que convencerte, es mi decisión. Puedes abrazarme antes de salir o recogerme del suelo cuando regreses. Ese es el coraje, Oliver.

No tenía ni idea de dónde había sacado mi determinación. Me molestaba pensar que de Ricardo.

—Estoy furioso contigo ahora.

El Ogro tampoco tenía filtro.

—Se te pasará. —Sonreí. Yo misma me encargaría de ello.

Solo unos segundos separaron esas palabras de un intenso beso en mi frente y un abrazo que hizo crujir mi columna vertebral. Un «te quiero», susurrado al oído y una palmadita en el trasero que decía: «nada va a cambiar lo que siento por ti». Sí, ciudadanos de este lugar llamado mundo, ese es mi chico, ese es mi Ogro, ese es Oliver Okley. Salió de la habitación sacando su teléfono del bolsillo y agarrando a Nacho del brazo con la suficiente intensidad para arrugar la manga del traje y hacer que su rostro se retorciera de dolor. Pobrecito.

—Espero que te pague lo suficiente —le dije cuando se acercó a mí.

—No te preocupes por eso. ¿Estás lista?

—Jamás —contesté tan sincera como de costumbre.

El investigador se acercó con una mujer de mi edad y me la presentó como Belén Romera Hernández, investigadora de la división de delitos virtuales, y especializada en el tratamiento de medios audiovisuales. Solicitó mi permiso para que permaneciera con nosotros durante la visualización para poder analizar en mayor profundidad las imágenes. Comenzaba la función.

En resumen, una mujer rubia, delgada y gloriosamente proporcionada a la que

asigné el nombre de Alicia y el tipo del tatuaje recién hecho en la muñeca. En el vídeo salía un poco mejor. Se trataba de motivos maoríes alrededor de la muñeca y el antebrazo. Muy elaborado y estructurado, enmarcando unas manos cuadradas y anchas, casi familiares. Alicia era pura maldad, pude adivinarlo en el vídeo. Inventaba las peores acciones mientras gritaba al hombre encapuchado durante el minuto y veintitrés segundos que duraba. Habían escogido un fragmento de grabación en el que me desnudaba desgarrando la ropa. Las manos de ambos me manoseaban y la boca del encapuchado dejaba marcas sobre mi piel. Me besaba en los labios sin que opusiera

resistencia, no podía adivinar cuánto le habría dolido eso a Oliver. Mientras, ella colocaba sobre la cama una serie de objetos meticulosamente escogidos que preferiría no recordar. Yo era incapaz de reconocirme actualmente, aunque era imposible no encontrar las semejanzas con la Eva de hace años. Enmarañada y desenfocada. No había audio y el silencio era aún más incómodo y frío. Tras varias reposiciones expusimos conclusiones.

—Así que esta es Alicia —murmuré. Era la primera vez que le ponía cara. —La sospechosa ha sido identificada como Alicia Rosenberger, de veintiocho años de edad. Esta es la transcripción de la lectura labial durante

el video —la chica me entregó varios folios—, no menciona el nombre del secuestrador, solo lo llama *bombón* y planean una relación sexual cuando acaben lo que están haciendo.

—¿Se presupone una relación, entonces?

—aventuré. Ian me contestó.

—Sí. Las investigaciones sobre la señora Rosenberger la presentan como una mujer bastante promiscua. Se le conocen varios amantes durante los últimos meses y solo en sus círculos más cercanos conocían el matrimonio con el señor Okley.

—Eso no viene al caso —intervino Nacho a lo que los tres gruñimos en respuesta.

—¿Se le relaciona con alguien de la

Torre?

—A parte de con el señor Okley y su equipo de seguridad, nadie más hasta ahora.

—Pero la persona que ha subido el video ha necesitado acceder a la Torre. Proviene de su servidor —apostilló Belén. Esta chica me caía bien.

—Eso deja fuera a la rubia pistolas. Es más que posible que ella no se encargara del otro vídeo tampoco. — Los tres me miraron atentamente y supe que había hablado en voz alta y dado en el clavo. La comisura izquierda del labio de Ian se elevó para asombro de Nacho—. Es alguien en la Torre — aseguré.

—Es más que probable. —Ahora fue

Nacho quién lo confirmó.

—¿Y Ricardo que pinta en todo esto?

No aparece en el vídeo.

—Sí que lo hace, presumiblemente.

Fíjate aquí —Belén señaló una sombra proyectada sobre la lamparita de la mesita de noche—, esta sombra no coincide con la altura y tamaño del propietario del tatuaje.

¿Y yo había maldecido a las nuevas tecnologías?

—Trabajadores del hostel han confirmado haber visto salir a Ricardo de la habitación la noche de tu secuestro entre las cinco y las seis de la madrugada. Hay huellas parciales en las jeringuillas del baño que están siendo cotejadas con las de su padre. De ser así

lo situarían allí y sería cómplice de un delito más en su larga lista.

Yo miraba atentamente a la rubia, ¿de qué me sonaba? La había visto antes y no solo de espaldas saliendo del despacho de Oliver.

—Era guapa —se me escapó—, y ahora está muerta.

—¿La había visto antes? ¿En la Torre? ¿En su barrio?

—No le niego que me resulta familiar, pero no sabría decirle por qué.

¿De qué, Eva? ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué? Piensa, Eva, piensa... La mirada acerada de los tres no ayudaba demasiado, la verdad.

—¿Algo más? —pregunté.

—Solo que el secuestrador sigue sin

identificar y, Ricardo, en paradero desconocido. Le aconsejaría no salir del hotel y mantenerse acompañada en todo momento. Manténgase alerta y llámame si recuerda algo o tiene alguna duda.— Me entregó otra tarjeta lo cual agradecí porque era incapaz de recordar dónde andaría la anterior—. De cualquier forma puede acogerse al sistema de protección del estado, es usted una víctima de intento de asesinato, acecho y amenazas contra su vida.

Negué con la cabeza. Sabía con total seguridad que Oliver querría encargarse de eso, ya lo había empujado demasiado y sentirse útil nos ayudaría a ambos. Bien, por fin me podía marchar y dejar zanjado esto por hoy. Solo había un

problema más. No me podía mover. Todo el agotamiento me había vuelto a caer encima de golpe y me dolía todo el cuerpo, desde la uña del dedo gordo del pie (que no había dejado de molestar desde que pateé a Carlos) hasta las pestañas. El sol penetraba cómodo por las ventanas medio tumbado, alcanzando la pared contraria mientras todos a mi alrededor se movían despacio. ¿Cómo había llegado aquí? ¿Cuándo había cambiado todo? Echaba de menos mi trabajo, a las chicas de la Torre, a Cata, a Julietta, incluso a An, a pesar de tenerlo merodeando todo el día. A Tata, me faltaba Tata Ana y mi pequeña sobrina Leticia. Sus preguntas insistentes e inoportunas. Quería que me

dolieran los pies al ir a dormir por la noche. Necesitaba saber que debía dormir pronto para madrugar la mañana siguiente y que el día fuera tan aburrido y monótono como el anterior. Recordaba con añoranza desear que fuera viernes para poder descansar el domingo o salir a tomar un vino con los compañeros. Echaba de menos el asedio de Alberto para invitarme a desayunar y que me tratara con cariño. ¿Dónde estaban todos? La última vez los había visto en la habitación del hospital comiendo piononos. Tan solo cuarenta y ocho horas habían pasado desde entonces y me parecía una eternidad. ¿Dónde estaba yo hace un mes? ¿Quién era yo entonces?

—Hola, princesa.

La suave voz me llegó lenta y pausada, en el ritmo decadente de mi respiración. Me meció en mi agonía.

—Quiero ir a casa, Oliver. Quiero descansar en mi vieja cama. Quiero mi cama de princesa.

—La tendrás, princesa mía, la tendrás. Ven conmigo.

Sin abrir los ojos me dejé llevar por sus promesas. Sin saber cuándo ni dónde las perdería ni cuándo o dónde las encontraría. Por una vez escogía ser débil y dejarme llevar. Confiaba en Oliver para velar mi descanso.

Marchaba a lamer las heridas de mis batallas que bajo las ropas y escondidas, quemaban y escocían por

atención. Llévame contigo, príncipe.
Cuida de mí. Mantenme a salvo. Confío
en ti.

Capítulo 33

Votos

Momentos felices engendran instantes inolvidables. Lo que tiene que llegar, llega

Hay ensoñaciones demasiado deliciosas para hacerte pensar mínimamente en la realidad. La calidez, la suavidad, la paz, el calor son sensaciones que se perfeccionan en los sueños. Idealizar, lo llaman los expertos. La mente planea su propio placer y suple las carencias del

cuerpo como un instinto mental de supervivencia. La cordura emocional frente a la adaptación física al desastre. ¿Cuántas veces hemos soñado tanto con algo que al cumplirse mientras estamos despiertos nos decepciona? Para mí varias. El deseo de unas vacaciones, un momento, un instante, una celebración cargada de tal cantidad de expectativas que lo elevan a una posición idílica, irreal. Un límite de satisfacción inalcanzable. La mente nos dice: viajar a Cabo de Gata, de Almería, sería genial. Te ves tumbada al sol mientras los chicos más guapos no paran de traerte mojitos y te abanicán con hojas de palmera rociadas con agua fresca y lima, creando ambiente. A lo lejos, un joven

espectacular coloca una tarta frente a tu nariz para que consigas despegar la mirada de las gotas que escurren por su pecho. Y solo entonces, reconoces ese rostro, una vez más. El jefe sexy y delicioso te presenta una copa helada de un cava escurrido del cielo. Como si del más fiero animal se tratara te rodea y ocupa un espacio que deja de ser relevante. Sus manos en tu piel no son un deseo, sino una fantasía hecha realidad y sonrías al saber que son mil veces más suaves de lo que supusiste. Entre palmeras, sol y bebidas heladas en el País de Alicia donde los conejos llevan reloj y los jefes adoran a las empleadas de la limpieza. Y el sol, ese magnífico sol...

Una superficie plana y fría ascendía desde mi pie, lentamente hasta mi pantorrilla. La rodilla, los muslos... tiraba de mi nuevo camisón hasta colarse en mi cintura. Allí, abandonó la piel justo después de estremecerla. El frío dejó un rastro de humedad glacial que una almohada mucho más suave y cálida alivió con un aliento celestial. Oh, sí... esa era la mejor forma de despertar. Si al abrir los ojos me encontrara con el mismísimo demonio los volvería a cerrar y le pediría que se casara conmigo.

—Eva.

Me niego a contestar o despertar, ¡qué despropósito! Y encontrarme con Ricardo, el Windows Media..., calla,

calla, calla.

—Eva, princesa, despierta. —

Impossible, this is impossible.

Mmm... el frío ahora entre los pechos ¡ajam! Es un vaso helado. Hacia la clavícula, el hombro, de vuelta al cuello y en lento ascenso. Un escalofrío delicioso llegó donde solo llegan los ecos de un orgasmo, agarrotando los dedos y contorsionando la espalda. Al final tendría que despertar.

—Eva, despierta.

No abrí la boca, pero negué con la cabeza, a lo que un suspiro me contestó en una sonrisa. Temí haber vencido su insistencia cuando unas manos igual de heladas que el vaso me agarraron por las muñecas obligándome a quedar

bocarrriba en la cama. Con el camisón arrollado en la cintura y obcecada en no abrir los ojos, la sensualidad del momento empapaba el ambiente y la cama se hundió a la altura de mis caderas. El roce de un tejido poco familiar, lino, y el calor irradiando de una piel cuyo aroma sí que reconocería entre mil.

Una expiración acarició mi rostro mientras su nariz me rozaba los párpados. Paz sobre la llama de una hoguera. Volátil e intensa. Un olor añorado y divertido me obligó a estirar los labios en una sonrisa traviesa: ron, lima, hierbabuena y azúcar moreno. ¡La ambrosía de Eva!

Los labios de Oliver portaban un regalo

delicioso y lo recibí con la misma debilidad que me había entregado a sus brazos horas antes. La deliciosa mezcla se deslizó de su boca a la mía en un goteo delirante, más frecuente primero y rasgando mi paciencia después. Mi príncipe tenía ganas de jugar y yo también. ¡Bien! No me quedó más remedio que despertar.

Qué guapo estaba el condenado. Tenía el pelo húmedo peinado hacia atrás y su barba de varios días le daba ese aspecto de canalla que convertía al Gran Jefe en el Dandi ¡Mi Dandi! Sus ojos miel escarbaban en mi libido despertando aún más pasiones. Su garganta se movió haciendo subir su nuez lo que se me volvió a antojar tan sexy como un

espectáculo erótico en la puerta del averno. Podría ponerle un mandil y una cofia y seguiría estando guapo, el condenado.

—Bienvenida, princesa —susurró y yo ni vi moverse sus labios.

—Dame —le pedí aún con la voz tomada por el sueño.

—¿Qué quieres?

—De eso, dame —pedí mirando el enorme vaso que había dejado sobre la mesita de noche. Coronado por una barita mezcladora con una pluma en el extremo y una pajita dorada.

Aún a horcajadas encima de mí se movió como una pantera hasta la mesilla y bebió del mojito ante mi mirada inquisidora. Llevaba una camisa blanca

con cuello bajo dejando entrever la piel de su pecho, delicioso. Así me dio a tomar más de su boca nublando mi razón y sin saber, por momentos, si lo deseaba más a él o al frescor que dejaba escurrir de sus labios.

—¿Despierta?

—Eso parece —gruñí buscando sus labios.

Lo besé tanto como me dejó. Tomando su boca como propia, la acaricié y la alabé hasta la saciedad. Succionando su lengua y forzando la piel de sus labios con mis dientes. Sus suspiros en respuesta hablaban de deseo y descontrol, ese que me daba las riendas a mí. Aún atrapada por sus manos me retorció para alcanzarle suspendida en

el aire por su intensidad.

—No, no, no muñequita. No te retuerzas pequeña o puede ser peor... mucho peor.

¡Para ser peor tiene que ser malo!

¡Caprichito mío! ¡Polito de limón!

—Buenos días —por decir algo.

—Di mejor buenas noches, princesita.

Son las once de la noche.

—Y tú estás preparado para salir —le piqué mirando con atención su ropa. Se había apoyado en las rodillas y se erguía delicioso delante de mí.

—Bueno ahora no me parece tan buena idea. —Rio. Con esa sonrisa de te comía toda, toda, toda.

—¿Ah, no? —Levanté mi cadera en su busca y rio más aún. La perfección.

—Venga, levanta, tengo una sorpresa para ti.

—Oh, y yo otra para ti, campeón — bromeé.

Junto al gran ventanal de la suite había un maniquí con un hermoso vestido blanco. Atado al cuello con un escote escandaloso, escondía un bikini negro presumiblemente minúsculo. La espalda descubierta y celosamente corto. Justo al lado unas preciosas sandalias con tiras negras y delicada pedrería. Un tacón de vértigo. Lamenté pensar en lo caros que serían para lanzarlos al aire cuando me cansara de ellos. Era precioso, más perfección en realidad. El descaro escogido por Cata con la elegancia implícita de Okley.

—¿Es para mí?

—Lo es.

—Te lo pagaré.

—Por supuesto.

—Es precioso.

—No más que tú. —Ohhhh... Okley, Okley, Okley.

—Gracias. ¿Qué día es hoy?

—¿Por?

—¿Hoy es siete?

—No. —Se movió por la habitación y colocó otra caja pequeña sobre la cama.

—¿Entonces? ¿Qué significa esto?

—Una sorpresa. Ven.

Al fin del mundo.

Junto a la cama me sacó el camisón por la cabeza rozando deliberadamente mi piel. Se arrodilló delante de mí y me

bajó la braguita dejando escurrir su aliento por mi vientre hacia abajo.

Cuando quise consolarme con su piel me entregó un cepillo para el pelo y me dio algo que hacer. ¿Seguiría enfadado y lo que se avecinaba era uno de esos castigos de millonario retorcido que harían bailar sardanas a mis hormonas?

—Siento lo de antes, haberte pedido que salieras. ¿Me has perdonado?

—No mientas, Eva. No lo sientes.

¿Quieres hablar de ello?

No me miró, pero sentí su tensión en mi piel.

—No.

De eso estaba bastante segura. Al menos hasta que despejara la pullita que me estaba atormentando. ¿Dónde la había

visto? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

—Te perdonaré si estás lista en veinte minutos.

Su mirada era liviana y dulce.

—¿Me perdonarás ahora mismo si te prometo estar lista en quince?

—Te perdonaré ahora mismo si vuelves a decirme que me quieres y que me llevarías a una isla desierta.

—Te quiero, te amo y te llevaría a una isla desierta.

Sin Windows Media.

—Entonces te perdono.

No hay corazón que no llene la caricia del amor. Esa palma en la mejilla que te sume en un trance extrasensorial. Un plano cenital sobre tu propia vida donde puedes verte aislada del mundo y

envuelta en capas y capas de sentimientos con agujas que se bordan a ellos mismos sobre la piel. Límites inalcanzables de entrega y doblegamiento ante otra persona que, sin saber cómo, ha dejado de estar encima, ha dejado de estar debajo. Camina mano a mano, a tu lado, a tu paso; sin empujes ni tirones. En compañía. Y mi piel, mi piel se rajaba de tan solo imaginar que desapareciera, que se marchara dejándome irremediabilmente sola de nuevo. ¿A nadie le preocupaba lo que me ocurriría a mí si decidía dejarme? —Bésame. Bésame mucho y demuéstrame cuánto me amas, Oliver. Recuérdate que nada malo te ocurrirá. Hazme olvidar los golpes y el terror por

perderte. Por perderme a mí misma.

—Tenemos toda la vida por delante para aprender a vivir con esto que nos está pasando, Eva. Ni yo mismo me lo creo.

—Es como una nube de algodón; dulce, empalagosa, fugaz entre los dedos, pero firme en apariencia. —Si lo hubiera pensado no lo habría dicho. Demasiado rosa.

—No es flotar. No es soñar, desear o imaginar. Es estar, es tener, acariciar y ser dos a la vez. —Oliver dio con el tono adecuado.

—Es demasiado bonito para ser real.

—Es suficientemente real para ser hermoso.

Sus dedos masajearon mi piel con sus

palabras.

—Lo es.

Y allí estábamos; yo desnuda a lo largo de su cuerpo perfectamente esculpido y decorado con elegancia, con lino holgado que hacía estragos en mi imaginación. Me abrazaba con el cuerpo y me acariciaba con el alma. Su palma en mi rostro directa al interior y su pulgar no pulsaba en mis labios, sino en el corazón, imprimiendo un nuevo ritmo al latido. El amor es empalagoso y perder la vergüenza a reconocerlo es deslumbrante. De nuevo su frente en la mía, devolviéndome a nuestro mundo de intimidad, sin debilidades.

—Sé que nos preceden horrores. Sé que ha sido difícil llegar hasta aquí, tanto

para ti como para mí. Sé que ambos hemos apostado fuerte con lastras poco comunes, pero confío en nosotros.

Confío en que lo que me haces sentir aquí —llevó mi mano a su pecho—, sea suficiente para que el movimiento continuo no cese jamás.

—Yo quiero confiar en la vida por una vez, Oliver. Quiero creer en esta oportunidad y jugar a que todo va a salir bien.

—Y yo quiero que sepas que la vida me importa un carajo porque traiga lo que traiga, brindaré las batallas necesarias para que sea justa contigo. Para que no olvides sonreír. Para que sientas necesidad de besarme al despertar cada mañana el resto de nuestras vidas.

—Sería precioso besarte cada mañana por la eternidad. Tropezarme con el calor de tu piel cada noche. Dormitar en tu pecho en cada siesta y tirar de la manta porque te la has llevado. —Rodeé su cuello con mis brazos y acordes imaginarios acompañaron nuestras palabras.

—Yo quiero todo eso para nosotros, Eva. —La cercanía de sus labios enviaba cosquilleos desde mi mandíbula al resto del cuerpo.

—Yo también lo quiero, Oliver. Quiero preparar tu comida favorita en tu cumpleaños y hacerte una tarta secreta en nuestro aniversario.

Sus brazos cercaron mi cintura y sus manos abarcaron mi espalda.

—Tu tortilla de patatas es mi comida favorita. Y el helado de nata con nueces tostadas para el postre.

—Hecho. Cenaremos tortilla de patatas una noche a la semana. —Pensé en mi michelín—. Quiero hacer el amor cada día.

—Yo quiero que sepas cuánto te amo sin necesidad de hacerte el amor. Quiero estudiar tu cuerpo y presentártelo como te mereces. Hacértelo lento, rápido, suave y fuerte, con locura y sin razón. Por placer y por deber.

—Esas son muchas causas —ronroneé.

—Una para cada día, amor.

—¿Y qué hay de mis miedos y mi mal humor?

—Los primeros los derrotaré y lo

segundo... bueno lo segundo no sé muy bien qué hacer con ello. Aunque me gustaría quitártelo con los viejos castigos del Ogro mugroso.

—Yo jamás he conocido un Ogro mugroso. Es muy limpio y huele a la misma gloria.

—¿Un ogro que huele a gloria? ¿De qué cuento se escapó?

—Del mío, Oliver. Del mío.

Un cuento que se escribe despacio en frases cortas y pensamientos desordenados. En batallas de intenciones y diálogos locos. Un cuento maleducado con tantos villanos como un film de terror. Un cuento donde la determinación, la huida y la ceguera son formas de vivir y no defectos que sufrir.

Una fábula con sapos babosos, ogros guapos, padres desquiciados, desvaríos psicóticos de libro y amigos como catedrales. Un cuento al que últimamente han faltado las risas que alimentan el alma porque no solo de amor sobrevive el hombre. Una princesa valiente, esa sería la protagonista de mi cuento.

—Y quiero que bailemos juntos a ritmo de Sinatra en cada aniversario. Quiero que jamás se te dejen de poner rojas las orejas. Quiero que siempre, por siempre, sigas siendo el Gran Jefe.

Quiero que me gruñas cuando quiera apartarte de mi lado y quiero que, aunque proteste cada mañana, tires de la manta para que tenga que ir a buscarla en tu abrazo.

—Yo me conformo con que me quieras, Eva. Con que sigas siendo tú por siempre, sin filtro y con esa fuerza que hace temblar al villano de cada cuento.

—Esos dedos subiendo y bajando por mi espalda.

—Te prohíbo volver a protegerme con el silencio, Oliver. Jamás, jamás vuelvas a ocultarme nada haciendo juicios de *superhéroe*. Los dos somos iguales aquí, yo cuidaré de ti como tú lo harás de mí. Con la voz y la calma de la sinceridad. ¿Carta en la mesa pesa, Gran Jefe?

—Pesa. Gran Jefa. El trato está cerrado y no hay trampa que valga en esta partida.

Levantamos las manos en el saludo indio

de nuevo, entrelazando después los dedos. Solo había una forma de estar más unidos y para eso, Oliver debería salirse de esos pantalones.

—Te prohíbo rendirte, Eva, dulce Eva. Respira hondo y sigue.

—Prometo batallar tus fantasmas, Oliver, y presentarte los míos antes de que se conviertan en ejércitos. Y prometo cumplir lo que prometo. — Besé sus dedos entrelazados con los míos.

—Eso no sirve, Eva. —Sonrió.

—Te quiero.

—Esto parecen unos votos. —Sonrió sardónico.

—Bueno, lo nuestro son las listas y creo que esta va a ser de las largas.

—Seguro.

—¿De verdad no podemos quedarnos en la cama?

—¿Sabes que te amo?

—Sí. —Te creo—. Lo sé.

—Entonces no, nos vamos. Vístete, tengo un regalo para ti

Unos votos, ¿eh? Pues no había sido tan malo, la verdad. No dejaba de darle vueltas a aquello mientras me daba una ducha rápida y me colocaba el bikini y el precioso vestido. Poco cómodo y muy desvergonzado, Cata pagaría por aquello. Cuando salí del baño, Oliver daba vueltas, nervioso, de un extremo al otro del dormitorio principal de la suite. Tramara lo que tramara no estaba totalmente convencido de que fuera una

buena idea. ¿Votos?

—Lista —interrumpí su improvisada maratón.

—Has sido rápida. —Sonrió.

—Bueno... no tenía mucha ropa que ponerme. ¿Tú has comprado este vestido?

—Lo ha escogido Cata y la felicito. —
Qué poquitas veces me equivoco—.
Estás preciosa, Eva. Impresionante, en realidad.

Se acercó tomando mi mano y dejando un suave beso sobre mis nudillos.

—Gracias, Oliver, tú también estás para chuparse los dedos.

Me respondió esa mirada que decía...

—Yo te chuparía a ti enterita.

—Puedes empezar por donde quieras,

soy toda tuya.

Me colgué a su cuello dispuesta a rizar el rizo a la perfección. Poder tenerlo para mí en cualquier momento y a cualquier hora era toda una panacea pues nunca era suficiente. Esa forma en la que rodeaba mi cuello y mi cara con sus manos mientras se apoderaba de mis labios y tomaba las riendas de nuestros besos era esencialmente sublime.

Delirante. Un genio de la seducción que rozando mi mejilla con el pulgar me hacía gritar por dentro. Pero... jodidamente cuerdo.

—Lo eres, puedes estar segura de ello, eres toda mía. —Y se marchó como en la canción de Perales.

—Quiero mi regalo —sollocé.

—Ah..., bien, vamos a ver. —No sonrías así, porfa, que me quedo tonta —. Tengo dos regalos, en realidad. Uno viene en caja y otro no. ¿Cuál quieres primero?

—¿Vale los dos a la vez?

—Negativo.

¡Que no sonrías así!

—En ese caso, primero el que viene en caja.

—Ven aquí y date la vuelta.

Me llevó frente a un enorme espejo antiguo que presidía el dormitorio. Por cierto, juraría que no estaba ahí cuando entré a la ducha. ¿Me había regalado un espejo? Eso era raro. Era rectangular y tan alto como yo con el marco en una tela gris bordada con puntas en oro

viejo. Juvenil y añejo a la vez, pero elegantemente equilibrado entre ambos. Oliver se colocó detrás de mí y rodeó mi cuello con las manos para dejar tras de sí una delgada cadena de plata con una bola brillante de un centímetro y medio de diámetro. No me había regalado un espejo. El colgante reflejaba la luz con destreza, devolviendo una descomposición exquisita de colores. Sus manos abrazaron mis hombros y con su tacto toda incertidumbre desapareció, encontrar su mirada preocupada en el espejo fue como el sonido atronador de una alarma. La burguesa y el príncipe.

—¿Te gusta?

—Es bonito.

—Pero...

—Es demasiado, no puedo aceptarlo.
Ni siquiera me atrevía a tocarlo.

—Esa no es una razón.

—Esto es algo que yo no llevaría si no te hubiera conocido.

—¿Eso es malo?

—Me convierte en otra persona.

Creo que esa es una buena excusa para huir del compromiso. ¿Eso es lo que quieres, Eva?

—Yo soy otra persona desde que te conozco y a nadie le parece mal.

—Tú has cambiado porque me quieres.

—Y te ofrezco una regalo porque te amo, ¿qué diferencia hay?

—Yo no puedo pagar esto.

—Tú compartes conmigo todo lo que

tienes y yo lo acepto. ¿Qué problema hay en hacerlo a la inversa?

El jefe se estaba mosqueando.

—No hay proporción.

—No es necesaria.

—Para mí sí —insistí.

—Para mí no. ¿De verdad es un problema para ti?

—Lo es.

—Debe dejar de serlo —afirmó.

—¿No hay otra opción?

No iba a ganar esta batalla.

—No. Eva tú me has pedido que comparta contigo todo cuanto tienes.

Que construyamos un nuevo hogar, juntos. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí.

—Hemos ido obviando esto por mucho

tiempo, Eva, pero es el momento de que tú aceptes esta parte de mí.

Acariciaba con pericia mis hombros y brazos con la punta de sus dedos. Sabía lo que hacía conmigo y lo hacía muy bien.

—¿A qué te refieres?

—Me gusta mi vida, Eva. He trabajado mucho para poder escoger un coche diferente cada domingo o para tomar un avión para ir a cenar a Nueva York. Hasta ahora has conocido lo peor de la vida que me ha tocado; los errores, los excesos, mis preferencias antes de ti — terminó en un susurro—, pero también quiero que disfrutes de lo mejor sin quejas, culpas o remordimientos. Aceptar mis regalos es aceptarme en tu

vida.

—Yo te quiero en mi vida sin esto, no lo necesito. —Lo toqué, estaba helado.

—¿Pero puedes disfrutarlo conmigo, Eva?

—Creo que puedo hacerlo, pero debes entender que no me siento nada cómoda. No es equilibrado, yo no puedo regalarte algo con este valor, Oliver, y eso no me hace sentir bien.

—Es más equilibrado de lo que parece. ¿Acaso tú no has compartido conmigo todo cuánto tienes? ¿Tan raro es que ocurra a la inversa?

—Tu todo y mi todo no pesan lo mismo, Oliver. —Elemental querido Watson.

—Mi todo pesa mucho más que eso, dulce Eva. Todo es todo.

¿Y ahora qué? Bueno, esto también era Oliver. Lo habíamos obviado como bien había mencionado él. Sus extravagancias, sus dieciséis ramos de flores, la caja enorme subiendo las escaleras con una costilla de Adán de cincuenta kilos dentro. Un coche destrozado por no interrumpir una conversación, cuidarme durante días sin tener que aparecer por el trabajo. Nacho cubriendo los huecos, esas chuches tan deliciosas que aún no sabía de dónde sacaba. Las esposas locas, los hospitales caros y las suites escondite. Bien, lo haríamos poco a poco.

—¿Y mi otra sorpresa?

—¿Cuál?

—La que no viene en una caja.

—Ah..., esa.

Me giró entre sus brazos con su sutileza marca de la casa para tomarme la barbilla y adorarme con su mirada caramelo.

—Te amo. Te amo demasiado. No sé qué pasaría conmigo si alguna vez me dejaras.

—Tengo una teoría al respecto. —Colé mis manos por debajo de su camisa y agarré la piel que echaba tanto de menos.

—¿Una teoría?

—Sí. Tengo una teoría de lo que pasará contigo si te dejo.

—Adelante, sorpréndeme.

—Si te dejo es porque te vuelves un gilipollas y en ese caso no te importara

perderme, así que no tienes que preocuparte.

—¿Y si me dejas de querer?

—¿Puede secarse el mar?

—No.

Sí, campeón, ahora si puedes sonreírme así, pero después tienes que desnudarme, por favor. Me agarré a su cintura, la distancia escocía en mis dedos.

—Pues igual de imposible es.

Voy a tener que escribirlas. Ya estaba entre rosa pastel y rosa chicle.

—Eso espero.

—No te preocupes, a este caballero le quedan muchas batallas de defender aún para que me canse de él. Si me das mi regalo de una vez, claro.

—Bueno... en realidad, no es un regalo solo para ti. Es algo que me gustaría que compartiéramos.

Algún día entenderé por qué lo que dibujé en mi mente con esa explicación vibraba y funcionaba a pilas. Sin embargo, lo que entró por la puerta no tenía ni On ni Off, pero no paraba de moverse. Al nombre de Byron, el enorme perro se acercó hasta mí y saltó y festejó a mi alrededor como si fuera el mejor regalo de navidad. ¡Oh, Cielos! Se trataba del perro que me acompañó frente a la puerta de casa la noche del incendio ¿De verdad era él? Eso fue hacía unos días y parecían mil años desde entonces.

—Pero qué...

—Estabas abrazada a él y ha estado merodeando por allí desde entonces. Nacho me llamó al reconocerlo y lo ha llevado al veterinario. Al parecer se trata de un cachorro que tu vecina acababa de recoger y, al fallecer ella, se ha quedado solo. Tata dice que amas los animales y él te cuidó, así que pensé en devolverle el favor... yo solo pensé que sería una buena idea... bueno yo nunca..., pero no creo que sea tan difícil... es muy educado... y tranquilo, y bonito. Está sano y yo... yo siempre he querido un perro y...

—Vale, vale, vale... para campeón. Lo he pillado. Me gusta Byron. —Me arrodillé en el suelo y le devolví las atenciones—. Al parecer ha llegado el

momento de cambiar de vida: chico, perro y desempleo.

—No estás desempleada, estás de vacaciones.

—Oh, señor Okley, no pienso volver a Ginger y limpiar para usted. Me resultaría muy incómodo.

—Mejor dejamos ese tema para otro momento. —¡Eh! Espera, espera, ningún hombre me da una conversación por terminada—. Nos están esperando arriba.

—¿Quién nos está esperando?

—¡Vamos! —Tiró de mí—. ¡Byron aquí!

Corrí de puntillas, gruñí y pataleé, tironeando detrás del Ogro y el perro. Byron, bonito nombre, suena a salvador,

a héroe. En realidad, ese animal me sostuvo de una pieza cuando podía haberme derrumbado. Solo llegó y se quedó conmigo permitiéndome abrazarlo a él y a mí misma. Joder, no tenía perro desde que me salieron las tetas, bueno hace mucho de eso. Parecía educado. ¿Lo dejaría Oliver dormir con nosotros? No sabía si me parecía una buena idea. ¿Y vivir con Okley? ¿Podría yo dejarme mimar de esa manera? Eternos ramos de flores, viajes, joyas, vestidos..., quizás, no fuera tan malo. El colgante era precioso, como una elegante bola de luz, un punto brillante en el espacio y me quedaba bien. Lo cierto es que me veía genial en el espejo del ascensor, de esas veces que te miras y piensas «porque tú

lo vales», «que tiemble el macho ibérico que aquí está la mujer que rompió el molde».

—¡Eh!, no me pellizque el trasero, señor Okley, encima de que me llevas a la rastra, que el perro parezco yo.

—Es que Byron sabe a dónde vamos, por eso lo dejo ir delante. No me llames así, por favor.

—¿Y por qué el perro lo sabe y yo no? Ignoré su mirada de cachorrito.

—Porque es una sorpresa.

—Verás, Oliver, todo esto es muy bonito, pero yo necesito algún tiempo para...

—¿Tiempo para qué?

Se paró tan en seco que hasta el perro lloriqueó. La alarma golpeó su rostro

como un guante de kick boxing.

—Para hacer todo esto público. No quiero poner una diana en tu frente para Ricardo una vez más y necesito acostumbrarme a todo esto —señalé mi atuendo—, poco a poco.

—Creí que eso ya lo habíamos hablado.

—Depende de a dónde vayamos...

—¿Confías en mí?

—Siempre, sabes que sí.

Estoy aquí, Oliver, siente la caricia de mi palma en tu rostro y mis labios sobre los tuyos. Byron rascó una puerta y supe que la paz había terminado.

—Te amo —confesó por enésima vez. A mí hoy me faltaban casi todas. Sacó un pañuelo rojo de algún lugar y me tapó los ojos—. Adelante, señorita Molina,

Cuba le espera...

Capítulo 33

Fiesta del Mojito

*Un día es un día y una paliza un rato.
Tú dame otro mojito y después
pensamos qué hacer al respecto*

Si... señor, Cuba completita.
A la voz de ¡sorpresa! Oliver me
levantó el pañuelo de los ojos y me
encontré con Cuba en la azotea del hotel.
¡MI FIESTA DEL MOJITO! Desde mi
espalda y con sus brazos abrazando mi

cintura me dejó ver todo cuanto había preparado para mí.

La terraza del hotel era enorme y estaba decorada al más puro estilo chill out, con muchas hamacas y sofás blancos bajo pérgolas de maderas exóticas.

Lámparas bajas de pie alrededor de la piscina iluminada en verde marino, como si se tratara del Caribe. Dos grandes zonas de baile y una cabaña central que hacía de chiringuito junto a tres enormes mesas rectangulares cargadas de frutas, ensaladas y comidas típicas de Cuba sobre alegres manteles color caqui. Cadenas de farolillos de colores contrastaban con las líneas elegantes del hotel, pero acentuaban la gracia de la espontaneidad cubana. Las

libertades de la «Fiesta del Mojito», la misma que despide el cansancio de todo el año para dar la bienvenida al verano y la fiesta.

—¿Te gusta? —De nuevo su aliento perforó mi piel.

—Es perfecto.

—Quería darte una sorpresa y verte sonreír un poco, ¿qué me dices? —

Agarró mi mano y tiró de ella haciéndome girar sobre mí misma.

Guau. ¡Mi Ogro quería bailar! ¿Quería bailar conmigo? ¡Sí! ¡Claro que sí! Viva Cuba, los cubanos y las cubanas que paren artistas. Al ritmo de Los Matadores y Jesse Suarez bailamos Pegaos, tal y como decía la canción. No podía llevar este hombre a ningún museo

porque se lo quedarían para exponerlo
¡Ay que colgada que estás, Eva! Ya no
tenía remedio. Guapo, rico, sexy,
enamorado y con un movimiento de
caderas que ya lo quisieran en Fama.

—¿Has saqueado la guantera de Carlos?

—pregunté con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque no creo que hayas encontrado
esta música en ningún otro lugar.

—Amén a eso, Eva. Por cierto...

Carlos...

—No he sido capaz de conducirlo, lo sé.
Tendré que solucionarlo. —Otro
maldito búfalo que cazar, Evita, vaya
lista.

—No pasa nada, solo quiero que sepas
que Nacho lo trajo y está en el parking

del hotel.

—Es bueno saberlo.

—No te preocupes, lo solucionaremos.

—Sé que lo harás —dije sofocada—, pero yo no puedo hablar y bailar a la misma vez. —Y reí. Reímos al son de la música.

Dimos tantas vueltas que olvidé dónde estábamos y pese a doscientos movimientos diferentes no dejé de tener sus manos sobre mi piel ni durante un milisegundo. Era sensual y seguro, todo un embaucador y yo, que al principio prestaba batalla, ahora bailaba su son y avivaba sus atrevimientos. Como la cobra ante una flauta dulce.

—¡Eva! —Cata llegó corriendo capturándome en un abrazo de oso y

dando el baile por acabado—. Toma, prueba, son los mejores que hemos tomado nunca. Los hacen Candela y Richard. —Señaló a una pareja de color dentro del chiringuito de cañas y tablones—. Ya está bien tortolitos. ¿Es que queréis tener sexo en directo?

La pellizqué y me solté del último dedo que me unía a Oliver. Dolió.

—¡Joder! Esto está buenísimo, Cata. No dejes que me emborrache.

Casi se me ponían largos los dientes con la acidez del limón en rodajas.

Tiró de mí y en pocos minutos estaba rodeada de gente, todos conocidos y guapísimos. Vestidos con alegres colores y sin parar de moverse al ritmo de bachatas y reggaetón cubano que

tanto me volvía loca. An y un chico rubio guapísimo, Julietta, Nacho, Raquel y Cía de Ginger, Rubén y su nueva novia, Elena y mi recién estrenado cuñado rodeado de varias chicas tan jóvenes como él. Mi hermana Adela y Eduardo, ¿y mi Leti? Más gente que no conocía, la mayoría de origen latino como delataban su piel y sus movimientos sensuales y fluidos.

Observándolos pensé en lo cierto que era decir que los europeos teníamos un palo metido por el culo, el que menos una varilla finita. Me moría de ganas de ir a bailar con ellos. Hablamos con casi todos los invitados que sonreían y me abrazaban sin límite. Oliver a mi lado hasta que mi amiga me secuestró de

nuevo.

—¿Te gusta?

—Sí, claro —contesté a Cata—, está todo precioso. ¿Lo has preparado tú?

—No, es cosa de tu amorcito. Nos llamó a primera hora de la tarde y nos puso a todos a correr.

—¡Eh! No te quejes gorriona. Estoy cagada, Cata.

Me abracé a ella como a un tablón en un naufragio.

—¿Por qué? —Acarició mi espalda, devolviéndome el abrazo y yo apreté más.

—Por lo que venga después, cuando todo lo bueno se acabe.

—¿Ya estás de nuevo con tus teorías, loca? —Me despegó de su pecho para

mirarme a la cara—. No funciona así. Te lo repetiré por enésima vez amiga. Lo bueno y lo malo llegan porque sí, sin equilibrio y sin anunciarse. Es nuestra labor abrir los brazos y disfrutar la vida o encogernos para esperar el golpe y me vas a perdonar..., pero el pedazo de bombón que tienes besando el suelo que pisas, no merece que te encojas como una cachorrilla.

—Yo no quiero que bese el suelo que piso.

¿Por qué les había dado a todos por decir lo mismo?

—Importa poco si quieres o no, lo hace. Hace días que su cuerpo no emite feromonas, sino un amor enfermizo que lo ha retirado del mercado.

—¿Sí? ¿Tanto se le nota?

—Puf, pues a ti se te nota más, pero tu efecto es a la inversa. Estás más atractiva, más guapa, más interesante y contrariamente mucho más cobarde, linda.

Me entregó mi segundo mojito.

—Es que ahora tengo algo que perder.

—¡Joder, Eva! Paso de ti y de tus rayadas. ¿También tienes algo que ganar, no? Levanta la cabeza y disfruta de la fiesta o esta monada que tienes delante —se señaló a sí misma; ¡baja Modesto!—, se va a ir a darle betún al señor Funes mientras tú te sigues mordiendo las uñas «por si acaso». Y con esto me dejó tirada la muy cabrona. Le faltó mandarme a freír

espárragos. Bueno, ¿de qué se quejaba? Habían pasado muchas cosas en los últimos días. Era normal que tuviera algo de miedo y ansiedad por tantos cambios. Por no tener no tenía ni casa, pero si un pedazo de fiesta en la terraza de un hotelazo, a Byron y a Oliver.

¿Dónde estaban? Mientras... comía como si hubiera estado toda la noche anterior dándole que te pego y todo el día durmiendo. Mmmm.

—Y por fin te acuerdas de nosotras. — Me cazaron dos compañeras de la empresa de limpieza en la Torre—. Ha progresado la fiesta del mojito desde el pasado año en tu casa.

¿Qué hago? ¿Te explico o no te explico? Con la felicidad del segundo mojito en

mi estómago vacío hice borrón y cuenta nueva. ¿A quién le importaba por qué este año la fiesta no era en mi casa?

Desde luego a nadie le salían a devolver las cuentas.

—¡Chalis! ¡No me puedo creer que estés aquí! —¿Dónde estás, Ogrito?—. Oye, ¿tú has visto a Oliver?

—Sí, he estado hablando con él hasta hace unos minutos, pero ha bajado a resolver un asunto. Me ha encargado que cuide bien de ti. Ven, vamos a comer algo, princesa.

Este era Chalis, un padrazo frustrado, como yo. Elegí bien cuando lo escogí para ser el padre de mi hijo. ¿Qué habría pasado si no hubiera perdido a mi bebé? ¿Estaríamos juntos? ¿Habría

conocido a Oliver? ¿Habría querido lo suficiente a Chalis para criar un hijo feliz?

—Ese hombre me gusta.

—¿Qué hombre?

—El que te trata como a una reina, pero te tiene hambrienta —concluyó al verme abalanzarme a por la «típica tortilla de patatas cubana».

Mi mente divagó pensando en Oliver aquella misma tarde. Tras abandonar la sala de reuniones de la que yo misma le había pedido que saliera para dejar mis vergüenzas a cargo de otro hombre, y a pesar de todo, había creado una lista de ciento veintitrés líneas cargadas de detalles imprescindibles para organizar la fiesta perfecta para mí: debe haber

tortilla de patatas, chuches de esas caras, bachata, merengue, reggaetón y baladas, los mejores mojitos, el mejor entretenimiento, el mejor perro, la más compleja y perfecta joya escogida por él, algo de mí en el vestido que Cata había escogido, mis amigos, solo los buenos y confiados, dejarme dormir hasta el último momento, hablarme de la forma en la que lo había hecho ofreciéndome su mundo a cambio de un hueco en un pequeño ático con una cama de princesa.

—A mí también me gusta.

—¿Mucho?

—Mucho Chalis, tanto que da miedo.

—Nunca has tenido miedo a nada.

—Nunca he sabido lo que era la

felicidad.

—¿Eres feliz?

—Sí, creo que sí, aunque el mojito me confunde —bromeé, excusa *made in* Eva Molina. Chalis abrió sus brazos para mí y yo volví a un lugar entrañable, besó mi coronilla con un afecto fraternal.

—Me alegro, hubo un tiempo en el que afirmabas que la felicidad estaba vetada para ti.

—Cómo cambian las cosas —suspiré y me abracé a su cintura.

—Vas a ser una madre excepcional, Eva, y una esposa perfecta.

Y sin saber cómo ni por qué me vi felizmente casada y compartiendo una familia con un ogro que me había mentado muy, muy mal. Lo haría,

compartiría mi vida con él. Aunque pensándolo bien tampoco era nada nuevo, le había pedido que viniera a vivir conmigo, es más, que reconstruyéramos mi hogar «juntos». Me miré las manos y por más que rebusqué, no encontré la razón de sentir que estaban vacías, solas. Un hueco irónico y mudo que no hablaba más que de ausencia de nada. ¡Diablos, Eva! Si nada tienes, nada puedes perder. Me separé de él para limpiar las lágrimas que habían nublado mi vista. Chalis, mi amigo y excompañero, usó sus propios dedos para devolverme la apariencia que necesitaba. Mi fortaleza. Reparó en mi colgante.

—Es preciosa, una joya digna de ti,

cariño.

La nube de piedras seguía fría y dura sobre mi piel sabiendo que aún no había decidido si se quedaría ahí por siempre o no. Pronto sabrían que ninguno iría a ningún lugar sin mí.

El zumba y el reggaetón cubano dejaron paso a algunos temas más autóctonos y sonaba «Éxtasis» de Pedro Alborán: «tápame la boca con tu boca porque quiero arder». Hacía semanas que había descubierto que solo frases como esa en la boca de un hombre concreto hacían latir mis armas de mujer y entibiaban lo que antes había estado helado. Oliver me faltaba entre las manos, eso era exactamente lo que me faltaba dando por muerta y enterrada mi independencia y

mi cordura para el resto de mi vida.

—¿Ves a Nacho por aquí?

—No, bajó con Oliver. Respira, Eva, tiene que estar al caer. Estará preparándote una sorpresa más.

No quiero más sorpresas, quiero que esté aquí conmigo.

—¡Eva! Hola, Eva, estás espectacular. ¿Me disculpas si te la robo un momento? Alberto llegó como una exhalación muy molesta. Yo lo que quería era encontrar a Oliver en el fin del mundo y me topaba con este amigo extraño. La última vez que le vi se llevó una buena hostia con la mano abierta y un buen puñetazo de An. La verdad, no sé qué hacía aquí. Oliver, ¿dónde estás?

—Alberto, ¡cuánto tiempo! ¿Te mordiste

la lengua y has estado convaleciente?
—No seas dura conmigo, preciosa. —
Maldita víbora hipócrita, si te muerdes
te envenenas—. Sabes que te tengo
mucho cariño y he estado algo celoso.
Mi cintura ni tocarla chaval. Me retiré
con una sutileza que no merecía. Las
cosas estaban claras entre tú y yo,
campeón, no hacía falta que lo jodieras
de esta manera.

—¿Qué hay Alberto? —intervino
Chalis, intentando ocupar el espacio que
la nueva visita me estaba robando.

—Hola... ¿José María? —Le estreché
la mano que el primero le había ofrecido
—. ¿Nos dejas un minuto, por favor?
—pidió.

Con una mirada cómplice mi amigo se

retiró solo unos metros.

—Yo no he hecho nada, Eva, solo te informé de lo que estaba pasando, fui un poco brusco, pero...

Adelantó su mano para manosearme el brazo de nuevo, cuando la manga de la camisa ibicenca, me lo dejó ver... El alma se me cayó a los pies.

—Ya déjalo estar, Alberto. No, no. —
Se me atrancó la lengua como el cable a la aspiradora—. No me apetece pensar en eso ahora. Tengo... tengo que irme no me encuentro bien, demasiados mojitos. Me giré dispuesta a plantarlo allí, pero su mano me agarró el antebrazo.

Forcejeé para zafarme, pero cada vez el agarre se apretaba más hasta que comencé a patalear y me volví con la

otra mano en alto para soltar el puño allí donde pudiera. Se me había parado el corazón y no podía respirar y no podía correr y no me podía ir y...

—Shhh.

La voz de Oliver intentaba calmarme mientras golpeaba una y otra vez su pecho con los puños cerrados y el corazón encogido. Al reconocerlo me aferré a él y escondí el rostro en su pecho apretando los ojos tanto como física y biológicamente era posible. Pesadillas, pesadillas y más pesadillas. No puedo creer esto. ¿Es que la puñetera vida se había propuesto jugar a fútbol conmigo? ¿Acaso inventaría una nueva chilena con la que patear mi trasero? Escondida en su cuerpo me

movía bajo su agarre hacia algún lugar mientras frases olvidados se estrellaron en mis ojos y, finalmente, pegué mis pies al suelo, decidida a no dar ni un paso más de huida, no por el miedo, nunca más.

—¿Tienes una foto de Allicia, Oliver? ¿Llevas alguna en el móvil?

Lo que acababa de recordar pintaba todo de un color hormiga.

—¿Qué pasa, Eva? ¿Por qué te has puesto así? —Se frotó su pecho.

—Alberto no puede salir del hotel, Oliver. Por favor, confía en mí — imploré. De nuevo cada uno con su propia frase que decir. Mis dos amigos hablaban acaloradamente por lo que podía ver desde aquí.

—Eva, Ricardo está en la segunda planta escondido en una sala de lencería y tiene un arma, no quiero que te asustes, pero...

Mierda.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, el dispositivo está en marcha.

Nadie va a entrar ni a salir de esta terraza hasta que todo termine.

—Bueno, al menos sabemos dónde está. Cada ratón en su jaula y ni siquiera lo sabían.

—En el mismo edificio que tú y eso no me hace nada feliz.

—No llegará aquí, Ian no lo permitirá

—comenté pensativa.

—Si quiere mantener su empleo y la cabeza sobre sus hombros, no.

Qué gracioso me pareció aquello, se había puesto celoso y molesto. Y la sombra de su barba de varios días era tan sexy que todo, casi todo se me olvidaba.

Junto a él los recuerdos ya no quemaban, solo escocían. Junto a él los metros entre Alberto y yo, eran kilómetros y Ricardo era una amenaza menor, una mosca cojonera como dicen por mi Córdoba querida. Quería volver allí. Junto a Oliver los tambores eran orquestas y solo entre los dos construíamos una multitud. Junto a él la punta de un alfiler era un diamante. Qué extrañas perspectivas te da el amor. Un camarero mulato y tremendamente atractivo pasó con una bandeja llena de

pajitas doradas y plumas flotantes en un ámbar decorado con hojas verde oscuro. Bien, Eva al mando de una maldita vez. —¿Perdona? —le llamé—. Dame dos de esos.

—Yo no quiero beber nada ahora —gruñó Oliver.

—Oh, sí, Gran Jefe. Tú crees que me acabas de soltar una gran bomba, pero yo tengo otra peor, así que tómate eso o se te va a hacer un nudo como la Catedral de Córdoba.

Vamos Ogrito, te toca confiar en mí. Di un trago hasta que la falta de oxígeno quemó en mis pulmones, rogándole con la mirada que siguiera mi juego. Cuando lo hizo y bebió me dolieron los labios por ocupar el lugar de la pajita y así lo

hice. Dejé el resto del mojito sobre la corteza de pino del enorme macetero con pensamientos a mi lado y agarré su camisa a la altura del pecho. Tiré de él hacia mí y presto dejó su bebida junto a la mía para enlazar sus brazos en mi cintura mientras yo envolvía sus hombros con mis manos. Me acerqué a él tanto como pude y sus dedos jugaron debajo de la poca piel de mi espalda que la tela cubría, dándome el último punto de partido. Comenzó a sonar una balada de Rosana que conocía a la perfección: «Demasiado».

*Hoy levanto el corazón,
pa' brindar por los vencidos,
me gustaría cambiar,
los errores repetidos,*

*cargué en alguna ocasión,
y en más de una canción,
con los que no fueron míos.*

*Hoy levanto el corazón
pa' descorchar el amor y
bebérmelo contigo.*

Refugiada en la cueva de su cuello
susurré en su oído cada palabra en un
esfuerzo porque mis palabras navegaran
en su sangre hasta el corazón. No se
puede querer más. No se puede
necesitar más. No se puede desear más.
Ya no sabía estar en otro lugar.

—Gracias por todo esto.

—Te dije que te daría todo cuanto te
mereces, Eva. Además, así me
aseguraba de que me invitabas a la fiesta
—bromeó.

Yo le contesté con un cálido beso en su cuello que erizó su piel. Con este espacio era suficiente para mí. No necesitaba nada más, ni fiesta, ni ático, ni hotel, ni terraza, ni trabajo. Me quedé ahí meciéndome cada vez más apretada por sus brazos alrededor de su cintura. Sintiendo despertar su cuerpo y disfrutando de la vorágine en el mío.

—Me encanta bailar contigo y que me cantes en el oído Eva, pero dime qué está pasando, por favor...

Salí de mi escondite en pro de un refugio mejor.

—Bésame, bésame ahora, Oliver, ¿qué más da quién corre alrededor? ¿Lo que tramem o lo que consigan? Si perdemos un solo beso ya estarán ganando.

Me miró como si observara una cara joya, buscando la razón de la perfección en sus formas o el error en mi razonamiento. Y supe por qué para todos eran tan evidentes nuestros sentimientos, se nos derramaban por todos lados. Como la espuma en una copa de champán que entre alboroto y vítores es acogida con alegría y buen augurio. Su mano se meció con la voz de mi compañera de entrañas, mi Rosana. Llegó hasta mi nuca y la amasó con la delicadeza de los dedos que pulsan para estremecer la piel. Desde allí atrajo mi boca a la suya estirando mi espalda y obligándome a apoyar mi cuerpo en el suyo para alcanzar sus labios con la misma proporción de avaricia y

necesidad.

Estaba tan asustado y necesitado como yo, eso decían sus besos. No fue calmo, fue ambicioso y perturbador. Tomó mis labios entre los suyos imponiendo un ritmo tras el que corrí en instantes y al que dominé en segundos, caminando juntos también en los besos. Dolía, lo que este hombre despertaba en mí, dolía. Retorcía el estómago convirtiéndolo todo en terminaciones nerviosas que hablaban de la pasión y el deseo. Solo eso, cuando me tocaba solo me quedaba un resquicio de juicio que mi cerebro empleaba para mantener mis funciones vitales involuntarias. Era una goma de borrar de metro ochenta, mil veces mejor que las herramientas del

CorelDRAW. La mejor hipnosis.

Cuando la entrega no tuvo más opción que parar antes de convertirse en un show al aire libre, las respiraciones aceleradas no nos dejaban hablar. Su frente en la mía, su nariz acariciando mi mejilla de nuevo y su aliento haciéndome sentir más mujer junto a él, hablando de cómo su cuerpo respondía ante mí. Su sonrisa al apretar mi pecho contra el suyo y sentir mis senos apretados por la pasión era cuanto menos, prometedora.

—Te deseo, Eva. No tienes idea de cuánto necesito que todo esto pase y poder hacerte el amor cada día como te mereces. Pero dime qué pasa, por favor.
—¿Dónde está Nacho?

Dirigió la mirada a la barra del improvisado chiringuito de cañas y lo vi de espaldas a nosotros. No sentí vergüenza.

—¿Ves a Alberto? —seguí con mis preguntas.

—Sí, aún habla con Chalis. ¿Qué pasa con él? Le dije a An que mejor no lo invitara, pero se ve que no me hizo mucho caso. Lamento que te haya molestado —bufó.

—¿Por qué tiene Alberto un acuerdo de confidencialidad?

—Todos los que trabajan para mí lo tienen.

—Yo no lo tuve hasta que supe demasiado.

—¿A qué viene esto, Eva?

—Solo contéstame, por favor.

Necesito una respuesta amable. Su mirada se perdió por aquí y por allí para finalmente claudicar en mis ojos.

—Las cámaras de seguridad lo grabaron practicando sexo en el almacén del departamento de seguridad de la Torre. Alicia. Dejé caer un peso enorme de mis hombros. Al menos, Alberto y Oliver no tenían un pasado..., juntos. La idea me había estado corroyendo hacía semanas. Allá voy.

—¿Puedes ver el tatuaje en su brazo?

El nudo se me clavó en la garganta y dolía tragar la daga de la traición.

Aguantar las lágrimas era un esfuerzo que salía de la dignidad, solo de ahí.

No me hizo falta decir nada más para

que él mismo relacionara el dibujo en la marca del guardia de seguridad de la Torre y el del hombre del video que había recibido por correo electrónico esa misma mañana.

A pesar de que Rosana daba sus últimos acordes todo movimiento desapareció. Lo empujé para que lo retomara en un torpe y más que infructuoso intento. Solo necesitaba comprobar algo más para confirmar mis temores. Su mirada tornó de tierna y caliente a afilada y fría. El movimiento en su pecho se detuvo. No quedaban más suspiros.

—¿Recuerdas la noche en el Seattle Pub?

—Sí.

—¿Llegaste a ver a Alberto aquella

noche?

—No.

—La camarera dijo que se había largado con una rubia.

Tu rubia, Oliver.

Sin más aviso agarró mi mano y nos llevó hasta Nacho. Habló con él en el oído y mientras este buscaba en su teléfono, Oliver pidió algo a la camarera que abrió los ojos ante su encargo. Inmediatamente trajo un vaso estrecho con docenas de labrados, poco más grande que un chupito y lo llenó de un líquido transparente que Oliver ingirió de un trago antes de poder preguntarle nada. Confundida aún con su conducta la fotografía de Allicia apareció frente a mis ojos. Verla viva y

sonriente en esta ocasión facilitaba bastante el asunto. Era ella. Alicia era la dueña de los brazos que envolvían a Alberto la noche del Seattle Pub en que Oliver me llevó a aquella habitación roja para después hacerme el favor de no tocarme, valga la contradicción. Yo asentí con la cabeza en dirección a Nacho y todo se desató. Sonaba «Guantanamera» de Celia Cruz, Jarabe de Palo y Luciano Pavarotti, un tema demasiado bonito para un momento esperpéntico. Mi Ogro se abalanzó sobre Alberto puño en alto y se lo clavó en la cara lanzándolo al suelo quien derribó a su paso un par de taburetes y una alta mesa de diseño. La música absorbió gran

parte del alboroto y aún muchos de los invitados no se habían dado la vuelta cuando el tatuado se levantó y encaró a Oliver. Yo me temí lo peor, nadie sabía nada de mi secuestro en aquella fiesta y esperaba que retiradas las esquinas del cuadrilátero improvisado todos siguieran igual de mal informados.

—Además de follarlos... ¿pega a sus empleados, Okley? No se puede decir que sea un jefe ejemplar.

Pumba, en el mismo ojo. Pero no llegó al suelo porque un oportuno Nacho lo agarró retorciendo hacia atrás su brazo izquierdo mientras envolvía el antebrazo derecho alrededor de su cuello.

—Sé un chico listo y cállate, Albertito
—le dijo Nacho.

—Interesante tatuaje. ¿Llevas mucho con él? —El rostro de Alberto se contorsionó y aposté a que el causante era el hombre que pegaba el pecho a su espalda.

Mientras esperaba la respuesta, las orejas del Ogro se oscurecían peligrosamente.

—No mucho. ¿Quieres el nombre del tatuador? ¿Quizás quieras un billete en el capullo para la próxima vez que enseñes la polla en internet, idiota? ¿Quién sujetaba ese cuerpo trabajado en el gimnasio? Metro ochenta y cinco de Oliver, de fuerza y locura, de coraje y furia. Sin embargo, lo que vi me dio más miedo que cualquier golpe. Lo que escuché no lo guardaré en mi memoria,

cuestión de supervivencia.

—¿Crees que esto va a quedar así, gilipollas? —inquirió Oliver.

—No sé de qué me hablas.

—Ricardo está abajo acorralado por la policía. ¿Qué crees que va a contar?

—No, él no...—negó Alberto.

—Sus huellas están en el arma que tú le conseguiste y con el que alguno de los dos mató a Alicia, malnacido. Pudrirte en la cárcel va a ser tu sueño de verano. Coronó sus amenazas con un puñetazo en el estómago que lo dobló sobre sí mismo y le obligó a tragarse cualquier respuesta.

—Abre la maldita boca y juro que traigo a la policía para que te arreste y te lean los derechos delante de tu tía —amenazó

Nacho. Pero ladró, Alberto ladró una respuesta susurrada que solo llegó a los interesados.

—¿Qué te crees que le habría hecho a Eva si yo no acabo con ella antes? Tú ni siquiera la mirabas, no sabías de lo que era capaz. Desde tu gran Torre, mirando por encima del hombro a todos. Ten algo por seguro, Oliver Okley, ¡si no llega a ser por mí, Eva estaría en el fondo de cualquier pozo, cabrón!

Los dedos de Oliver encontraron mi mano y la apretaron dolorosamente.

—Tendrías que darme las gracias de que puedes volver a meterla en caliente...

Esta vez no fue Oliver quien lo calló, sino Antonio retocándole la boca, una de

las pocas partes de su cuerpo aún intacta. ¿De dónde había salido? Vaya lengua que tenía Albertito, ¿para qué me regañarán a mí? La música seguía sonando, «Son de la Loma» de Celia Cruz & Don Dinero, una extraña mezcla que sonaba en Carlos constantemente, cuando era capaz de conducirlo, claro. Me lancé hacia Oliver y me enrosqué en su cintura para devolverle los pies al suelo y a su mente la cordura. Su cuerpo vibraba como la antesala a un terremoto, alcanzando a oscurecer sus ojos con la más exagerada de las pasiones: la ira. Abandoné su cintura para buscar su rostro con mis manos y le obligué a encontrar mi mirada con movimientos horizontales de

cabeza que le imploraban por complicidad. Giré su cuerpo para que dejara de ver a Alberto y se centrara en mí. Así lo quería, para mí, solo para mí. La música cesó, la eché de menos. Su expresión hablaba de impotencia, la que sentía un hombre al tener delante de él al desgraciado que había abusado de la mujer que amaba. Su tensión crecía exponencialmente al ver el reconocimiento en mi mirada. Su entrecejo marcó profundas y desesperadas arrugas, sus labios se apretaron y las aletas de su nariz soportaban toda la tensión de su cuerpo, implorándome por la oportunidad de desquitar con su cuerpo mi dolor. No se trataba de venganza, sino de equilibrio y

podría convencerme de aquello. Podría. Sería perfectamente capaz de apartarme, cerrar los ojos y taparme los oídos para que tomara de su piel mi desesperación la mañana que desperté en el hostel. La de Oliver llorando en mis manos, enfermo y asustado por mi desaparición. Lo haría y viviría con ello, pero no con el odio y la incomprensión de Julietta, la mujer que había sido como una madre para mí desde que retomé mi vida en el barrio. Alberto era hijo del hermano de Carl, el vivo retrato de su tío y sabía lo que Julietta vería tras los delitos de su sobrino, el retrato esbozado del hombre al que había perdido. No podía prometerle que lo volvería a ver, pero sí que no lo vería destrozado esta noche.

Las manos de Oliver se había agarrado a mi vestido, clavando sus uñas en la tela a la altura de mis caderas haciendo saltar las costuras. Su contención hablaba del amor y el respeto que me profesaba a mí y a quienes yo amaba. Lo adoré más aún. Le obligué a pegar su frente a la mía en esa intimidad que éramos capaz de construir entre las mayores multitudes. Intensidad es poco, es... es....es... contención en letras escarlata. Son votos, son promesas y son candados que cierran baúles lastrados con hormigón y hueso.

—Se acabó.

Fue cuanto se atrevió a escapar de mis labios.

—Se acabó, se acabó, se acabó, se

acabó, se acabó, se acabó, se acabó, se acabó, Oliver, se acabó.

La fiesta podría haberse desinflado, pero el Dj volvió a darlo todo cumpliendo con detalladas instrucciones. Sonaba Pablo Alborán, no recuerdo cuál, todas habrían sido perfectas.

Nacho retorció algo a la espalda de Alberto y la chulería se transcribió en alaridos. Un susurro al oído ilegible y cuando me giré, si ya estaba blanco pasó a transparente. Fijó un vistazo culpable en mí, el pedazo de cabrón, y otro de furia en Oliver. Me alegré de ahorrar a mi compañero esa mirada cargada de odio y mil enjambrados sentimientos miserables y sucios. Su labio había

comenzado a sangrar cuando Julietta llegó corriendo decidida a interceder por su sobrino, ¿podría explicarle alguna vez el tipo de persona en la que se había convertido? Tendría que hacerlo y lo haría como tantas otras tareas difíciles.

Miraba a todos lados augurando la llegada de Ricardo para culminar la noche más desastrosa y cinematográfica de toda mi vida. El que sí apareció fue Ian que en una primera sonrisa me confirmó que Ricardo estaba bajo custodia para después encargarse de mi secuestrador.

Capítulo 34

Rincón para Príncipes

Perdóname perfección por no esperarte. Siempre llegas tarde

No hubo fiesta que terminar ni familia que despedir. Todos quedaron con la palabra en la boca cuando Oliver volvió a tirar de mi mano y de mí hacia las escaleras. Ladró algo a Nacho, gruñó algo a Byron y apretó mis hombros, tan fuerte bajo su brazo, que me era difícil caminar a su lado.

Sin más palabras ni mirada y con más

tensión que en una red de vóleibol entramos al ascensor. Escuchamos el tln y el deslizamiento de las puertas al cerrarse. Conteniendo la respiración esperamos al siguiente tln y de nuevo, el ronroneo de las puertas. Un apretón extra en mi hombro que rozaría el morado Sulley y en tropezones más que en zancadas llegamos a la puerta de la habitación. No conseguía encontrar su mirada y eso se traducía en una taquicardia descoordinada con mis movimientos respiratorios. La tarjeta entró y salió del lector, la puerta se abrió sola delante de nosotros. El perro entró el primero totalmente despreocupado.

Las manos de Oliver me colocaron

detrás de él, mientras revisaba el pasillo con el rabillo del ojo asegurándose de que estábamos solos.

De eso se trataba, de ponerme a salvo.

Mi respiración y el corazón volvieron a estrechar su mano y coordinar sus pasos.

Por fin.

Un hombre trajeado apareció al final del pasillo y solo entonces, entramos en la suite. De su mano recorrimos todas las habitaciones dejando a Byron en la terraza. Comprobamos ventanas y balcones para después volver a la puerta principal, asentir con la cabeza y cerrar definitivamente la pesada puerta. El golpe resonó en el silencio dando un matiz terrorífico a la escena.

Solo entonces mi mano se quedó sola y

mi vista fue a detenerse en toda novedad que había encontrado a su paso. El salón principal y la habitación estaban repletos de flores de todos los tamaños, olores, colores, texturas... No en vano había calas rojas, rosas blancas, docenas de orquídeas, en el suelo pequeños recipientes de cristal con flores de loto, velas flotantes, y más velas también sobre las mesas y en el cauce del agua. Incluso a través del cristal podía ver el fuego escapar de varias antorchas con esa ferocidad tan característica que lo consume todo. Igual que se había desintegrado mi hogar. Pero no me importó, no demasiado. Mientras balbuceaba las luces desaparecieron y la iluminación se

redujo a magia, la más pura y sensual de ellas. Si fuera más romántico y empalagoso me ahogaría en un mar de sirope de fresa. Jamás pensé en un fin mejor para mi vida como tampoco pude imaginar que deseara todo esto. Puro funcionalismo y eficiencia hecho de una mujer que ahora se derretía ante la ñoñería más empalagosa y sobrecargada. ¡Ay! Nunca digas de esta agua no beberé, Eva.

El olor de las rosas refrescaba el ambiente y la espesura del jazmín llegaba desde algún punto fuera de mi vista. Aunque a la luz de las velas y con el olor de la parafina al consumirse nada era más allá que asumible.

—¿Te gusta?

—No, es horrible.

Su voz me llegó lejana y no pude contener a mi cuerpo para ir a buscarlo. Estaba apoyado en la puerta de entrada con el rostro contraído, más tenso que las cuerdas de la guitarra de Paco de Lucía. ¿Habría metido la pata con la broma?

—Claro que me gusta, Oliver, es perfecto. Tú eres perfecto y no paras de sorprenderme. —Su rostro siguió tirante y sus hombros arriba. No había sido yo la causante de su tensión—. ¿Has vuelto a bajar aquí? Chalis me dijo que tuviste que bajar a hacer algo... No me habló ni me dio más explicación. Tan solo cercó la distancia entre ambos y agarró mi rostro entre sus manos con

violencia, estrellando su boca en la mía sin aviso ni señal luminosa. Su choque fue doloroso cuando sus dientes golpearon mis labios y su boca succionó mi lengua con tanta fuerza que me dolió. Después la mordió y solo supe que no sangraba cuando me permitió tragar saliva varios segundos después. Lejos de asustarme mi cuerpo se encendió como una ristra de petardos en fallas. Miles de explosiones en mi cabeza se decoraron con extrañas vibraciones a lo largo de todo el cuerpo. No me dejó lugar a la duda o a reducir la marcha ¿Qué detendría lo que estaba a punto de ocurrir entre nosotros?

Su cuerpo se me antojó más alto, más fuerte, más firme, más violento y

amenazador al cernirse sobre mí. No me preguntó si me molestaba y no me importó que no lo hiciera. Quería su control, su dominio, su fuerza cercándome cual cabaña en medio del bosque para la más tierna Caperucita. Me tocaba y recogía todo cuanto le daba, con avaricia y casi desdén, como si fuera cual fuera la medida, nunca sería suficiente. Nunca había sido así conmigo y juro por el cielo en el que tantos creen, que yo no rechacé nada de él. Absorbí su decisión y le incité a tomar de mí cuanto necesitara para despojarnos de esta angustia que de una vez merecía ser encarcelada. La adrenalina de la noche gritaba por ser consumida.

Me agarró del trasero y me elevó del suelo contra su pelvis para mostrarme su disposición y no pude más que reír ante su propuesta y robarle a su camisa el cuerpo del deseo que llevaba dentro. Se la arranqué y la lancé lejos. Quería al Ogro, amaba al Ogro y lo necesitaba para sacar toda esta tensión y él lo sabía. Lo había leído en mi piel o, quizás, sencillamente tomaba lo necesario para saciarse y liberar la frustración de la noche.

Con la destreza propia de Oliver Okley desató el vestido de mi cuello y lo dejó caer. Volvió a cogerme en brazos y me llevó a la cama sin dejar de besarme. En un instante eché de menos su mirada, pero solo un instante. Caí en la cama con

su cuerpo adherido al mío y tardé muy poco en deshacer el nudo del cordón de su pantalón de lino. Estaba tan duro que sentí pena por él y alegría por mí. Por las veces que había querido un polvazo y había tenido la más tierna muestra de amor y es que ni su dureza ni su necesidad nublaban la devoción implícita en cada movimiento.

La braguita de mi bikini desapareció y cuando mi lengua pudo resarcirse con la arrugada aureola de su pezón me dio la vuelta y toda celebración por su piel concluyó. Sus dedos húmedos recorrieron mi hendidura y no me quedó más opción que aferrarme a la almohada y rogar clemencia o piedad por las demencias de mi cuerpo. Tardó un

segundo en estar dentro de mí y esos calambres que se convierten en placer, se abalanzaron sobre mí, como corrientes de alta tensión. Dolió un poco, ya que mi piel se quejó por la rudeza, pero lejos de decepcionarme, mi cuerpo y mi mente corrían tras él, dispuestos a gozar y desquitar las lágrimas y los miedos. Tan necesitados como estábamos fue meteórico. En pocos segundos yo gritaba sin saber cómo ni dónde estaba, enloquecida por los golpes de Oliver dentro de mí; despiadados y violentos me llevaron al cielo no con alas, sino con un reactor. Fugaz, rápido e intenso hundió sus dedos en mis caderas para golpearlas contra su pelvis y yo casi olvido respirar. Tenía

calor, mucho calor y subía, subía, subía. Mi cota de desesperación rozaba la estratosfera cuando por fin me consintió tocar el cielo pellizcando mi clítoris. La explosión recorrió todo mi cuerpo contorsionándolo desde los dedos de los pies hasta las mejillas, haciéndome apretar los dientes y cerrar los ojos, contener la respiración en un instante estelar.

Cuando mi interior intentó dejar de sacudirse sus movimientos me hicieron volver a la locura y te juro que si la voz hubiera podido abandonar mi garganta, habría implorado clemencia para mi cuerpo y mi mente. El sexo con este hombre me destrozaría para cualquier otro, estaba segura de ello. Pero en la

maraña de sensaciones, el silencio se me antojó extraño, no lo veía ni me permitía colaborar. Todo era tan diferente que por un momento me estremecí.

—Estoy aquí, pequeña —susurró en mi oído—, déjame sacarnos toda esta desesperación. Déjame disfrutarte y destrozar tu cuerpo, Eva, por favor. Te necesito.

Bah..., hablando de necesidad.

—Es tuyo. Mi cuerpo es tuyo.

—Mío —gruño empujándose más fuerte y seco dentro de mí. Si no confiara en él tan ciegamente, pensaría que me podía romper en cualquier momento.

Pero, Oliver no. Oliver había llegado a recomponer, a reescribir, a redecorar, a

restablecer mi orden de prioridades. Había revoloteado curioso a mi alrededor como ese amigo insidioso que no para hasta sacarte la porquería de todos los rincones. No se había escondido, sino que me presentó su peor cara y colocó la sinceridad en ambos pesos de la balanza. Había convertido sus perversiones en mi terapia, en nuestra terapia y le daba gracias por ello. Saber que podíamos compartir su juego me llenaba de satisfacción, esa que es individual y que habla del éxito personal. Esa que destapa el pozo de los placeres de una mujer castrada emocionalmente durante años. Entre jadeos se me ocurrió que, en realidad, el oxígeno no era tan necesario

para ver lo verdaderamente importante. No necesitaba respirar para saber que amaba a este hombre con desmesura. Solo tocar su piel y sentir vacilar mis latidos era suficiente y le busqué, le busqué con mis manos en mi espalda y las agarré allí donde apretaban mis caderas. Dejé a mi mejilla batirse con las sábanas y a mis dientes la responsabilidad de mantenerme en mi lugar.

Abandonó mis entrañas y gruñí por el coraje, a sabiendas de que lo que vendría después mejoraría por momentos. Y así fue. No había nada en el mundo que cambiara por su piel, sus besos y su devoción. ¿Cómo podía rozarme la palma de la mano y hacerme

retorcer por el deseo? Locura y lujuria son sinónimos en determinados contextos.

Arrodillado frente a mí me observó como tantas otras veces para ir obrando maravillas con esos labios mientras yo me angustiaba por la ausencia de su piel entre mis manos. Y los besos, los besos son las llaves del amor. Y como dice Joaquín Sabina: «lo bueno de los años es que curan las heridas y lo malo de los besos es que crean adicción». Ambas culpas en mi haber y un único peso sobre mi cuerpo, el suyo. Su músculo, su piel, su sudor y su pasión presionaban mi corazón contra el colchón y me prometían el Edén.

El beso que cuando llega a los labios se

traduce en un diálogo de sentimientos, contando todo cuanto la voz no se ha atrevido a declarar. Me besaba los labios con ternura, mi nariz, mis ojos, mi frente y cuando llegaba a mi sien, sus manos aferraban mi pelo y me obligaban a buscar su mirada mientras el empuje de su pelvis me regalaba un nuevo éxtasis. Amaba tenerle así, sobre mí. Yo oculta entre sus brazos en un mundo calmo, silencioso, sin contención.

¿Y qué no amaba aquí? Me preguntaba. ¿Cuál de estos instantes no conservaría como el mejor recuerdo? ¿Cuál me atrevería a olvidar? ¿Cuál no desearía repetir por la eternidad?

—Eva. —Encontró mi mirada tan oscura como la peor esquina de un callejón—.

No quiero que acabe.

—No va a acabar, Oliver. No voy a ir a ningún sitio. Estoy aquí. —Yo también estoy aquí para ti.

No me contestó. Siguió moviéndose tortuosos minutos enseñándome el cielo. Incrementaba el ritmo y lo retenía repetidamente prolongando las alegrías, curiosa biología que nos regala el placer al unirnos de esta forma. Grité su nombre e imploré más cuando la lógica desapareció. Mis manos se agarraron a su trasero, dejándome suspendida a sus antojos, mi cabello aún tirante me obligaba a encontrar su rostro retorcido por la gloria del sexo, ese entrecejo fruncido y los ojos que se cierran y vibran excitados. Y los míos que

rogaban ceder a mi propio deseo cuando su mandíbula se tensaba y apretaba anunciando la cumbre de sus deleites y quedaba laxa.

Minutos después yací derrotada sobre el colchón bocabajo mientras sus manos acarician mi espalda impidiendo volver a la tensión. Con la cabeza girada en su dirección vi su rostro a la escasa luz de las velas. Sus labios estaban apretados y sé lo que significaba, necesita decirme algo que no me iba a gustar. La realidad debía regresar y aunque la niegue no es justo que él solo cargue la preocupación.

—¿Qué pasa, Oliver?

—Nada.

—Algo te preocupa. —Sus ojos se

ampliaron sorprendidos—. Comienzo a conocerte.

—Ya me conoces.

—Dímelo, confía en mí.

—Confío en ti, cielo, es solo que no quiero estropear el momento.

—Míreme, señor Okley. ¿De verdad piensa que algo me haría levantar de esta cama en este momento?

—En realidad, espero que sí.

Eso no me gustaba. Segundos después...

—Perdóname, Eva.

—¿Por qué?

—Por no protegerte de todo esto. Por lo que hizo Alicia, por lo que hizo Alberto. Debí haberlo evitado.

—No tenías forma de ello, Oliver. Fui

yo quien confió en él durante años.
Ambos tenemos que digerir esta
traición.

—¿Cómo estás?

—No quiero hablar de eso ahora. No
quiero traer a otras personas a esta
cama. —Mi voz sonó contundente, pero
su gesto no desapareció. No era eso lo
que escondía, había algo más—. No
quiero jugar a esto. Suéltalo, Oliver,
odio las adivinanzas y más aún entre
nosotros.

—No te enfades, Eva, por favor. —
Plantó un sendero de besos sobre mi
espalda y se colocó a horcajadas detrás
de mí masajeando un poco más mis
músculos dormidos.

—No me enfado, pero no quiero más

secretos.

—Yo tampoco, Eva. —Cuchillo de sierra.

—¿A qué te refieres?

—Es él —sentenció.

—¿Quién?

—Es Chalis, tu amigo.

—¿De qué me hablas, Oliver? —Quise volverme, pero no me dejó. En su lugar acercó sus labios a mi oído.

—Fue a él a quién escogiste para tener tu bebé. —Más mierda hoy no, por favor.

—Oliver, ha sido un día difícil. Yo no... ¿cómo lo has sabido?

—No lo sabía —susurró.

Y desapareció. Su tacto en mi espalda, su aliento en mi oído, su peso en mis

glúteos. No, no, no, no, no... Esto no podía ser un problema nuevo, ¿qué importaba? Yo no lo conocía en aquel momento. ¿Debería habérselo dicho? ¿En qué contexto le colaba mi imagen y la de mi mejor amigo teniendo sexo? ¡Por Dios esto era de locos! Antes de poder gruñir una respuesta a mi altura «El piano» de Michael Nyman comenzó a sonar y se me ocurrió pensar que no era el mejor tema para discutir algo así. Un glorioso Oliver desnudo y aún semiexcitado me tendía la mano junto al balcón de la gran suite. Tan vestida como él fui a su encuentro sujetándome a su mano. Cuando enlazó la otra a mi cintura comenzó una danza lenta.

—Quiero ser yo, Eva.

—¿Cómo?

—Quiero ser yo el padre de tus hijos.

—¿Qué? —Busqué su mirada.

—Cásate conmigo.

Solo se me ocurrió pensar que la vida es una criba emocional. Una sucesión de obstáculos ante los que el que cede desaparece y solo el que es capaz de superarlo sobrevive. Una variación poco pragmática de la ley de Darwin, pero no menos cruel en cuanto a la selección natural se refiere. Hemos sobrevivido a disparos, a «resucita muertos», secuestros y raras enfermedades. Incendios, amenazas, vídeos y todo ello para que al final del camino, en el último escalón, miremos hacia atrás admirando todo cuanto

hemos alcanzado. Los obstáculos salvados con éxito y el picor de las cicatrices donde fallamos el primer intento. Y abajo todo es pequeño y la altivez no es un defecto, sino una opción preferente. Porque he sobrevivido y estoy aquí. Porque lo valgo. Estaba ahí porque conseguí llegar hasta arriba, porque gané.

—Contéstame, Eva, por favor. ¿Te casarías conmigo?

—No has pensado eso con claridad, Oliver, yo...

Y no esperó a más. Volvió a tirar de mi mano y me llevó hasta el armario. Sacó una bata negra supercorta para mí y un bóxer para él. Cuando nos tuvo cubiertos volvió a tirar de mí hacia el

balcón.

En la puerta Byron comenzó a saltar y girar a nuestro alrededor, dándonos la bienvenida y yo pensé en regañar a Oliver porque no era el mejor momento de festejarlo, de lo contrario siempre los recibiría con la misma excitación. Había una hamaca enorme detrás y mis ojos se fueron hacia ella, hasta detener mis pies. —Yo quiero subir ahí. —Soltó una carcajada que me deshizo por dentro. De cualquier modo ya estaba hecha de caldo.

—Luego, princesa. Primero quiero enseñarte algo. —Besó mi frente y volvió a tirar de mí a paso más lento.

—¿Dónde vamos?

—Espera y verás.

Eso sonó a un regaño «no seas impaciente, Eva, y mantente calladita». ¿Me había pedido que me casara con él? ¿De verdad? Agité la cabeza poco dispuesta a darme credibilidad.

A los pocos metros, llegamos a una puerta blanca lisa, como las de los trasteros en los bloques de viviendas, abrió con una llave que no sabía dónde llevaba. El perro entró el primero, para variar sabía mejor que yo dónde íbamos. Casi, casi me molestó, pero es que no tenía ganas de discutir. El relax poscoito es adictivo, sí, sí, sí. Cuando Oliver encendió la luz me costó creer lo que estaba viendo.

—Pensé que vivías con tu madre.

—La mayor parte del tiempo. Este lugar

es personal, Eva, nadie más ha estado aquí.

—Pensé que no se podía vivir en un hotel.

—Sí, si es tu hotel.

—¿Por qué no me has traído aquí desde un principio?

—No quería asustarte, pensé que era mejor poquito a poco. No sueles reaccionar bien ante cualquier tipo de compromiso, Eva, y si te traía a mi casa sin consultarte saltarías como un resorte y harías un nuevo intento por mantenerme lejos.

Este hombre sí sabía jugar. De nuevo las manos viajaban a su pelo una y otra vez.

—Creo que imaginé algo como esto, pero mucho más grande. Con caballos,

atractivas doncellas, armaduras en los pasillos y cuadros de gente muerta en las paredes.

—¿Caballos? —Río y pude ver que sujetaba sus manos al respaldo de coqueto sofá para respetar mi espacio. Lo agradecí.

—Es acogedor.

—Gracias.

—Pero esas orquídeas están terribles. Debí suponer que Elena no las dejaría morir. —Recordé su comentario en su despacho «Elena me regaña cada vez que las compro»—. ¿Quién es Marga?
—Una buena amiga y la directora del hotel.

—¿Amiga como Chalis? —Por favor no, por favor no...

—Casi. No he tenido sexo con ella si eso es a lo que te refieres. —Mierda... qué incómodo. Pero ¡bien!

—Oh.

Paseando la vista por la habitación me encontré a mi nuevo perro felizmente recostado en una cama ¿Ferrari? Frente a la cama la foto de Alejandra y el amanecer que le regalé mientras estaba en el hospital.

—¿Has estado aquí mientras dormía?

—Sí. Y ha sido horrible. Como si te mintiera, pero no lo he hecho, ¿verdad?

—En realidad no.

—De cualquier modo la suite también es mía...

—Todo el hotel es tuyo, Oliver.

—Bueno quiero decir que aquí es donde

vivo, Eva. Fuera donde lo creen los demás. Aquí es donde me escondo.

—¿Por qué te escondes aquí? Esto no tendrá más de cuarenta metros cuadrados.

—Tu piso no tiene más de noventa.

—Lo sé, pero...

Tú eres *ultramegarico*.

—Pero es tu hogar, no necesitas nada más. Yo... Yo solo estaba cansado de que me sobrara espacio por todos lados. Quería una estantería que pudiera llenar con mis libros. Una pared que rellenar con mis fotos. Una cama donde no me sintiera solo y una cocina donde solo pudiera preparar desayuno para dos. Elena y yo, no seas mal pensada. —
¿Yo? Noooo.

—Es un bonito lugar, Oliver.

—Es mi lugar. Es mi cama de princesa, Eva.

Lo busqué y me agarré a él, a su cuello. Mis labios en los suyos.

—¿A esto aspira uno de los hombres más ricos de todo el país? ¿A un rinconcito escondido en un hotel? ¿Con mesitas de noche y cojines del Ikea?

—Pensé que tú lo entenderías, Eva — respondió sorprendido.

—Oh, y lo entiendo, campeón. —Me separé de él para merodear por el loft no sin antes darle una palmadita en el trasero, de esas que dicen «te comería cubierto de aceite de motor» —Yo misma estoy llena de mentiras.

Trabajando como un animal mientras mi

padre disfruta de todo lo que es mío por derecho.

—Yo no estoy lleno de mentiras.

—Oh, sí Ogrito, tanto como yo. Te envuelves en excesos, pantomimas de glamour y sexo hueco para parecer feliz y satisfecho con tu vida. Sin embargo, no quieres más que cualquiera: una familia y un hogar. —Rebusqué en la nevera algo con que celebrar.

—Sí, Eva. Quiero una familia y un hogar contigo.

—Para eso no tenemos que casarnos, Oliver. Podemos conocernos, convivir o vivir como quieras llamarlo.

—Eva, quiero casarme contigo. Salir a la calle contigo de la mano. Llenar la pared con nuestras fotos y que mi ropa

huela a ti a diario. Quiero entrar por la puerta principal y no por la de atrás. Necesito saber que no te avergüenzas de que te vean conmigo. —Ah... conque de eso se trataba.

—Yo no...

—Shhh, calla. Eso vas a tener que demostrarlo, princesita dulce y escurridiza. Hoy es siete de junio y tenemos una cita.

—Oliver... —me quejé.

—Quiero masajear tus pies cansados por la noche, que me beses antes de ir a la oficina. Que me sorprendas al ir a comer conmigo, que cuides mis plantas y hagas que deje de consentir a Byron.

—Oliver, tú lo que quieres es una película de sobremesa.

—Tómalo en serio, Eva, por favor. Bien una botella que pone Gramona Celler Batlle, dorada y con burbujas. ¿Dónde he visto las copas? Piensa Eva, piensa...

—¿De verdad esperas que me tome todo esto en serio, Oliver? Hace un mes y medio que cruzamos las primeras palabras y no en el mejor de los contextos. Cielos, corrí de ti los primeros treinta días. No me contaste que estabas enfermo y hemos follado como conejos. De no ser por el tratamiento tras el secuestro casi te podría decir que serías padre. Eres genial, estupendo. Siento por ti algo que no creo que pueda crecer más. Pero eres Oliver Okley, el propietario de media

ciudad y yo trabajo en la empresa de limpieza que vaciaba los condones de tu papelería. Eso y estar casados es un paso demasiado grande, Oliver. No es miedo, es cordura.

¡Oh Dios! Esto es en serio, ya buscaba la puerta de salida. ¿Y cómo se abre esta dichosa botella?

—No te pido que nos casemos mañana, Eva. Quiero que entiendas que lo tomo muy en serio y que mi deseo es que antes que después te conviertas en mi esposa.

—Vete taquicardia, vete.

—¿No mañana?

—No —me pidió la botella y se la di.

—¿No la semana que viene?

—No.

¡Pop! ¿Ya la ha abierto? ¿Cómo?

—¿No el año que viene?

—No te pases, Eva. ¡Pero! No pienses que voy a salir corriendo porque me digas que no. Al final lo conseguiré, puedes estar segura de ello.

Me concentré en las carreras de las burbujitas en la copa en lugar de su advertencia persecutoria, las tontas corrían todas hacia arriba sin saber que cuando llegaran ¡bum! No había nada. No quedaba nada. En la meta estaba el fin. Fin, fin, fin, fin.

—¿Por qué yo, Oliver? —Recogí la copa que me ofrecía. Estaba fría y me iba a tragar las burbujitas, ¡claro! Para eso corren, para llegar arriba antes que a mi estómago.

—¿Por qué yo, Eva? Estoy seguro que

no es por mi dinero. —Me sonrió y pensé derretirme.

—No, ni por tus chuches caras, por cierto, ¿tienes?

Me miró durante una eternidad, te juro que eso fue lo que duró. Sabía que había metido la pata, que se estaba enfadando porque no lo tomaba en serio y yo... yo sabía lo que quería. Sabía que si no me casaba con él, no lo haría con ningún otro. También sabía que no era capaz de decir lo que quería escuchar: «Sí, me casaré contigo». ¡Por Dios! No me lo creía ni yo. Oliver Okley. Okley el Dandi, el Ogro. Mi Dandi, mi Ogro.

—No lo hagas Eva, no lo compliques. Soy un corderito en tus manos, haces conmigo lo que quieres, parezco una

persona normal a tu lado. —No te tocas, no lo he olvidado campeón.

—No sé vivir sin complicarlo todo. —Y sí..., y sí..., y sí...

—Te propongo algo, bebe —pidió, cuando vacié la copa la volvió a llenar y me la devolvió—. Contéstame cuando estés preparada. La única condición que te pongo es que yo no te lo voy a volver a preguntar, serás tú quien saque el tema, ¿de acuerdo?

—Me parece bien.

—No me hagas sufrir mucho —rogó.

—¿Por nosotros? —propuse un brindis, mi primer brindis en los dominios del Ogro.

—Por nosotros —añadió antes de hacer chocar las copas y agarrar mi cintura

para añadir mi piel a la suya de nuevo. Ese lugar era muy bonito, sobrio, pero personal, destilaba masculinidad por todos los rincones, pero era enormemente acogedor. Un lugar que yo escogería para vivir. Camuflado y capcioso. Íntimo. Si antes amaba a este hombre ahora, ¿qué? ¿Qué sentía ahora? ¿Qué nombre se le pone a esto si amor no es suficiente?

Tras cenar unos grasientos sándwiches con kétchup, huevo, queso, bacon, mahonesa, tomate, lechuga, cebolla y un poquito de jamón dulce, probar tres tartas diferentes y escurrirle las últimas gotas a la botella de Cava (carísima botella por cierto), ¡por fin! Oliver me llevó a probar la hamaca en la terraza

que habíamos atravesado para llegar al loft de don Oliver. Entre sus piernas, y mi espalda contra su pecho, nos mecíamos con la brisa del amanecer más bonito y feliz que había vivido nunca. En el horizonte escondido tras los edificios de la ciudad, los rayos del sol asomaban inexorables, igual a como Oliver había entrado en mi vida. Sin pedir permiso, pero con la delicadeza propia de la naturaleza que es lo suficientemente sutil para no sentir la tormenta hasta que el agua te ha empapado las bragas. Detrás de nosotros la noche derrotada, delante el día vencedor. Una batalla eterna.

—Has escogido bien.

—Lo sé. —Metió una mano por la abertura de la bata para acariciarme un

pecho y se me escapó la risa de la boca llena de gominolas caras.

—Me refería a tu lugar para esconderte. Acomodándome un poco más si era posible, solo si era.

—Me gusta más el tuyo.

—Podríamos conservar los dos, digo, te sobra la pasta, ¿no? Sería como un lugar de vacaciones.

—Ya tengo un lugar de vacaciones, Eva.

—¡Ah! —Joo... me gusta esta hamaca y en casa no cabe.

—Pero me parece bien. Me gustaría volver aquí contigo.

—Las vistas son perfectas.

—Sí, lo son. —Me abrazó con las piernas y comenzó a besar mi cuello, ¿otra vez? ¿Sexo otra vez? Espera a ver

que lo piense, ¿puede ser patológico?
¡Sí! ¡Demonios, sí! Pero... tenemos que
hablar, comunicación, Eva,
comunicación. ¡Sí! Ahí, ahí. No, no, no,
hablar, hablar, hablar...

—Para, para, para, campeón. Tenemos
que hablar.

—¿Más? —protestó—. ¿Yo puedo
hablarle a tu piel? Tú hazlo a mis oídos.

—Me mordió el lóbulo de la oreja y me
dio un frío que puso de punta todo el
vello del cuerpo—. También puedo
darte calor, gatita. —Cuanto menos pude
hacer fue reír al notar su pelvis
empujando en mi espalda—. Amo
hacerte reír, Eva, es el segundo
momento mejor del día.

—¿Y cuál es el primero? —Me volví

con la ceja alzada para ver su rostro responderme.

—No me mires así, si quieres que sigamos hablando.

¡No me mires tú así...!

—¿Por qué me has traído aquí hoy? Es decir, sé por qué no me has traído antes, pero ¿por qué hoy sí?

—Es mi estrategia para demostrarte que no somos tan diferentes. Si borramos la Torre de la ecuación, nuestras vidas no son tan desequilibradas. Yo puedo darte lo que necesitas y tú me das todo cuanto deseo. Todo lo demás son accesorios y opciones que nos van a hacer preocuparnos por temas diferentes a los que estás acostumbrada. Solo eso. Pero tienes que decidir qué vas a hacer con tu

vida y yo voy a estar pisándote el pie para que no te olvides de dejarme un huequito en tus planes.

—¿A qué te refieres?

¿Me vas a pisar el pie? Oh, Oliver, cada día estamos más cerca. Aunque odio los cambios y las decisiones.

—Para ti supone un problema volver a Ginger, lo entiendo. Tras lo ocurrido con Ricardo vuelves a disponer de tu capital...

—Te entiendo, es el momento de solventar las diferencias. De buscar mis propias opciones. Déjame meditarlo, pero ya tengo algunas ideas.

—¿Sí? Me sorprende, señorita Molina.

—Espero no dejar de hacerlo, mister Ogro —bromeé.

Y si no se me ocurría por donde seguir tendría al *superdirector* de Okley Recording and Films para convertir mis eurillos en inversiones estratosféricas. No sabía si esa idea me agradaba o escocía.

—Conocí a alguien justo después de descubrir que mi padre y Allicia habían tenido algo. Quería conseguir una carrera discográfica a toda costa e iniciamos una relación que a ninguno de los dos nos convenía. Nada trascendió y nada encontrarás. Todo se basó en la total ausencia de límites. No creo que vivir el sexo así sea negativo en absoluto, sino sano y divertido. El cuerpo del ser humano se ha perfeccionado para obtener el mayor

placer del reino animal y lo que la biología ha creado la sociedad lo ha castrado.

Me había tensado por completo en cuanto inició esta conversación, se esforzaba en abrazarme y apretarme haciendo volver a la calma. Le había pedido esas explicaciones en varias ocasiones, así que ahora no me tocaba decidir si era o no el momento adecuado. Así que me concentré en escuchar y recibir el amor que me daba en su abrazo. Continuó.

—Nunca he coaccionado a nadie, Eva. Jamás he mantenido relaciones sexuales con nadie a cambio de un contrato. El noventa por ciento de los encuentros son pactados y pasan por el abogado antes

de nada. Hay mucha gente con ganas de disfrutar.

—Arte y placer.

—Creo que es una de las mejores apreciaciones que se podrían hacer.

—¿Para ti el sexo ha sido como pintar un cuadro o jugar a fútbol?

—Creo que puenting o paracaidismo se ajustan más, Eva.

—¿Tanto?

Asintió.

—Y luego vas y corres de mí como si fuera una violadora de cachorritos. No lo entiendo.

Pensó durante demasiado tiempo.

—Me sentía confundido. El día del Seattle Pub, por primera vez, me pregunté cómo te sentirías tú la mañana

siguiente. Me acababan de disparar después de jugar al inframundo. Besarte me retorció por dentro de una forma particular. Sentí algo más. No sé.

—Menos mal que no sabes. ¿Algún día jugaremos a eso?

—¿Al inframundo?

—Sí.

—Solo si tú quieres y cuando cumplas tu promesa de decirme setenta veces al día que me quieres.

—¿Por qué me pones condiciones en el sexo? Siempre lo haces. Te quiero, bis sesenta veces.

Besó mi frente de nuevo y meditó varios minutos.

—Es mi forma de jugar. ¿Recuerdas que has comparado mis costumbres sexuales

con practicar fútbol? ¿Te molesta? —
sonó preocupado.

—Solo si pierdo. —Sonreí—. Gracias
por confiar en mí.

—No ha sido tan difícil.

—Pero aún no termino de entender por
qué pensaste que el sexo puede influir
negativamente en una relación. Me
refiero a que cuando nosotros...

—Sé a qué te refieres, Eva. He pensado
mucho en ello y ni yo mismo lo sé.

Supongo que no quería reconocer que
necesitaba ser tu amigo antes de ir a la
cama y hacerte todo cuanto mi mente
deseaba. Creo que necesitaba
asegurarme de que fuera diferente para
justificar el hecho de que no sería
suficiente con una vez.

—Eso es muy bonito, Oliver. Eres un buen amigo para mí. ¿Has hecho todo cuanto deseabas?

—¿Contigo? Jamás.

—¿Por qué te contienes? Ya te he dicho varias veces que no me voy a romper. Quiero que el sexo también sea arte para mí. Quiero inventar sin límites contigo.

—No se trata de eso, Eva, sino de que nunca es suficiente. No me basta con una vez, necesito mil más. Siempre necesito más de ti. Ahora mismo necesito de ti, pero quiero hacerlo bien. Quiero que el sexo esté aquí entre nosotros, pero no que el sexo se convierta en nosotros.

Me di la vuelta entre sus brazos y extendí mi cuerpo a lo largo del suyo.

—Bien, ya está bien de charlas.

Sorpréndeme, Oliver. Hazme gemir antes de que el sol gane la batalla. Me miró a los ojos con una sonrisa sardónica y sensual que hizo a mi clítoris subir hasta la frente. Su iris tenía el poder de rozarme por dentro y hacerme contraer las entrañas. Me agarró la cara y el cuello con sus enormes manos para capturar mi boca con una avaricia erótica y cálida. Su lengua me invadió en golpes que me penetraban el alma y la conciencia. En cincuenta escasos segundos mi cuerpo había reaccionado a su mirada y estaba a punto y dispuesto. Se sentó en la hamaca y me hizo ocupar un nuevo lugar sobre sus caderas a horcajadas. Deshizo el nudo de mi bata mientras me

devoraba la piel desde mis labios hasta mis pechos para empujar con sus manos la suave seda y dejarla acariciar por mi piel precediendo a sus dedos. El aire de la mañana erizó el poco vello que no estaba ya de punta y suspiré dejando caer mi cabeza, liberando cualquier tensión que enquistara en mis sensaciones. Absorbía todo de él. Sus manos bajaron hasta mi trasero para masajear cada glúteo separándolos dolorosamente. El gesto hizo estirar la piel del ano y la imagen mental de lo que me proponía, puso mi piel a trabajar, mi útero inició las contracciones que lo hacía humedecer para él. Me encendía con un gesto y yo prendía sin límites ni recatos. Deseaba

ser su tapiz, deseaba que dibujara en mi piel el arte del amor y lo escribiera, que su sexo llegará donde no deseaba que llegara nadie más.

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...

—Bis, Eva.

Y me calló con sus locos labios. Volví a sonreír, como cada vez que sus labios emitían un sonido. Vibraba de felicidad. Le devoré entrando en su boca y abalanzando mi cuerpo contra el suyo, la hamaca se meció y su mirada se tornó mil veces más oscura. Sí, hoy íbamos a jugar. ¡Sí, sí, sí, sí!

Llevó una de sus manos entre su cuerpo y el mío para bajar la cintura de su bóxer, tiró de ella, pero no cedió. Yo

hice lo mismo para acabar tirando de la tela y clavando una de mis uñas con coraje y necesidad hasta que la tela cedió. Sus labios desaparecieron entre sus dientes, mi gesto lo había excitado muchísimo. Jamás lo había visto así. Sacó el pene y ni siquiera lo acarició como solía hacer. Lo dejó allí de pie expectante para coger mi cadera y elevarme sobre él. Espero, espero y con movimientos suaves la hamaca se comenzó a desplazar hacia delante y hacia atrás en lugar de lateralmente. Esperó, esperó capturando mi mirada y yo no supe qué más hacer. Solo permanecí a su merced confiando en que escogiera el mejor momento para dejarme caer y así fue. Cuando estuvo

conforme con la inercia de los desplazamientos de la tela tiró de mí hacia abajo empalándome sobre él hasta la misma garganta. Jamás me había sentido tan llena, tan repleta de piel. Y lo único que se atrevió a moverse fueron las paredes de mi vagina que contraían el suave intruso como si fuera la última vez. Mi cuerpo entero se contrajo por la excitación que había precedido a aquella penetración, por el amor que emanaba de la piel de Oliver, por la calma que reinaba en mi vida desde que le había entregado mi corazón. El orgasmo llegó pinchando mi clítoris con un calambre eléctrico que viajaría después hasta cada rincón de mi organismo haciendo crecer el placer de

forma exponencial. Cuando pensé que aquello era el cielo, Oliver me pidió que me agarrara al travesaño superior de la estructura que sujetaba la tela. Enlacé mis manos allí, tiró de mis piernas estirándolas a sus costados, ya no estaba de rodillas a horcajadas, sino que todo mi cuerpo pendía del contacto entre nosotros. Solo había dos anclajes al mundo, uno eran mis brazos y otro era su pene invadiéndome como nunca jamás pude haber imaginado. Sí, esto era arte, arte y placer.

—Es todo tuyo, Eva. Todo el placer es tuyo, tú decides, princesa. Cógelo, coge tanto como puedas soportar. Juega conmigo. Dibuja.

Yo no lo veía, mi cerebro cerró los ojos

y condujo toda su energía a mis brazos para que me sujetaran allí arriba. Con cada movimiento de la hamaca, Oliver entraba y salía y yo pensé que moriría. Deseaba con la misma intensidad que entrara o que saliera. Él solo se desplazaba lo suficiente para que la hamaca no dejara de moverse y yo estaba allí suspendida flotando en una nube orgásmica que no paraba de recorrer mi piel una y otra vez. Cuando por segunda vez pensé que no podía penetrarme más, llevó mis tobillos a su boca y los besó haciendo a mi cuerpo desplazarse a una posición aún mejor. Por Dios, me moría. Me iba a morir de puro placer. No sabía si era un orgasmo o siete consecutivos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Eva. Te daré el mundo, quieras o no.

Y empujó con una violencia que mi hizo caldo. Me corrí fulgurosamente, el líquido caliente abandonaba mi cuerpo en olas mientras los músculos de mis brazos se quejaban por mantener mi peso en vilo. No podía, pero no quería que parara de entrar y salir de mi cuerpo. Seguí allí arriba mientras Oliver intentaba ser más fiero en sus embistes, pero los movimientos de la hamaca no nos lo permitía. Necesitaba notar sus testículos golpear mi trasero mientras me penetraba con necesidad, necesitaba exactamente eso. Eso y no bajar de allí y todo no podía ser.

—Para, para, para, Eva.

Bajó las piernas al suelo y me ayudó a bajar de allí para llevarme en brazos hasta una enorme mesa de jardín en madera oscura a pocos metros de donde estábamos. Tiró de dos sillas que salieron despedidas detrás de él en un estrépito horroroso. Me dejó caer hacia atrás y tiró de mí dejando mi trasero casi fuera de la mesa. Me volvió a agarrar por las caderas y su mirada me penetró al mismo tiempo que su pene me llenaba de nuevo. Por fin, sus empujes llevaban sus testículos a golpear la piel entre mis muslos y los glúteos. Estaban fríos por mi humedad y la brisa de la mañana, eso y sus manos recorriendo mis senos fue todo cuanto necesité para

volver a encenderme.

La rudeza que vino después me dejó repleta de Okley. Su ritmo endiablado desde el primer al último impulso y mis dedos tocando el cielo en el instante en que su pulgar pulsó mi clítoris empapado y tibio. Cuando mi interior se contrajo por millonésima vez, Oliver gruñó y todo él convulsionó con la furia de un animal. Empujando, empujando, empujando hasta que la mesa entera se desplazó bajo nosotros mientras yo flotaba y flotaba. Esto había sido increíble y literalmente desgarrador. Oliver Okley era un verdadero artista. En los siguientes minutos estuvimos en silencio disfrutando de los últimos coletazos de la batalla entre el sol y la

luna. Como dos reyes que se suceden el uno al otro en el trono del cielo. Y la suerte, meditando sobre la suerte.

¿Podría decirse que soy afortunada?

¿Después de lo pasado en las últimas semanas soy afortunada? ¿Después de los sufridos desde que mi madre tuvo la brillante e inoportuna idea de acabar con su vida sin que mi padre estuviera en casa? ¿A pesar de que mi padre desarrollara esa manía persecutoria y asesina contra mí? ¿Aún después de haber sido secuestrada y drogada por un gran amigo? ¿Después de dosis y sobredosis, de dormir en el suelo, en calabozos, en literas oxidadas y en colchones más viejos que el polvo? Una vez leí un texto titulado Alegato,

una defensa de la felicidad y la fortuna, de su necesidad y de sus caminos, creo que fue en Wattpad. Hablaba de la tendencia que tenemos a recordar el dolor como una vía de aprendizaje, como no olvidar los golpes como una manera fiable de evitar los siguientes. Alegaba que cargar con una bodega repleta de ofensas, faltas, errores y penas varias, no es más que una forma consciente de negar la posibilidad de vivir momentos felices. ¿Acaso no llevaba su parte de razón?

Sé que no cometer los mismos errores nos ayuda a caminar. Yo tengo mis cubos llenos de coca y porros que huelen a viejos ya. Me desintoxiqué y ahora estaba allí, sabía que no lo

volvería a hacer, pero no lloraba a diario por lo que hice. Es más, dejé de hacerlo cuando ya no lloraba a diario por lo que estaba haciendo. Ahora, mi bodega estaba llena de vinos regalados, y con esos no quería cargar. Ya bastante pesaba mi maleta como para negarme instantes como este, recordando y sufriendo una y otra vez por lo ocurrido. Y es que no quería la nostalgia, esa abrumadora sensación que nos anima a pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, cuando simplemente fue pasado. Jamás en mi caso. Cualquier tiempo por venir sería mejor. Vaciaría pues mis maletas o mis bodegas o donde sea que cargaba mis lastras para dejar de mirar a este

hombre desde abajo porque de tanto amor que le tenía no podía dejarlo escapar.

No era afortunada cuando sonreía, lo era cuando reíamos juntos.

No era afortunada porque me quería, lo era porque nos queríamos.

No solo era afortunada porque estaba vivo, lo era más porque lo estábamos.

No estaba feliz porque me abrazaba, lo era porque nos abrazábamos.

No me hacía feliz, sino que era feliz a su lado.

No se merecía mis miedos, y no los tendría. Ya no más. Esta mañana jugaba del lado del sol, había ganado la batalla.

Capítulo 35

En una carta

No hay despedidas. Nunca, jamás. Ni la muerte sentencia a quién no quiere ser sentenciado. La vida es un eterno comienzo que se debe aprovechar

En fin, catorce semanas después.

Catorce. Solo catorce y todo se había vuelto a poner bocabajo. Había llegado la hora de dar el gran paso y estaba tan nerviosa como si llevara preparándolo

siete días con su siete noches. Sus 2.352 horas y 141.120 minutos, pocos cafés, muchas botellas de vino idiotizador y un pellizco en el pecho que me hacía llorar viendo a una diminuta hormiga cargar con una mosca muerta, pobrecita, ¡qué devoción al trabajo! ¡Y nadie venía a ayudarla! Sorbía por la nariz como una niña llena de mocos. Qué desastre.

Habían sido semanas llenas de cambios. Una relativa mudanza sentimental como solía bromear con Oliver, volvía a casa con todo nuevo. Todo lo anterior había sucumbido a las llamas. Tanto Alberto como Ricardo estaban en la cárcel a la espera de juicio. Alberto por secuestro, violación de la propiedad intelectual y el homicidio de Allicia. Ricardo,

Ricardo acabó confesando que había drogado a mi madre con la intención de que firmara una serie de documentos y jamás me pudo perdonar que la dejara marcharse antes de cumplir su objetivo. Estaba enferma, sí, pero él la empujó directa al precipicio. Como castigo: la ignorancia y el silencio. Ni una lágrima más por él ni por lo que hizo. ¡Basta! No le dejaría ensuciar mi corazón con el odio.

Las reformas en el ático estaban en marcha. No deja de dar coraje cómo el dinero lo arregla todo, pero no te voy a engañar, no pude jugar mi batalla de nuevo, esa de: «Yo puedo sola» y «Con esfuerzo todo se disfruta más». En compañía todo es tan sabroso que no hay

que buscar más motivos que vivir, para disfrutar irremediablemente enamorada. Me podía la impaciencia de gozar mi nueva vida y me dejé mimar. Arrullar y querer.

En un mes estaba listo, tan listo como puede estar un hogar que no para de crecer. Con las repisas por llenar, los armarios deseando que llegara el día del Tetris en el que hay que guardar los abrigos de invierno en el mismo espacio en el que guardamos las toallas y los bañadores del verano. Los sofás mulliditos y todas las esquinas blancas e impolutas. La cocina nuevecita, los electrodomésticos deseando que dejes tus huellas por doquier y deliciosos olores en su interior. La lavadora

ansiosa por la primera ración de cal a sus circuitos y las paredes lisas y tensas a la espera del primer arañazo. Los techos con bombillas y cables a la espera de «esa» lámpara perfecta e ideal que todavía no había encontrado. Mi amigo Rubén feliz de tener tanto trabajo y empezando a decorar alguna que otra casa de los raros amigos y/o conocidos a los que Oliver había recomendado la empresa de la que ahora participaba en propiedad.

A nos había abandonado por el rubio de la fiesta del mojito: Antonio y Manolo, vaya invitación de boda harán. El hijo de M^a Carmen Conejero, mi fallecida vecina del bajo (la ladrona de flores que en paz descansa), al parecer

ya había hablado algo antes del incidente y después la relación se fue fortaleciendo. Ya ves, tanto que ahora viven juntos en el también reformado bajo. Oliver adelantó a todos los propietarios el importe del seguro para que pudieran volver a sus casas, jamás sabré si recuperó ese adelanto por completo o no. A mí ni siquiera se me ocurrió.

Y os preguntareis, ¿qué pasó con mi cama de princesa? Pues tengo una cama preciosa, cambié mi idea en madera por la forja, que no arde. El tul blanco por el burdeos y las sábanas de corazones por rasos oscuros y cobertores de plumas. Oliver quería una enorme, de dos por dos, yo me negué a tener que buscarlo

por las noches, lo quería al alcance de mi mano por siempre. Construimos un enorme vestidor y trajimos mesitas de noche del Ikea. Coloqué en una esquina el gran espejo que rogué traer desde el hotel y en lugar de un mueble sifonier planté un bureau rústico restaurado con decoraciones del siglo XIX que Rubén había encontrado en una casa de antigüedades de Bélgica, nada más y nada menos. Envejecido y sabio, machacado por el tiempo y fortalecido por los países pisados y los secretos guardados. En aquel escritorio recuperé un hábito perdido al dejar a tata Ana atrás e iniciar mi cruzada por la autosuficiencia y el sacrificio físico. La ventana la cubrí con visillos claros y

una cortina gruesa que hiciera la noche a cualquier hora del día, el sol y la luna que lucharan fuera. Oliver trajo un viejo sillón y una repisa de madera que encajó a la perfección, como él. Me contó que ambos objetos habían pertenecido a su abuelo, también reliquias viajeras pues la familia Okley renacía de los estados más al norte de EE.UU. Al final conocería Chicago después de todo.

Cuando entrabas a la habitación parecía que habíamos cogido la caja de herramientas y llenado el congelador de destornilladores y alicates. Sin embargo, el encanto era innegable, ¿qué cuento no lo es? Por cierto, menudo manitas mi Ogro, estaba delicioso con un mono azul de tirantes y lleno de pintura roja,

guau... ¡qué recuerdos! Estrenamos cada habitación reiteradamente durante la primera semana. Y durante la segunda y así hasta la octava donde el sexo desapareció de la escena. Dejamos el dormitorio de invitados sin amueblar y ambos veíamos un bebé y las paredes llenas de dibujitos de Winnie the Pooh y Pluto por doquier, pero ninguno dijo nada.

—Tengo un hotel muy grande para quien venga a vernos, esta habitación se puede quedar así por ahora. Ya veremos lo que hacemos con ella. —Se daba la vuelta y se marchaba. Hasta cuatro veces me lo hizo, qué ingenuo.

¿Y qué hicimos con Byron? Pelear, esa fue nuestra primera discusión oficial

como pareja. Yo quería que durmiera fuera y Oliver no lo quería a cinco metros de sus pies. Gané ¿lo dudabais? Pero por poco, apuesto a que lo sabías. Mi campeón dormía fuera en una caseta hecha de obra, aislada y otros treinta inventos más que preferí no saber, pero estaba dentro todo el día. Oliver lo sacaba por la mañana y yo por la tarde el día que no se lo llevaba a la oficina. Ocupaba su lugar en el sofá cuando no estaba y el mío cuando no estaba yo. En los últimos días incluso había ocupado el lugar de Oliver en la cama, odiaba volver a dormir sola. Mi sobrina venía todas las tardes con mi hermana para ayudarme a limpiar, a comer pasteles, chuches y a jugar con Byron.

Venga dilo, llevas un rato pensando en ello. No, mentira. Llevas varios capítulos preguntándote si te contaría, o no, lo que ocurrió la esperada noche de junio. Memorable noche, envidiable, irrepetible velada, lo puedes jurar. Más que una presentación en sociedad.

Mucho más. Pero antes de iniciarla tomé una decisión y una medida al respecto.

Mi primer contacto con el lápiz y el papel.

Cuando llegué a la coctelería del Hotel, Oliver me esperaba deslumbrante, como siempre. Observó con detenimiento, y un descaro bastante burgués, cada centímetro de mi cuerpo: desde los caros zapatos negros con una altura indescifrable, subiendo por mis piernas

hasta topar con la falda vaporosa y repleta de pliegues y volantes característicos de Hannibal Laguna, el tejido ceñido a la cintura y el cuello a la caja. Yo me giré delante de él para dejarle ver mi espalda descubierta y el recogido desenfadado que dejaba toda mi piel a su disposición. Pude sentir sus labios saborear con descaro el fruto dulce de mi propuesta. Me besó en la mejilla pasando sus dedos a lo largo de mi espalda haciéndome estremecer delante de los demás clientes. Me ofreció su brazo y yo lo cogí manteniendo el equilibrio sobre aquel calzado como quien intenta mantener un alfiler de pie. Aunque, desde esta altura podía mirar directamente a los ojos de

Oliver. El supercoche de Oliver, recién pintado y de nuevo en sus mejores galas, nos esperaba en la puerta del Hotel. Como un educado caballero abrió la puerta del copiloto para mí y se alejó para subir y llevarnos al fin del mundo. Si dedicaba unos minutos a mirar atrás el tiempo se estiraba. Dos meses parecían años. Habíamos pasado tanto juntos y sin embargo, lo más básico, lo mundano, estaba aún por vivir. Era la primera vez que lo veía conducir. Esta era nuestra primera salida nocturna, nuestra primera cita. La primera vez que viajaba en el famoso Panamera. Hasta ahora, siempre la hacíamos en el coche de Nacho, mientras él conducía. Era tremendamente atractivo desde cualquier

perspectiva y desde aquí, más aún. Las luces del salpicadero marcaban su perfil masculino y serio, hacían brillar sus ojos con hermosura. Su mano derecha acariciaba mi rodilla en cada instante libre, su pulgar trazaba círculos y su meñique se deslizaba, disimulado por mi muslo. Llevé mis dedos hasta los suyos para entrelazarlos, alguna vez pasearíamos juntos de la mano. Alguna vez. Que curiosa la casualidad que trajo mis pasos hasta esta ciudad.

—¿Por qué la sede de tu empresa está en la Torre?

—Cuestiones empresariales. Mi padre tenía importantes inversiones en construcción y el proyecto le pareció interesante. Tuvo varias ubicaciones,

entre ellas Madrid y Barcelona, pero el Gobierno Valenciano fue más flexible en las negociaciones. ¿Por qué preguntas eso? —se giró un segundo para mirarme.

—Solo pensaba en el sin fin de casualidades que podrían haber evitado que nos conociéramos.

—Esas casualidades hicieron que me salvaras la vida.

—Y también que te dispararan.

—Cierto.-- Su mirada se volvió a concentrar en la carretera sin poder ocultar la tensión en sus hombros y la mandíbula apretada. Tranquilo, campeón.-- ¿Por qué escogiste tú vivir en Valencia?

—Yo no tuve mucho que ver, fue cosa de Adela. Se enamoró perdidamente de

Eduardo y corrió detrás de él. Ella era mi única raíz en el mundo así que... yo hice lo mismo y seguí sus pasos.

—Un hurra por el amor, entonces.

Su sonrisa volvió a sus ojos. Quizás solo necesitaba mirar en la dirección adecuada para ver que el amor sí que triunfa.

—Nos quedan muchas cosas por hacer
—confesé prestando toda mi atención a sus dedos sobre mi piel.

—Pide y yo te lo daré, princesa.

—Quiero pasear contigo de la mano.
Dicho y hecho. Mi cuerpo se fue hacia delante como respuesta a la desaceleración del vehículo. El intermitente rompió el silencio y el chasis votó al salir del arcén. Busqué la

mirada de Oliver y me encontré de nuevo con el cerebro secuestrado por su devoción, tenía el mismo efecto sobre mis neuronas que una botella y media de Tequila. Se acercó a mí y tirando de mi nuca me llevó a su boca. Me besó con ternura, una suavidad trémula e inquietante que me puso la piel de gallina. Al apartarse de mí sonreía como un bebé, acababa de decirle que no me importaba que el mundo me viera de su mano y lo había hecho muy feliz. Debí hacerlo antes.

—Tus deseos siempre son órdenes para mí, dulce Eva, siempre.

Dejando en el aire esas palabras y mis bragas pesando un quintal, otra vez, se bajó del coche y me abrió la puerta

tendiendo de nuevo su mano. El mejor lugar en el mundo, a su lado. Pero el paseo duró apenas cincuenta metros, habíamos llegado a nuestro destino.

Tras una hora de risas, bromas y charlas (con muy poca música) habíamos llegado a Benicasim, hasta un restaurante llamado El Edén. Según me confesó Oliver, el cocinero era una de los mejor valorados de España y Europa. El lugar hacía honor a su nombre. El restaurante era enorme y fuerte. Una casona antigua rodeada de muros de hormigón cuadrados y perfectos, la sabiduría más añeja

fortalecida por la modernidad, así era también la cocina. El lugar se asomaba desde un acantilado bajo a una cala diminuta y encantadora. Como si de un balcón al paraíso se tratara. Me contó algo más de un premio que había recibido en Londres, pero yo estaba demasiado distraída por su cuerpo envuelto y desenvuelto en un traje que le quedaba a la perfección. Lo había visto elegante merodear por la Torre y en cientos de revistas, pero nunca tan radiante como hoy. Estaba feliz y era por mí, el que no lo viera estaría ciego. Muy ciego.

Oliver halagó durante horas la vinoteca y vimos despedirse el día desde la hermosa terraza hasta el horizonte

marcado por el mar. La hermosa cala se despedía de la nosotros dejándose cubrir por el manto de la noche. Algún día me gustaría pisar esa arena, esconderme entre sus rocas y volver a ver anochecer. A pesar de que junio solo se estaba iniciando la noche era muy calurosa. No recuerdo si comí o bebí en mayor medida, pero sí que quería levantarme de aquella mesa para abalanzarme sobre Oliver como Leticia a por la Nocilla, con desesperación. Tras el postre me agarré a su brazo para pasar a otro salón más amplio abierto a un gran jardín donde me esperaba mi gran sorpresa. Este hombre había aprendido que contaba la vida en experiencias y momentos, no me ganaría

con regalos, pero con momentos como estos me tendría en un bolsillo eternamente. Tenía para mí la voz en directo de Rosana y de Pablo Alborán.

¡Ay, mi Pablito!

Si un mar... separa continentes...

—¿Te gusta tu velada?

—No habría forma de que una velada contigo no fuera de mi gusto, Oliver, pero esta es perfecta, si es eso lo que quieres oír —ronroneé.

—Perfecta está bien, me gusta.

Buscó mi frente con sus labios.

Bailamos y bailamos...

Si tú no estás aquí, no sé qué diablos hago amándote.

—Me has convertido en otra persona, Eva —afirmó.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—¿Tú qué opinas?

—Yo no creo que seas otra persona.

Creo que has encontrado a alguien que ha detenido tu carrera.

Estoy segura de ello.

—Te estás acostumbrando a salirte siempre con la tuya y a tener la última palabra —bromeó.

—Ya te dije que la mayoría de los hombres llevaban esa parte de mí muy mal.

—Y yo te advertí de que yo no soy como la mayoría de los hombres.

Me apretó más contra su pecho, recordándome algunas de las notables diferencias. Y aquella primera lucha de voluntades en el sótano de la Torre.

*Derramaré mis sueños si algún día no
te tengo,
lo más grande se hará lo más pequeño,
pasearé en un cielo sin estrellas esta
vez,
tratando de entender quién hizo un
infierno el paraíso,
no te vayas nunca porque...*

—No puedo estar sin ti.

Le canté al oído cumpliendo el mayor de mis sueños terminando los versos de «Si tú no estás aquí», en la voz de la incombustible Rosana. Sintiendo la confianza de hablar así al corazón de un hombre, sin miedo a las consecuencias, las heridas y... sin miedo, por fin.

—Cásate conmigo, Eva. Y no nos perderemos jamás...

—Eso no lo sabes, Oliver. Hemos comenzado nuestra relación en unos términos muy difíciles: estrés, dolor, lágrimas y temo que con la calma se termine todo.

—Dijiste que confiabas en mí. —Se separó para rebuscar la verdad en mis ojos.

—Es la vida de la que no me fío. Creo, creo que debemos dejar hablar al tiempo.

—Yo no quiero esperar por siempre.

*Quiero que siga así,
tu alma pegada a mi mientras nos
quedamos quietos,
dejando que la piel cumpla poco a poco
todos sus deseos,
hoy no hay nada que hacer,*

*Quedémonos aquí contándonos
secretos...*

—No hablo de siempre, Oliver, hablo de la normalidad, de la rutina. Esa mata los amores más profundos.

No quiero echarte de menos como cantaba Pablo, en esos momentos.

Quería una nueva prueba antes de mi apuesta final. Cobarde, Eva. Cobarde.

—Yo solo te pido tu compromiso, Eva.

Jamás he tenido a alguien tan importante en mi vida y necesito saber que no vas a desaparecer en cualquier momento.

Deseo ver un anillo en tu dedo y que todos sepan que es en mí en quien piensas cuando suspiras. —¿Dónde está su capa roja de terciopelo, buen príncipe? ¿En qué cama la dejó? No me

puedes convencer de algo así.

Comenzaba a removerme incómoda—.

Ocurrirá, Eva. Siempre no es demasiado tiempo cuando hacemos la apuesta correcta.

Comenzaba a removerme incómoda.

En ese momento un tema ya familiar comenzó a sonar al piano y mis dos voces preferidas enlazaron versos hermosos al rimo de «Something Stupid». Podría idear durante décadas un instante más perfecto y no lo conseguiría.

—Estas tretas no son justas.

—¿No lo son?

—No.

—¿Pero te gustan?

No sonrías así... ¡qué me derrito! Sí, sí,

sí, me caso contigo.

—Me encantan. ¿Cuándo preparaste esto?

—Hace mucho —contestó.

¿Hace cuánto que sabía que acabaríamos aquí y ahora?

—Espera... el día que me hiciste prometer que cenaría contigo hoy. ¿Ya lo habías organizado?

Seguíamos bailando abrazados.

Aislados y flotando.

—Soy un hombre muy precavido.

—Y muy pagado de sí mismo al caso.

Me sentía molesta por esa seguridad pasmosa de que caería en sus garras.

—Al contrario, Eva, a estas alturas pensé que ya habrías salido espantada y quería tener la oportunidad de volverte a

ver.

Mi corazón se contrajo. Me equivoqué con él desde el minuto uno y aún hoy sentía esa asquerosa necesidad de golpear su diana hasta hacer caer sus defectos a la piscina de agua helada.

And I'm alone with you,
the time is right, your perfume fills my
head,
the stars get red, and oh the night's so
blue.

Then, I go and spoil and it all, by saying
something stupid,
like: "I love you"

Me cantaba al oído devolviéndome mi confianza, una vez más. A la vez, confirmaba su respuesta. Quizás, pagado de sí mismo no era la expresión,

probablemente, era un delirio persecutorio terriblemente rosa y dulzón. Dejé la conversación fluir hacia delante.

—Has hecho que me guste bailar y el rosa no me resulte tan repulsivo — aseguré.

—¿Eso es bueno?

—Para mi independencia y mi seguridad emocional no.

—Ya no necesitas eso, yo cuido de ti. Detuve unos instantes la danza para mirar a sus ojos y hacerle entender.

—Yo no deseo funcionar así, Oliver. Te quiero, te amo. Pero no me rendiré a ti y dejaré que cargues mi vida o borres mi personalidad. No dejaré que me eclipses ni esperaré sentada tu regreso

cada tarde. Me gusta vivir, volver cansada a casa por la noche, me gusta trabajar y sentirme útil y realizada.

Tengo cientos de sueños y metas por cumplir y puede que no todas puedan compaginarse con los tuyos.

Tardó algunos segundos en darme una réplica.

—Te amo por todo lo que me acabas de decir. Cuidar de ti no es más que una ilusión para mí, conozco perfectamente tus habilidades para mantenerte arriba, con mucha más eficacia que yo. No tengo intención de robarte nada. Solo deseo que podamos compartir nuestros caminos. Que sigamos creciendo juntos. Y que dejes de verme como una amenaza.

—Tú no eres real.

—¿No?

Soltó una carcajada que resonó en todo el salón y mi cara se puso de un rojo borgoña.

—¡Eh...! —le gruñí empujando su pecho molesta.

—Apuesto a que tienes alguna teoría sobre eso...

—Apuesta a que sí, señor Ogro. —En ese momento «Solamente tú», resonaba en la sala con una intensidad que se agarraba al estómago y estrujando de él cualquier resto de aliento—. Ando decidiendo entre extraterrestres, Shrek, o una mala jugada de las Brujas de Blair, o espera... también sopesaría un mundo digital tipo Matrix y eres un

insecto cibernético que ronda en mi mente, obteniendo las claves para darme el hombre perfecto.

—Estoy lejos de ser perfecto, Eva, yo desestimaría esa opción.

Yo no.

—Shrek no sabía bailar, pero tú te mueves casi tan bien como me haces el amor.

—Me vas a hacer saltar sobre ti, Eva.

—Me encanta que acabes cada frase con mi nombre.

—Yo amo que formes parte de cada uno de mis pensamientos. Tú, solamente tú

—tatareó.

—Bésame.

Y me besó y abrazó en aquella relativa intimidad mientras «La vie en rose» nos

retorcía el corazón ya sobrecogido.

—Ven conmigo.

Tiró de mi mano de vuelta a la terraza donde habíamos cenado y encontró un camino que nos llevaba hasta la cala desde allí. Había vuelto a leer mis deseos en mis ojos. ¿Cómo demonios lo hacía? A pesar de mi resaca emocional por todo lo ocurrido en estas semanas había una verdad que emergía pese a todo: Oliver me quería. No había más vueltas que dar a estas tres palabras, la afirmación pesaba por sí misma. Yo, yo sentía por él algo tan asfixiante e intenso que dolía y daba más miedo que el primer día de rebajas. Oliver implicaba una emoción tan arrasadora que había modificado todos mis principios sin

hacerme rechistar. Bueno, quizás sí había chistado y luchado, pero en vano, finalmente. Me encantaba tener sus dedos entre los míos, siempre calientes y suaves. Siempre para mí. Siempre tan perfecto como era capaz de imaginar, la arena aún estaba caliente. Nos descalzamos para dar un paseo por la playa. Oliver dio un par de vueltas a su pantalón largo sin importarle destrozar la prenda en la arena. La chaqueta se había quedado arriba. Caminaría a su lado hasta el fin del mundo.

—Aún sueño con tus palabras— continuó. —Desde que Allicia me disparó no he dejado de escuchar tu voz pidiéndome que luchara un poco más, que lo hiciera por ti. Mi madre me contó

que cuando aún estaba en la UCI, me despertaba hablando de un Ogro, o sonreía sin razón aparente. No he dejado de hacerlo desde que te conozco, Eva. Su cuerpo pegado a mí, caminando unidos.

—Me diste un susto de muerte.

—No lo cambiaría por nada, Eva. No cambiaría ni un solo segundo de todo lo que me ha llevado hasta ti. Repetiría todo lo malo sin dudarlo.

—No sabes lo que dices.

Pasó su brazo sobre mis hombros y tamborileó los dedos para que le diera la mano de nuevo, y me colgué de su abrazo sin dudarlo.

—Sí, lo sé —rebatíó.

—Cuando mi hermana vino a Valencia

yo acababa de matricularme en enfermería. Solo hice el primer curso porque lo dejé para ir detrás de ella. Pensaba matricularme aquí pero comencé a trabajar y mis prioridades cambiaron. Si me hubiera quedado en Córdoba, y hubiera acabado Enfermería, no te habría encontrado aquella noche. Otra persona lo habría hecho o nadie... Paseábamos hablando de la vida y sus rarezas como dos personas normales, como un albañil guapo y una peluquera con un vestido caro. Me gustaba, me gustaba mucho. Oliver decidió quitar tensión a la conversación.

—¿Qué te ha parecido la velada?

—Hermosa. Eres un gran conquistador, Oliver Okley.

Intensa, romántica, suave... y comedida. De nuevo el Oliver el osito mimoso se había comido al Ogro.

—Vamos, Eva. Se te da fatal decir una cosa y pensar otra diferente.

Me paré en seco mordiéndome los labios, la gatita hacía rato que quería jugar.

—Venga, Ogrito, sácate el palo del culo y atrápame.

Dejé caer los carísimos zapatos detrás de mí (los llevaba en la mano hace rato, ¿lo dudabais?) y comencé a correr a lo largo de la orilla. Oliver solo se lo pensó un par de segundos para lanzarse en una carrera veloz a por mis huesos pero oye, no soy una chica fácil. Le dí un par de requiebros como los

rejoneadores buenos hasta que finalmente cayó sobre mí entre risas y más risas.

—¡No, cosquillas no! —imploraba entre risas e hipidos.

—Repite lo del palo, ¡pequeña sin vergüenza!

—Señor Ogro, sáquese usted el palo del culo —seguía jugando.

—Oh, gatita, palo te voy a dar yo a ti. Yo no podía reír más. Era imposible sentir más euforia, más pasión por la vida y sus momentos. Era imposible no amar sin admirar, sin reír. No existía control alguno sobre aquello que ocurría de mi piel hacia dentro.

Una ola nos alcanzó mientras jugábamos en la orilla haciéndonos detenernos por

la sorpresa. Y lo vi. Vi al hombre de mi vida vivo. Mirándome con un deseo hambriento, desbordado por las mismas emociones que me hacían respirar hace semanas. Y lo bese. Cogí sus labios como si fueran míos, sin miedo, sin nada que ocultar. Le quiero, le quiero, le quiero, le quiero, le quiero tanto que hasta el miedo se va. Y lloro por la intensidad, porque tengo que dejarla salir por algún lado. Lloro porque le amo sin miedo, sin recortes, sin... ¡Yo qué sé! Me importaba una mierda si el vestido se mojaba, se arrugaba o si lo tenía que pagar mascando chicle. Solo ansiaba este momento. Solo esto.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Eva. No lo olvides.

Gruñí por puro placer al escuchar estas palabras. Nos besábamos taladrando nuestras miradas y hablando con el cuerpo, lo quería para mí. Lo quería dentro de mí, obrando magia con su cuerpo, dibujando muñecajos con tres dedos y Giocondas. Pero conmigo. Tiró de mí hasta hacerme arrodillas en la arena y seguimos devorándonos con las manos a lo largo de nuestro cuerpo. Arranqué su camisa húmeda del pantalón para arañar su piel con mis uñas, como a él le gustaba. Dejando mis marcas en su piel hasta mañana. Lo deseaba con una locura abrasadora, una necesidad demencial. Siempre más, más de Okley.

Sus manos apretaban mi piel apretando

los músculos de mi espalda, como a mí me gustaba. Habíamos aprendido tanto del otro en tan poco tiempo. Mi cuello, mi mandíbula sucumbía a sus atenciones y mis piernas temblaban de pura necesidad y me lancé sobre él volviendo a acabar tumbados en la arena hasta que una ola más fuerte nos golpeó en la cara. Pero nada cesó, Oliver solo giró sobre su cuerpo para colocarme bajo él alejando el torso del agua, ahora las olas rompían a nuestros pies y se quedaban allí, empapándonos. Desabroché su camisa, y la deslicé por sus brazos para ver sus hombros sobre mí. Como un lobo sobre su presa, todo en él me encendía. Sus gruñidos de placer por cada iniciativa, los

chasquidos de su lengua lamiendo mi piel salada, los tirones en mi pelo llevando mi boca justo a donde la necesitaba. La arena arañando mi espalda desnuda, su mano brazo alcanzo mi cintura en su busca, elevando mis caderas de nuevo. Aquí, ahora, por favor.

Y entre la arena y el mar desabroché su pantalón para dejarle libre y a mi disposición. La carísima camisa abierta cubría solo la mitad de su espalda cubriéndole los glúteos que comenzaba a amasar con la misma fiereza que arañaba su piel. Solo para mí, solo para mis dedos. En un segundo, mis hermosas braguitas se alistaron a la marina y esta vez, Oliver no pidió permiso. Me llenó

con una prisa bárbara. Invadió lo que era suyo y yo, tan ansiosa como estaba me aferré a él como al último tablón de un naufragio en aquel mar. La espuma alcanzaba mi cintura pero poco importaba, yo me colgué de su cuello y lo recibí con el amor y la dedicación que ambos nos merecíamos. De una vez por todas debía reconocer que nos merecíamos, los dos habíamos vivido una soledad cruel durante demasiado tiempo para finalmente complementarnos con una necesidad que cualquiera evitaría. Pero ya no había vuelta atrás.

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero... Te quiero tanto que duele, Oliver.

Su intensidad solo permitía salir mi voz en suspiros, pero pegada a su oído como estaba mis palabras llenaron su alma, estaba segura de ello. Su rostro empujó contra el mío y supe que no me contestaba porque no podía, y saber cuan feliz lo hacía me hizo alcanzar el orgasmo con una sonrisa tan enorme como el amor que sentía por este hombre. Grité clavando mis talones en sus glúteos y mi cabeza cayó hacia atrás rendida al placer. Una ola más fuerte me alcanzó haciéndome tragar agua salada. Entonces su abrazo me llevó hacia el agua, con mi espalda en su pecho amasaba mis pechos a través del vestido hasta que se giró haciéndome mirar al horizonte. Solo entonces deslizó mi

vestido por mis brazos para liberar mis pechos y con sus dos manos les devolvió el calor que habían perdido tras el orgasmo que había arrasado mi cuerpo unos segundos atrás. Mis músculos laxos comenzaron a tomar vida cuando Oliver me pidió que me colocara de rodillas sobre el fondo. No fue nada fácil pero lo conseguí siguiendo sus instrucciones como una gatita postcoito, es decir, una corderita. Con la misma postura que la primera vez que hicimos el amor me penetró de espaldas a él, sentando mis caderas sobre mi erección. Si alguna vez alguien me decía que este hombre no era un artista le arrancaría los pelos uno a uno mientras le arrancaba las uñas con un

cortafríos.

Comenzó lento, aprovechando cada ola para anclarme más profundamente sobre él. El ritmo era demencial y delicioso.

Mis pechos libres flotaban sobre el mar y mis pezones temblaban cada vez que sus manos sucumbían a otra parte de mi piel. Sus manos seguían tan cálidas como siempre. Allá donde pasaba mi piel helada reaccionaba mandando chispazos a mi clítoris, también helado.

Me dejé hacer pese a la impaciencia.

—Si estoy vivo es gracias a ti, me has salvado más veces que yo mismo. Te amo, Eva. Por favor, no me dejes nunca. ¿Qué hablamos de aquello de hacerme prometer cosas durante el sexo?

—Nunca, Oliver, nunca.

¡Qué demonios! Nunca. ¿Quién diría que no a algo así? Hacer el amor con la persona que amas en el mar, mientras te confiesa que eres su razón de vivir. Mientras convierte tu cuerpo en una masa temblorosa anhelante de deseo, obnubilada de pasión, sedienta de orgasmos, empechada de emoción. Me abrazó pegándome a su cuerpo y a partir de ahí solo sus caderas se movieron para entrar y salir mínimamente de mí. Pero esto era más que suficiente, mi cuerpo se elevaba en una intensidad que me hacía repetir su nombre una y otra vez, la mano sobre mi pecho fue subiendo arrasando la piel, deteniéndose sobre la corona de su princesa para acabar introduciendo uno

de sus dedos en mi boda. Este gesto tan erótico me elevó más aún y lo succioné como si fuera otra parte de su cuerpo, una de las que más amaba en ese preciso instante. Su voz gruñía en mi piel y juro que notaba su sudor en mi espalda. Oliver estaba enfebrecido y yo era tremendamente feliz. Finalmente, su mano fue a mi clítoris y un mínimo roce nos hizo explotar como el Kilimanjaro. Oliver apretó tanto mi cuerpo que marcó sus dedos en mi cintura giró mi cabeza y me besó de nuevo invadiendo mi boca con toda la extensión de su lengua. Erotismo, placer, devoción, amor... ¿quién no se volvería loca después de estar entre sus manos? A la mierda la respiración, no pensaba dejar de besarlo

jamás.

Cuando me giré entre sus brazos pegó su frente a la mía con fuerza. Pasaron varios minutos en los que su respiración sobre mis labios era todo en cuanto me podía concentrar. Si tenía resaca emocional antes de venir aquí ahora tenía un coma erótico. Suspiré rememorando cada instante, pidiéndole a mi mente que no borrara un solo segundo. Si hacía falta que olvidara unas cuentas recetas, recuerdos de la adolescencia, o leer... daba igual, pero que guardara cada instante para que nunca se convirtiera en pasado, que siempre estuviera en el presente. Su primer gesto fue ayudarme a colocarme el vestido empapado de

nuevo. Yo le coloqué la camisa y me cogió en brazos para sacarme del agua. Su entrecejo se arrugó un poco y supe que estaba procesando todo lo que había ocurrido aquí. Nos sentamos sobre la arena alejados de la orilla, donde la temperatura era un poco más cálida. De pronto Oliver se levantó, me besó en la coronilla y me pidió que esperara. Volvió algunos minutos después con un par de toallas y dos trajes blancos de cocinero. A mi me dio por reír.

—¿Qué es esto?

—Hoy no está Nacho, es lo mejor que he podido encontrar. Ropa seca, Eva. Su sonrisa era deslumbrante, Oliver no tenía ningún palo en el culo. Nop. Dejó caer el vestido arruinado, me secó

con devoción y me colocó el mono blanco. Había sido una buena idea, estar con la ropa mojada no era divertido, aún no hacía suficiente calor para esa locura. Yo hice lo mismo con él y seguimos un rato más allí sentados.

Hasta así vestido estaba para comérselo. —Eva, quiero que sepas que ha sido la experiencia más intensa que he tenido en toda mi vida. Es así y creo que es importante para ti saberlo.

Yo me giré inmediatamente para buscar la sinceridad de sus palabras. Sí, era cierto, para mí era muy importante saber que conmigo podría sentir más que con otras personas. Ese egoísmo estaba ahí. No era la primera vez que me decía que conmigo era diferente porque estaba

enamorado pero si además, podría sentar un precedente en el sexo mi libido, mi autoestima, y mi bibliotecaria reprimida saltaban de alegría y bailaban la Lambada sin ropa y con cascabeles en los pezones.

—Eva, hay algo más que quiero contarte.

Esta frase no me sonó tan bonita.

—Dime, Oliver. Puedes decirme lo que sea.

—Las llaves del coche estaban en mi pantalón. Tendremos que volver en taxi y así vestidos.

Yo reí un buen rato con todo aquello. Sin duda, no olvidaríamos esta noche jamás.

En casa el afecto siguió su ritmo durante días. Sí, el amor es un embustero patológico que te hace creer que tienes el control mientras te arrebatata la razón para ver la chalanería, desconecta las alarmas y te enciende letreros luminosos hacia la salida. Y la salida es un acta de matrimonio. ¡Qué terror!

Y como en los mejores films de terror, solo una semana después de aquel viaje embriagador, y tan poco terrenal, todo mi humor se volvió a poner bocabajo. Todos mis miedos se sentaron conmigo en la mesita de café del salón para ordenar prioridades y establecer una línea de actuación. El genio y la desesperación tiraron de mí hasta las

oficinas de la Torre ImPossiTion.

Okley había traicionado cada una de nuestras largas charlas, había jugado a escuchar y comprender para después ejecutar con la soltura de un dictador egoísta, machista y manipulador. Me había convertido en aquello de lo que llevaba corriendo años. Ni todo el rosa del mundo haría que este día dejara de ser un punto de inflexión entre Oliver y yo.

El viaje en ascensor duró más que un intermedio de Avatar, era imposible que aquel trasto se moviera más despacio. Una mujer mayor y un chino de la planta de multinacionales se miraban como si uno fuera ratón y el otro elefante. Yo sencillamente trinaba, llevaba un cabreo

de narices. Se iba a enterar el Ogrito, ¿en qué momento interpretó que podía hacerme algo así? Hombres, les das un dedito y te lamen hasta el hombro.

Vamos a ver, Eva, ¿en qué momento olvidaste que el amor era una guerra por ampliar los dominios? Al ser humano nos falta tiempo para averiguar nuestra propia vida y en lugar de esforzarnos nos buscamos a alguien, le llamamos pareja y acto seguido decidimos qué, cómo y en qué forma debe vivir para conseguir aquello en lo que ya hemos fracasado. Acabábamos de empezar una relación y aparece con esto, es increíble. Si fuera un tren me faltaría vía. Se iba a enterar la aspiradora humana, absorbiendo todo lo mío a su

paso. Irrumpí en el despacho con descaro y sin educación alguna. Ni toqué, ni pregunté, vamos que cuando le pegaron el tiro me lo pensé bastante más.

—Hola, Eva. No sabía que...

Hizo ademán de levantarse del sillón que ocupaba tras el escritorio. Con toda mi mala leche dejé caer el sobre abultado en el escritorio.

—Aquí tienes.

—¿Qué es esto?

—Tu pago —contesté con dureza.

—¿Mi pago?

Me miró a la cara y su mandíbula crujió tragando un nudo de saliva.

—¿Pensaste que no me iba a dar cuenta?

Que aparecen tres mil euros en mi

cuenta e iba a hacer la vista gorda. No soy ninguna puta. Mis días de vender sexo terminaron.

—No sé de qué estás hablando.

—Vengo de la oficina de RRHH. Allí me han convencido de que es un plus por no sé qué complemento formativo.

—¿Y...?

—¿Te acuestas conmigo y me conceden una ayuda para un máster en Toledo? En blanco y en botella, Okley.

Volvió a reclinarsse en el asiento y se separó de la mesa empujándose con las manos, juntó las yemas de sus dedos, cavilando.

—Te estás pasando.

—Siempre me estoy pasando. ¡Eva está loca perdida! Eva no tiene medida. Eva

mendiga sexo porque no llega a final de mes. ¡Pero si casi te tengo que pagar yo a ti para que decidieras ponerme la mano encima! Trabajo como una jodida loca. ¡No necesito que me paguen por sexo! Lo hago gustosa.

—Esta conversación está fuera de lugar. Creo que...

—Fuera de lugar, ¡una mierda! Además, mira lo que hago con tu asqueroso dinero.

Me negué a escucharlo. Apuesto a que nunca imaginó lo que iba a hacer. En el segundo cajón de su escritorio guardaba un zippo plateado. Perteneecía a un juego de mesa, compañero de la delicada pluma con la que firmé el acuerdo de confidencialidad y que ahora guardaba

en una caja de metal en mi escritorio. En definitiva, me llevé el zippo. En uno de los armarios ocultos tras los paneles del despacho había un mueble bar con lo mejor de lo mejor en whisky, ron, etc. Cogí la botella que más coraje me dio y me la llevé debajo del brazo. Okley me miraba atónito.

En la papelera junto al gran escritorio solo había algunos envoltorios de caramelos de café y bolsas vacías de gominolas. ¿Qué le pasaba a este hombre con las chucherías? Allí mismo vacié el pequeño sobre cargado con billetes de cincuenta. Giraron en el aire y no todos fueron a parar dentro y, yo, ya tenía la botella abierta y los rociaba como a un soufflé.

—¿Está segura de lo que va a hacer, señorita Molina?

¡Oh, mierda! Solo me llamaba así cuando estaba cachondo. Reté a Okley con la mirada, pero lejos de detenerme subió los pies a la mesa retrepándose en el caro sillón, como quien se dispone a ver una larga película de sobremesa. Su expresión de suficiencia, de «soy el tío más calmado del mundo», me hizo explotar como petardo fin de la fiesta. Clavando mi mirada en sus ojos le comuniqué mi firme decisión de ser aún más idiota de lo que pudo haber imaginado. Mis ovarios bien puestos en la mesa, sobre un tapetito rojo y flotando en almíbar del bueno. Rodé mi dedo por la piedra del zippo y la llama no se hizo

esperar. Abrí los dedos y lo dejé caer, yo no tuve la culpa, fue la monótona gravedad.

La llamarada fue tan intensa como fugaz, el alcohol se evaporó tan rápido como el papel que acabó hecho virutas antes de que el calor alcanzara mi piel.

Durante una milésima de segundo la expresión de Oliver se contorsionó. Se mordía los labios con tanta fuerza que la línea rosada desapareció entre sus dientes.

Pasé de la determinación al arrepentimiento con la misma velocidad en que se consumían los billetes. Mi genio acababa de valorarse en tres mil euros que si bien yo no deseaba, a alguien le habrían venido de perlas.

Ahora no eran más que cenizas. Bye, bye money.

La alarma contraincendios comenzó a sonar y solo entonces, Okley movió un brazo para pulsar un par de botones en el telefonillo sobre la mesa. La voz de Nacho ocupó el despacho dejando el mismo eco que el de un huevo al estrellarse en el suelo. De fondo, el crepitar del fuego.

—Señor Okley, se ha activado...

—...Falsa alarma, Funes. No vuelvan a molestarme en una hora.

¿En una hora? ¿Qué pensaba hacer en una hora?

—Su nombre es Nacho.

Volví a enfrentarlo. No me contestó y eso fue lo que me hizo estremecer.

—¿Qué pretendes con esto?

—No soy ninguna puta.

—Créeme, Eva, sé diferenciar una prostituta de una mujer que no lo es.

—He dicho puta.

—Sé lo que has dicho.

Se levantó con esa calma que me repateaba y se dirigió al aseo para volver con una jarra llena de agua que vació en la papelera. De paso, dejó allí toda la tensión y sus hombros se recolocaron donde el control y la seguridad hablaban sobre su temperamento. Se quitó la corbata mientras me miraba con los ojos afilados, escudriñando en aquellas puertas de mi subconsciente que aún mantenía cerradas con llave. Jugó con

sus dedos mientras su respiración se recolocaba allá donde habían ido sus hombros. Conseguía que mi visceralidad y mis excesos escurrieran por su piel como el aceite barato. Como si pudiera decidir quedarse solo con lo mejor y dejar que lo peor se lo llevara la corriente.

—¿No estás enfadado?

No podía entenderlo, debería de estar furioso.

—¿Por qué?

—Por haber quemado tu dinero.

—No era mi dinero. En cambio, me ha jodido bastante que uses mi whisky para hacer una hoguera.

—Pero has sido tú. Es cosa tuya, que me hayan concedido una beca que no llegué

a solicitar.

—Sí, lo es.

Acarició su labio inferior meditando la situación. Le daría crédito. Volvió a acercarse al escritorio y fue colocando todo en su lugar. El zippo en el cajón, cerró el portátil y la agenda, pulsó un par de teclas en el teléfono, los lápices y plumas en su lugar y un dossier cerrado en un archivador manila que después guardó en el cajón. La única parte de mi cuerpo que se movía eran mis ojos y los dedos de los pies, martilleando el suelo de puros nervios.

—No debiste hacerlo.

—Ahora lo sé —afirmó Oliver, desde su trono de exasperante seguridad.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo hice? No pretendía insultarte, desde luego. Me pareció adecuado beneficiarte en algo tras salvarme la vida. Llámame agradecido.

—Pensé que eso ya lo habíamos hablado.

—Y lo hicimos. Le pedí a Nacho que buscara la forma de recompensarte antes de reunirnos para el acuerdo. No recuerdo que me mencionara nada al respecto. En aquel entonces ni siquiera recordaba bien tu rostro. Tu voz sí, pero tu rostro era difuso. Te diría que este numerito deberías habérselo montado a él, pero con lo que tengo pensado para ti ahora mismo, la hoguera me va a merecer la pena.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente

y un escalofrío recorrió toda mi columna vertebral sacudiendo el centro del placer de mi encéfalo como un tsunami. Venga, Eva, reconoce que esto es a lo que has venido. Tú quieres un buen revolcón, granuja libidinosa. Oliver se levantó y se dirigió al mueble bar. Yo miraba embobada su trasero perfectamente marcado cuando metió su mano en el bolsillo alejándose de la mesa.

Sacó dos copas enormes de un armario y del pequeño congelador una diminuta cubitera cromada con labrados contemporáneos. Seguramente, la dichosa cubitera costara más que todo el alcohol que había bebido a lo largo de mi vida. De otro cajón misterioso cogió

una cajita blanca de nácar y lo colocó todo sobre el cristal. De espaldas a mí, tan despacio como puede simular un ser humano, tiró de la camisa hasta sacarla del pantalón y mis pies se movieron en su dirección. Lo hacía aposta el condenado, y me vi deseando sexo en aquel lugar, como tantas otras veces. Solo que en esta ocasión la posibilidad era mucho, mucho, mucho más real. Deseé dejar allí mi olor también. No, deseé que tras la reforma, fuera mi olor el único que se pegara a las paredes, quise mi imagen en su recuerdo cada mañana, cada tarde, cada noche. Quise obligarlo a recordarme allí, con él.

—Hace tiempo que quiero tenerte aquí para mí. ¿Estás de acuerdo?

—¿Qué te hace pensar que vamos a mantener relaciones en tu despacho?

—Solo te relames así conmigo o con el chocolate suizo.

—¡Yo no me relamo!

Si conseguía fingir indignación ahora, algún día aprendería a mentir.

—Oh, sí, sí que lo haces. Desnúdate para mí, Eva. Quiero ver esas braguitas con las que me has hecho delirar esta mañana.

Se acercó rodeándome con esa familiaridad que me volvía loca. Podía apreciar su erección bajo la seda de su pantalón pidiendo a gritos un buen lametón. Pero no, no podía hacerlo. Yo había ido allí para recordarle que era diferente, yo no era una más. No quería

su maldito dinero ni sus favores corteses. Aunque todo había sido una confusión, de nuevo había hecho gala de mi facilidad para idear y ejecutar gilipolleces en minutos. Hablaría largo y tendido con Nacho, ¡joder! ¡Había reducido tres mil euros a cenizas por mi orgullo y mi genio de porquería!

—No le des importancia, Eva. Lo hecho, hecho está.

—Dios, he quemado tres mil euros y ni siquiera estás molesto. Tú no eres humano.

—No me siento orgulloso de lo que voy a decir, pero... la botella del whisky que has usado vale más o menos eso. Yo me lo bebo, tú lo quemas, cada uno hacemos con el dinero lo que nos da la

gana.

—No me parece bien, no es justo. Yo... eso ha sido una idea horrible.

—A este ritmo no vas a poder tapar el cubo —bromeó.

De la cajita de nácar sacó un vaso pequeño de acero inoxidable, apropiado para un chupito. Yo me retorcí al imaginar lo que podría ocurrir allí.

—Verás, Eva. Tengo dos opciones, enfadarme contigo por considerar que puedo tratarte como una prostituta o hacer lo que llevo deseando días. Y créeme, si hay algo que he aprendido en las últimas semanas es que mañana puede ser demasiado tarde.

Mierda, otra vez. Oliver se había comido al Ogrito y me estaba

derritiendo como un Calipo en agosto. Así que... me saqué la camiseta por la cabeza y me dirigí al grupo de cojines que había dejado caer al suelo.

—Míralo de esta forma, princesa. Esta vez, pagas tú.

Sonreí, ¿qué más podía hacer?, ¿acaso tenía otra opción? Mi guerra estaba a punto de acabar, solo había que acordonar el terreno neutral. Agarró mi nuca y me besó con una pasión solo comparable al cabreo que había acumulado en el viaje en el ascensor. Mi mente se escapó para flotar entre el mar de sensaciones empalagosas para volver deprisa y corriendo en cuanto su voz llenó la habitación. Me quitó la ropa en un santiamén y yo solo pude liberarle de

la camisa. Algo es algo. Me dejó en el suelo, vestida solo con la ropa interior, para poner un poco de música y traer el vaso y el whisky. Abrió mis piernas y me levantó las rodillas para colocarse entre ellas con su torso gloriosamente desnudo.

—Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a jugar a los sentidos. Yo voy a colocar este vaso lleno de este whisky tan caro justo sobre tu ombligo. Cada vez que lo dejes caer suprimiremos uno de tus sentidos. Empezaremos por la vista, para seguir con el tacto, el oído y el olfato.

—¿Y después del olfato?

Su sonrisa lasciva me contestó.

—No te preocupes por eso, Eva.

Llegado el momento se me ocurrirá algo que hacer contigo.

Entre mis piernas llenó el pequeño vaso de aquel líquido ámbar y se lo llevó a la boca llevando la cabeza hacia atrás para tragarlo. Su nuez de Adán subió y bajo e inmediatamente mi garganta tragó una bola de saliva seca, mi corazón comenzó a martillar mis costillas. Volvió a llenar el vaso y se lo llevó a la boca de nuevo, pero en esta ocasión lo trajo hasta mis labios para dejarlo caer en una cascada sensual y calurosa. Saboreé aquel brebaje por una única razón, porque venía de sus labios. Mi mirada se tornaba oscura y su sonrisa de satisfacción me catapultó a la razón por la que estaba allí.

—No quiero tu dinero, Oliver. No puedo vivir con eso.

Antes de contestar volvió a llenar el pequeño vaso y lo dejó justo sobre mi ombligo. Su base era tan ancha como la parte superior y me confié.

—Eso es una soberana gilipollez. Elevé el tronco para protestar y el chupito cayó. Las cejas de Oliver se elevaron y pude ver cómo sus dientes mordían la lengua para sofocar una sonrisa de suficiencia. Me había provocado a posta.

—Primer sentido, princesa. Solo tuvo que alargar la mano para encontrar la corbata que acababa de quitarse y colocarla en mis ojos con varias vueltas. La claridad de la tarde

desapareció a merced de la oscuridad atemporal. Mi oído se agudizó y mi olfato encontró en primer lugar el alcohol para poco a poco, reparar en sus matices. Podía distinguir el alcohol etílico y las fragancias que acompañaban a One Million.

—Así que piensas que te he tratado como a una prostituta.

Me sentí culpable, muy culpable. Nunca me había tratado así, todo había sido una confusión.

—No, yo...

Volvió a colocar el vaso lleno sobre mi ombligo.

—En primer lugar, he pagado por prostitutas y ninguna me costó tanto dinero. —Agarró mi tobillo izquierdo

— En segundo lugar, creo es una profesión muy mal valorada. Hay hombres que solo se merecen a una mujer si su bolsillo se resiente.

Comenzó a besar mi tobillo y ascendía lento hacia mi pantorrilla. Siempre se detenía con delirio sobre mi tatuaje y esta vez no fue distinto. El erotismo estaba implícito en un tacto que sentía y no podía ver. En un instante la uña de su pulgar recorrió la planta de mi pie y me retorcí involuntariamente por las cosquillas. El whisky se derramó por mi vientre de nuevo. No vi el rostro de Oliver, pero su cuerpo vibró ocultando una nueva sonrisa. Se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—Segundo sentido: el tacto.

De un lugar desconocido consiguió la camiseta que me acababa de quitar y ató mis manos con ella. Las llevé bajo mi pecho.

—No, no. Súbelas y agárrate a la pata del sofá. Cada vez que me toques sin mi permiso, perderás un orgasmo. ¿Lo has entendido, Eva?

Iba a tener orgasmos, bien. Era justo lo que necesitaba. Asentí.

La lengua de Oliver recorrió mi abdomen allí por donde se había derramado el contenido del vaso.

Cuando llegó a mi ombligo introdujo su lengua con osadía trazando círculos que volvían a hacerme retorcer. Mis muslos querían apretarse en busca de alivio y en lugar de ello volví a sentir el frío del

recipiente sobre mi piel mientras las manos de Oliver separaban un poco más mis piernas exponiendo mi pelvis para él. Su tacto a través de la tela no se hizo esperar y mi corazón saltó al notar un aliento cálido justo allí. No eran sus dedos los que me acariciaban, sino su nariz, aspirando y devolviendo fuego a mi piel.

—Esfuézate, Eva. No te muevas, ya te he dicho que ese whisky es realmente caro.

Tenía que concentrar mi respiración en la parte superior de mi tórax para que el vasito no se moviera. Ya había perdido la vista y el tacto, no quería perderme nada más. Pero esto no era una guerra, más valía que no lo tomara así porque

de lo contrario tendría que sumar una nueva derrota a mi relación con Oliver. Sus dedos traviesos comenzaron a jugar con el filo de mi braguita de encaje blanco buscando una entrada y con la sola expectativa mis músculos ya se contraían viciosos. Terriblemente viciosos. Sus dedos exploraron mientras su lengua perforaba mi piel con valentía y sus dientes castigaban mi monte de venus mordiendo el encaje y el vello debajo de él. Estaba a punto de enloquecer y mis caderas se elevaron involuntariamente. Unas gotas de la bebida volvieron a derramarse y al oír la sonrisa triunfal de Oliver me hizo reír a mí también. Necesitábamos tanto esto. Tanto. Explorar más y más allá,

borrando límites y dibujando posibilidades. Y cuando uno de sus dedos burló la tela y entró dentro de mí, me retorcí con tan intensidad que el vaso cayó al suelo y el sonido metálico detuvo todos mis movimientos. Giré la cabeza en busca de aquel sonido, ¿cómo pensaba eliminar el oído de la ecuación? Mordí y relamí mis labios con insistencia cuando sus manos abandonaron mi piel. Afiné el oído para escuchar sus movimientos sutiles. En primer lugar el vidrio, después el vaso al recogerlo del suelo. El líquido al rellenar el recipiente de nuevo. De nuevo el vidrio. Su lengua en mi abdomen, sus dientes arañando mi piel ascendiendo hacia los pechos aún

cubiertos por el sujetador. Mi piel se puso de gallina por el roce de su barba de dos días en mi tripa, su lengua chasqueaba relamiendo los restos de la bebida. Su dedo volvió a hundirse en mi entrada y mis brazos se estiraban empujándome a su encuentro. Mi temperatura subía a velocidad ultrahumana. Y desapareció, de pronto todo desapareció. Agudicé el oído, pero no fue necesario. Las manos de Oliver retiraron con delicadeza la venda de mis ojos.

—¿Confías en mí, Eva?

Enfebrecida por el deseo asentí devorando sus labios con mi mirada. Dejó de nuevo el vaso en el hueco de mi ombligo y sacó de su bolsillo un

diminuto reproductor mp3 y unos auriculares. Antes de colocarlos en mis oídos me dio todo cuanto necesitaba para dejarme caer en sus brazos, aunque fueran brasas en el infierno o alambres de espino. Me besó con admiración, Oliver me adoraba por jugar con él. Por dibujar el placer con nuestros cuerpos, por satisfacer sus locuras y derrocar los límites que quedarán en mi mente con su libertad, falta de pudor y juicio. Devoró la piel de mis labios, devoró mi lengua succionando con ansia queriendo llevarme dentro de él y yo me dejaba hacer despegando el cuerpo del suelo en su busca. Dejó posar su mano sobre mi pecho recordándome que no debía moverme, Oliver quería que esto durara.

Quería perfilar con perfección este encuentro y yo deseaba dejar allí mi perfume, deseaba que mis recuerdos cayeran como losas de hormigón sobre el pasado. Quería, yo solo quería más de él, más hoy. Más por siempre.

—Dame más, Oliver. Dame más de ti. Su mirada abandonó toda razón para inundarme de una locura feroz y devastadora que apretó su mandíbula contra mi rostro poseyendo mi boca, penetrándome con su músculo todopoderoso. Antes de separarse la música inundó mis oídos, Lenny Kravitz, «If you can't say», no. Nunca he podido negarme, jamás he podido decirte no. Esa libertad nunca existió.

—Te amo.

Sus labios pronunciaron unas palabras que supe reconocer justo antes de devolverme a la oscuridad y llevarme al país de siempre jamás, donde todos los sueños se cumplen, donde la pasión es eterna y los finales no prescriben. La melodía y la voz sensual de Lenny eran la guinda de mi pastel, explotaría en mil pedazos cuando Oliver entrara dentro de mí de una vez por todas. Todo este deseo y esta expectación me llevarían a ese instante y era todo cuanto necesitaba.

Mi respiración se aceleró en la espera y la tensión se fue acumulando en cada músculo para salir como una exhalación cuando sus manos amasaron mis pechos con una brusquedad inusual hasta

sacarlos y arrollar la tela debajo de ellos. Sus dientes arañaron la corona y la lamieron con devoción, era su princesa. La aspereza de su rostro fue rasgando mi cordura mientras sus labios torturaban la piel abarrotada de sensaciones. Entre mis piernas sujetaba mi cintura contra el suelo y su cuerpo se inclinaba sobre mí para adorar los senos, yo me esforzaba en vano por controlar mi respiración y mis movimientos. Tironeaba de mis brazos para liberar la energía que iba acumulando en mi sistema nervioso sobrecargado. Mi clítoris era agujoneado por calambres de placer como alfileres gritando por una caricia y Oliver sabía que toda aquella situación

no hacía más que contribuir a un orgasmo que me dejaría con agujetas. Amaba a este hombre por derribar mis murallas, construir las suyas y borrar los límites. Irónico y retorcido. De igual modo quería que todas sus miradas fueran dirigidas a mí, que sus recuerdos se ocuparan solo en recrear mi piel, quería dañarlo para otras mujeres igual que a mí me había dañado para otros hombres.

Y me volvía loca, mi cabeza giraba a un lado y a otro disipando una energía contenida, liberando gemidos sensuales mientras sentía su aliento descender por mi cuerpo y sus dedos tirar de la braguita hasta sajarla en un tirón seco que no pude escuchar. La imaginación en

el sexo, supera la ficción.

—Más. Más. Más.

Imploré y no sé si me contesto, solo escuchaba la voz sensual del cantante suspirando como si estuviera haciendo lo que yo deseaba hacer. Más sexo, más y más de Okley. Hoy me quedaría con el Ogro.

Mi respiración se había contenido cuando mi braga desapareció y no volvió hasta que su lengua recorrió el interior de mi muslo izquierdo hasta mi entrada y ya no pude más, mi cuerpo comenzó a vibrar sin mi aprobación. No tenía ni puta idea de dónde estaba el vaso, el whisky ni copón bendito. Me dejé caer frustrada por no poder esperarlo, pero feliz por liberar todo

cuanto se había construido dentro de mí. Las ondas de placer recorrieron mis piernas y brazos hasta hacer encoger mis dedos y deseé con todas mis fuerzas apretar los muslos para atraparlo dentro de mí eternamente. La piel de mi rostro, el cuello y la espalda se estiraba contorsionándome por pura lujuria y cuando parecía que acababa el endiablado pene de Oliver, grueso como jamás lo había sentido, me inundó haciendo a mi cabeza golpear el sofá. Y volé, volé de nuevo rozando las estrellas con los dedos, recibiendo el agradecimiento de mi cuerpo por devolverlo a la vida. Los calambres de mi orgasmo recorrieron la piel entre mis dedos, mis antebrazos cosquillearon y

mariposas jugaron en las corvas detrás de las rodillas. Esto no era humano, este placer era divino. Comenzó a moverse apoyado en los codos sobre mí, me arrancó los auriculares y la corbata de los ojos. Parpadeé para volver a cerrar los ojos concentrada en absorber todo cuanto su cuerpo me daba. Sería precioso mirarlo a los ojos, pero me era imposible. Mi cabeza se retorció profiriendo alaridos y exclamaciones desvergonzadas, proclamando su nombre a gritos una y otra vez mientras él solo se esmeraba en darme más y más, saliendo cuando sus límites llegaban para volver al ataque segundos después. Sudaba y su sudor se mezclaba con el mío en mi pecho, su piel con la

mía alrededor de su cuerpo y mis piernas se enlazaron a él clavándolo aún más. Recordé la hamaca. Aquel día su glande me atravesó viva y hoy sus juegos habían convertido mi útero en la cueva de Alibabá. En eso consistía, en que siempre aspirabas a más cuando jugabas en el sexo, por eso los límites no entraban en la partida.

Cielos y yo volaba, volaba hasta que Oliver gritó que ya no podía más, llevó su mano a mi clítoris y explotamos como jamás imaginé que fuera posible. Un gruñido animal abandonó nuestras gargantas al unísono y tras de él, el más absoluto silencio. Ambos caímos rozando la inconsciencia.

—La próxima vez que te diga que eres

un artista quiero que recuerdes exactamente que me refiero a esto — dije. Y lo decía en serio, totalmente en serio.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Eva. Yo quiero que recuerdes eso. Hablaba mirando al techo, no lo culparía. Yo tampoco me podía mover. Todo mi cuerpo pesaba y sentía hormiguitas recorrerme como si se hubiera dormido y acabara de despertarse. Me volví a plantear si podría tener agujetas causadas por los orgasmos. Quería levantarme a por la botella de whisky, pero mi cuerpo no me obedecía. Y recordé algo.

—Ha sido el polvo más caro de toda mi vida.

Oliver rompió a reír como loco para acabar retando de nuevo mi mirada.

—Pues lo que no sabes es que vas a tener que pagarme el Macallan del 47.

Cinco mil euros la botella.

—¡Cinco mil euros! Por Dios bendito. Eso qué es, ¿pis de ángel?

Oliver siguió riendo mientras yo me sentía como la mierda.

—No te preocupes, no se ha derramado ni una gota, lo he aprovechado todo.

Su mirada se volvió a turbar y yo me acurruqué en su pecho. Como en el mejor cliché, en el mejor lugar del mundo.

El tiempo voló y cuando llevábamos varios días durmiendo en el ático,

Oliver estaba cada vez más distante. No era esa distancia de me siento en otro sofá, no te miro mientras comemos o solo sirvo una copa de vino. Era más te beso en la mejilla en lugar de devorarte un pecho cuando llegas a casa, o colocar una mano sobre mi cadera durante la noche en lugar de estrecharme hasta hacernos sudar como cerdos. Esa sonrisa que no llega a los ojos y un orden metódico para hacer cualquier cosa: afeitarse, recoger la mesa... era como si se esforzara en parecer calmado a pesar de tener una guerra mundial en su interior. Lo hacía fatal, otro aspecto que lo humanizaba. Sabía lo que era, morderse la lengua no era el modus operandi de ninguno de los dos. Era mi

turno y no iba a dejar pasar la carroza, ya fuera una calabaza gigante, un MINI llamado Carlos o un Porche Panamera Carrera o cómo diablos se llamara. Por cierto, hice las paces con mi MINI car el día que fui a quemar billetes al despacho Okley. El genio mueve montañas y en esta ocasión llevó a Mahoma a por un polvazo.

Llevaba nerviosa toda la semana. Los momentos importantes, las expectativas, la búsqueda idílica de la perfección.

Había estado recogiendo unos documentos esa misma mañana y había querido esperar para sumarlos a la ecuación esa noche. Era viernes y Oliver tuvo que viajar a Nueva York el miércoles, así que pensé en irlo a

recoger al aeropuerto. Pero estaba asustada, podía equivocarme al apostar la causa de su distanciamiento y mientras había estado fuera solo habíamos podido hablar una vez por complicaciones horarias. Aunque también podía ser que me estuviera evitando. Quizás había esperado demasiado, en las relaciones las cuerdas que se tensan demasiado pueden acabar por romperse. Me sudaban las manos y tenía ganas de llorar otra vez. Como me viera así se iba a preocupar.

Por fin lo vi llegar franqueado por dos trajes con hombres dentro, uno de ellos lo conocía, el otro no. ¿No había viajado con Nacho? Me extrañó. No me esperaba, así que su rostro se contrajo

en una sonrisa que me hizo olvidar cualquier duda de que ese hombre estuviera total y absolutamente enamorado de mí, más le valía pues ya no había marcha atrás.

—Bienvenido, campeón —le susurré tras abrazarlo por una eternidad.

—Creo que debo marcharme más a menudo. —Me obligó a separarme para mirarme a la cara.

—No, por favor, prometo besarte así a diario, pero no me vuelvas a dejar ni una noche más—. Intenté que sonara a regaño, pero no lo conseguí en absoluto.

—¿Me has echado mucho de menos?

—Mucho. —Me abracé a él encogiéndome en su pecho—. ¿Y tú?

—Demasiado. —Sonrió—. Venga,

vamos a casa.

A casa, qué bonita opción.

En la cama un espléndido y desnudo Oliver leía una carta que había comenzado a escribirle hacía mucho tiempo. En concreto, el famoso siete de junio antes de la famosa cena en la que nos esperaban docenas de fotógrafos en la puerta dando por pública nuestra relación. Ese fue el momento gris de la noche. Olvidada en un cajón la había terminado de escribir hacía una semana y su ausencia había detonado la necesidad de darle una respuesta. Aquí estaba todo cuanto tenía que decirle en relación a su propuesta.

Al Dandi y señor Ogro, Oliver Okley:

No me avergüenza reconocer que como mujer soy una marea de sensaciones. En enero quiero ser invisible y en marzo quiero tu palmada en la espalda diciéndome bien hecho. Mientras tanto, el lunes me miro al espejo y me cambio de ropa tres veces para quitarme una talla de donde es imposible y el miércoles me coloco el chándal y salgo dispuesta a comerme el mundo. El viernes me escondo tras media tonelada de maquillaje para ir de marcha y el sábado con la cara lavada y un zapato plano soy la más feliz y sensual de las mujeres. Soy visceral, sentimental y explosiva. Estoy cargada de maletas con cartas viejas, con cubos

precintados repletos de errores para no olvidar. Tengo siete gafas de sol diferentes a través de las cuales escoger el mundo que quiero ver en cada momento. Tengo tacones de tres, cuatro, siete y diez centímetros, según quiera que mire hacia arriba o cobijarme en tu regazo. Estoy terriblemente loca por conseguir mi cordura y a pesar de todo ello te miro. Te miro desde varias alturas, con gafas de alegría, de pena, de melancolía o de soledad. Te miro con los ojos afilados, relajados o cruzados. Te miro. Te miro con mis cubos destapados compitiendo con los tuyos que no son menos. Te miro. Te miro desnudo y me veo a mí frente al espejo.

No demasiado delgada, no demasiado gorda. No demasiado guapa, no demasiado fea. No muy alta, sino más bien bajita. Mis ojos no son verdes, ni magníficamente grises, ni azules, ni almendrados. Son grandes y de un marrón oscuro. Mi barbilla y mis pómulos no guardan esa proporción que esconde la belleza. Siempre pensé que buscar la perfección en el rostro no es más que una excusa para no ver el corazón. Los dedos de mis manos son cortos y mis uñas siempre están desaliñadas y dañadas por los productos de limpieza. Y mis pies. Mejor no te hablo de mis pies. Y si alguna vez todo esto me importó, hoy lo

hace mucho menos. ¿Por qué? Pues porque es junio, es siete de junio y hoy toca hacer un desfile imposible sobre los tacones de diez centímetros porque quiero contonear mis caderas delante de ti. Quiero usar mis armas para seducirte de una vez. Quiero que veas la mujer sexy y valiente en la que me convertí la primera vez que conseguí guardar todos mis desastres en un cubo con ruedas del que tirar el resto de mi vida. Quiero darte lo mejor de lo que hay, porque, amor, mis temores no desaparecerán jamás. Le guste a quién le guste. Le disguste a quién le disguste. Te advierto que tendrás que seguir cuidando de mí por la eternidad, limando mis dudas hasta hacerlas

desaparecer. Lamiendo mi cuerpo hasta que yo misma lo encuentre sabroso. Regalar mi oído hasta que me resultes pesado.

Te miro.

Te miro y te veo.

Te miro. Te miro y te veo por primera vez.

Te miro. Te miro y te veo por primera vez irrevocablemente enamorado de mí.

Te miro. Te miro. Te veo. Te creo.

Estás dormido amor. Duermes en la cama que hemos compartido celebrando a golpe de beso y deseo todo cuanto ha concluido ya. Los terrores nocturnos desaparecerán en tu

*compañía a golpe de Gong japonés.
Ya, de un plumazo.*

*Los errores, la honradez y el sacrificio
te han traído a mi puerta. Las
meteduras de pata de otros, la maldad
y el libre albedrío te han atado a mí
con lazos insoldables. La pasión es un
diálogo natural que ha encauzado tus
perversiones y agudiza mis sentidos
poniendo mi cuerpo al día con el
desenfreno y los placeres. Has comido
y bebido mi piel y yo he sentido en tu
aliento el único aire que preciso para
respirar.*

*Te amo en una medida nada terrenal y
es que te miro y te veo, solo a ti, te*

veo. Como el centro de un universo particular inefable, construido por y a través de temporales. Y me niego a sentir temor de nuevo. Absolutamente.

Eres el dragón de mis demonios, un ogro valiente e invencible. Bajo piel suave y oscura tu vello decora y acaricia mis dedos en una muestra de la masculinidad que ha dominado mi corazón como al corcel más salvaje. Algún día te diré todo esto en voz alta, amor. Hoy déjame escribir en tu piel mis letras.

Te miro. Te veo. Te creo.

Déjame adornar tu cuerpo con mis

florituras, envolver de rosas y almohadas blancas todo tu mundo. Dejaré para otras el placer de hacer el amor con un príncipe y recibiré a mi Ogro en mi cama con devoción y alevosía. Pervertiré el mundo entre el colchón y el dossel y te dejaré explorar mis rincones, cargar mis pesos y raspar mis miedos. Y es que te veo y te creo, amor.

Gracias por enseñarme que es la mujer quién hace a la cama especial. No existe una cama para una princesa, existen las mujeres reales que merecen ser tratadas como reinas, amadas como tesoros y valoradas como madres. Existen mujeres que hacen su mundo

especial, su fortaleza un castillo y su lecho un templo. Mujeres que nos valoramos por y a pesar de la compañía que disfrutemos. Gracias por amarme en mi independencia y respetar mis batallas.

No es fácil escribir entre montañas, doy fe. Había sido una buena idea escoger el Eye Liner para marcar mis palabras en la piel de mi hombre. Obligado a no mirar había leído mi carta mientras yo escribía en su piel lo que sus ojos querían ver. Lo había planeado bien, así que tenía que escribirlo al revés, todo un reto.

—Es precioso, Eva, gracias. No sabía que escribieras tan bien.

—Tú que me miras con buenos ojos. —
Sonreí.

—Eso no lo dudo, princesa, pero sigues sin darme una respuesta.

—¿Quedamos en que no me agobiarías?

—También en que mi paciencia no es eterna.

—Supongo que eso confirma que no has cambiado de idea.

—No, Eva, nada puede hacer que cambie de idea sobre eso. Yo sé quién eres, conozco tus virtudes tanto como los defectos que relatas con tus letras y los amo a todos. Lo sabes. Igual que tú amas los míos.

Cierto. Quiso moverse en mi busca, pero no se lo permití.

—Quietecito, campeón.

—¿Por qué me grafiteas la tripa, Eva?

¿Es una fantasía sexual o algo así?

Inclinó su pelvis desnuda hacia mí y se me escapó una risa tonta, muy tonta...

—Puede. ¿Tienes algún inconveniente?

—Un par de sugerencias, quizás. —Me regalé una estela de besos allá donde marcaba su piel, porque yo lo valgo—.

¿Tendré mi turno más tarde?

—Palabra de jefa india.

Levanté la mano es ese gesto que había sido tan nuestro desde aquella noche en el Seattle Pub.

—¿Sabes? —habló mientras me devolvía el saludo—. Aquella noche ya te quería, te tenía ocupando mi mente cada segundo del día, me estaba volviendo loco. De no ser así jamás te

habría dicho que no. Fue la primera batalla que vencí.

—Me sentó fatal.

¡Qué coraje me dio! Y que mal llevaba que me leyera la mente.

—Lo sé, pero verte tan enfadada fue realmente divertido. —Pensé en protestar, pero lo dejé para otro momento.

—Listo.

Tomé aire para ponerme de pie y le pedí que caminara con los ojos cerrados. Lo llevé hasta el gran espejo de la suite que había emigrado hasta el ático, ahora ocupaba un lugar privilegiado en mi dormitorio. Una vez allí y para asegurarme de que no hiciera trampa coloqué mis manos sobre sus ojos desde

detrás. Yo no era perfecta, Oliver no lo era tampoco, pero poco me importaba eso. Si se le antoja a la perfección que me disculpe por no esperarla para ser feliz, y si se disgusta peor para ella, que al cabo no voy a renunciar a lo más bonito que me ha dado la vida. Por fin una opción cargada de sonrisas y un corazón lleno de sentimientos dorados. Los dos desnudos frente al espejo éramos el resultado de nuestra lucha, solo piel que es adorada por otro y con ese otro es más que suficiente.

—¿Estás preparado, Ogrito?

Mierda ya casi no se le ponían rojas las orejas, con lo que me gustaba.

—Siempre.

Sus ojos miraban fijamente las palabras

escritas en su abdomen. ¿Qué esperaba?
¿Una florecita? ¿Un pasaje de la Biblia?
¿Por qué no decía nada? ¿A qué ritmo se
traspira cuando estás desnuda? Una
bolsa, ¿quién tiene una bolsa? Eva,
respira, respira...

—Dilo, Eva. Necesito oírtelo decir.
Su voz sonó áspera y profunda, con una
contención poco apropiada para ese
momento a mi parecer. Me intimidó.

—Por favor. —Continuó, pudo intentar
una súplica, pero le salió una orden.

—Te miro. Te veo. Te creo.

—¿Y? —Respira, Eva, respira.

—Sí, quiero casarme contigo, Oliver.
¿Quieres tú casarte conmigo?

—No hay nada que desee más, dulce
Eva.

Miraba mis ojos en el reflejo del espejo.
—Mejor porque tengo algo más que
contarte.

Epílogo

—¿Y qué? ¿Cómo se lo tomó? No me creo que no me lo contaras antes. Has sido muy mala amiga conmigo.

—¡Oye, Esther! No te cueles.

—Me cuelo si me da la gana, lagarta, por poco si cuando te honras a quedar conmigo para el café, vienes con el carrito.

—¿Qué quieres? Han sido unos días muy complicados y además tampoco te

creas que el enano —me señalé la tripa — se está portando muy bien.

—Bueno, tú sabes que me gusta hacerte rabiar, pero en el fondo te quiero un montón.

—Sí lo sé. —Sonreímos.

Esther era una gran amiga de la infancia, las pocas que me quedaban de mi temporada en Córdoba. De esas que a pesar de los años y las distancias, con diez minutos has recuperado las tardes de café perdidas. Con las que te pones al día sin tapujos ni miramientos. Con las que todo tiene su nombre: los cubos de mierda, las vergüenzas pastelosas del amor, los errores, las alegrías, los excesos del amor propio y los bajones de autoestima. Un beso en WhatsApp es

suficiente para empujarte cinco días.

—Se lo tomó francamente bien, al menos me ha dejado de presionar con lo de la boda. Estuvo sin dormir tres horas seguidas más de una semana entre la felicidad y el pánico.

—¿De verdad te casarás, Eva?

—Es muy probable. Tráete las galletas de chocolate, porfa. No te voy a mentir. Sabes que no es el sueño de mi vida, probarme un vestido quince veces para pasar el día delante de una cámara de fotos y tener que frotarme la cara con talco por la irritación con tanto beso. Yo no soy así, llevo muy mal que me miren y ser el centro de atención, pero... mi campeón se merece un papá.

—No digas tonterías, Eva, tú no te casas

por el bebé. No lo pensabas hacer con Chalis, no me des más vueltas y suéltalo. —Se sentó en el sofá junto a mí y cogió su café para echarle doscientas cucharillas de azúcar.

—No das tregua, ¿eh? No sé cómo te puedes beber eso —espeté molesta porque yo le tenía que poner sacarina a todo y comer galletas sin azúcar. Terriblemente asqueroso.

—Nunca lo he hecho. No seas envidiosa, no es mi culpa que tengas el azúcar por las nubes.

¡Qué cabrona! ¡Cómo me chincha!

—Eso es cierto. Supongo que lo quiero y me veo envejeciendo con él. Arrieritos somos, ya sabes lo que dicen, ríete de mis desgracias y tus putadas cogen el

tren a casa.

Le quité la galleta de la mano y me la metí en la boca. Mi amiga no pudo menos que reír conmigo.

—¿Te ves envejeciendo con él o quieres envejecer con él? No es lo mismo amiga.

—No veo un futuro sin él.

—Oh, chica, sí que estás enamorada aunque claro, yo también me enamoraría de un hombre así.

—Yo nunca pensé que lo haría.

—Sorpresas que te da la vida —se burló.

Sorpresas y grandes de verdad. Como un embarazo de treinta semanas a estas alturas, toda una prueba de supervivencia para mi salud mental y

física. La convivencia había pasado de rosa al amarillo fluorescente por la efervescencia y las explosiones emocionales. ¡Dios! arrasaba con cualquier cosa. El sexo triunfal, cuando apetecía, claro, broncas y tensiones por tonterías. El diálogo a un segundo plano, solo lloraba y lloraba mientras Oliver merodeaba guardando una distancia de seguridad dentro de la misma habitación. Lo mismo lo estrujaba y lo correteaba dándole besitos todo el día que me estiraba en el sofá y lo obligaba a sentarse en el sillón. Dos horas después le echaba en cara no darme un masaje en los pies cansados. El pobre está más perdido que una gallina en unos multicines. Pero en fin, aun así seguía

siendo ideal. Sacaba genio cuando me desorientaba colocándolo todo en su lugar, era paciente o un paño de lágrimas, según lo requería la ocasión y yo lo quería cada vez más. A él y a mi enano.

—¿Dónde te casarías? Sé que es difícil, pero hazlo por mí, cierra los ojos y dime que ves. —Lo pensé durante algunos minutos.

—Veo Córdoba, la ermita de la Virgen del Carmen a la que mi madre llevaba flores. Me veo con un vestido en palabra de honor y un enorme broche bajo el pecho en plata vieja, una reliquia de mi abuela. Me veo sin velo, con el pelo suelto en un atardecer de finales de agosto. Con los amigos justos y mi bebé

correteando y llenándose de barro en los jardines de la ermita. Os veo a todos sonriendo por mi felicidad y mis manos ocupadas. En una, un gran ramo de calas rojas y en la otra los dedos de mi Ogro en un traje sin chaleco.

—Para no morirte de ganas lo tienes muy claro. —Se lo estaba pasando pipa a mi costa.

—Pues no lo sabía hasta que me has preguntado. Oliver se va a alegrar mucho cuando se lo cuentes, porque seguro que se lo vas a contar, ¿a qué sí?

—Seguro. —Rió—. Por cierto, Tata y yo leímos el borrador. ¿Por qué ese título? ¿Por qué... Por una cama de Princesa?

—No sé, se me ocurrió pensar en la

cantidad de esfuerzo que una mujer dedica a ser feliz, a sentirse mejor y plena. Tenemos tantas responsabilidades sociales y culturales que el desarrollo personal va quedando en un segundo plano y disminuyendo según vamos creciendo.

—Eres demasiado retorcida, Eva, no todas las mujeres quieren ser princesas. Ya no somos así y jamás has jugado con muñecas. No sé a qué viene ahora tanto rosa y tanto cuento.

—Esther, la cama es puramente figurativa. Es una meta, un sueño lejano, la idealización del amor imposible, el deseo inconsciente de ser arrullada y arropada por la noche y batallar a diario en un entorno masculino por naturaleza.

Mi cama de princesa es mi búsqueda de la felicidad, ese objetivo que cambia de nombre según se modifican las circunstancias.

—El éxito.

—La satisfacción.

—Los sueños...

—Y la esperanza por alcanzarlos —
concluí.

—Podías haberla llamado «Amor de improviso» o «Rico, sexy y pervertido». ¿No has pensado en cambiar los nombres de los protagonistas?

—¿Para qué, Esther? todo el mundo sabe quién soy. Una mujer que se convirtió en princesa a golpe de tecla. ¿A quién engañaría? Los «sanos»

cotilleos de la prensa nacional habían construido una historia irreal, si ellos podían vivir del cuento, ¿por qué nosotros no?

—Te lo mereces, ¿lo sabes verdad? Te mereces todo lo que te está pasando ahora.

—A veces lo dudo, amiga. Tiemblo y pienso que de un momento a otro todo desaparecerá.

—Pues yo estoy aquí para recordártelo. Esos abrazos que acaban en llantos. Byron entró en el salón arrasando como de costumbre y mi papi chulo justo detrás de él.

—Hola guapo —saludé estirando el cuello para recibir un tierno beso desde detrás del sofá y la caricia de protocolo

a mi tripa de ballena.

—¿Qué le has hecho a mi futura esposa, Esther? Está llorando como una madalena para variar —se burló, con ternura sí, pero burla al fin. Te quiero.

—Venga, Oliver, siéntate y cuéntame la verdad, ¿qué hiciste para que aceptara casarse contigo? Dime lo que no cuentan los libros. —Qué bien se lo estaba pasando la jodía.

—Me fui. Hice que me echara de menos —soltó de camino a la cocina.

—Oh... no. Tenías un viaje tú... ¿tú no te irías a propósito, verdad?

Sus labios desaparecieron entre sus dientes y los ojos se achicaron al acercarse con mis galletas, sin azúcar.

—Oh, sí lo hizo, amiga. Tu futuro

esposo se inventó un viaje para apretarte las tuercas. ¡Qué cabronazo, Oliver! ¡Y tú que pensabas que te las sabías todas, Evita!

—Fue idea de Nacho y Cata, no te enfades conmigo, mami. —Esos ojitos de gatito ya me los conocía.

—No me esperaba eso de ti. —Quise parecer enfadada.

—El que avisa no es traidor, Eva, te advertí que haría lo que tuviera que hacer y que mi paciencia no era infinita.

—Pasé una semana de perros.

—Y yo catorce. —Sonrió. Mierda, no me iba a dejar discutir con él.

—Por eso Nacho no viajó contigo. —En respuesta besó mi cabeza—. No me vuelvas a engañar así.

—¡Eh, parad, parad! —Nos interrumpió mi amiga—. No quiero que os larguéis a hacer las paces antes de terminar mi café.

Los tres reímos durante la tarde de domingo. Recordando momentos felices que son con los que cargo ahora. Volcando las ilusiones en un futuro próximo allí donde se encaminan todas las parejas, su familia. Y recalcando una y otra vez algo que ninguna persona en el mundo, hombre o mujer debería olvidar.

Si quieres convertir tu vida en un cuento con final feliz, solo tienes que escribirla tú mismo. No rendirte jamás.

FIN

Agradecimientos

Hay Evas altas, bajitas, rubias, morenas, pelirrojas... las hay que vuelan como cisnes hermosos, otras son gaviotas viajeras, algunas gorriones de la vida, supervivientes sin límites. Pero todas

somos esa mujer que trae de cabeza al mundo. La que llora, ríe, trabaja, descansa, lucha, ama, busca, necesita, tiene, sueña...

Por una cama de princesa nació para mí pero la vida la ha mostrado al

mundo sin recortes, con esos errores que la hacen enloquecer, dudar, vivir.

Querido lector, si tus cubos hoy tienen ruedas, todo el esfuerzo ha merecido la pena. Esta novela es para ti.

Como sabéis la historia de Eva y Oliver comenzó en Wattpad en 2013 y creció por cada voto, cada comentario, cada mensaje compartiendo vuestra vida conmigo. Si ahora puedes leer esto es porque ellos me hicieron sentir que podría lograrlo. Gracias a cada uno de vosotros:

@venusmari @Clavicemballo,
@Cmvl95, @nessy677,
@MariaSerranoRuiz, @shirley1990,

@EstherLpezFernndez, @SinaGarcia,
@Silvya07, @8-Ardil,
@NeusSucarratsAntoli,
@ElenaCristinalIonescu, @neusguerrero,
@BelnHernndezRomera, @MariaT30,
@Freyjadafne, @RitaAlmenda,
@NitaCM, @gaviinarvaez1,
@eusscarmona, @VeronicaMartin3,
@mariacarmona, @rodriguez_soso,
@Sky_318, @keronacris,
@KarolParedes, @Susynha, @normagf,
@MariaIsabelRodriguee,
@Carmensofia, @Marigonzales,
@Shadowerose6, @FIFILARU,
@Beagrce, @vero678,
@MarianelaFigueras,
@Adictaallectura, @VickyRolla,
@MaraFMonterrosa, @camila15895,

@Iraior, @adreapaula, @Lucia9920,
@neneiba, @SolangeAciaar,
@soniapagoaga, @AnaSaezNavarro,
@NathaliaSnchez, @Kathy3k,
@LeireReinoso, @KatDarkness,
@Jesse86, @Karinithasweet,
@Cerecilla, @pedromaria,
@maryraac_, @ForeverAuxy,
@claraherrera, @BrendaMrtinezz,
@eugenia8, @judithfuerteslarrosa,
@Emerita8889, @shirlie30,
@alondecai @MichiiRomance,
@Logoporgit, @AcmyParima,
@MacaVaca, @WendyWanda,
@irma313, @mamilabla, @IRPISA22,
@KoteFigueroa, @ferdaus, @anabanuls,
@JacquelineGarcia3, @katte04,
@NereaLaMusicaMiViDa,

@bttychikita, @loquileo,
@DebbieTassara, @Negta21,
@Aura97, @carameloz, @pjd98,
@SolangeOrmeno, @BOCIGASNOE,
@BrendaDAngelo, @isapm72,
@MConsueloSantana, @mariaeuperez,
@SOFIAGRECO10, @maruxaxu,
@MayraSantos, @juanitamtzz,
@AngelicaMariaDiv, @IsBlueCiel,
@lizpinto74, @GabyDG, @maggaa02,
@garesso, @EunisPeflo, @Zori72,
@ditatrita, @daNygirL, @KCMaynez,
@yeseniacaraballo,
@AmadysArismendi, @soubeli,
@katilamar, @XianaVillarCalvelo,
@oriurbaez, @Shinitax, @Miriampj,
@montequinto, @ANAHI2801,
@lydiia, @SharRozaBelikov,

@carmensofia, @JulietMind,
@cyndy94, @sereniti230888,
@AnitaCastro, @30cricris,
@maialendiez, @MaggiOrtega,
@trucorealizado, @rury14370,
@JohannaAlmonte, @Mauricia61,
@CastleOnTheSky, @fayer88,
@NoeliaGonzalezDelgad,
@marigonzalez, @angeprada, @miskiss,
@soniaviguera, @allieninmortal,
@YaizaDieguezCasares, @chaparri,
@AloneAtParadise, @lucianr.... Y
supongo que podría seguir. Perdona si
no estás aquí, no todos lo están por más
que lo desee.

Gracias a quienes me dijeron:
tu mensaje llegó en el momento exacto

para hacerme levantar
de nuevo. Aún me levantáis a mí.
Gracias, Eva, por recordarme en qué
consiste la verdadera amistad, la que no
entiende de

tiempo, distancia o silencio.

Y por supuesto a mis
#locaslectorasGUERRERASinternaciona
Maribel Roa Martín, Susana Moyano,
Freyja Silva, Esperanza Fernández
Tirado y mi siempre Venus, Ayda de la
Cruz. A mis viejas amigas y a los
amigos nuevos: Kekas, Belén, Elena,
Mari... A la CAFETECA, mítica y
única.

Susana Martínez, eres y serás

siempre la primera, mi primer apoyo y quien me hace creer que llegaré a la luna. Gracias por creer en mí. Y... ¿cómo no? A Team Coral, a mis compañeros que tenéis un pedazo de mí a través del tiempo que me acogen como hace la familia, a Vero que nos pone por encima de todo lo demás. Gracias por hacer que este sueño se pueda tocar. ¡Gracias!

Recordad, no solo se trata de lo que construimos con pasión, sino de lo que desaparece de nosotros mismos cuando nos entregamos con los ojos cerrados.

HADHA CLAIN

BIOGRAFÍA



Hadha Clain nació en 1983 en Alcalá la Real, Jaén. Actualmente reside un poco más al sur, en tierras granadinas y desde allí

vive, siente y escribe. Totalmente convencida de la relevancia de esta secuencia comenzó a escribir para sí misma y a publicar en la plataforma Wattpad. Allí descubrió dos cosas: que tenía algo que contar y que eran muchos los que la querían escuchar. Así nació *Por una cama de Princesa*, su primera novela, que llegará este año de la mano de ***Ediciones Coral Romántica***.

Capítulos cargados de emociones, errores y pasión. Personajes imperfectos, dañados, humanos. Pero una premisa constante; no hay más camino que el que vemos delante, no se puede caminar hacia atrás. Nunca. Y

punto. Pero eso sí, vivir siempre merece la pena.